

Cantos de sirena

CHARMIAN CLIFT

gatopardo ediciones



Cantos de sirena

CHARMIAN CLIFT

gatopardo ediciones

Cantos de sirena

Cantos de sirena

CHARMIAN CLIFT

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones

Título original: *Mermaid Singing*

First published in 1956 by Michael Joseph Ltd.
This translation has been published by arrangement
with the Jane Novak Literary Agency, Australia.

© de la traducción: Patricia Antón, 2022
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2022
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: George Johnston y Charmian Clift con su asistenta doméstica Sevasti, Kálimnos, Grecia, © Cedric Flower (1954)
Ilustración de interior: © Sofía Bianchi (2022)
Imágenes de interior:
Pág. 81: Vista de la isla de Kálimnos, © Bert Christiaens
Pág. 89: Kálimnos, Dimitris A. Harissiadis (1950),
© Benaki Museum/Photographic Archives
Pág. 169: Charmian Clift y su hijo Martin en Grecia (años cincuenta),
© Archivo de la familia Johnston, cortesía de Harry Fatouros
Pág. 265: Charmian Clift en Atenas (1957),
© Archivo de la familia Johnston, cortesía de Harry Fatouros

eISBN: 978-84-124869-6-4
Impreso en España

Índice

Portada

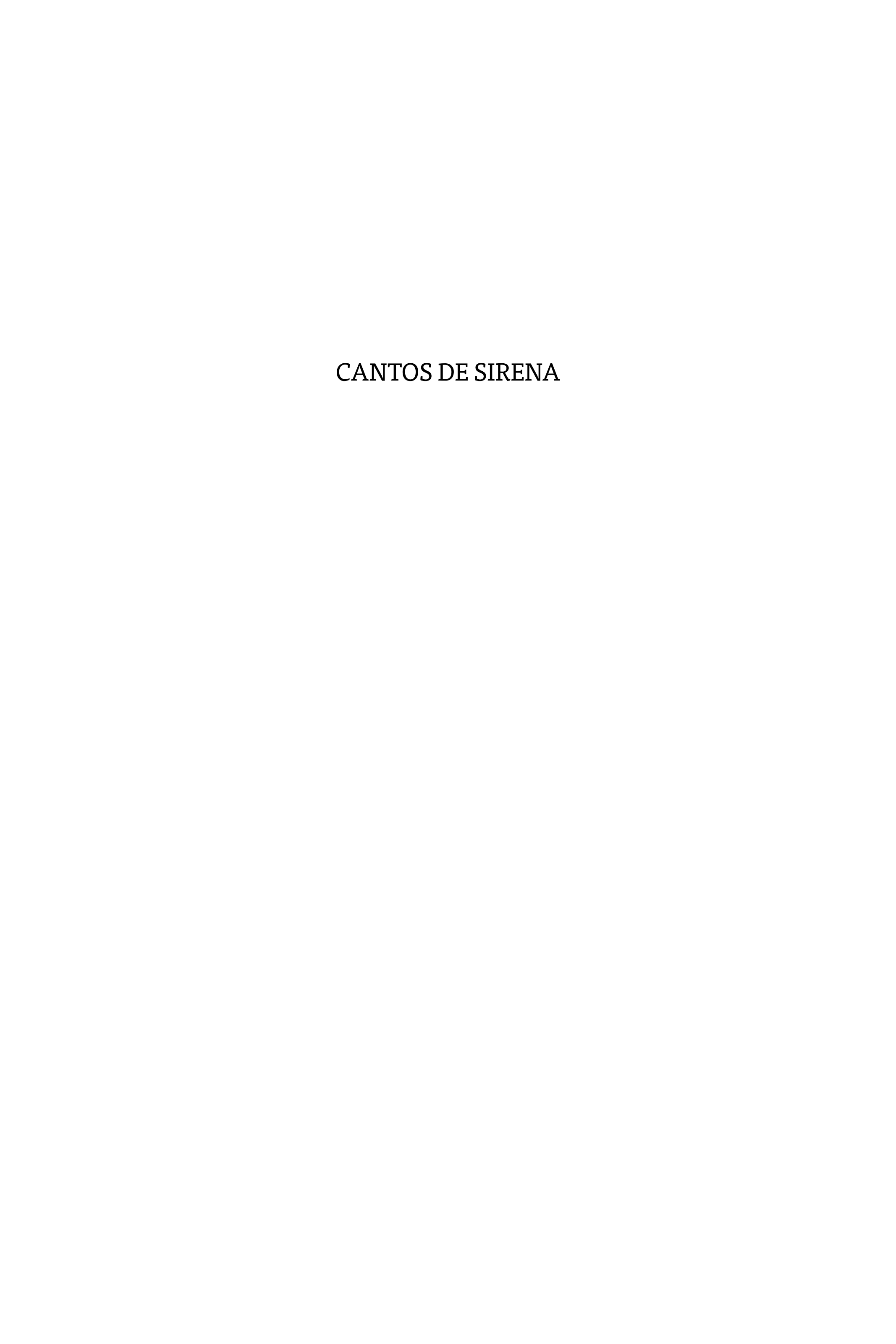
Presentación

CANTOS DE SIRENA

Charmian Clift

Otros títulos publicados en Gatopardo





CANTOS DE SIRENA



Para mi madre, Amy Lila Clift

1

Llegamos a la isla de Kálimnos en el *Angellico*, un pequeño caique gris, rodeando punta Cali con un siroco que arreciaba desde el suroeste, un triángulo de vela negra y remendada flameando sobre nuestras cabezas, y un cargamento de pavos, mandarinas, vasijas de barro cocido y cestos del mercado, y las inevitables viejas con chal negro que forman parte del mobiliario de todos los caiques del Egeo.

Parecía una manera estupenda y valiente de llegar a un sitio.

—¡Madre de Dios! —jadeó una señora anciana entre vómito y vómito—. ¡Esos pequeñines! ¡Mírenlos, no entienden nada!

—¡Qué va, vieja abuela! —dijo el marinero de cubierta de pelo rizado arrojando el contenido de un cubo a la enorme montaña de aguas verdes y encabritadas que se alzaba sobre nosotros—. Esos niños son navegantes. ¡Marineros! Cualquiera puede verlo.

La ola nos cayó encima. Los bancos salieron despedidos y se estamparon con estrépito contra el otro lado de la cubierta.

—¡Arrg! —soltó la anciana con un extraño grito ahogado y tratando de aferrar el aire.

El marinero de pelo rizado se sujetó con gesto despreocupado al marco astillado de la puerta y, muy servicial, tiró del cubo que había al final de su cuerda. Los «pequeñines», que son míos, emergieron chorreando de un convulso montón de pavos, bancos, maletas de cartón, cerámica rota, cestos del mercado y señoras viejas cabeza abajo, con las manitas llenas de mandarinas y los pequeños rostros teñidos de carmesí de puro éxtasis.

Era evidente que aquello le ganaba de calle al festival en los jardines de Battersea.

—¡Mamá! ¿Cómo es que le sale eso tan amarillo y lleno de grumos? —(Martin tiene siete años e inclinaciones científicas.)

—Porque no ha masticado ni ha tragado bien el desayuno. —(Shane tiene catorce meses menos y es niña.)

El marinero de cubierta arrastró a la anciana hasta la puerta como si fuera un lío de harapos mojados y le metió la cabeza en el cubo.

—¿Has visto, abuela? —preguntó con desdén mientras le sujetaba la cabeza empapada a la pobre mujer—. ¡Son marineros!

Nuestro flacucho amigo y autoproclamado guía, Manolis, que se había visto lanzado al otro extremo de la cubierta a cuatro patas, se incorporó con una dignidad que me pareció muy admirable y, volviéndose hacia mí y hacia George, dijo con el aire de un patriarca que hubiera conducido a su tribu hasta la tierra prometida:

—Hermano, hermana: ya llegamos a Kálimnos.

Y así era, en efecto.

Pues ahí mismo, surgiendo pesadamente sobre las altas crestas de las olas, se veían unas montañas descarnadas y grises, surcadas por sulfurosas fisuras, como cicatrices, y envueltas en jirones de nubes. Y al pie de esas montañas había una ciudad, una urbe improbable que desde el proceloso mar parecía formada por cajas de cerillas de colores cuidadosamente dispuestas: una ciudad de muñecas con la que una niña pudiera distraerse una tarde de lluvia. Más allá de los pequeños cubos en blanco, azul y amarillo ocre, una colina se elevaba de un valle con una muralla en ruinas y tres torres redondas; y por debajo de las casas, un bosque de mástiles como cerillas se agitaba en lo que, sin duda, acabaría siendo un plato de bebé lleno de agua del grifo del lavabo.

El *Angellico* avanzó dando bandazos y cabeceando y dio una última y mareante sacudida en las aguas embravecidas. Y entonces, por increíble que parezca, rodeó el rompeolas y fluyó suavemente hasta recobrar la estabilidad, y las ancianas empapadas se santiguaron y empezaron a poner orden en sus fardos con afable serenidad. Nos deslizamos hasta un muelle pequeño junto a un feo edificio de aduanas y tres casas que parecían robadas de una pintura de Christopher Wood.

Desembarcaron a los niños en volandas como si fueran héroes, en medio de una gran admiración. Menos mal, debo decir, que ni George ni yo sabíamos suficiente griego para explicar que los habíamos atiborrado de biodramina antes de salir de Cos. Tengo la teoría de que nadie nace marinero, sino que se aprende a serlo, y de que los productos de los laboratorios de bioquímica siempre son mejores medidas preventivas que un puñado de hierbas o las pieles de mandarina, o incluso, sospecho, las súplicas desesperadas a san Nicolás que constituyen el acompañamiento de fondo de las travesías por el Egeo. Hasta varios días después no me enteraría de que aquella mañana dos pasajeros del caique procedente de Vathy habían caído por la borda ni de que se había perdido toda la carga de cubierta, aunque en su momento sí me sorprendió un poco que Manolis se santiguara con tanto fervor en el preciso instante en que sus pies se hallaron de nuevo en tierra.

—¡Bravo! —exclamó con tono de admiración dirigiéndose a los niños, y luego a nosotros—. ¡Este maldito *Angellico*! En la próxima travesía volcará, ¡ya lo veréis!

Apenas dos horas antes, en Cos, con un mar turbulento y picado ya desde fuera del puerto hasta la mismísima Turquía y las barcas de pesca deslizándose raudas hacia tierra bajo tirantes velas naranjas, había sido el mismo Manolis quien nos había animado a subir a bordo del *Angellico*, que ya se bamboleaba y cabeceaba incluso al abrigo de los muros del castillo.

—*Po po pó!* ¡Nada, nada! —había exclamado señalando el mar, los jirones de nubes en el cielo, el abanico de motas naranjas de las velas que se alejaban con urgencia de Bodrum—. Vais a Kálimnos ahora. Muy buena isla, muy buena gente.

Y nos había ayudado a subir a bordo del *Angellico* como si se tratara del *Semíramis* a punto de zarpar hacia el Pireo en un crucero veraniego.

—Ya veréis —añadió mientras desplazaba hábilmente a dos ancianas de sus asientos para hacernos sitio—. Hoy en Kálimnos os encontraré una buena casa. Ya no tendréis que volver a Cos.

Supongo que el hecho de que un griego te diga siempre lo que quieres creer no hace sino indicar el alcance de su gentileza. Lo cierto es que Manolis había cruzado de Cos a Kálimnos un centenar de veces y era perfectamente consciente del peligro que había ese día, que sin duda no era el adecuado para hacerse a la mar con dos niños pequeños. Sabía que deseábamos llegar a Kálimnos desesperadamente y que confiábamos en tener una travesía tranquila: eso había puesto en marcha su despreocupada actitud de bajar la guardia ante cualquier riesgo. Estoy segura de que se habría ofendido profundamente si alguien le hubiese sugerido que debería haberse preocupado más por nuestro bienestar y aconsejarnos no hacer la travesía: «¡Pero si ellos querían cruzar justo ese día!».

Su conducta ha seguido siendo consecuente. Manolis es acomodaticio. Nos hemos encontrado haciendo pícnic bajo una granizada tras su insistencia en que iba a hacer un día precioso. Hemos perdido muchas horas esperando, expectantes, acontecimientos y personas o información que nunca se materializaron. El autobús ha salido de la estación. El barco, ay, levó anclas hace dos horas. La fiesta no es esta noche, se celebró la semana pasada. Si alguno de nosotros expresa un deseo (de hecho, muchas veces ni nos hace falta expresarlo: Manolis sencillamente da por sentado que lo haremos), nos garantiza al instante su inmediata gratificación, lo cual no es fruto de convicción alguna sino del deseo sincero de que las cosas salgan como esperamos. No ve nada ilógico en todo eso: es su manifestación de la amistad.

Ahora, mirando atrás, me parece que simplemente fue buena suerte que encontráramos una casa en Kálimnos, y solo en menos de media hora desde nuestra llegada, además, exactamente como había pronosticado Manolis en Cos.

Era una casa amarilla y estrecha frente al mar, con un pequeño balcón de hierro forjado que daba sobre la *platía* y cuatro ventanas que miraban hacia el amplio paseo marítimo con sus hileras de cafeterías bajo las desgreñadas casuarinas y hacia los pequeños cubos de colores que se amontonaban sin orden ni concierto en la base de la montaña. La inspeccionamos junto con la propietaria, una mujer corpulenta y efusiva con un traje azul de chaqueta y falda y las gafas de sol que aquí son símbolo de clase y distinción social y por tanto se llevan también de noche o cuando está muy nublado.

Nuestro séquito para la inspección consistía en Manolis, dos jovencitos flacos y tímidos con atuendos de trabajo a quienes presentó como sus sobrinos, un ingeniero con cara de mono llamado Mike que había trabajado en Estados Unidos y hablaba inglés, la mujer del propietario de la cafetería adyacente y unos veinte críos harapientos y mocosos, parte de la estridente horda de varios centenares que nos habían seguido desde la orilla, abarrotaban ahora la habitación, se apretujaban en las escaleras o esperaban abajo en la *platía* a ver qué pasaba.

Había cuatro habitaciones desnudas con paredes encaladas, pálidas y veteadas, y un número improbable de puertas de doble hoja con delicados grabados romboidales y pintadas de blanco. Había una gran cocina blanca con suelo de piedra roja y dos diminutos hornillos de ladrillo encalado tras la cortina floreada que cubría la enorme chimenea. No había cuarto de baño, como ya me habían advertido, y el excusado era tan fétido como había esperado, pero por lo menos estaba separado de la cocina y tenía una cisterna encima, a la que le faltaba la cadena.

¿Sería tan amable la dueña —pedimos— de solicitar que le pusieran una cadena a la cisterna?

¡Claro, cómo no, cómo no! Nada podía ser más sencillo. Se ocuparían del asunto al día siguiente. ¡Y de cualquier cosa que quisiéramos! ¡Lo que fuera!

El alquiler se fijó en seiscientos dracmas al mes, una cifra que analizaron y debatieron todos los presentes en la habitación, incluidos los niños harapientos, que a su vez trasladaron la información a la atestada escalera, desde donde se transmitió a la paciente multitud en la *platía*. Y allí, diría, se le dio muchas vueltas, y no me extraña que fuera así, teniendo en cuenta que era un robo a mano armada. Sin embargo, en aquel momento no teníamos modo de saberlo, siendo como éramos unos tontos con dinero, por así decirlo, recién llegados de los alquileres londinenses.

—¿Está bien de precio, Manolis? —preguntó George.

—¡Mi querido hermano! —exclamó Manolis, que a todas luces había leído en nuestras expresiones levemente desesperadas la

confianza en que el alquiler fuera justo.

Si accedíamos a pagar esa suma, ¿sería tan amable la casera de proporcionarnos las sábanas y mantas necesarias para las camas, armarios para colgar la ropa, cubiertos y manteles y utensilios para la cocina?

¡Todo! ¡Todo! Pondría a nuestra disposición lo mejor que tuviera. Su principal preocupación era que nos sintiéramos tan cómodos como si estuviéramos en nuestra propia casa y que los adorables pequeñines fueran felices.

Los adorables pequeñines andaban para entonces dando brincos arriba y abajo por el túnel azul que comunicaba con la calle, haciendo las muecas más estúpidas e insultándose a gritos, para sorpresa de su público: los niños de Kálimnos, que los miraban con ojos abiertos como platos. Durante unos instantes, conscientemente avergonzada del contraste entre los adorables pequeñines, tan regordetes y bien alimentados, con su ropa mullida y su odioso comportamiento, y los otros niños serios y sorprendidos, mal vestidos y desnutridos, que les dirigían aquellas miradas tan dulces y tímidas, habría renegado encantada de mis dos hijos. Pero cuando les tomé firmemente una manita con cada una de las mías noté que las tenían húmedas y calientes, y que los dos pares de ojos azules que se obcecaban en no mirarme estaban llenos de tensión e incertidumbre.

A Martin empezó a temblarle el labio inferior. Sus dedos se crisparon convulsivamente. Shane, siempre alerta por si le daban pie, inspiró profundamente de esa manera temblorosa tan suya que suele anunciar un bramido.

—¡Ay, esto es horrible, mamá! —lloriqueó Martin—. Desde Londres que no tomo mantequilla de cacahuete, y no entiendo nada de lo que dice nadie.

Era evidente que habían llegado al límite de lo soportable. Y ¿quién podía culparlos? Ellos, que siempre habían llevado una vida tan cómoda, segura y ordenada debido a unos ingresos desahogados, un hogar confortable y unos padres cariñosos, llevaban aquellas dos últimas semanas subiendo y bajando a rastras de aviones, barcos en el Egeo y caiques apestosos, y entrando y saliendo de hoteles y pensiones; les habían hecho comer calamares tibios y bañados en aceite de oliva, macarrones fríos, pan sin mantequilla, leche de cabra hervida que les daba un asco horrible. En lugar del paraíso de sol, cielos azules y adorables burritos que les habían prometido, se habían pasado muchas horas de desánimo y cansancio encaramados a pilas de equipaje en terminales deprimentes y en muelles batidos por el viento y la lluvia. Tenían frío, se sentían desdichados y añoraban su hogar. Me compadecí de ellos con todo mi corazón, pues yo, de repente, me sentía igual.

—Dile que nos quedamos la casa.

Daba igual que el alquiler fuera demasiado elevado, o la casa muy húmeda, o que el desván estuviera infestado de ratas. Habíamos llegado a un punto en que teníamos que parar y organizarnos.

Fue justo en ese momento cuando reparé en que el grifo sobre el fregadero de la cocina estaba conectado a un pequeño depósito de hojalata pintada sin el menor indicio de tuberías que llevaran hasta él.

—Pero ¿de dónde viene el agua? —quise saber.

No quedaba muy lejos. Nada, a solo cinco minutos andando. Encontraría un grifo público en la calle tras la cafetería de la esquina, y por supuesto estaban también los pozos. Podía conseguir una lata vieja de queroseno. Y si no me apetecía ir yo misma en busca de agua, había una señora muy simpática que se alegraría de tener trabajo. Ella traería el agua, fregaría los suelos, nos lavaría la ropa y la dejaría muy limpia por poco dinero. ¿Me parecía bien entrevistarla a la mañana siguiente?

—¡Mi querida hermana! —murmuró con vehemencia Manolis—. ¡No te dejes engañar! La hija de mi hermana, que vende verduras muy buenas en la tienda de la esquina, os traerá el agua y os lavará la ropa por mucho menos dinero. ¡Esta mujer solo trata de encontrarle empleo a una pariente!

—Podemos dejar eso para más adelante —dije—. Lo que me interesa en este momento es la cuestión del agua. Si no hay agua corriente, doy por hecho que la cisterna no funciona, ¿no?

Manolis se encogió de hombros.

—Pero ¿qué sentido tiene ponerle una cadena a una cisterna vacía?

La casera sonrió de oreja a oreja y abrió mucho los brazos. Era lo que yo había pedido, y su único objetivo en la vida era complacerme y hacer felices a los adorables pequeñines.

En la vacía sala de estar, los sollozos ya remitían y, entre hipos, me llegó la voz de George:

—... Y esas goletas junto al faro se llaman «depósitos». Veréis, llevan toda la comida para los pescadores de esponjas, porque todos los años se pasan mucho tiempo lejos de casa, seis o siete meses...

—¿Tú crees que llevarán mantequilla de cacahuete?

2

—Eh, señor George, ¿qué vais a hacer aquí?

—Escribir un libro, Mike, como ya te hemos dicho.

—Sí, pero…

Mike el Americano ladeaba su carita arrugada; parecía más que nunca un mono escéptico. Sus manos retorcidas y morenas se entretenían con un *comboloi* con una borla y grandes cuentas de ámbar.

—Pero qué, Mike.

—Bueno, eso les digo, señor George. Les digo: estos tipos están escribiendo un libro sobre Kálimnos. Pero muchos tipos de aquí me dicen: Manolis dice que podéis redactar el permiso para ir a Australia. Manolis dice que no os costaría nada arreglarlo. Muchos tipos de aquí creen que tú y la señora Charmian sois un comité o algo así.

George, con una expresión frenética que se estaba volviendo habitual en él, explicó una vez más que no éramos un comité, que no sabíamos de ningún comité, que no teníamos la más mínima influencia sobre los poderes que gestionaban la inmigración o llevaban a cabo la selección de inmigrantes.

En ese momento, un anciano tullido que parecía ser el pregonero del pueblo pasaba cojeando y anunciando a grito pelado la llegada inminente del *Cícladas* de El Pireo y la salida prevista del *Andros* a la mañana siguiente con destino a Rodas.

Después de dejar el calendario marítimo flotando en el aire, se aproximó a las mesas que había bajo los árboles para escuchar. En la mesa de al lado, tres pescadores de esponjas acercaron sus sillas. El círculo inevitable de niños se estrechó, aunque sin duda ellos, al igual que los pescadores de esponjas, el pregonero y Mike el Americano, ya habían oído todo aquello antes. Llegados a ese punto todo el pueblo había oído nuestra explicación… y nadie se creía ni una sola palabra de ella.

Incluso a mí misma me costaba creerlo. Durante muchos años, George, como otros periodistas, se había lamentado con bastante empeño sobre la naturaleza de su trabajo, y entre copa y copa, como otros periodistas, había jurado que un maldito día se largaría a vivir a una isla y escribiría libros. (Para un periodista ebrio, la alternativa del

paraíso terrenal de una isla es una granja de cerdos. Existe cierta misteriosa afinidad entre un periodista y una cerda de Berkshire que me resulta completamente incomprensible, si bien es cierto que, por matrimonio, adquirí el gusto por lo isleño de los periodistas. En cierta ocasión, oí hablar de un reportero que renunció a un trabajo lucrativo por el encanto fatídico de las cerdas de Berkshire, pero, por desgracia, nunca supe qué había sido finalmente de él. Si pienso en *Los dioses del señor Tasker* de T. Francis Powys, temo lo peor. También sé de otro periodista a quien no le gustaban ni las islas ni los cerdos, un tipo verdaderamente original que consiguió reunir cincuenta libras de sus amigos y se embarcó en el negocio inmobiliario. Él sí que acabó podrido de dinero en muy poco tiempo.)

Pues bien, cerca de un mes antes, George había sido presa de la desesperación, al clásico estilo periodístico, ante la rutina de Fleet Street y la imposibilidad de escribir nada que valiera la pena cuando su único momento creativo era por la noche y para entonces ya estaba demasiado borracho o demasiado cansado, y para cuando alcanzados los cuarenta su futuro era previsible y tenía la impresión de que con cada «sorpresa» de la princesa Margarita y con cada éxito del Foreign Office estaba colocando otro barrote en su jaula, y a esas alturas los barrotes estaban tan juntos y se habían vuelto tan numerosos que ya no veía más allá de ellos ni recordaba cómo era el cielo o si quedaba alguien en el mundo que fuera libre.

No había nada insólito en todo eso. Era la verdad, y lo sabíamos desde hacía tiempo y lo habíamos aceptado como el precio que debíamos pagar por el piso bonito y el coche y las buenas escuelas para los niños y los billetes de primera clase para las vacaciones todos los años a la Europa Continental, y por las obras de teatro y los conciertos y el entretenimiento y los placeres de la buena comida y del buen vino. Quizá la sensación de ahogo extraordinariamente real y espantosa que ambos habíamos sentido aquella noche se debiera tan solo a la niebla, que se había colado furtivamente a través de las grandes ventanas para envolverse en las cortinas y pender como un tul en torno a las llamas de las velas. Fuera, en Bayswater Road, la noche era del marrón rojizo de una vaca de Guernsey, y en las aceras la hojarasca parecía una pulpa triste y amarilla, convertida en mantillo por todas esas botas que se dirigían pesadamente a sus casas. ¿Por qué, de repente, tenía que volverse infinitamente deprimente e insoportable que las mujeres llevaran botas de nieve y esos abrigos parduzcos y sin forma que llenarían las calles durante los próximos seis o siete meses? ¿Por qué debía hacerla llorar a una que la sal estuviera demasiado húmeda para echarla? Quizá si en aquel momento hubiera reprimido el impulso masoquista que me llevó a sacar la caja de diapositivas que habíamos tomado en nuestras vacaciones en Grecia en primavera…, las islitas

flotando mágicamente en un mar añil, los tiesos cipreses recortados contra los cielos color perla de primera hora, las cúpulas rosadas, las altas columnas de azafrán, los tres burros en una colina a mediodía, vadeando entre flores carmesí… Quizá si aquel día no nos hubiéramos encontrado, por casualidad, a un amigo recién llegado de Grecia que me había pedido que fuera a la BBC a oír un programa de radio que había hecho sobre la pesca de esponjas en la isla de Kálimnos…

La idea brotó como una estrella, tan simple y brillante y hermosa que durante unos instantes solo pudimos mirarnos presas del asombro. ¿Por qué narices no deberíamos ir, sencillamente?

De modo que eso hicimos.

Para comunicarnos solo disponíamos del lenguaje de signos, y teníamos una cuenta bancaria en la que no queríamos ni pensar. Aun así, nos parecía que podríamos aguantar un año si íbamos con cuidado y nos manteníamos sanos. Llevábamos una temporada publicando más o menos una novela al año, sin demasiado éxito, pero creíamos que tal vez nos sería posible vivir de lo que escribiéramos cuando se nos acabara el capital.

Kálimnos parecía un buen lugar porque tenía una historia interesante en la que podíamos ponernos a trabajar de inmediato como póliza de seguro para el año siguiente. Y si no salía bien…

Pero por supuesto que iría bien. Una vez tomada la decisión, creer que no iba a salir bien era imposible y del todo inconcebible.

—Sois un par de críos románticos —nos dijo un amigo—, y sin duda viviréis para lamentar esto. Por otro lado, creo que, aunque las sirenas son mudas, cualquiera, una vez en su vida, debería ir hasta el mar y esperar a ver si las oye.

—¡Eh, mamá! ¡Mamá! —me susurró insistentemente Martin al oído, con los ojos azules llenos de asombro esperanzado y la boca luciendo la sonrisita de desprecio de los desencantados—. Lo de las sirenas, ¿lo dice en serio? ¿O es solo una forma de hablar de los adultos? ¿Hay también sirenas en Grecia, aparte de burros y las salchichas más largas del mundo?

—Tonto —soltó Shane, adormilada—, hay sirenas en todas partes.

—Oh, ya sé que no son reales —se apresuró a decir Martin, con la arrogancia de la decepción—, salvo, quizá, alguna excepción. Mamá, ¿es posible que aún haya alguna excepción?

Ah, pero ¿cómo decirle a Mike el Americano, bajo la casuarina, que andábamos buscando una sirena? Cómo explicarle que estábamos hartos de la civilización, hartos del asfalto y la televisión, que habíamos perdido el norte y sentíamos una especie de vacío que no habíamos podido llenar con bienes materiales. Habíamos acudido a Kálimnos en busca de una fuente, una maravilla o una señal que nos reafirmara en nuestra humanidad.

—Bueno, verás, señor George, a estos tipos de aquí les hace gracia, pues toda esta gente no desea otra cosa que marcharse de Kálimnos. Todos quieren llegar a Australia. No quieren seguir pescando esponjas: aquí no hay otra cosa que esponjas, señor George.

Le dijimos a Mike que ambos procedíamos originalmente de Australia.

—Sí, ya lo sé, señor George. Manolis me lo contó. Me dijo que podéis redactar el permiso.

Y dale que te pego.

—Bueno, si no podéis redactar el permiso, quizá podríais dejar que uno de estos tipos viva en vuestra casa cuando llegue allí.

—Pero no tenemos una casa allí.

—¿Dónde está vuestra casa entonces? ¿Está vuestra casa en Inglaterra?

—No tenemos casa. No tenemos casa en ninguna parte del mundo. Nuestra casa es esta amarilla que alquilamos ayer durante todo el tiempo que podamos pagar el alquiler.

Y ahora sé que esto es algo que un griego nunca entenderá. Pues nosotros somos los nuevos nómadas, los del siglo XX, que vagamos por la tierra con nuestras raíces a rastras, con posesiones portátiles, con moradas temporales. No son para nosotros el registro parroquial, el desván abarrotado, los muebles de la abuela, el campo plantado para la siguiente generación, la cripta familiar y los gusanos ancestrales. Pagamos semanalmente por el espacio que ocupamos en el mundo, desde el momento en que abrimos los ojos en la sala del hospital hasta el momento en que los cerramos en la casa alquilada.

Mike el Americano estaba haciendo malabares con su *comboloi*. Los tres pescadores de esponjas nos sonreían con expresión alentadora. Una niñita descalza se había acercado con sigilo a mis espaldas para tocar la tela de mi falda.

—Vale, señor George —dijo Mike finalmente, y sonrió—. Tú solo dile a cualquier tipo de aquí qué quieres, y él te lo conseguirá.

Tuve la sensación de que habíamos superado por los pelos una prueba importante.

3

Kálimnos solo se mostró gradualmente. A primera vista, parece mucho más grande de lo que es en realidad, en parte porque la solidez de las escarpadas montañas que rodean la ciudad como los muros de una prisión parece más propia de un paisaje extenso, y en parte porque la actividad del puerto rebosante de caiques y el constante ajetreo en el amplio y bullicioso paseo marítimo crean un ambiente comercial casi metropolitano según los estándares del Egeo.

Mirando hacia abajo desde nuestro balcón no costaba demasiado creer que aquel era uno de los puertos más activos del Egeo. Resultaba más difícil creer que los espectaculares acantilados que se alzaban a pico desde el mar no fueran, al fin y al cabo, las murallas de un continente, sino tan solo los desmedidos confines de una islita de quince kilómetros de largo y, en su parte más amplia, menos de ocho de ancho. Y no era hasta mucho después cuando una reparaba en el vacío atroz que se extiende tras ese muro circundante de roca: en las tierras altas, desoladoras y pedregosas, plagadas de líquenes, y solitarias, donde jamás crecerá ningún árbol e incluso la escasa y áspera vegetación debe luchar por sobrevivir entre las rocas.

Las gaviotas se enzarzan en quejumbrosas peleas en torno a los caiques fondeados, pero en lo alto, sobre un enorme peñasco colmado de cicatrices que sobresale sobre la ciudad, un águila solitaria pende con sus rígidas alas como un arañazo en el cielo. Más allá de los cafés abarrotados de gente, nada existe. De debajo del balcón llegan los suaves chasquidos de las ristras de cuentas amarillas de los jugadores. Es un sonido relajante, perezoso, y tras él yace suspendido un silencio eterno.

Cuesta creer ahora que esta fuera antaño una isla de bosques y ríos, de arboledas y cañadas umbrías. Aparte de espinos, no quedan matorrales, pues los siglos de ocupación de los turcos deforestaron la isla de modo tan implacable como una plaga de langostas. Resulta imposible adivinar cuánta gente vivía aquí antes de esa ocupación, pero a principios de este siglo la isla tenía una población de treinta mil habitantes que vivían satisfechos, en paz y con prosperidad. Hoy en día son menos de catorce mil, y, si bien la fecundidad de las esposas de

Kálimnos es digna de asombro, la despoblación de la isla continúa avanzando a una velocidad alarmante. Actualmente los hombres jóvenes abandonan Kálimnos al ritmo de varios centenares al año. Resulta fácilmente concebible que en el término de una generación todo llegue a su fin: la isla habrá muerto, virtualmente deshabitada, víctima de este siglo, el más devastador de todos.

La flota de la pesca de esponjas, ya condenada a muerte por culpa de las esponjas sintéticas, es lo único que sostiene el modelo tradicional, preservándolo en un estado de supervivencia desesperada. Y la vida discapacitada y terrible de los pescadores es lo único que pospone por un breve periodo de tiempo —¿cinco años?, ¿diez?, ¿veinte?, no puede ser mucho más— una muerte certera.

Es una isla condenada, una isla en suspenso.

Recuerdo que, al día siguiente de que George y yo hubiéramos oído el programa de radio de nuestro amigo en los estudios de la BBC, mi vecina Jo y yo habíamos cruzado Bayswater Road con los niños, los suyos y los míos, para captar los pocos y leves destellos del sol de otoño que se filtraban a través del dorado vaivén de las hojas. Sentados en una manta extendida sobre la hierba húmeda de los jardines de Kensington, yo les había hablado de Kálimnos y de nuestros planes de ir allí.

Había ovejas pastando en la ladera que desciende hasta el lago Serpentine, y de los montones de hojarasca ardiendo se elevaban volutas de humo azul. A orillas del Round Pond, tres caballeros ancianos con casacas de equitación y botas de agua trajinaban con los aparejos de sus maquetas de barcos. Una diminuta mujer con cara de feto y la mirada fija y asustada de un lémur, y con la cabeza envuelta en un pañuelo, se deslizaba entre los moribundos olmos en el extremo de las tensas correas de tres babeantes perros bóxer con collares tachonados y abrigos a cuadros escoceses. Y en los senderos, las niñeras iban y venían, enérgicas y bien calzadas, empujando erguidas y resueltas las carabelas encorvadas que contenían en su interior a los rosados y regordetes herederos de Inglaterra, tomando el aire antes de una nutritiva merienda en el cuarto de los niños.

Yo observaba la cara joven y franca de Jo con sus grandes ojos color avellana muy atentos y clavados en los míos; tras ella estaban los dos preciosos bebés con sus leotardos y abrigos de calidad compartiendo galletas y sándwiches de Marmite sobre una manta peluda junto al cochecito alto y negro; Shane, con su figura menuda y rechoncha bajo la trenca, movía lentamente a sus muñecas de aquí para allá por el sendero, mientras Martin, bajo los castaños, recogía sus frutos con gesto aburrido.

¿De veras había en alguna parte una roca alta y ardiente en la que no crecían árboles, donde los niños pasaban hambre y los hombres se

veían obligados a arrancar el amargo sustento del lecho marino? ¿O su silueta, las piedras desnudas rodeadas de mar, el miedo y la desolación estaban únicamente en mi cabeza? El día anterior, un disco negro había girado a sus calculadas revoluciones en el sótano insonorizado de la BBC entre interruptores, diales y bombillas rojas, y Kálimnos había estado en efecto ahí durante media hora, con su crudeza rasgando el suave y sedoso tejido de la narración.

Entre los rojos y los dorados y las flotantes nubecillas de humo de una familiar tarde londinense, no dejaban de obsesionarme unos hombres tullidos con gorros de buzo, las voces tristes y estridentes de unas muchachas que cantaban.

Los hombres tullidos nunca caminan por parejas, es lo primero en lo que te fijas al llegar: se abren paso a solas y con dificultad por las calles y entre las mesas de los cafés junto al mar o renquean obstinadamente entre los más fuertes. Hay algo extraño, furtivo y airado en su modo de evitar a los demás tullidos, algo que casi raya en los celos, como si en las huellas terribles dejadas por el sufrimiento hubiera asimismo una intimidad compartida con esa amante cruel y apasionada que los ha rechazado, pero todavía los retiene. ¡Yo, Talasa! ¡La mar! ¡La mar!

Nadie parece saber exactamente cuántos pescadores de esponjas tullidos hay en esta extraña ciudad. Trescientos, dice uno; un millar, dice otro. Pero todos los años el mar manda de vuelta a ocho o diez más, o quince, paralizados por las grandes presiones azules de las profundidades silenciosas del océano.

Hay algo aterrador en ese dominio del mar sobre los hombres. Da igual si son audaces o cautelosos, jóvenes o entrecanos. Se sumergen en los bajíos o en aguas profundas, unos protegidos por trajes de goma y cascos de cobre, otros con un curioso y diabólico atuendo a base de mallas y corpiño negros y una máscara extraña; otros incluso, desnudos como vinieron al mundo, aferran una piedra grande que les permita hundirse. Tienen teorías y sistemas propios para burlar al «mal de presión». Les encienden velas a los santos Stefános, Nikolás, Mikailis, Georgios, Demetrios. A la diosa mar le da igual. Si no puede matarlos, o decide no hacerlo, les torcerá una pierna, solo un poco, para demostrar quién está al mando de la situación. Y luego también ellos podrán cojear por las serpenteantes calles con un niño con la cabeza rapada a sus espaldas, cargado con la cesta del pescado que han de vender, o con seis huevos en un pañuelo y una bolsita con números de rifa escondida bajo la axila donde la policía no pueda encontrarla..., meter la mano cuesta un dracma, solo un dracma para ganar huevos frescos...

Ahora conocemos a muchos de esos lisiados, desde el viejo Emmanuele Manglis, el decano de los buzos, que quedó paralizado a

una edad avanzada —en una inmersión que cualquier niño en su primera clase podría haber llevado a cabo—, hasta Panorimides Katapoulis, de dieciocho años, que fue víctima de la parálisis unas semanas después de nuestra llegada en la última inmersión del último día de su primera travesía.

Panorimides procede de una familia de buzos (su padre se ahogó buceando ante las costas de Chipre hace tres años), lo que supone una gran familia, si bien la de Panorimides, con ocho hermanos y tres hermanas, es más extensa que la mayoría. Ahora, hasta que los demás varones alcancen la edad suficiente para ello, solo un hermano, Themoli, podrá salir a pescar esponjas.

Desde el balcón de nuestra casa amarilla vimos a Panorimides caminando por primera vez desde que saliera del hospital. Recorrió el paseo entero que separa los cafés del puerto con su hermano Themoli a un lado y otro muchacho con gorro de buzo al otro. El bastón curvo le colgaba del brazo porque aún no le había cogido el tranquillo. En lugar de usarlo se aferraba al brazo de su hermano, y cuando pasaron por debajo de nuestro balcón vimos cómo temblaba el brazo de Themoli con la presión de aquella mano airada de nudillos blancos, y la ferocidad en los ojos de Panorimides mientras intentaba mover la pierna inútil.

Con torpeza y suavidad, lo obligaron a darse la vuelta bajo nuestro balcón y los tres volvieron por donde habían venido. Tardaron un cuarto de hora en llegar al monumento a los caídos en la guerra, pero siguieron caminando por en medio de la calle, sin mirar ni a derecha ni a izquierda y sin hacerles el menor gesto de saludo a los paseantes que observaban con interés sus progresos. Me quedé allí de pie en la ventana, llorando, hasta mucho después de que hubieran desaparecido de mi vista: los dos muchachos bien erguidos con sus gorros negros de buzo y el chico torcido al que sostenían entre ambos, el chico que ya no llevaría nunca más un gorro de buzo. Esa fue una de las pocas veces en que pensé que tendría que marcharme de Kálimnos.

Otra cosa en la que te fijas cuando se trata de los tullidos es en que no pueden permanecer alejados del mar. En las zonas más altas de la ciudad, donde viven casi todos porque es el barrio más pobre, las casas son pequeñas, acogedoras y de vivos colores, y uno puede estrecharle la mano al vecino a través de la ventana. No hay calles, solo peñascos sueltos y fisuras en la arcilla erosionada y terreno montañoso y agrietado por el que caminar, con un par de burdos peldaños cavados en la roca aquí y allá en los sitios realmente escarpados. Pero ellos bajan de allí, jadeando, trastabillando y apoyándose en paredes y puertas y peñascos para mantenerse en pie, en su doloroso camino hasta los muelles. Durante el día se les puede ver en los cafés a orillas del mar, siempre a orillas del mar, vendiendo pescado o los quesos

blandos y envueltos en hierbas de Kálimnos, o naranjas, tabaco o cacahuetes. Por las noches renquean por las tabernas del puerto y en ocasiones dejan sus bandejas cigarreras y se toman un par de vasos de *retsina* con los hombres que todavía llevan gorros de buzo y tienen dos piernas sanas bajo la mesa, los hombres que beben y juegan durante todo el invierno y a veces derraman furtivas libaciones bajo la mesa antes de levantar los vasos… Y digo yo, ¿libaciones en honor a qué?

En cierta ocasión, al anochecer, vi a un hombre con bastón apoyado en la barandilla del puerto mirando hacia el mar. Tras él, un niño rapado, en cuclillas junto a un cesto de calamares empapados, torturaba a un par de cangrejos para pasar el rato. Una mujer flaca con un vestido de retales estampados y un pañuelo en la cabeza blanco y limpio esperaba en silencio junto a él. Era un hombre alto, de hombros anchos y una cabeza regia y canosa, y permaneció allí apoyado en la barandilla durante una hora o más, simplemente contemplando el mar. Estoy segura de que no veía los caiques que llegaban ni los que zarpaban, ni el *Dodecanissos*, que arribaba resoplando, procedente de Symi, para atracar en el muelle largo donde lo esperaban los hombres de las carretillas. Él contemplaba el mar, solo el mar, como si al mirarlo el tiempo suficiente y en silencio, con unos ojos que ya no albergaban ira ni amargura, ni siquiera resignación, pudiera encontrar, por fin, la respuesta a todo.

—Bueno, ya tengo mis papeles —nos dijo el chico pecoso de veinte años que se nos había unido a la mesa del café—. Me mandarán un telegrama cuando tenga que ir a El Pireo. Dentro de cinco semanas más o menos estaré camino de Australia.

—¿Y eso de verdad te pone tan contento? —preguntó George.

—Bueno —repitió el chico como quien no quiere la cosa—, me alegro de que todo se haya arreglado antes de tener que apuntarme a otra temporada de pesca de esponjas. Hay mejores formas de ganarse el pan. Esto del buceo no es una buena vida.

Dionisos, el pescador tullido, renqueaba entre las mesas luciendo un estrafalario surtido de sandalias y ropa para niños, manteles y jerséis de mujer en perchas de madera y pregonando los méritos de una tienda que acababa de abrir en el callejón junto a Agios Christos.

El chico pecoso se volvió para no mirarlo y apuró de un sorbo la tacita de café, y al hacerlo tiró mi pitillera al suelo. Me agaché para recogerla y, debajo de la mesa, lo vi mover las piernas una contra la otra, como para asegurarse de que aún podía hacerlo.

4

Como puesto de observación para escritores, la casa amarilla no podía haber contado con un emplazamiento más estratégico. Los mástiles de los *taramades* fondeados —los elegantes barcos de Kálimnos para la pesca de esponjas— parecían apoyarse en nuestras ventanas. Todas las mañanas, nos despertábamos con los sonidos y olores del mar, y con escenas de barcos, montañas, nubes y cielo enmarcadas en blanco. Los reflejos del agua se proyectaban ondulantes en nuestro techo alto, blanco y con motivos decorativos de formas romboidales. Y por la *platía*, bajo nuestro balcón, todos los días pasaba Kálimnos entero como si se tratara de una inspección: capitanes y buzos, compradores y vendedores de esponjas, marineros y pescadores, que se dirigían hacia los cafés y tabernas y mesas de juego dejando atrás los indolentes barcos amarrados en el puerto para pasar el invierno; sus ajetreadas esposas, con pesados faldones y cofias negras, como mujeres medievales, que cruzaban al vuelo la *platía* con vasijas de agua, cestas del mercado, ristras de pescado, haces de leña o virutas de madera de las carpinterías, tablas de cortar repletas de pan recién horneado; hombres de las montañas, vestidos con extraños atuendos, que conducían ovejas desgreñadas y flacas al matadero; niños descalzos enfrascados en infinitos y complejos juegos con piedras y palos y pequeños montones de almendras; jornaleros que se afanaban con las varas de grandes y aparatosos carros de dos ruedas cargados con harina, madera, bidones de petróleo o cajas de esponjas; vendedores ambulantes que vociferaban sobre los beneficios de sus artículos comestibles con nombres mucho más exóticos de lo que eran en realidad: *¡octopodes!*, *¡marides!*, *¡pastelia!*, *¡baklava!*, *¡portokalia!*, *¡psaria fresca!*, *¡marula!*, *¡fistíkia zestós!*, *¡fratsolakia!*, *¡yaurti!*, *¡galactobúreco!*

La planta baja de nuestra casa se había convertido en una sala para cortar esponjas, donde veinte hombres con grandes cizallas negras se pasaban el día entero sentados y medio sepultados entre los montones de suaves esponjas amarillas que olían a mar, recortándolas para darles formas redondeadas y lisas.[1] Sin necesidad de movernos de la casa podíamos observar una muestra representativa de la totalidad de las actividades de Kálimnos, de todo el movimiento que se producía en el

puerto, la calle principal, las diferentes casas que había enfrente y en diagonal con respecto a la nuestra, las incontables cafeterías, tabernas, tiendas y panaderías tras la hilera de tamariscos.

Decir que no éramos conscientes de todo esto, o que no lo agradecíamos, no sería cierto. Pero dado que este capítulo va a contar sobre todo los inconvenientes, debo afirmar, de forma categórica, que desde el momento en que llegamos a Kálimnos supimos que superaba todas nuestras expectativas. Nunca, ni siquiera en las profundidades más abismales de nuestras desdichas, anhelamos cambiar nuestra árida roca por una de las islas más bondadosas donde crece el loto. En Kálimnos no crece el loto; ni de hecho mucha cosa más.

En realidad, desde el principio, fue evidente que la buena gente, que con tanto fervor nos había insistido en la naturaleza primitiva de las condiciones de vida en Kálimnos, tenía toda la razón. Si bien no acababa de ser el culo del mundo —como George había afirmado en un momento de profunda desesperación—, la naturaleza misma de nuestras primeras preocupaciones hizo posible que llegara a esa conclusión. Pues la casera, tras guardarse el alquiler del primer mes en un bolso enorme de imitación de cocodrilo y colmar de besos a los adorables pequeñines, se fue en plena oleada de efusividad sin decirnos que no solo la cisterna estaba averiada.

Descubrimos la inutilidad del váter cinco minutos después de caer en la cuenta de que dos de las habitaciones eran inhabitables. Había llovido mucho durante la noche (los pósteres bañados por el sol que atraen a los turistas al Egeo no tienen en consideración el mes de diciembre) y nuestro equipaje, amontonado descuidadamente en una habitación vacía, pendiente de la llegada de los prometidos armarios, estaba completamente empapado. Aún se colaban chorretones de barro a través de una claraboya rota y de diversas grietas que había en el techo. Otra sala vacía, eufemísticamente denominada «el comedor», se hallaba en un estado aún más apocalíptico. Un lago en expansión en el que flotaban simbólicamente trozos de esponja rodeaba la maltrecha mesa y cuatro sillas endebles que habían sido colocadas con precisión en el centro de la sala, y pequeños riachuelos se escabullían hasta el rellano, formando tristes goteos en las escaleras. Grandes manchas de humedad habían empezado a rezumar en las gruesas paredes de piedra, y cada vez que cruzaba aquella habitación esperaba encontrarme con malévolas formaciones fúngicas. Además, allí dentro hacía un frío tremendo.

Todos habíamos dormido vestidos esa noche —y no con la cantidad de ropa habitual, sino con capas y más capas—, acurrucados bajo los abrigos sobre los duros somieres de hierro porque no estaba prevista la entrega de las mantas hasta el día siguiente. Llegados a ese punto estábamos entumecidos, nos dolían los hombros y la espalda, y

nos producían cierta desesperación nuestros intentos de despejar la casa de los cientos de niños interesados que estaban arremolinados, desde el amanecer, en los umbrales y en las barandillas de las escaleras. Había críos rapados con bandejas cigarreras y críos con cestas de cacahuetes y críos también con bandejas de bollos y pastelillos de miel y niñas menudas de ojos oscuros con el cabello apelmazado y los pies descalzos y bronceados, que ya habían cautivado a Martin y Shane y se los pasaban de una a otra con expresiones de alegría. Mi desesperación no disminuía en modo alguno ante las abominables sonrisitas en los rostros de mis niños y tampoco al ver cómo se llenaban los bolsillos de canicas, higos secos, cacahuetes y caramelos medio masticados, e incluso dracmas que les insistían en aceptar.

También descubrí con cierto asombro a tres mujeres con vasijas de agua que discutían a gritos en la cocina, mientras una cuarta reunía y recogía en una sábana la ropa chorreando que habíamos rescatado de las maletas empapadas en la habitación contigua. Las cuatro llevaban idénticas faldas largas y negras, delantales a cuadros y pañuelos negros, pero mientras que las tres de la cocina estaban enormemente gordas y hacían un ruido indescriptible, la de la habitación era muy flaca y silenciosa. Mientras los tres mastodontes de negro discutían y gesticulaban y apelaban a mí, a George, a los niños reunidos y al cielo, ella seguía recogiendo la ropa, chasqueando la lengua discretamente para sí mientras examinaba cada prenda dañada.

—¡Ay, por Dios! —exclamó George, agarrando a un crío con una bandeja cigarrera de entre las hordas en el pasillo—. ¡Manolis! ¿Me entiendes? ¡Manolis!

Me percaté de que George había reparado de repente en un hecho que cada vez era más recurrente: Manolis estaba siempre ahí, excepto cuando lo necesitabas.

—¡Manolis! —repitió, poniendo los ojos en blanco con un gesto de exasperación.

El crío sonrió, luego sorbió entre dientes ahuecando las mejillas e hizo un mohín que dejó a la vista un diente que presionaba el labio inferior. Se encorvó hacia delante e hizo un ademán grandilocuente con todos los dedos de una mano extendidos. Fue un gesto perversamente ingenioso, y estallaron carcajadas por todas las escaleras.

—Sí —repuso George con cansancio, y acercó dos sillas al borde del lago.

Nos sentamos y esperamos. No parecía que hubiera mucho más que hacer.

Al cabo de un rato, la mujer flaca vino desde la otra habitación y cerró la puerta suavemente al deprimente espectáculo de nuestra Atlántida privada. Dejó el hatillo de ropa en el pasillo y se dirigió con

paso enérgico a la cocina, para reaparecer unos instantes más tarde con una vasija de agua sobre el hombro. Nos miró y asintió con la cabeza y luego bajó las escaleras con calma, abriéndose paso con sigilo entre los niños. Las otras tres mujeres bajaron tras ella, pero con gesto airado, con las faldas meciéndose y los hombros echados hacia atrás con indignación. Llegaron abajo y desaparecieron de nuestra vista, hundiéndose como viejos galeones. Se llevaron sus jarros de agua consigo.

A los cinco minutos, apareció Manolis con sus dos tímidos sobrinos dos pasos por detrás de él en gesto de deferencia. Tras ellos venía Mike el ingeniero arrastrando los pies. Los niños les pisaban los talones. Nos dirigimos en solemne procesión hasta el excusado.

—Mi queridos hermano y hermana —dijo Manolis encogiéndose de hombros con gesto displicente—, esto no es nada. ¡Nada! Aquí todo está igual.

—No funciona —explicó George en voz baja—. Nada funciona.

—*Po po po pó!* —murmuró John, el más alto de los dos sobrinos, con tono de asombro, trazando con la mano derecha reverentes círculos ante su pecho—. *Autó einái polí palió!*

—El señor John dice que este trasto es muy viejo —tradujo Manolis—, un artículo muy antiguo. Pero no es nada, mi hermano y hermana. Aquí todo está igual.

—*Po po pó!* —confirmó el señor John mirándonos con unos compasivos ojos castaños.

—El señor John dice que mucho mejor si se compran uno nuevo.

—¿Y por qué el señor John no dijo nada ayer, cuando estaba aquí la maldita casera?

Cuestionado airadamente por Manolis, que trataba a ambos jóvenes como si fueran críos incorregibles, el señor John extendió las manos abriendo los brazos. Sus ojos expresaban tristeza, pero tenía la boca ligeramente crispada.

—*Dropí* —murmuró.

—¡Bah! —gruñó Manolis levantando una mano como para pegarle —. Ahora dice que le da vergüenza.

El otro sobrino, un muchacho menudo y elegante de tímidos ojos marrones, espesas pestañas y unas bonitas manos de aspecto delicado, dijo con cautela:

—El señor Michael dice que ustedes no les preguntaron ayer. Si le preguntan, él les dice rápidamente que esto no está bien. —Manolis consideró el despreciable objeto durante unos instantes, pensativo y levantando una mano para pedir silencio, y luego añadió—: Mis queridos hermano y hermana, mucho mejor si buscáis uno nuevo. Eso me parece.

—¡Por dios, Manolaichi! ¿Por qué van a querer andar gastándose

su dinero? —dijo Mike el ingeniero, que más tarde sería distinguido con el apelativo de Mike el Americano, y nos guiñó claramente el ojo arrugando la carita de mono sardónico—. Esa gorgona ya le está cobrando suficiente alquiler a esta gente. ¡Ve y dile a ella que compre uno nuevo!

Manolis se encogió de hombros con gesto de impotencia.

—*Dropí* —dijo.

Un niño que estaba en las escaleras, un crío con algún tipo de pasta blanca apestosa en su cabeza como una bola de billar para aniquilar los piojos y dos velas de mocos colgando de las ventanillas de su nariz, ofreció voluntariamente información y nos comunicó que la casera había cogido, esa misma mañana, el barco para Rodas. No, dijo otro chico, había ido a casa de su hermana en Vathy, al otro lado de la montaña. ¿O era al pueblecito de Chorio, a tres kilómetros tierra adentro desde la ciudad?

—¡Por Dios bendito! —dijo Mike el Americano, y ordenó a aquel mocoso que lo averiguara, y que se diera prisa.

La casa estaba cerrada con llave, explicó jadeante el crío unos minutos más tarde, con las velas de mocos más largas que nunca. Allí no había nadie.

—Queridos hermano y hermana —declaró Manolis sabiamente—, no creo que volváis a ver a esta mujer en una buena temporada.

Sería su segunda profecía que daba en el clavo. De hecho, no la vimos hasta que llegó el día de pago del alquiler del siguiente mes, y para entonces, en cierto modo, ya habíamos superado nuestras dificultades. Y el hecho de que se hubieran superado en cierta medida era debido al amistoso interés de Mike el Americano, quien, pese a que hacía tiempo que había cejado en el empeño de mantener el modelo de Gary, en Indiana, aún recordaba con cierta desilusionada nostalgia que antaño había vivido en un mundo donde las cosas se hacían de forma distinta.

Le dio vueltas al asunto con la gorra de tela echada hacia atrás y rascándose distraídamente con los dedos el pelo canoso y áspero. Y entonces:

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó, y se le iluminaron los ojillos azules—. Ya lo tengo. No os preocupéis. Voy a arreglarlo muy bien.

Y así lo hizo, hasta límites tan refinados como incluir un cubo con tapa en el que se leía «Bon Ton de maíz al queso, un tentempié delicioso» y un puñado de hojas de laurel aromáticas para colgar del techo.

Eso despertó una furia de celos en el corazón de Manolis. Mucho mejor, dijo con tono sombrío, seguir el consejo del señor John y conseguir uno nuevo. Que el consejo del señor John resultara sensato a largo plazo en modo alguno ensombreció el logro innovador de Mike el

Americano en esas primeras etapas de lo que iba a ser una larga y amarga lucha con las condiciones de salubridad en Kálimnos.

—¡Estos malditos griegos! —soltó Mike con tono imperioso—. ¡No saben nada sobre higiene!

La hermana de la casera, que llevaba gafas de sol y un bolso idénticos, apareció por arte de magia después de que Mike hubo llevado a cabo sus sofisticados preparativos. Se vio conducida con firmeza a una ronda de inspección. Estaba llena de buenas intenciones. ¿Acaso su hermana no nos había prometido que estaríamos tan cómodos como en nuestra propia casa? Lo teníamos todo a nuestra disposición. ¡Todo!

En ese caso, ¿podía darnos más cubiertos para complementar los pocos que nos habían mandado a través de su sobrino? Abrí el cajón de la cocina, aparté los pocos excrementos de ratón que se habían acumulado durante la noche y le rogué que lo viera por sí misma. Había tres cuchillos oxidados (uno con el sello del ejército de Estados Unidos en el mango metálico, otro con una hoja que no estaba hecha de metal sino de una curiosa sustancia elástica que se doblaba al tocarla), dos tenedores (uno de los cuales, por la pérdida de uno de sus tres dientes, se había convertido en una suerte de trinchador de carne) y dos cucharitas negras como el azabache que obviamente se habían dejado caer sobre un fuego ardiente y se habían quedado allí durante días... ¡Probablemente se habían quedado allí hasta que nuestra llegada les había insuflado mayor valía! Un plato solitario y agrietado descansaba en el hueco inferior de un soporte para cuatro, una sartén deteriorada reposaba sobre la chimenea, cual reliquia abandonada de tiempos remotos de mejor calidad culinaria. Había dos vasos de cristal y una jarra de loza bastante bonita a la que le faltaba un asa.

Cómo no, Manolis había dado muestras, una vez más, de su talento para esfumarse al primer atisbo de problemas, y me vi obligada a apañarme lo mejor que pude. He llegado a la forzosa conclusión de que la actriz Lillian Gish era una gran y consumada artista. Hice mímica como si me fuera la vida en ello, contraje mi cara en un abanico de emociones, que iban desde la angustia hasta la sorpresa educada. No logré en ningún momento despertar ni el más mínimo destello de comprensión en mi público.

La llevé de la mano hasta el dormitorio y, cogiendo una de las mantas burdamente tejidas entre los dedos, fingí temblar violentamente: fui presa de espasmos y me castañetearon los dientes. Fue un número para el que no hicieron falta ensayos. Solo había dos mantas finísimas para cada cama, y George y yo aún dormíamos con la ropa puesta y envueltos en los abrigos para que los niños, por lo menos, se libraran de la neumonía.

—¡Brrrr! —solté exagerando las erres entre dientes.

—¡Qué adorables pequeñines!

Lo pronunciaba igual que su hermana y tenía la misma pasión que ella por nuestros niños. Los estrechó con ternura contra su seno. Fue evidente que se afligía por ellos desde lo más hondo de su corazón, pero no porque tuvieran frío sino porque su madre estaba loca.

Igual de inútiles fueron mis esfuerzos por explicarle que los percheros que su hermana nos había proporcionado eran bastante inadecuados. Los armarios no habían llegado (pasaron meses hasta que me percaté de que nunca llegarían), pero el sobrino había traído seis colgadores de bambú, dispuestos sobre una especie de inestable estructura de celosía, que clavó indiscriminadamente y muy arriba en la pared de yeso. La ropa no podía colgarse de aquellos ganchos de bambú, sino que había que lanzarla al aire, pero dado que de todos modos los clavos no se afianzaban en el yeso, y todo el artilugio se venía abajo cada vez que intentábamos usarlo, sus limitaciones técnicas eran el menor de nuestros problemas. Nuestras prendas de abrigo estaban, pues, colgadas de las sillas y los pomos de las puertas. Y las horribles maletas seguían amontonadas en el suelo, aún por deshacer.

Ante el deslumbrante espectáculo del suelo sumergido, repleto de montículos empapados de esponjas como un mapa en relieve de las islas del Egeo, mostró la misma indiferencia. El variado y alegre coro del agua que goteaba, tintineaba y gorgoteaba desde el tejado en una variedad de cuencos, cubos y viejas latas que unos vecinos serviciales habían dispuesto por la casa en los puntos estratégicos más húmedos, debió de ser música para sus oídos, puesto que su sonrisa se volvió, si acaso, más beatífica.

Cuando se hubo marchado, apareció Manolis. Sospecho que había estado escondido a la vuelta de la esquina esperando a que se fuera.

—Mi querida hermana —dijo con calma—, te preocupas demasiado. El invierno pasa muy rápido aquí. Cuando el tiempo sea bueno, el señor John te arreglará el tejado.

(Con la llegada de la primavera y el final de las lluvias, el señor John, en efecto, nos arregló el tejado. Por lo que sé, lo hizo estupendamente. No habrá más lluvias para comprobar su destreza hasta el próximo invierno, y para entonces ya nos habremos marchado. Cuando empezó a hacer calor, también recibimos las mantas adicionales. Es de suponer que la casera ya no las necesitaba. Para entonces, nosotros tampoco. Ahora mismo están dobladas pulcramente sobre las maletas sin deshacer en la habitación que no se usa.)

En aquel momento Manolis no hacía otra cosa que expresar la filosofía egea de *«den peirazei»* o *«avrio»*, que es lo mismo que «mañana», solo que más griego, siendo como es, supongo, la corrupción suprema del clásico y más complejo epicureísmo. Una

acaba por adoptarla por pura necesidad, y lo cierto es que también es una filosofía muy agradable. Pero lleva su tiempo llegar a conocer la sabiduría que entraña. Al principio yo hacía precarios equilibrios entre las carcajadas y las lágrimas, de modo que solo podía sujetarme con fuerza y salvarme como fuera de caer en la verdadera histeria. Aún no era momento de andarse con filosofías.

Todavía nos sentíamos nerviosos, supongo, por las tensiones de los últimos meses. Y detrás de los últimos meses se extendían todos aquellos años de ritmo sin descanso, de esfuerzo sin compensaciones, de taxis y teléfonos y las inexorables agujas en las esferas de mil relojes marcando el paso de nuestras vidas. Aminorar la marcha es más difícil de lo que parece. Me preocupaba demasiado, y seguiría preocupándome todavía mucho tiempo, aunque no tardó en evidenciarse que la filosofía de Manolis era de lo más sensata.

Pues, si bien la casera nunca abasteció del todo nuestra casa, las hordas de mujeres alegres y curiosas que se paseaban por las habitaciones, curioseando y charlando y soltando exclamaciones, asumieron, por lo visto, la responsabilidad de proporcionarnos todo aquello que faltara en cuanto a las necesidades domésticas, propias del hogar.

—¿Qué quiere, Manolis? —pregunté cuando vino la primera mujer y sobre la mesa que tenía delante depositó dos tenedores y una bonita cuchara plateada diminuta sobre un paño limpio y doblado.

—Pues, querida hermana, esta mujer ha mirado en tu cajón de la cocina esta mañana y le ha dado vergüenza que tuvieras tan pocas cosas. No le gustaría que creyeras que todas las mujeres de la isla son como esa rica que no te da ni por lo que has pagado. Le gustaría que le hicieras el honor de usar sus tenedores y la pequeña cuchara que pertenecía a su tatarabuela.

Todas vinieron la misma semana: una con una sartén, otra con un mantel bordado, otra con un plato con el borde azul y un orinal de loza decorado con rosas verdes. Acudieron con trapos de secar, esponjas para el suelo, tazas sin platillos y platillos sin tazas, y ralladores y cucharas y ollas.

«Mi querida hermana, esta mujer dice que espera que seáis felices aquí...», «... está avergonzada de tener solo este plato que ofrecerte...», «... esta mujer sufre porque tú eres una extranjera y teme que estés sola...», «... unos cuantos huevos para los niños y un tarro de tomate en conserva».

—Pero no puedo, Manolis —gemí—. Son todas tan pobres... Apenas tienen suficiente para sí mismas.

—Acéptalo. Acéptalo, mi querida hermana. O creerán que sus cosas no son lo suficientemente buenas y se avergonzarán. Acéptalo. Las hará muy felices.

Quizá recibir supone una bendición mayor que dar. Aquella fue mi primera lección de humildad kalimniana.

Y entonces llegó Sevasti.

Sevasti, podría decirse, simplemente ocurrió. De ningún modo la contratamos. Más bien fue que, con el paso del tiempo, nos hicimos con ella.

Al principio solo era una figura más entre las numerosas mujeres que se paseaban alegremente y con toda naturalidad por nuestra casa, día y noche. Durante las primeras semanas, cuando vivíamos como habitantes de una ciénaga, no era insólito que nos sentáramos a comer bajo las miradas curiosas de una docena de mujeres y niños que se agolpaban en el portal o se quedaban de pie riéndose y charlando detrás de nuestras sillas. Aún recuerdo con un estremecimiento la sensación irreal y terrorífica de despertarme temblando en el amanecer gris y húmedo, y encontrarme que me estaba mirando fijamente una carita sonriente con gruesos mocos amarillos saliendo por las ventanillas de la nariz.

Como he explicado ya, en esa época acudieron las cuatro mujeres con sus vasijas de agua, tres de ellas gordas y una muy delgada. Sevasti era la delgada. Cada mañana entraban en solemne procesión en la cocina, donde dejaban sus vasijas y empezaban a discutir con furor. El origen de su cotidiana trifulca quedaba suficientemente claro, pero puesto que los matices más sutiles se me escapaban y eran motivo de distracción para el resto de mis huéspedes que se hacinaban anhelantes en la cocina para aconsejar, exhortar, aprobar o refutar, me sentía inclinada a dejarlas con lo suyo y, como santo Domingo, permitir que fuera Dios quien juzgara.

A diferencia del trío corpulento, Sevasti nunca discutía ni perdía el tiempo en expresar sus exigencias o méritos. La segunda mañana apareció con el fardo de ropa que se había llevado el día anterior. Aunque maravillosamente lavada, aún estaba un poco húmeda porque había llovido todo el día y toda la noche. Me hizo saber mediante señas que la había planchado cuanto había podido. A mí eso ya me pareció suficientemente milagroso, pero las tres competidoras corpulentas hicieron un inmediato llamamiento a los testigos para que declararan que ellas podían hacer la colada infinitamente mejor, que podían secar la ropa. Imperturbable, Sevasti se llevó la vasija roja de la cocina y volvió unos minutos más tarde con ella llena de agua potable. Dos niñitos aparecieron tras ella, uno con una lata de queroseno llena de agua del pozo para fregar los platos, el otro llevando orgullosamente un cubo de agua de mar para el retrete.

A continuación, Sevasti quitó las colchas de las camas, las sacudió sobre las escaleras, las dobló pulcramente y dio la vuelta a los

colchones. Mientras las otras tres señoras comentaban aparte con rabia que aquella era una forma bien descuidada de hacer las camas, Sevasti se había arremangado la falda sobre una vieja enagua de color rojo que ondeaba en torno a sus piernas delgadas y se había puesto a cuatro patas para enjuagar el agua de las habitaciones inundadas con un manojo de esponjas. La tercera mañana, sacó de un insospechado pero espacioso bolsillo de esa misma enagua roja un puñado de clavos y, con una piedra que encontró en la cocina, los clavó en hilera a lo largo de un tablón de madera en el pasillo y luego colgó pulcramente nuestros abrigos.

La cuarta mañana, el bolsillo de la abundancia de la enagua roja contenía un buen trozo de cuerda resistente y, usando de nuevo la piedra a modo de martillo, montó un tendedero de cuatro tramos de un extremo al otro de la habitación sobrante, muy por encima de la marca de la marea. A los pocos minutos, vestidos, chaquetas y camisas estaban fuera de las maletas y colgados por la habitación.

La quinta mañana, mediante ese proceso de guerra de desgaste silenciosa, había desbancado por completo a sus competidoras. Se marcharon, sin dejar de protestar, con sus vasijas al hombro y sus méritos aún por demostrar. Sevasti.

Nos ha poseído desde entonces. Por la mísera cantidad de cincuenta dracmas semanales —y no hay quince chelines que se hayan gastado nunca con mayor satisfacción—, Sevasti es nuestra y nosotros somos de Sevasti. Y siendo de Sevasti también somos propiedad de sus hijos: Fotini e Irini, que son guapas; Maria, que no lo es; Georgia, que aún va al instituto y es lista, además de guapa; y el pequeño Georgios, que vino al mundo a modo de recompensa tardía solo para encontrarse con que su nombre ya se había otorgado a la última de la larga lista de decepciones femeninas. Sevasti, rebosante de alegría, lo había llamado Georgios de todos modos.

Creo que a Donatello le hubiera gustado esculpir a Sevasti, trazando profundamente las arrugas en su rostro delgado y ladeándole la cabeza de forma que los pliegues coriáceos de su mejilla otorgaran mayor realce a su preciosa y fina nariz y a la planicie de su frente. Su sonrisa es encantadora pese a los tocones de dientes rotos y los huecos de encía rosa y brillante, y sus manos son verdaderamente maravillosas. Y a pesar de las marcas de evidente sufrimiento —las huellas en su piel del saqueo de su tierra por parte de los alemanes, su destrucción definitiva a causa de las bombas británicas, el hambre que casi la mata y el vuelo a Turquía, la vida de nómada de una refugiada en Palestina y Egipto—, a pesar de su dulzura inherente, apacible y encantadora, Sevasti lleva en su interior una chispa de rebeldía canalla. Es evidente en su propia manera de llevar la toca, no demasiado ceñida a la frente y la barbilla como las demás mujeres, sino medio suelta y

floja en la coronilla, con los extremos siempre sueltos y aleteándole sobre los hombros. Es esa rebeldía la que la lleva a deshacerse de los envases vacíos de la casa mediante un juego disparatado de lanzamiento desde el balcón, con George como compinche, y boyas del puerto, caiques e incluso peatones fortuitos como blancos. Rompe las asas de las tazas y los bordes de los platos al ritmo de tres o cuatro a la semana.

Pero cuando Sevasti está en las montañas, temporalmente liberada de los problemas de un marido enfermo incurable, cuatro hijas sin dote y su propia obsesión de darles una educación a cada uno de sus cinco hijos, parece alguien a quien le haya sido conmutada una pena. Brinca de roca en roca con las faldas aleteando y los extremos de la cofia desparramados a la espalda. Arranca flores, hierbas, frutos sin madurar y espigas verdes de trigo como si no fuera a ver esas cosas nunca más. Tengo la irresistible sensación de que no hay montaña lo bastante alta para ella, ni siquiera la cumbre lejana e inhóspita donde está encaramada la iglesia de Elías el Profeta como guano caído del cielo. En las montañas, Sevasti echa a volar, en perfecta armonía con el viento perfumado de hierbas y las cabras negras con sus cascabeles y los desenfrenados arabescos que las raudas bandadas de golondrinas dibujan en lo alto del cielo.

En cierta ocasión, tiempo después, en la soleada calma del convento que se alza entre olivos en las montañas sobre Chorio, en el plácido valle de Argos, Sevasti dijo: «Esta es la vida que me gustaría llevar».

Los cuatro —George y yo, nuestro amigo Yanni y la propia Sevasti — estábamos sentados en la bonita habitación de la hermana Karsiani, una monja de unos treinta años que lucía esa extraordinaria belleza de la calma que a menudo otorga a una mujer la vida en un convento, quizá a modo de compensación. Una joven novicia acababa de llevarse las tazas de café y los altos cuencos blancos en los que habíamos tomado el yogur delicadamente cremoso que hacen las monjas en la lechería del convento. Era la hora de la siesta, y la hermana Karsiani había preparado un lecho para los niños, con sábanas a rayas rosa y mantas tejidas a mano sobre unas maravillosas alfombras listadas en tonos pálidos, en la cama alta de madera y con barandilla que constituye la más preciosa muestra de la arquitectura de Kálimnos. Una vez que se acurrucaron allí los niños, la hermana nos había vertido agua fría en las manos de una jarra blanca con un dibujo de hojas gris plateado y nos las había secado con un paño; luego nos invitó a descansar un poco antes de emprender la larga caminata de regreso a Chorio.

Los niños dormían y en la pequeña habitación reinaba la calma. Los bordados que habíamos estado examinando se amontonaban con

sus vivos colores sobre la mesa en el centro de la habitación, pero todo lo demás era pálido, fresco y tranquilo. Un rayo de sol de primeras horas de la tarde se filtraba a través de las hojas del níspero e incidía de modo curioso en el ojo de un archimandrita fallecido tiempo atrás que nos miraba con el semblante barbudo muy serio desde un sombrío cuadro enmarcado en negro en lo alto de la pared blanca. De vez en cuando, al alzar la mirada, veíamos a una monja con hoyuelos curiosamente recortada en el soleado rectángulo del umbral, sonriéndonos. Sevasti estaba sentada en el armazón de la cama junto al colchón de los niños, con los pies encogidos para ocultar los agujeros en la planta de las medias y una mano nudosa palpando inconscientemente el bulto más cercano bajo las mantas.

Aquel repentino comentario suyo y la nostalgia que transmitía me impactaron profundamente, puesto que, en la quietud y la palidez de la habitación, mi mente también navegaba con inquietud por el canal de la vida conventual. Pero en lo que yo pensaba no era en las frescas y bonitas celdas dispuestas en torno al patio encalado, ni en los senderos entre las flores, ni en el alegre tableteo de los telares de madera o el brillante destellar de las agujas, ni en los saludables olores de la lechería bajo las bóvedas umbrías o la tierra recién cavada en los olivares a golpes de azadón; ni siquiera en el gran pozo oscuro de ciclópeos sillares curvos o en los trozos de mármol pagano incrustados en los muros de la capilla. En lo que yo pensaba era en el pulcro sótano encalado bajo esa capilla, con su osario en el centro, y en la tranquila hermana Karsiani soltando risitas que acabaron en hipo cuando descorrió unas cortinas de gasa para mostrar un estante de calaveras pulidas.

—Esta es la vida que me gustaría llevar —dijo Sevasti—. En una habitación pequeña como esta, tan limpia y tranquila, arrodillándome todos los días ante Dios entre el oro y las flores. Trabajar todos los días en silencio; dormir todas las noches en silencio.

Pero ¿entierran primero los cuerpos?, me preguntaba yo distraídamente, ¿y después vuelven a exhumarlos? O… ¡qué espanto! ¿Les cortan la cabeza y luego arrojan el resto a la fosa?

—Si mi hombre estuviera muerto y no tuviera ningún varón —continuó Sevasti—, mañana mismo vendría con mis hijas aquí y cada una se pondría su hábito y tendría su propia pequeña habitación y…

—¡Tus hijas!

Yanni había estado dormitando, con la cabeza apoyada sobre su mano, en un rincón de la habitación. Se sentó muy erguido, con los ojos muy abiertos, horrorizado, y durante un segundo creí que iba a expresar en voz alta mis pensamientos sobre el estante de calaveras. Pero no, lo que a él le preocupaba era la carne sobre los huesos.

—¡Tus hijas! —repitió, furibundo—. ¿Estás loca, Sevasti? Para ti

me parece perfecto, eres una mujer vieja. —(Sevasti tiene cuarenta y cinco años)—. Pero esas *coritsia* tuyas lo que necesitan es un hombre bueno y fuerte, de una pieza. ¡Unas muchachas sanas como ellas! ¿Quieres matarlas o qué? ¡Mejor clavarles un cuchillo que encerrarlas aquí toda la vida! Échales un buen vistazo a estas monjas… ¡Están enfermas! Todas y cada una de ellas…, ¡enfermas! Sin un hombre, sin un bebé en su vientre, una mujer enferma. No es natural que una mujer se pase el día entero rezando. ¡Por Dios, preferiría que mi Yanoula se casara con el basurero a encerrarla en Argos!

Su vehemencia hizo añicos la serenidad de Sevasti. Estaba muy erguida y rígida sobre el armazón de la cama y tenía sus curtidas mejillas surcadas de lágrimas.

—¡Bla, bla, bla! ¡Eres un bocazas, Yanni! ¿Qué sabes tú sobre el matrimonio? ¿Qué sabe ningún hombre sobre el matrimonio? Vosotros solo disfrutáis de la diversión de ponernos los bebés en el vientre. No tenéis que parirlos, ni alimentarlos, ¡ni llorar por ellos o cruzarles las manitas cuando mueren por no haber tenido doscientos dracmas para un médico! ¿Qué sabes tú sobre lo que desea una mujer? El matrimonio es una esclavitud: eso es lo que es. Es dejarse la piel, acabar con el corazón roto y trabajar de la mañana a la noche. Y ni siquiera puedes dormir decentemente —añadió Sevasti con ironía, enjugándose el rostro con la manga—, porque hay un bebé llorando o bien porque ese hombre fuerte que según tú todas queremos está enfrascado en meterte otro en el vientre. Llevo ya treinta años en eso, lo sé muy bien. El dolor que supone no tiene fin, no hay un momento de descanso.

(Reproduzco esta conversación como si hubiera entendido cada palabra con claridad. De hecho, incluso a esas alturas, supongo que mi griego consistía todavía en unos cuantos nombres y frases y un puñado de verbos que solo entendía en presente, y las conversaciones se mantenían en una mezcla de griego e inglés, muecas, gesticulaciones y buena voluntad. Pero es cierto que con la gente que quieres existe un acervo de entendimiento, comunicación y respuesta que trasciende las dificultades del lenguaje. Sevasti y Yanni, en la habitación de la hermana Karsiani en Argos, mostraban la misma amargura y la misma violencia en sus puntos de vista que un hombre y una mujer en cualquier parte del mundo, en la lengua que fuera, y yo los entendía tan bien como si estuvieran hablando en el cuidadoso inglés de un colegio privado.)

—Bueno —interrumpió Yanni, bastante perplejo e inclinado a mostrarse conciliador—, has tenido mala suerte. Si tu marido no se hubiera puesto enfermo, ahora estarías viviendo a lo grande, con una familia extensa y buenas dotes para tus hijas. Pero ¿cómo sabes si para ellas va a ser así? ¿Te parece bien privarlas de la oportunidad de

descubrirlo por sí mismas?

—Para ellas va a ser exactamente igual —repuso Sevasti con amargura— porque no tienen ni una dote. ¿Qué hombre va a quedarse con una de ellas sin una casa o dinero o algún mueble? ¿Crees que quiero ver a una de mis preciosas e inteligentes hijas casada con algún buzo de tres al cuarto que únicamente se la llevará porque ninguna chica con una dote decente se dignará a mirarlo siquiera y porque necesita una esclava en casa? ¡Antes que eso las encerraría en Argos o las mandaría a los confines de la tierra!

»¡Menudo bocazas, ese Yanni! —me susurró Sevasti indignada mientras ascendíamos con dificultad por el pedregoso camino a través de los dispersos campos montañosos.

Sin el estorbo de cestos o niños, Yanni iba unos cincuenta metros por delante, libre como el viento, subiendo a largas zancadas por el tortuoso sendero con la agilidad de una cabra, su magnífica cabeza morena echada hacia atrás y la camisa verde henchida. El dulce sonido de su canción llegaba flotando hasta nosotras: «¡Ella, Ella! ¡Ven! Deja a tu padre y a tu madre…».

—¿Y su mujer dónde está? —añadió Sevasti, furiosa—. Yo sé dónde: ¡en los lavaderos! No anda brincando por la montaña, con cuatro críos en casa. Además, después de cuatro críos ya no puedes dar muchos brincos. Eso te duele. «Deja a tu padre y a tu madre…» ¡Bah! Más vale ser monja en Argos.

Sin embargo, pese a sus anhelos, la verdad es que no creo que el pequeño y bonito cráneo de Sevasti acabe nunca sonriendo en el estante del sótano de paredes encaladas. La vida de un convento no es para esa mujer. Tengo un recuerdo demasiado vivo de ella en la fiesta del bautizo del primer hijo de su sobrina: una figura que parecía salida de un grabado de William Hogarth a la perfumada luz de los fanales del Egeo, con la cofia colgando de una oreja y alzando una botella forrada de mimbre de *retsina*, llenando las copas a rebosar y marcando el ritmo al son de un *busuki* con su propio y enorme vaso. (No es insólito que en esa ocasión Sevasti se las apañara inexplicablemente para mezclar las botellas de *petréleo* y *retsina*, de modo que los invitados apestaron a queroseno durante días.)

Conservo muchísimas imágenes suyas: burlona, sardónica, apasionada, dulce, gamberra, triste. Pero viva: en cada una de ellas aparece cálida, respirando y muy viva. Puedo verla ahora mismo, colgada como un pterodáctilo de las ramas altas de un almendro, robando frutos verdes para Martin, encaramándose a la tapia del jardín más sabroso de Kálimnos con el fin de coger hojas de parra para los *dolmades* y bajando de un salto con un revuelo de enaguas rojas, dándole un sopapo a Fotini en su preciosa cara como si Fotini fuera todavía una niñita.

Sevasti ama demasiado la vida para retirarse de ella. Le encanta reír, y también las historias subidas de tono y sus propias bromitas sardónicas. (Todos los días durante dos semanas había dejado que George preparara el fuego en la cocina de carbón y lo observaba con perspicacia mientras partía laboriosamente ramitas y hurgaba en la carbonera. Luego lo apartaba sin decir palabra, empapaba un trozo de esponja en parafina, lo encendía dentro de la cocina, conseguía un fuego vivo en diez segundos y volvía en silencio a sus platos.) Adora las interminables trifulcas con Yanni en la cocina. Le encanta jugar con los niños como si ella siguiera siendo una niña también.

Todos los griegos sienten debilidad por los niños. Nuestro mayor problema como progenitores es impedir que nuestros dos hijos acaben malcriados sin remedio. Pero el afecto de Sevasti por Martin y Shane llega al punto de que se muestra feroz y fanática, a la hora de protegerlos, y solícita y tierna como si fueran sus propios hijos.

El horrible día en el que descubrimos que las cabezas de los niños estaban plagadas de piojos, fue Sevasti quien nos tranquilizó, Sevasti quien se inclinó sobre ellos durante horas para quitarles los huevos a golpe de peine y rociarlos de queroseno. Cuando Shane apareció una mañana con la cara de un amarillo brillante y los ojos de color ocre, fue Sevasti quien murmuró: «¡Ah, *crisopea*! ¡No es nada!» y Sevasti quien se ocupó de llamar a un médico, que supervisó la dieta de Shane y le tomó la temperatura con más entusiasmo que exactitud. Y fue también Sevasti quien espantó a las hordas de viejas de negro que irrumpieron en la casa con largos cuchillos de cocina, ansiosas por probar sus propios remedios en mi pobre niñita amarilla.

Por alguna razón que para mí sigue siendo un misterio, todos los niños de Kálimnos contraen la ictericia en un momento u otro. La cura local consiste en cortar la frente del crío con un cuchillo o una hoja de afeitar formando un entramado de tajos «para dejar salir al gusano maligno» y luego aplicar un denso emplasto a base de ajo sobre las heridas abiertas. Montones de niños lucen su trama de cicatrices blancas durante años, como un tatuaje tribal.

La defensa incondicional de Sevasti de los médicos y los fármacos modernos me sorprendió terriblemente cuando por fin comprendí qué pretendían hacer las viejas damas con los cuchillos, porque la propia Sevasti andaba metida en más hierbas milagrosas y pociones mágicas que la vieja Madre Shipton.[2] No fue hasta más tarde cuando comprendí que les había vuelto la espalda a unas convicciones muy arraigadas sencillamente porque no soportaba que le hicieran daño a Shane. De hecho, el remedio del cuchillo no era necesario para los niños —me explicó con tono culpable—, si una tenía el dinero para pagar a un doctor y las medicinas. Pero no tenía sentido llamar a un médico si era un adulto el que estaba afectado. En ese caso solo funcionaría el

cuchillo.

—Si pillas el gusano de la niña —le dijo a George—, te lo sacaré yo misma. Así… —propinó un tajo en el aire con el cuchillo de trinchar—, ¡puf! No será nada. Dos días y volverás a estar bien.

George palideció, e incluso después de que Shane se hubiera recuperado, procuraría evitar a Sevasti. A menudo yo lo veía examinarse los ojos con cautela en el espejito de la cocina, y más de una vez comentó, como quien no quiere la cosa, que su tez siempre tendía a cetrina.

Con la ayuda de una dieta estricta y de los medicamentos prescritos por el médico del barrio, Shane se recuperó en una semana, sin secuelas. Cuando Martin cayó un tiempo después, el sistema ya se había establecido. Las viejas damas se limitaron a usar los cuchillos para pelar hortalizas y cortar pescado, Martin superó alegremente la enfermedad pasando cinco días en cama en una nube de fármacos, y Sevasti, con el fervor de una reformadora, les soltó largas arengas hipocráticas a las ancianas de negro que estaban sentadas con sus vasijas de barro en torno al pozo público.

—Sevasti es buena gente —dice Yanni a regañadientes—, pero le hace falta una pequeña *mácima* —(una lección)— de vez en cuando. No sabe dónde está su sitio. ¿Sabes aquel día en que estuvimos todos en Argos? —(recordarán ese día)—. ¡Pues me pidió que fuera a buscar agua!

—Bueno, ¿y por qué es eso tan terrible? —pregunto, incauta de mí.

—¿Cómo que por qué…? —Yanni se ha quedado sin habla. Sus manos arañan el aire, los ojos castaños miran al cielo con exasperación, traza una cruz de desesperación en la pechera de su raída camisa—. *Pedí mou!* ¡Mi niña! ¿Soy o no soy un hombre?

—Sí, pero si yo te pidiera que fueras a por agua lo harías, ¿no?

—Eso es distinto. Tú eres una dama.

—¿Y Sevasti no?

—*Pedí mou* —explica con ofendida paciencia—. Sevasti es una criada. ¿Está bien que tu criada les pida a tus amigos que traigan agua?

Ahora piso terreno peliagudo. Sevasti es una mujer con cierta educación y algún bagaje cultural. En otra sociedad sería una dama venida a menos. Yanni es un carpintero pobre y prácticamente analfabeto. Aunque supongo que Sevasti es en cierto sentido nuestra criada, como le pagamos una pequeña cantidad al mes, es mucho más que eso. Es el puntal sobre el que se sostiene la casa, y sin ella el inestable edificio doméstico entero se vendría abajo. Admiro profundamente su valentía y su fortaleza, respeto sus opiniones sobre muchos temas y le muestro la consideración debida a una mujer mayor que yo que derrocha encanto y personalidad.

Pero Yanni es también un puntal de la casa. Es el sobrino de

Manolis, el tímido señor John, que acudió primero aquí por órdenes de su tío y después porque le caíamos bien. El delgado y vergonzoso señor John, de ojos castaños, a quien un día empezamos a llamar de pronto por su nombre griego, Yanni, un cambio de tratamiento que inexplicablemente pareció cambiar por completo su carácter. O quizá para entonces empezábamos a depender de él. Al igual que Sevasti, había decidido tomar posesión de nosotros.

A diferencia de Sevasti, no obstante, a Yanni no le pagamos por sus servicios. Si le ofreciéramos dinero, nos lo tiraría a la cara. Y, sin embargo, ¿qué haríamos sin él? Es Yanni quien arregla las puertas y las ventanas que no paran de estropearse, quien forcejea con el recalcitrante retrete y las obstinadas bajantes, quien lleva a cabo pequeñas mejoras en mi cocina, como poner tablas para cortar el pan y rodillos para amasar y una maravillosa fresquera que George dibujó de memoria para él como las que recordaba de su infancia en Australia (un simple pero milagroso artilugio con paredes de arpillera clavada en marcos de madera y, en la parte superior, una bandeja metálica con agua, que se filtra mediante retales de franela colgantes para empapar la arpillera y mantener nuestra comida fresca y a salvo de hormigas y moscas).

Fue Yanni también quien organizó que los niños fueran al colegio, liberándome así de las tres horas por las mañanas dedicadas a supervisar sus deberes y obligándolos a aprender griego. Fue Yanni quien los consoló cuando se les murió el conejo que tenían de mascota y Yanni quien subió a la montaña antes del amanecer para encontrarles otro y quien le hizo una casita con puerta abatible y un tejado a prueba de lluvia para que viviera dentro.

Yanni es el líder de casi todas nuestras expediciones. Sabe de forma instintiva qué andamos buscando y tiene una asombrosa habilidad para desenterrar viejas historias y canciones, y encontrar ancianas que tejen alfombras y banquetes de boda y botellas de ese vino singular y áspero de Kálimnos que tanto cuesta encontrar. Conoce el emplazamiento exacto de la misteriosa cueva de las Siete Doncellas, y, a diferencia de casi todos los lugareños, que lo consideran un lugar malévolo, no teme internarse en sus sombrías profundidades. Fue Yanni quien nos contó por primera vez la historia de los dorios que llegaron a Kálimnos y descubrieron en Argos una antiquísima piedra tallada con la forma de una esfinge. Sabe qué casas contienen los *eikónos* más extraordinarios y dónde encontrar antiquísimas ánforas desenterradas del lecho marino. Conoce el nombre de todas las hierbas que crecen aquí y qué usos se les puede dar. Es muy inteligente, imaginativo, sensible y, a veces, incluso poético. La mirada de sus dulces ojos siempre parece atemperada por la curiosidad y el interés, como si nos contemplara desde su mundo interior y se preguntara qué

demonios ocurre en el nuestro. Pero su lengua es el dialecto tosco y mal articulado de la isla, su gramática es casi insignificante y su vocabulario, limitado. Cuando nos sentamos a tomar *retsina* en torno al mantel a cuadros blancos y negros de la taberna de Skeftarios y Emmanuele Manglis, el viejo buzo, nos cuenta historias de esponjas y tiburones y ciudades bajo el mar en su griego puro y melodioso —Manglis fue universitario antaño y habla la lengua «antigua» de los eruditos—, el pobre Yanni no entiende una sola palabra.

Resulta conmovedor cómo se pone a la defensiva ante su falta de educación y cómo salta a la mínima ante las chanzas mordaces de Sevasti. Ella conoce bien todos sus pequeños orgullos y vanidades y sabe cómo pincharlo hasta conseguir mortificarlo. Y eso, combinado con lo ingenuamente celoso que se muestra de su posición en nuestra casa, como amigo y confidente, la hace a una andarse con pies de plomo.

Me siento tentada de señalarle que Sevasti también es nuestra amiga y de preguntarle qué diablos importa si es él o yo o Sevasti o George o los niños quien llame a la puerta de la granja y pida un jarro de agua. Pero me muerdo la lengua.

Porque en este punto nos enfrentamos a algo mucho más serio y significativo que el amor propio herido de Yanni. Ir en busca de agua es tarea de mujeres; de hecho, cualquier cosa que entrañe llevar una carga es cosa de mujeres, ya sea bajar dando tumbos de la montaña con un quintal de aulaga para los hornos de pan, o arrastrar un baúl marinero hasta el barco de esponjas a punto de zarpar.

Los hombres de Kálimnos, como los antiguos alumnos de Eton, no llevan paquetes: ellos lucen llaveros, juegan con ristras de cuentas o conchas con borlas; a veces hacen girar un clavel entre los dedos o lo llevan, al estilo gitano, entre sus dientes blancos y fuertes. Cualquier cosa más aparatosa la acarrean sus mujeres o hermanas o madres o hijas, que caminan pesadamente unos pasos por detrás, si no por el otro lado del camino.

En un autobús lleno o en un caique que circula entre islas abarrotado como un barco de esclavos, es la mujer quien se levanta para cederle el asiento a un hombre. Nunca olvidaré la expresión de espanto en la cara de George un día, en un autobús atestado, cuando una mujer que debía de tener setenta años, y que encima parecía enferma, recibió una furiosa reprimenda del conductor por no ofrecerle un asiento de inmediato. A causa de su artrítico estado, le había llevado unos segundos levantarse. Su propia expresión, cuando George le insistió en que se quedara sentada e incluso la liberó de sus bultos más pesados, fue de enorme bochorno.

Kálimnos es probablemente una de las pocas islas que quedan donde uno puede ver los hilos desgastados del antiguo patrón, más

antiguo que la Grecia continental, en esencia más antiguo que la propia historia escrita, que se remonta a una época brumosa en que la subyugación masculina a una Madre Tierra todopoderosa condujo a una revolución masculina y a que la diosa fuera derrocada. Luego, como los hombres aún tenían miedo, fue necesario esclavizar a la diosa, ridiculizarla, reafirmar la nueva e inquietante libertad con presunción, burlas y risas.

Esas oscuras corrientes atávicas aún parecen arremolinarse en torno a la vida cotidiana de Kálimnos. Sospecho que es a causa de ellas que a Yanni le hacen sentir tanta vergüenza nuestras costumbres domésticas más progresistas. Si se encuentra a George lavando los platos o bañando a los niños se ríe con nerviosismo y suelta alguna bromita forzada, pero pone buen cuidado en apartar la vista, como si fuera descortés mirar directamente la degradación de mi marido.

Cada vez soy más consciente del riesgo de que esta actitud pueda ser contagiosa. George, que en los diez años que llevamos casados ha lavado platos, hecho camas, cambiado pañales, puesto la mesa o ha hecho la compra sin queja alguna si yo estaba escribiendo algún artículo y él no andaba ocupado, ahora se pone ligeramente a la defensiva y hace curiosas bromitas sobre delantales y sobre quién lleva los pantalones en casa que, a mi parecer, solo resultan un poco menos molestas que las de Yanni. Da explicaciones innecesariamente complejas sobre nuestra manera de funcionar, que siempre me ha parecido de lo más razonable. Los dos somos escritores. De hecho, tres de nuestras novelas, incluyendo la que teníamos entre manos en ese momento, se han escrito en colaboración. Obviamente, el único acuerdo viable es una cooperación absoluta cuando es necesario. Pero tengo la ligera y persistente sospecha de que llegará un día en el que me encontraré caminando unos pasos por detrás, viendo cómo se mece su llavero e incapaz de seguirle el ritmo por el peso del equipaje que acarreo.

Hay una mujer joven aquí que, aunque de origen griego, nació y creció en Estados Unidos. Hace unos años se casó con un joven de Kálimnos, un mercader de esponjas moderadamente rico que se había educado en Inglaterra y había pasado la mayor parte de su vida en el extranjero.

Tal como ella me contó, atónita, eran muy felices cuando llegaron a la isla. Exhibían actitudes progresistas entre sí, aderezadas con la sofisticación occidental. Las costumbres de Kálimnos les habían parecido «indescriptiblemente pintorescas» y solían reírse juntos de ellas. El cambio llegó de manera tan gradual que ni siquiera ahora es capaz de determinar con precisión el primer indicio de peligro. Pudo haber sido la tarde de un domingo en Agios Christos cuando, en lugar de quedarse junto a ella como hacía habitualmente, su marido se había

adelantado con paso enérgico y sin mirar atrás, y ella se había visto encajonada inextricablemente entre las devotas esposas kalimnianas, viendo cómo su marido entonaba triunfalmente sus *Kyrie eleison* entre un muro sólido de hombres en el extremo opuesto de la nave de la iglesia. O quizá el primer cambio verdaderamente perturbador tuvo lugar aquella tarde en la que ella estaba en la cocina y él (que había sido tan devoto y atento) le pidió que fuera hasta donde estaba sentado leyendo un periódico ateniense de la semana anterior y le ordenó que le trajera un pañuelo de bolsillo limpio.

—Y no te lo vas a creer, querida —confesó con tristeza—, ¡pero estaba tan sorprendida que se lo llevé! A partir de entonces, la cosa ya no tuvo remedio para mí. Y ahora ha empeorado tanto que el otro día, y te aseguro que no es broma…, ¡el otro día me preguntó que por qué no me había levantado al entrar él en la habitación! Solo te lo digo —añadió con seriedad— para que estés sobre aviso. Pon mucha atención, querida, ¡y no dejes pasar ese primer indicio!

A primera vista, Kálimnos es, sin lugar a dudas, un mundo de hombres. Niñas y niños se ven segregados hasta cierto punto desde chiquitines. Aunque los kalimnianos son los más acuáticos de todos los isleños, niños y niñas de cinco y seis y siete años tienen zonas separadas para jugar en el mar. Las fronteras son fluidas, y ellos cruzan de aquí para allá y se mezclan mientras son pequeños, pero, a medida que crecen, esa segregación se vuelve inquebrantable y rígida. Las chicas núbiles y las mujeres no solo nadan en caletas escondidas y playas alejadas de los ojos de los hombres, sino que también llevan (a excepción de las ricas o educadas que han aprendido las costumbres extranjeras) un atuendo envolvente que es como un camisón de cuello cuadrado. De hecho, es muy elegante y bonito. Suele estar confeccionado con simple algodón de colores vivos, ribeteado en el cuello y las mangas de otro color, de modo que un grupo de mujeres entrando en el mar logra transmitir una elegancia formal y fluida de líneas y colores que jamás encontrarías en una playa de Occidente. Pero si el propósito del atuendo es la modestia, le sale el tiro por la culata, porque en cuanto se moja se vuelve transparente y se ciñe de manera provocativa a los senos, el vientre y los muslos.

(«Tú dedícate a admirarlas al entrar en el agua, tesoro —me dice George atiborrándose, encantado, de higos negros bajo el árbol retorcido donde nos hemos parado a descansar sobre la caleta de guijarros—. A mí solo avísame cuando estén saliendo.»)

Obviamente, con ese atuendo como una membrana, las actividades acuáticas de las mujeres quedan además restringidas. Nunca consiguen nada mucho más extenuante que nadar a braza, o de costado, o chapotear suavemente como un perrito. Un día, llevada por el orgullo y la arrogancia, me vi tentada de hacer una demostración del

crol australiano. Las mujeres, tras unos primeros y gratificantes momentos de perplejidad, entornaron los ojos. Me percaté de que mi ejercicio les resultaba tan grotesco como el número de una trapecista o la actuación de una foca.

—Solo los hombres nadan así —me susurró a modo de explicación bochornosa Polimnea, la mujer de Yanni. Tras unos instantes de atribulada reflexión, añadió—: Si quieres te haré un *foustáni* para que nades con él. La piel se te está poniendo bastante negra.

En un par de ocasiones, Yanni, con gran osadía y tratando de aparentar que era lo más natural del mundo, vino a nadar a solas con George y conmigo. Creo que Polimnea nunca supo de esas excursiones, que tuvieron como resultado una profunda humillación para Yanni, pues descubrió para su espanto e incredulidad que yo nadaba más rápido que él. El hecho indigno de verse derrotado por una mujer era más de lo que podía soportar, y volvió a nadar a cierta distancia de nosotros, sospecho que para poder practicar el crol —una innovación en la natación kalimniana— sin ser observado.

Un día, el *despotis*, u obispo, un hombre amable y fuerte de Estambul cuya diócesis la constituyen tres islas: Kálimnos, Leros y Astipalea, nos enseñó el orfanato. Lo fundó hace unos años y lo mantiene ahora con paternal solicitud y cuidado, que transmiten calidez y alegría. No hay el menor matiz institucional en el ambiente del lugar. Todos los ocupantes de la gran casa blanca son niñas, cuyas edades oscilan desde los pocos meses hasta los dieciocho años. Todas estaban particularmente contentas el día de nuestra visita, porque una de las chicas mayores acababa de casarse con el menudo y rechoncho y siempre sonriente ayudante del *despotis*. (Un sacerdote griego puede casarse antes de la ordenación definitiva, aunque si lo hace nunca podrá ascender más allá de párroco ordinario.) El obispo considera a las chicas sus propias hijas y concierta sus matrimonios con el mayor cuidado.

A los dos nos dejó muy impresionados el genuino afecto que existía entre la espléndida figura barbuda y patriarcal en su seda azul y tafetán negro adornados con grandes cruces de plata y esmalte de vivos colores y las niñitas que llegaban soltando grititos de la escuela para besarlo y abrazarlo y enseñarle con orgullo las notas en sus cuadernos de ejercicios. Incluso echó una mano a la hora de darle el biberón a la más chiquitina, pero sin mucha traza. Pareció verdaderamente molesto con su fracaso.

¿Existía una institución similar para chicos?, quiso saber George.

—Oh, no. Los chicos no corren el mismo peligro moral.

«Peligro moral.» Una lo oye una y otra vez. Una chica está expuesta al peligro moral si se pone pintalabios, se corta el pelo, se sienta en una cafetería (aunque está permitido en verano, cuando las

mesas se mueven al otro lado de la calle, a orillas del mar: entonces sí pueden tomarse un helado o una limonada), bebe cualquier cosa más fuerte que la asquerosamente dulce *gazoza*, expresa una opinión sobre algo más profundo que cuestiones culinarias o conocimientos herbáceos o baila con un compañero cara a cara en lugar de codo con codo. (De nuevo excluyo a las ricas y educadas, que han intercambiado las maravillosas danzas autóctonas por el tango y el mambo, que bailan cohibidas en las casas de unas y otras y, en verano, por incongruente que parezca, en la era de Brosta.) No incluyo en esta lista estar a solas con un hombre. Si por alguna milagrosa conjunción de circunstancias una chica de Kálimnos se las apañaba para quedarse a solas con un hombre, aunque fuera unos minutos, ya no estaría solo expuesta al peligro moral. Estaría acabada. Ese hombre no solo nunca se casaría con ella —a menos que la policía lo obligara a hacerlo a la fuerza, como podía ocurrir—, sino que no lo haría ningún otro hombre. Incluso si el colmo de su depravación hubiera consistido en cantar una cancioncilla a dos voces cogidos de la mano o contemplar la luna alzándose sobre las montañas de Cos, la ley tácita sería inflexible.

Muy de vez en cuando, puesto que ni el más rígido de los códigos puede quebrantar del todo la naturaleza humana, una se entera de algún romance ilícito. Se habla de ello como de algo extraordinario y de importancia histórica, como el terremoto del día de San Jorge que destruyó Cos, y el final del relato narra invariablemente la paliza brutal y sangrienta de la chica a manos de los hermanos o el padre, nunca la venganza infligida al seductor.

Hubo una chica, hace unos años, que se las apañó de algún modo para mantener su romance en secreto hasta el punto de quedar embarazada. Como es natural, el joven en cuestión se negó a casarse con ella. Los hombres de Kálimnos no desposan mercancía dañada, por mucho que hayan sido ellos los causantes del daño. La pobre muchacha consiguió de alguna manera ocultar su estado («al fin y al cabo estaba gorda —explica Yanni—. Nadie iba a fijarse en si lo estaba un poco más») y dio a luz a su bebé sola en el cobertizo, en la parte trasera de su casa. Envolvió al bebé en periódicos y lo enterró bajo unas piedras en la ladera de la montaña, donde un muchacho pastor lo encontró al cabo de unas semanas. Por desgracia, el nombre de la familia estaba escrito en el periódico y la chica fue descubierta. La policía se los llevó a ella y a su desleal amante a Rodas. Allí, al parecer, la violencia del odio y la repulsión que la muchacha sentía por él despertaron el respeto incluso de la Iglesia. No le sirvió de gran cosa, sin embargo, pues volvió casada con aquel hombre, y le ha dado tres hijos más desde entonces. La gente dice que se llevan muy bien. Al fin y al cabo, señalan, tuvo suerte de que su padre no la matara.

Aquí, resulta imposible no reparar en las profundas diferencias

entre hombre y mujer. A los doce años, un varón sigue siendo un crío: irresponsable, extrovertido, impulsivo, tanto a la hora de pensar como de actuar. Una niña de la misma edad es ya una mujer: misteriosa, reservada, cauta, digna, responsable. Y fuerte.

Creo que aquí a las mujeres nunca se las considera del todo seres humanos. Son de una especie distinta: la especie femenina, las misteriosas Otras cuya femineidad se ridiculiza y desprecia, pero que deben tenerse bajo llave por si llevan a cabo algún encantamiento. Es todo muy oscuro y atávico, y está plagado de los fríos rayos blancos de la luna, del miedo a la sangre y de escupir tres veces para evitar el mal de ojo. En las iglesias, el sombrío y duro Dios de Bizancio brama su credo de supremacía masculina, que se ve corroborada en las tabernas, los cafés, los astilleros y los abarrotados barcos de pesca de esponjas que navegan raudos hacia las costas de África. Pero en las casas de Kálimnos, la triple diosa todavía acecha sobre el hogar y el lecho, sonriendo lascivamente entre los *eikónos*.

Y es que la cuestión aparente de la supremacía masculina debe contrastarse con el hecho más antiguo y significativo de que en esta isla la propiedad se transmite a través del linaje femenino, de la madre a la mayor de las hijas.

Una muchacha debe aportar al matrimonio una casa, los muebles necesarios, ropa de cama y enseres de cocina, y a menudo también una suma de dinero. A eso se le llama *prica*, y muchas y jugosas son las chanzas entre los hombres jóvenes sobre la *prica* que creen que merece su virilidad. Ellos no necesitan aportar al matrimonio nada más que su virilidad. Por lo tanto, los padres temen el nacimiento de una niña en igual medida que temerían el de un vástago deforme o tarado. El afecto que después se les prodiga a las hijas es inversamente proporcional a la mísera bienvenida que se les da cuando llegan a este mundo, pues cada niña significa una casa más que comprar y amueblar. Y pese a toda su supremacía masculina, los padres deben ir hasta los confines del mundo y el fondo del mar para ganar el dinero necesario para esas dotes. Y las madres empiezan a hacer las puntillas de encaje para las sábanas en el instante mismo en que se levantan del lecho del parto.

Los matrimonios se conciertan pronto, y lo hacen los padres. Los hombres jóvenes o las muchachas tienen poco o nada que decir en este asunto, y no hay noviazgo. El primer paso pueden darlo los padres del chico o de la chica, y luego se convierte en una cuestión que debatir en consejos familiares. Al joven se le permite asistir a dichos consejos, pero no en cambio a la chica. El novio y todos sus consejeros familiares se sientan en torno a una mesa, y se discute la *prica* ante una comilona, bandejas de *marides*, *palamides* y *dolmades*, y cazón en salsa de ajo y jarras circulantes de *retsina*. Si la familia ha tomado una decisión sobre la chica, el joven no tiene esperanzas, aunque su futura esposa tenga

labio leporino, una cintura de más de un metro o una lengua viperina. La mesa entera lo acosará, le dará la lata, tratará de conquistarlo y lo amenazará toda la noche y durante todo el día siguiente si es preciso. Lo que es seguro es que no se levantará de aquel festín del tercer grado hasta no haber dado su consentimiento.

Mientras tanto, la muchacha espera con su madre en su propia casa —ya sea tres horas o treinta— para saber si ha sido aceptada o no. Si la familia del joven ha decidido finalmente en su favor y se ha obtenido la exhausta conformidad de la víctima, una delegación acude a la casa de la chica e invita al padre y los hermanos varones a unirse al banquete y a la discusión. De nuevo no se invita a la futura novia: el suyo es un papel de callada resignación. Su primera aparición tiene lugar en la fiesta del compromiso, que, como ahora todo ha cobrado visos de urgencia, se celebra lo antes posible, a veces incluso al día siguiente del consejo familiar. La madre de la chica le da una sencilla alianza de oro, y el padre del chico le da a él una exactamente igual. Esos anillos se intercambiarán el día de la boda, que suele celebrarse el primer domingo tras el compromiso.

Las amigas de la novia llegan temprano para bañarla y vestirla y entonar canciones nupciales, y las ancianas que consiguen meterse en la habitación se sientan por ahí con las nudosas manos cruzadas sobre los vientres abultados y observan a la muchacha con ojos brillantes, lascivos y curiosos.

Los novios acuden andando juntos a la iglesia, seguidos por tantos hombres, mujeres y niños como puedan caber en su interior. Entre cánticos, velas y coronas de blancas flores de nácar, los dos extraños se unen en matrimonio y se les conmina a ser fértiles. Les arrojan arroz mientras trazan tres círculos en torno a la gran Biblia plateada, y las arañas de luces se mecen para que tracen arcos sobre sus cabezas. Cuando las campanas de la iglesia empiezan a tañer, los sacerdotes se llevan a la pareja entonando cánticos. Toda la congregación los sigue, y la procesión emprende el ascenso de las escarpadas y serpenteantes callejas de piedra hasta uno de los pequeños cubos de vivos colores en la montaña, sin dejar de cantar.

Incluso si la casa cuenta con una única habitación (y no muchas tienen más), cientos de personas acuden a la fiesta. Se toman prestadas sillas de los vecinos para colocarlas en el suelo desnudo, formando un círculo tras otro, hasta que solo queda un espacio para bailar de unos palmos de ancho en el centro. Sonará un violín, un par de panzudos *busukis*, quizá una cítara, y a veces una *tsabuna*: una primitiva gaita montañera hecha con una piel de oveja entera, con una chirimía de raíz de olivo tallada. Habrá bandejas de pegajosos pastelillos rezumando miel, vasitos diminutos de *strega* y brandy de cereza de Samos.

Con el paso de la tarde van apareciendo las jarras de *retsina*,

cincuenta litros de una sola vez en decantadores forrados de mimbre, y platos de pescado y albóndigas, pulpo y patatas: alimentos lo bastante potentes como para sustentar a los invitados durante una noche entera bailando y bebiendo; pues el baile se alargará hasta el alba, y en ocasiones durará todo el día siguiente. Y mientras quede un solo invitado, aunque esté demasiado borracho para moverse, los novios deberán permanecer sentados y sonreír, fingiendo disfrutar de unas bromas que se vuelven más desenfadadas conforme se van vaciando las jarras de *retsina* y se acerca la mañana.

Para cuando se marcha el último bailarín, los novios están pálidos y exhaustos y parecen más que nunca unas engalanadas víctimas propiciatorias. Pero todavía deben soportar la última reunión familiar en una habitación que parece haber sufrido los efectos de un terremoto. Deben tomar una comida simbólica, responder a los brindis, y prestar atención en silencio a los consejos que les ofrecen sus progenitores por separado. Es como si fueran dos luchadores en el ring recibiendo las instrucciones de sus segundos antes de dar comienzo el último asalto. Según la costumbre de Kálimnos, se suele encerrar entonces a los novios en la casa, y la llave se la lleva la madre de la novia, que no volverá a abrir la puerta hasta tres días después.

Yanni, cuyo matrimonio se concertó mientras él estaba sirviendo como soldado en Italia, nunca había visto a Polimnea antes de su compromiso. La boda tuvo lugar el domingo siguiente.

—Nunca olvidaré aquella tercera mañana —nos contó Yanni—. Probé a girar el pomo ¡y la puerta se abrió! Me santigüé y le di gracias a Dios por su bondad y salí a la calle y corrí todo el camino hasta Lavasi. Trepé por peñascos y piedras y perseguí a las cabras y me puse a cantar en la montaña durante una hora o más. Y luego volví a bajar, me quité toda la ropa y me zambullí en el mar y nadé hasta tan lejos que me pareció que no sería capaz de volver. Bebí *retsina* e hice la ronda de las tabernas y los cafés con mis amigos, y supe que nunca los había apreciado como entonces. ¡No volví a casa hasta las dos de la mañana!

—¿Salió corriendo Polimnea también a ver a sus amigas? —pregunté.

—Ah, no —repuso Yanni—. Polimnea estaba durmiendo. —Y añadió con cierto orgullo—: Durmió durante una semana.

Cuando se abre la puerta, las primeras visitantes son las madres de la novia y el novio, que acuden con el único propósito de examinar las sábanas. Si la evidencia es satisfactoria, se lleva la ropa de cama al mar para someterla a un lavado ritual, un largo proceso que entraña hechizos y conjuros. Pero ay de la novia cuyo lecho conyugal esté libre de mancha. La madre del novio puede ir derecha al *despotis* y exigir que se anule el matrimonio.

A mí aquello me pareció bastante horrible e injusto hasta que

recordé que, incluso en ese caso, no es a la mujer a quien se echa de la casa. Es al hombre. La casa pertenece a la mujer y ella lo hace todo en su interior. La ignominia de abandonar la acogedora casa recién amueblada recae en el hombre, y me pregunto en cuántos casos los jóvenes maridos habrán llevado la contra a sus madres en ese detalle técnico de las sábanas conyugales.

Desde el momento en que contrae matrimonio (normalmente cuando tiene entre quince y diecisiete años), la función primordial de una mujer kalimniana es la reproducción, algo en lo que sabe Dios que se desempeña muy honrosamente. Tendrá un crío por año mientras sea capaz. Y puesto que la obstetricia está a un nivel tan rudimentario como en la época medieval, rara vez pasan más de un par de años antes de que los pechos pierdan su turgencia, se le empiecen a caer los dientes, se le ensanchen la cintura y las nalgas y sus andares sean cada vez más inestables. Por mucha personalidad que pueda tener, en esa fase queda supeditada a esa abrumadora y esclavizante femineidad. Y en efecto es una esclava, una esclava de su especie. Una mujer kalimniana de treinta años es completamente sexual: un ser grandote, blando, blanco y hermético que se mueve a cámara lenta. («Si le haces un tajo a una —dice George levemente fascinado—, ¡la encontrarás llena de huevos!») En su juventud es una *koré* de un jarrón pintado, pero en su madurez es Rea, Madre del Universo, alumbrando su gran piedra.

Pero tras la menopausia y cuando llega al final de su edad reproductiva —momento en el que habrá dado a luz a entre seis y dieciséis hijos, la mayoría de los cuales, sorprendentemente, habrán sobrevivido—, vuelve a emerger, audaz y sibilina, libre ya de la carga de su cuerpo, con los párpados caídos y el rostro esculpido y tranquilo de Hécate. Con frecuencia esa metamorfosis produce una belleza particular, quizá más de carácter que de rasgos, pero cautivadora de todos modos. Con su gran falda negra y su cofia prieta, es ahora un ser misterioso y terrible, en especial cuando su cuerpo se encorva por el peso repetitivo de tantos años de concebir, gestar y dar de mamar, y camina con un bastón curvo, como una bruja de Hoffmann. Ahora es su momento. El deseo ya no la atormenta. Hace oídos sordos al clamor de los no nacidos. Es la mujer anciana sabia y aterradora de las leyendas y, tras haber adquirido su sabiduría en un mercado muy duro, la protege celosamente. Suyos son los secretos del mal de ojo, de la llave en el pastel, de las leyendas de tumbas y ataúdes, de hechizos y encantamientos y pociones amorosas. Es ella quien te hace pasar al mundo y ella quien te cierra los ojos cuando lo abandonas. Conoce el significado de tus sueños, lee el futuro en los posos de tu taza de café. Y es ella quien se materializa en cada montaña de Kálimnos, con el delantal lleno de extrañas hierbas y una antigua y absurda canción en

los labios.

—¡Gorgonas! —exclama Yanni, y se santigua, tembloroso.

—*Gorgonaki!* —le grita airado Mikailis a su hija pequeñita, que llora en su hamaca otra vez.

—Daos prisa, pequeñas gorgonas —les grita Petros a las tres niñas a las que ha mandado a buscar su jarra de vino de Lipsi.

Vamos a ver, las gorgonas, como todo el mundo sabe, eran tres temibles doncellas legendarias: Esteno, Euríale y Medusa. Tenían alas, garras, dientes enormes y unos ojos mortíferos. Medusa, la única mortal de las tres hermanas y madre, por obra del omnipresente Poseidón, de Crisaor y Pegaso, murió a manos de Perseo, que le cortó la terrible cabeza, y que luego Atenea colocó en el centro de su escudo. De un modo bastante refinado, sobrevive en el dorso de los billetes griegos de veinte dracmas. Yanni sostiene que las mujeres de Kálimnos descienden de las dos hermanas de Medusa.

—No os confundáis —nos advierte con tono sombrío—. Aquí no mandan los hombres, mandan las gorgonas. Nuestro único cometido es engendrar niños y salir a trabajar para ellas.

La constante y amarga referencia a las mujeres como «gorgonas» resulta muy interesante, en particular —como señala el señor Robert Graves— porque Medusa era antaño la triple diosa, que se ocultaba tras una profiláctica máscara de Gorgona; y Perseo representaba en la historia a los patriarcas helenos que invadieron Grecia y Asia Menor en el segundo milenio antes de Cristo, asaltaron los principales santuarios de la diosa, despojaron a sus sacerdotisas de las máscaras de gorgonas y la derrocaron.

Desde luego, las relaciones domésticas kalimnianas se nos antojan bien curiosas. Maridos y mujeres parecen compartir pocas cosas en sus vidas aparte de las comidas y el lecho. Los vínculos que los unen son secretos y complejos, y están llenos de la fuerza de la indiferencia, con ese incesante antagonismo de un sexo contra el otro que vuelve exasperante cualquier cuestión y que, a su propia y extraña manera, cimenta la unión.

Cuando los maridos emigran, como están haciendo al ritmo de cientos al año, las esposas rara vez los acompañan. A menudo ni siquiera quieren seguirlos más adelante. Hay muchas mujeres aquí cuyos maridos llevan años fuera; parecen perfectamente satisfechas con esa situación.

—¿Cuándo tienes intención de seguir a tu marido? —le pregunté una vez a una de ellas.

Me miró con cierta sorpresa.

—Oh, no pienso marcharme de Kálimnos —contestó—. Mi casa está aquí, y mis hijos también. Tenemos buenas higueras, y uvas y agua dulce en el pozo. Mi marido me manda una buena suma de dinero

todos los meses y paquetes con ropa. ¿Por qué iba a querer irme?

Pensé en su marido, que trabajaba en una empresa hidroeléctrica en Tasmania, a más de quince mil kilómetros de distancia.

—Pero ¿no te apetece estar junto a él? —tuve la osadía de preguntarle.

No pareció que me entendiera. Tenía una buena casa aquí, repitió, y agua dulce en el pozo.

—Pero ¿y los niños? —insistí—. Seguro que te gustaría que los niños tuvieran mejores oportunidades en la vida que las que pueden encontrar aquí, ¿no?

—Ah, los niños… —consideró la cuestión sin mucho entusiasmo.

Los niños podían unirse a su padre más adelante, cuando crecieran un poco. Los varones, al menos. Todos los varones tenían que marcharse, sí. Pero las niñas tendrían sus casas aquí, como la había tenido ella, porque su marido le estaba mandando su buen dinero. Todas las niñas tendrían *prica*. ¿Por qué iban a querer marcharse?

Observé a sus hijos con curiosidad. Tenía ocho: varones flacos y nervudos con la cabeza afeitada y extremidades como palos, y niñas más regordetas y de aspecto más fuerte que empezaban a agitar la melena enmarañada y a mirar de soslayo con unos ojos grandes como charcas oscuras. A una ya se le adivinaban unos suaves pechos, y era evidente que la cuestión de la *prica* no tardaría en pasar del plano económico al físico. De pie junto a la silla de su hermano mayor, le servía alubias estofadas de una gran cacerola. Él estaba espatarrado como un joven lord, con las piernas estiradas bajo la mesa, observando cómo correteaban para servirle.

Pero será él quien viajará a los confines de la tierra y se enfrentará a peligros, desastres y humillaciones con los que ni siquiera sueña todavía para que sus hermanas puedan sentarse entre las vides y las higueras una bonita mañana de primavera a contar su *prica*. Es posible que ni siquiera pueda casarse hasta que todas ellas lo hayan hecho, por mucho que lo desee. Kálimnos es una roca estéril, pero las mujeres han plantado, profundas, sus raíces en ella, y para los hombres no queda otra cosa que las tierras lejanas o el mar.

1. Resulta significativo el hecho de que desde entonces se haya convertido en cafetería, una más de las incontables *kafeneions cafeníos* que, en Kálimnos, son las salas de espera para hombres ociosos.

2. Famosa ocultista, nacida durante el reinado de Enrique VIII, que supuestamente poseía los dones de la adivinación y la profecía. *(N. de la T.)*

5

Me siento con Irini en el escalón encalado de su pequeña casa azul en la ladera de la montaña. Debajo de nosotras, matojos primaverales han aparecido sobre los tejados, que descienden como rectángulos verde esmeralda hasta la bahía donde doscientas barcas de vivos colores navegan suavemente en un mar que es también verde esmeralda.

La ciudad se extiende bajo nosotras como una colcha de retales que se haya dejado caer con descuido en el valle entre las montañas. Aquí estamos a ciento cincuenta metros por encima del puerto y las calles comerciales, pero las montañas que nos rodean parecen haber ganado en altura y haberse vuelto más opresivas. La pared rocosa, con fisuras y cicatrices, parece más descarnada y amenazadora desde aquí que vista desde abajo, desde la ciudad, quizá porque aquí formas parte de ella.

La vista es espléndida. En Kálimnos, las buenas vistas son el patrimonio de los pobres. En las montañas no es fácil encontrar agua. No hay calles, ni carreteras, solo senderos de cabras garabateados en la arcilla ocre, erosionados cursos de agua obstruidos por peñascos y guijarros y a veces una simple escalera a base de piedras apiladas una encima de otra. En estas laderas, un par de zapatos no te durarán más de diez días. He ahí otra razón, aparte de la pobreza, para que todos vayan descalzos. Es más, el exiguo suministro eléctrico, que ya en todas partes funciona con interrupciones entre el ocaso y la medianoche, aquí no llega. Aquí una ve la vida mediante la misma iluminación de hace tres mil años: una mecha casera de lana flotando en un cuenco con un poco de aceite. Esta es una zona sin nombre. La gente se refiere a ella simplemente como «*epano*» allá arriba.

Pero un hombre rico pagaría generosamente por la vista por la que Irini paga tres chelines de alquiler a la semana. Un hombre rico de otro país, esto es. Los ricos de Kálimnos se aferran a la llana estabilidad de ciento cincuenta metros más abajo, donde corre el agua, las calles están pavimentadas, las luces suelen encenderse al accionar un interruptor y las tiendas quedan a mano. Se acurrucan dentro de sus muros protectores y jardines, cerca de los servicios, cerca del consuelo de los programas de radio de Atenas, cerca los unos de los otros. Sus muros y

sus árboles no les dejan ver las montañas y el mar. Irini se levanta con el dorado amanecer despuntando en Turquía.

Hacia la izquierda, el valle serpentea hacia Chorio y Brosta, flanqueado por acantilados y fortificaciones desmoronadas y cuevas excavadas que me recuerdan la época, hace novecientos años, en que los piratas gobernaban la isla. Tras esos erosionados recuerdos de días sangrientos, las montañas se alzan con sus hermosas e inhóspitas siluetas. A medida que se alejan, sus ásperas formas se vuelven más extrañas, sus cumbres más altas, de manera que la perspectiva —y en Grecia la perspectiva es siempre complicada— transmite la impresión de que las montañas se muevan hacia ti, sus picos suspendidos como si estuvieran a punto de desplomarse al igual que las olas al romper.



Vista de Kálimnos, en el mar Egeo, al noroeste de la isla de Rodas, en Grecia.

La vista hacia el mar es más magnífica si cabe. Abajo, en el extremo del puerto, gente del tamaño de hormigas va y viene en sus quehaceres en la *platía* Kharalampos, pero no demasiado rápido, porque es febrero y el sol ya calienta. Podemos ver a Mikailis, el marido de Irini, arrastrando un carro por el estrecho muelle donde está atracada la panzuda goleta llegada de Amorgos. (En Kálimnos, las bestias de carga son los hombres. No hay grúas para descargar los barcos, no hay caballos para tirar de los carros, no hay camiones para trasladar las mercancías. Las pesadas carretillas, cruelmente llenas, van tiradas por hombres, hombres como Mikailis que sudan bajo las gruesas cuerdas de arrastre, con los hombros encallecidos, retorciendo los cuerpos deformes. Si Mikailis trabaja sin descanso una jornada de diez horas, ganará quizá unos veinticinco chelines. Esas son sus ganancias en una buena semana, pues son pocos los días que proporcionan diez horas de trabajo, quizá sumen algo más de tres libras y diez chelines. Lo más frecuente es que saque solo treinta y cinco chelines, ¡con los que tiene que mantener a una esposa y seis hijos!)

Más allá del concurrido puerto se extiende el morro rocoso de punta Cali. El mar es de ese azul increíble que parece existir únicamente en el Egeo. Las islas satélites de Kálimnos, Plateia y

Pserimos, descansan en el mar: Plateia, con su meseta y los bordes dentados de sus acantilados amarillos, tiene la apariencia de un soberano de oro; el montículo central de Pserimos y sus colores oscuros la hacen parecer un extraño escudo abombado flotando en el agua; pero, al otro lado del golfo, la isla de Cos emerge milagrosamente fuera del agua. Ocupa casi todo el horizonte, extendida a lo largo de una banda ancha de aire luminoso que separa el mar del cielo. Oromédhon, la encantadora montaña central, está coronada por nubecillas blancas como bolas de algodón. A la izquierda de Cos, un caique navega por el angosto estrecho. Detrás, pálidos como un sueño en el aire resplandeciente, están las islas de Turquía, el cabo de Halicarnaso y las cumbres rosadas de las montañas de Anatolia. Detrás de Cos, hacia la derecha, se erigen los tres abultados peñascos de la distante Nísiros. En las colinas del norte de Cos el sol arranca destellos a las casas blancas de Pyli. En la ensenada hay nueve barcos de pesca con velas rojas.

Irini está separando las judías buenas de las malas en una gran bandeja de hojalata que sostiene en el regazo. Alrededor del dedo gordo de su pie desnudo tiene atada la cuerda de una pequeña hamaca hecha con un retal de sábana y unos metros de cabo marinero. En ella, la pequeña Anna se mece de aquí para allá sobre la enorme cama alta encastrada que ocupa la mitad del espacio de la casa.

La cama alta comunitaria es la más llamativa y estéticamente, al menos, la característica más atractiva de las casas de Kálimnos. Puesto que la mayoría de las casas de la isla, como la de Irini, tienen una sola habitación, obviamente toda la familia duerme junta, con los niños pequeños colgando en improvisadas hamacas encima. He visto una familia de diez durmiendo como guisantes en su vaina a lo largo de la barandilla de una cama alta sin colchón, con cuatro hamacas balanceándose encima. Los niños que duermen en la repisa de la cama se despiertan de vez en cuando y dan un estirón a las cuerdas unidas a los chiquitines que están colgados encima, como un equipo de aturdidos campaneros. Cuando los niños se hacen adultos, supongo que la cama alta, en el caso de familias mixtas, da pie a ciertos momentos de pudor, aunque algunos inconvenientes de ese tipo se evitan gracias al hecho de que todas las familias de Kálimnos, al menos en las casas pobres, al parecer se acuestan con la ropa puesta. Recuerdo una noche en que acudí de improviso a ver a una familia en Lavasi, y los sorprendí a todos juntos en la cama: el padre, la madre, tres hijas mayores que habían tenido una buena educación en Atenas, y dos hijos grandullones que habían dejado bastante atrás la pubertad. Se incorporaron todos como las figuras recortadas de una galería de tiro, cubriéndose con las mantas hasta los hombros y pestañeando con timidez.

En torno a nosotras, en los escombros de la ladera, entre gallinas

que picotean, cabras escuálidas y un caos de cerdos, patos, gatos famélicos y chuchos, los otros cinco hijos de Irini juegan con una horda de vecinos y primos. Los dos míos solo se reconocen por su pelo rubio. Después de tres meses ya empiezan a verse tan magullados, llenos de arañazos y desaliñados como sus compañeros de juego, pese a que en los juegos todavía tienden a mostrarse un poco arrogantes o bien aprensivos.

—Ah, bueno, son un regalo de Dios —dice Irini vigilando apenas los enjambres de criaturas que brincan entre las piedras.

Tiene una cara muy bonita y una ristra entera de dientes de acero inoxidable. Cuando abre la boca lanzan destellos y una tiene la inquietante sensación de presenciar un milagro, como si el *eikón* encima de su cama se hubiese pronunciado.

Al pensar en niños, automáticamente empieza a desabrocharse el corpiño. El segundo más pequeño, Georgios, que ya camina, se encarama a su regazo y vuelca la bandeja de las judías, que tamborilean y se desparraman por los peldaños, atrayendo a todas las gallinas en un cacareo de excitación. Durante unos instantes, Irini observa la reducida bandeja, la cena diseminada y el desenfrenado picoteo de las gallinas como si fuera a echarse a llorar.

Pero Georgios le ha sacado un pecho del corpiño y lo sujeta entre las sucias manitas mientras succiona con glotonería.

El rostro de Irini, todo su cuerpo se relaja. Sus labios se curvan sobre un arco de plata. Le da un cariñoso cachete al crío.

—¡Eh! ¡Tú no, o no va a quedar nada para el bebé! —Pero no lo aparta. Quedará de sobra para el bebé, y para todos los bebés que vengan. Solo tiene veinticinco años, y es casi seguro que doblará el número de su presente familia antes de haber acabado de parir—. ¡Calíope! —llama—. ¡Demolena! ¡Petros! ¡Venid y recoged las judías si hoy queréis comer!

Al bajar de la montaña me vuelvo a mirarla. Todavía está sentada en el escalón de la puerta, con la cabecita de Georgios sorbiendo de su pecho y su pie descalzo moviendo rítmicamente las cuerdas de la hamaca. Los niños andan a gatas entre las piedras, buscando judías, y las indignadas gallinas brincan y aletean enfadadas. Una cabra castaña olfatea curiosa la colada tendida en la ventana. El sol brilla en la sonrisa milagrosamente icónica cuando levanta el brazo a modo de despedida.

Me vuelvo y busco las manos de mis dos hijos. Es una reacción involuntaria, defensiva, una repentina necesidad de seguridad. Pero Martin y Shane, impacientes por soltarse, ya corren montaña abajo. Los veo bajar a toda prisa uno detrás del otro por las estrechas callejuelas. Las piernas de Martin dan grandes zancadas como el tris-tras de unas largas tijeras azules; el pelo rubio de Shane ondea tras ella. Qué niños más altos tengo, me doy cuenta de pronto; ¡qué independientes se han

vuelto!

Desciendo despacio hacia el mar refulgente, perseguida por una difusa y hueca sensación de pérdida y soledad.

George, abstraído y con una mancha de tinta en la nariz de la cinta de la máquina de escribir, nos abre la puerta. Durante un instante me mira con curiosidad.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. Has llorado.

6

Cuando el primer Ptolomeo fundó la Biblioteca de Alejandría unos trescientos años antes de la Era Cristiana, uno de los libros incluidos era un manual de astrólogos antiguos. En él se citaba a «todos esos pobres y miserables desgraciados que han nacido bajo alguna desastrosa conjunción de influencias planetarias, y cuya suerte en la vida los sitúa en un nivel de existencia no mejor, y con frecuencia peor, que el de las bestias del campo». Destacaban en dicha lista «los pescadores de esponjas, que mueren muy jóvenes, por ser el suyo un oficio peligroso».

Y aun así, cómo se emocionan nuestros corazones ante la valentía. A Martin, esa emoción le ilumina los ojos cada vez que un pescador de esponjas le dirige la palabra; y George y yo no nos mostramos más indiferentes. Nunca habíamos conocido a hombres como ellos.

Hay unos mil quinientos buzos en el pueblo, y para comprender el problema de Kálimnos y su pobreza es esencial comprender primero que la vida de los catorce mil habitantes de la isla depende del coraje y la perseverancia de esos pocos.

Aparte de un comercio de exportación de naranjas, apenas digno de consideración, desde el pequeño puerto de Vathy, no hay otra industria en la isla que valga la pena mencionar. La roca desnuda está cortada por dos valles paralelos a cinco kilómetros de distancia uno del otro. El primero serpentea entre las montañas de Pothia, el puerto y la ciudad más importante, hasta las casas de verano de Brosta, en la costa norte que se asoma a la espectacular isla de Telendos. El otro valle, ligeramente más fértil, también cruza la isla desde el pintoresco puerto rodeado de acantilados de Vathy hasta Merthies, el mayor asentamiento de verano después de Brosta. En estos dos valles crecen cítricos, higos, uvas, ciertas hortalizas y algunos pocos cultivos de grano. Por todas partes hay grandes cantidades de higos chumbos, que se consideran una exquisitez veraniega. Aparte de esos dos valles y un par de hectáreas de pasto alrededor de los conventos y monasterios en las colinas, no hay más tierra cultivable en Kálimnos. El resto es piedra. Los verdaderos pastos de Kálimnos están en el mar que rodea la isla.

Los barcos de pesca de esponjas salen en abril o a principios de

mayo. Entre sesenta y un centenar de ellos zarpan con destino a Alejandría, Derna, Creta, Bengasi y Trípoli. Durante las semanas previas a su partida, cuando los bancos adelantan los créditos anuales a los capitanes, la ciudad luce un engañoso aire de prosperidad. Los barcos deben equiparse y abastecerse de provisiones para siete meses. El dinero circula: millones, ¡incluso miles de millones de dracmas! Los niños aparecen con nuevos trajes baratos, nuevas sandalias. Es época de bodas, bautizos, fiestas. En las tabernas y cafeterías el negocio va viento en popa. Las mesas de juego tienen el aire y la atmósfera de un pequeño Montecarlo. Los hombres recorren las calles con un paso más enérgico, como si, en verdad, se tratara de su dinero y no del de los bancos.



Un barco de pescadores de esponjas zarpa desde la costa de Kálimnos.

Durante todo el verano, mientras los barcos están fuera, la ciudad se sume en un letargo de calor e inactividad. Todo el que puede se va al otro lado de la isla, a su casita en Brosta o Merthies. Si uno no tiene una casa, levanta una tienda improvisada con alfombras a rayas colgadas de postes de bambú. Durante los meses de calor, los habitantes de Kálimnos viven cerca del mar, alimentándose de los peces que pescan y de los higos, higos chumbos y uvas que crecen a su alrededor, y del agua dulce de los pozos. Existe una entrañable ley tácita según la cual cualquier persona, hombre, mujer o niño, puede saciar su hambre cogiendo toda la fruta que pueda comer de la propiedad de cualquiera, siempre que la consuma allí mismo, junto al árbol o la viña. Solo es culpable de robo si se lleva la fruta en una cesta o la guarda en el bolsillo para comérsela más tarde.

Durante esos meses de verano, la compra y la venta quedan

prácticamente estancadas. No habrá más dinero entrante hasta que vuelvan los barcos a finales de otoño. No hay turistas que traigan consigo ingresos, por pequeños que sean. Las compras estivales, reducidas a las necesidades más básicas, se realizan casi todas a crédito.

Ese verano soñoliento de los habitantes de la isla contrasta de forma impactante con la esclavitud brutal en los barcos que trabajan en los lechos de esponjas frente a las costas de África. Esos barcos se construyen según un diseño estándar en los astilleros de Lavasi en la cala junto a la ciudad: veintinueve pies de eslora, de pino de Samos y completamente faltos de cualquier comodidad; son barcos de trabajo. En cada uno de ellos, de doce a veinte hombres viven apiñados y encerrados durante seis o siete meses, y la mayoría de ellos no volverán a pisar tierra hasta que regresen a Kálimnos.

La suya es la forma más baja posible de vida, o se le acerca mucho. Su destino cotidiano es el peligro, las dificultades, la privación. Viven en el mar, alimentándose una sola vez al día, porque es peligroso bucear con comida en el estómago. Los buzos que trabajan desnudos, sin trajes ni máscaras, se zambullen hasta el lecho marino unas cincuenta veces al día, a menudo alcanzan profundidades de cuarenta y cinco metros e incluso más. Los *ferneze* y los *scáfandros*, que llevan máscara y escafandra respectivamente, y a los que se les suministra el aire mediante mangueras, solo hacen tres inmersiones diarias al día, pero se quedan abajo durante periodos que van desde media hora a una hora y media cada vez, dependiendo de la profundidad.

El trabajo de estos buzos es duro y terrible. La temporada es corta y la cosecha impredecible, y deben pescar suficientes esponjas como para devolver el dinero adelantado a los capitanes, y, a través de los capitanes, a sus mujeres y familias, y también para cubrir la licencia de buceo, que cuesta unas mil libras por zambullirse frente a las costas africanas, antes de obtener beneficio alguno de las esponjas.

En los años buenos, los años añorados y recordados con nostalgia, los que no volverán, un buen buzo en una buena temporada era capaz de ganar hasta setecientas libras anuales. Hoy en día, a lo máximo que puede aspirar es a sacar trescientas. Suele ser mucho menos que eso. Y es cuanto ganará en todo el año.

Los hombres vuelven a finales de octubre o en noviembre, enfermos por la malnutrición, el frío y el agotamiento, con su cosecha de esponjas, sus diez o doce nuevos tullidos y unos cuantos hatillos de ropa y posesiones personales que les entregarán a las familias de los seis o siete muertos que han quedado sepultados en algún lugar de las arenosas orillas de África.

En un grado u otro, todos los habitantes de Kálimnos viven como parásitos de esos pocos desdichados.

—¡Los chiflados! —los llama Georgios.

Georgios es un cínico y rico mercader de esponjas. Aunque nacido en Kálimnos, tiene su hogar y su almacén en El Pireo. Lo conocimos en la pequeña taberna azul y rosa regentada por Costas, que es de Corfú, junto al cobertizo maloliente y destartalado que es el único cine de la isla y lleva el alegre y digno nombre de Cinema Splendide. Entre sus siete idiomas habla el inglés con fluidez y siente una pasión infundada por los valses del compositor Franz Lehár.

Volvía a El Pireo al día siguiente, según nos contó con tristeza, puesto que ya había realizado su compra y no tenía otra razón convincente para quedarse en aquel lugar que tanto amaba.

Ese primer encuentro tuvo lugar a mediados de enero. A finales de julio, Georgios aún seguía posponiendo su regreso a El Pireo y bebiendo de taberna en taberna. Su mujer —nos contó mirando con melancólica envidia al cartel del hombre musculoso que había colgado en la pared sobre los barriles azules de *retsina*— había emprendido acciones legales para prohibirle la entrada en su casa, dando por hecho, debido a su larga ausencia, que la había abandonado. Nos contó que tenía intención de impugnar el recurso, pero, lamentablemente, nunca nos enteramos de cómo había terminado aquel asunto.

Durante el prolongado disfrute de su absentismo, Georgios se pasaba todas las noches en las tabernas, bebiendo con los pescadores de esponjas. Sus colegas mercaderes, gente más esnob, limitan sus interacciones sociales a aquellos de su misma calaña, en las grandes casas blancas que se hallan bien alejadas del mar. Solían reprender a Georgios por las compañías que había elegido frecuentar en las tabernas junto al mar.

—Veréis —nos explicó—, cada dracma que poseo es gracias a que cada uno de estos hombres chiflados ha arriesgado su vida para proporcionármelo. ¡Lo menos que puedo hacer es invitarlos a beber!

»El pez grande se come al más chico —solía decir con amargura, refiriéndose a la economía del negocio de las esponjas—. ¿Qué opináis de nuestro pan de Kálimnos? Fuerte, ¿verdad? Tiene sangre y sal además de harina.

Pero Georgios es un comerciante poco corriente. Tiene una sensibilidad delicada. Además de sentirse atenazado por la culpa, que le hace creer que debe pagar en vasos de *retsina*, lo atraen los buceadores, como a nosotros, por la sensación de peligro y emoción, que una existencia físicamente restringida toma prestada de unas vidas temerarias y expansivas. Las esponjas no significan nada para él: son mercancías con las que comercia. Pero sabe lo que significan para los hombres que las pescan. Quizá por eso es el único mercader que los buzos toleran sin problema.

La cosecha del verano se apila en montones blandos y salados en

cada habitación destinada a las esponjas y almacén de la ciudad. Parece haber un número inconmensurable de esponjas. La carretera, frente al enorme almacén de Vouvalis, está pavimentada con ellas, como si fueran una especie de excrecencias amarillas que se hubieran esparcido sobre los adoquines durante la noche. Y, durante todo el día, largas filas de hombres y muchachos llevan a cabo una extraña danza en los fríos bajíos, machacando fardos de esponjas bajo los pies. ¡Sin duda no queda una sola esponja en el fondo del océano!

—Pero esto no son esponjas, ¿sabéis? —dice Georgios—. Es comida para catorce mil personas durante un año entero. Son zapatos para los niños, *prica* para las hijas. Es trabajo para los jornaleros, los carpinteros, los sastres, los yeseros y los pasteleros. Son nuevas sillas de cocina y vestidos de domingo. Y nombres tachados de las cuentas del tendero. Y que Dios nos ayude —dice sacudiendo con furia su melena blanca—, ¡sencillamente no hay suficientes esponjas para todo!

En Kálimnos solo los comerciantes viven bien. Algunos de ellos viven muy bien; de hecho, prácticamente en un estado perpetuo de esplendor feudal. Beben whisky importado y envían a sus hijos a estudiar al extranjero. Pero los comerciantes han vivido bien desde que el primer espabilado del Neolítico intercambió un hacha de sílex para la leña por un cuchillo de caza de obsidiana, no porque quisiera el cuchillo, sino porque sabía que su hermano lo deseaba. Vivir bien es algo natural para los comerciantes.

Los capitanes de los barcos de esponjas también viven con un razonable confort —según los estándares de Kálimnos, claro— y sus hijas suelen tener buenas dotes. Algunos mercaderes del pueblo y los oficiales de mayor importancia gozan de una situación parecida a una clase media refinada, que por lo general se refleja en el espantoso mobiliario chapado con el que sustituyen las piezas autóctonas infinitamente más hermosas que heredaron de sus padres.

Los pescadores viven siempre al borde de la pobreza.

Eso provoca la profunda irritación de los ciudadanos respetables, no porque clame al cielo, sino porque representa una ofensa a sus conciencias. No tardan en encontrar a quién achacar las culpas.

—¡Me parece asqueroso! —exclama la mujer de un mercader a la que conozco—. ¡El modo en que esos hombres beben y se juegan el dinero en cuanto vuelven a casa! ¡Apenas pasan un mes al año sin que consten en nuestros libros de deudores! ¡Si mi marido no les tuviera tanta lástima a sus pobres mujeres e hijos no le concedería crédito a un buceador por nada en el mundo!

Me contuve y no le pregunté qué creía ella que quedaría del negocio de su marido si borraba a los pescadores de esponjas de sus cuentas.

Es del todo cierto que el retorno de los barcos supone el comienzo

de una temporada desenfrenada y festiva en Kálimnos. Se juega muchísimo. Todas las noches, las tabernas se llenan a rebosar. Continuará siendo así a lo largo del invierno mientras dure el dinero. A menudo se acaba en Navidad, y los hombres se ven obligados a emprender de nuevo peligrosas travesías invernales con las que ganar lo suficiente para aguantar hasta que la temporada veraniega de pesca de esponjas se reanude. Los chiflados. Juegan como si les fuera la vida en la caída de un dado, en el giro de una carta. Beben como si la embriaguez fuera la única cordura. ¿Qué otra manera tienen de manifestar su alivio por haber salido ilesos de los siete meses que quedan a sus espaldas, o para protegerse del terror inminente de la próxima temporada?

Los chiflados, los llama Georgios. Pero en todas las canciones y poemas kalimnianos son los *pallikarás*: los héroes, los hombres fuertes. Todo el juego anfibio de los niños de la isla, que nadan como peces y luchan como tigres, está vinculado a ese simbolismo de los *pallikarás*. Su expresión visual es un hombre de rostro duro y anguloso, curtido por el sol y los elementos, un hombre con gorro de buzo negro y puntiagudo, jersey de cuello alto y ojos llenos de angustia.

Porque no hay nada heroico en la actitud del buzo hacia su trabajo. No hay fanfarronería, ni bravuconadas, ni la autoestima propias del estibador y el marino. Detestan su trabajo. Hablan de él con solemnidad y con una especie de terror contenido. Viven todo el invierno temiendo a diario la hora en la que deberán reunir sus escasas pertenencias en un mantel a cuadros barato y dejarse llevar en el bote a remo hasta los barcos que aguardan para que todo dé comienzo una vez más.

—Ay, no tiene nada de magnífico ni de valiente. Es trabajo sucio, Charmian. Muy sucio.

Quien habla es Fotes, un buzo flaco de treinta y seis años, de rostro chato, blanco y exhausto y con una rigidez en los hombros que sugiere que está siempre a punto de lanzar una mirada temerosa a sus espaldas. Se le traba la lengua cuando habla; le tiemblan las manos. Parece un poco ebrio. Bebe incansablemente todas las noches, dando muestras de un alborozo disparatado y algo patético. Tiene fama de ser un *kakós ánthropos*: un mal hombre al que se incita fácilmente a la violencia, aunque yo no lo he visto ser otra cosa que amable y cortés. Dicen que cuando llega a casa por las noches le pega a su mujer. Me parece más probable que se acueste y llore.

Fotes tiene treinta y seis años y lleva buceando dieciocho. Tiene seis hijos, pero, aunque no llevara semejante carga sobre los hombros, no tendría esperanzas de emigrar jamás, porque durante unos meses, cuando era más joven, se puso públicamente de parte de los comunistas. Dicen que es un muy buen buzo, si bien algo temerario.

No hay citas en Samarra para Fotes y los de su calaña. Ellos no acuden allí a un encuentro fortuito con la Muerte, ellos nacieron en Samarra. Su futuro no se escabulle en una avanzadilla para tenderles una silenciosa emboscada, sino que acecha en las soleadas calles, arrastrando una pierna torcida, para encontrarse con ellos cara a cara. El futuro se sienta con ellos a las mesas de juego, hablando de trivialidades. Se planta detrás de la cesta de cacahuetes que sus hijos piden a gritos. Cuando toman café lo ven en el bastón curvo colgado de la silla contigua. Cuando salen de la taberna a la calle bañada por la luz de la luna ven su sombra tambaleándose en la pared.

En ningún lugar de Kálimnos hay escapatoria posible: está en el repiqueteo del bastón, en el andar renqueante de los hombres tullidos, en las siluetas torcidas recortándose contra el mar. Como el siniestro motivo recurrente de una antigua película francesa de la Ocupación, recorre cojeando la cotidiana rutina de comer, vivir, beber, discutir y amar. Es la sombra que proyecta la isla.

Hay buzos que han trabajado cada temporada durante treinta años o más y han vivido para retar a carreras a sus nietos. Pero son pocos. El Viejo Stamatis habla en la taberna de su primer verano, treinta y cinco años atrás, y de los hombres que zarparon con él. «¡Madre mía! —exclama—, ¡entonces sí que éramos buceadores!» Se va por las ramas y cuenta la historia del hombre que se zambulló directo a la boca de un gran tiburón blanco y fue vomitado por este, y la del pescador de esponjas que quedó lisiado y volvió a bucear la temporada siguiente y quedó milagrosamente curado por las presiones que lo habían dejado tullido el año anterior.

¿Qué fue de todos ellos?

Están muertos. Todos muertos. Bajo el agua o bajo la arena…

7

El viejísimo artilugio que hay bajo el ramillete colgante de hojas de laurel finalmente se ha descuajaringado del todo. George lo ha echado a perder con sus dementes intentos de liberar de sus tripas una manzana verde que dejó caer Shane.

Yanni dice que conoce a una mujer que se muda y que nos mandará el suyo. Declinamos el ofrecimiento. De la casera no hay ni rastro. Yanni y George van al otro extremo de la ciudad y eligen un espléndido retrete nuevo de loza vidriada en colores ocre y blanco. Yanni y los niños transportan dicho artículo con gesto triunfal a través de la *platía* llena de gente, mientras George, avergonzado, se ha escabullido a la vuelta de la esquina para hablar con un amigo.

El avance del grupito es lento. Cada pocos metros, alguien detiene a Yanni para examinar el inodoro, preguntar su precio y propinarle unos cuidadosos golpecitos con el fin de comprobar su resistencia. Los niños, muy solícitos, ofrecen a los curiosos la historia completa del terrible accidente sufrido por su predecesor. George recorre furtivamente el callejón tras el café de Manolis Klonaris y entra por la puerta de casa justo a tiempo para ayudar a Yanni en la tarea de arrancar el viejo retrete e instalar el nuevo.

Gracias a Dios, mi único cometido consiste en quemar incienso en una tapa de hojalata y agitarlo sin cesar en el extremo de la casa donde se lleva a cabo la obra. Finalmente reaparecen, exhaustos pero triunfantes. George está muy pálido. Su expresión es la de un hombre que ha pasado por una experiencia inolvidable. Con un hilo de voz, me pide agua muy caliente y la botella de desinfectante. Tras echarle un vistazo al triste despojo, decido seguir quemando incienso.

El problema ahora, cómo no, consiste en qué hacer con él.

—Es una lástima que aquí no tengan museo —comenta George.

¿Querrá llevárselo el basurero? La cuestión reviste cierto grado de orgullo, y de vergüenza también. Cierto que el basurero cuenta con un burro con una caja de madera sujeta con cuerda a su silla, pero no se trata de una caja muy grande, y el propio basurero es un hombre muy menudo e incapaz de hilar tan fino con los cálculos.

—*Po po po!* —murmura Yanni con tono tranquilizador. Tengo la

inquietante sensación de que el tiempo se haya deslizado inexplicablemente hasta el momento de la llegada de Yanni en el papel del tímido señor John—. *Pedi mou* —añade sonriente, usando la afectuosa y tolerante expresión «mi niña» (o «por mi hija», según convenga)—. ¿Para qué crees tú que sirve nuestra *talasa*…, nuestra mar? Te diré qué vamos a hacer. Cuando oscurezca, bajaremos por los peldaños, deprisa y sin hacer ruido, y lo arrojaremos al agua. El mar es un vertedero de basura de lo más eficaz. Es el sistema que utilizamos aquí en Kálimnos.

De modo que así lo planeamos. Yo debo bajar primero para asegurarme de que no haya moros en la costa en la *platía*. Cuando dé la señal, George y Yanni saldrán corriendo hacia la barandilla del muelle y lo lanzarán al mar con todas sus fuerzas.

Consideramos conveniente esperar hasta altas horas de la noche, cuando hayan cerrado las tabernas.

Ellos, sujetando entre ambos el espantoso objeto, esperan detrás de la puerta, al final de las escaleras, mientras yo salgo a la plaza como quien no quiere la cosa. Hay luna, pero tampoco es que ilumine demasiado. Cuatro pescadores de esponjas canturrean suavemente junto al monumento de los caídos y el policía de guardia cruza despacio la *platía* a medio camino entre los cedros de sal y el mar.

—¡Esperad un momento! —siseo con urgencia.

Lamentablemente, lo he dicho en inglés y Yanni interpreta que les estoy dando luz verde. Sale con ímpetu a la calle, arrastrando consigo a George y la carga.

George ve al policía con el rabillo del ojo y trata de retroceder, pero es demasiado tarde. En cualquier caso, Yanni es el más fuerte de los dos. Por segunda vez, el idioma acarrea nuestra perdición. Ante la baranda del muelle, George jadea desesperadamente: «¡A la una, a las dos, a las tres!». Pero Yanni, sin sincronizarse con él, susurra a su vez: «*Ena, dúo, tría!*», y su ademán de lanzar el trasto llega una fracción de segundo más tarde.

La repugnante reliquia se les escurre entre los dedos y cae y se hace añicos en la calle con un estrépito que debe de haberse oído en Cos.

Siguen unos instantes de un silencio lleno de pavor e incredulidad. Y entonces los dos ponen pies en polvorosa hacia la puerta.

El policía ha echado a correr gritando lo que sin duda es el equivalente en griego de: «¡Alto ahí, ladrón!». Por toda la plaza chirrían ventanas al abrirse, la gente sale disparada de los umbrales y, como por arte de magia, surge de las sombras bajo los árboles. El canto de los pescadores de esponjas se ha interrumpido de pronto. Echan a correr hacia nosotros gritando a pleno pulmón.

En el confuso entramado de las sombras, pasamos inadvertidos. Todo el mundo grita a la vez y el policía ha echado mano del transeúnte más cercano para interrogarlo con tono acusador. En los pálidos cuadrados de luz que proyecta la luna, la plaza entera está llena de manos que aletean dando explicaciones.

A salvo dentro de la casa, George y Yanni se apoyan contra la puerta del balcón, estremecidos por una risa que no pueden contener. El policía se ha internado en la oscuridad a grandes zancadas, con toda la pinta de estar mosqueado y sentirse como un estúpido. La multitud permanece un rato allí de pie, formando un desconcertado círculo en torno a los fragmentos de porcelana desparramados.

Finalmente, dos niños pequeños arrojan los pedazos al mar a patada limpia.

—¡Ya lo veis! —exclama Yanni con tono triunfal—. Ya está en la *talasa*. Así funcionan las cosas aquí en Kálimnos, George.

8

Llevábamos en la isla un mes sin que nos llegara ninguna clase de correo, de modo que nuestra primera entrega postal fue enorme: cartas y un par de facturas sin pagar, revistas y periódicos enviados para mantenernos «al día», y un gran sobre de papel de estraza repleto de tarjetas navideñas cuyos petirrojos con guirnaldas, casitas de entramado de madera, relucientes hogueras y ramitos de muérdago con lentejuelas cobraban el curioso encanto de piezas de época por haber llegado tres semanas tarde y quedar a medio mundo de distancia. Esas imágenes relucientes y de vivos colores cautivaron por completo a nuestros amigos de Kálimnos, que se llevaron con mucho cuidado los renos saltarines, las vírgenes flamencas, los sorprendidos Reyes Magos y las estrellas de Belén que sobraron cuando terminamos de decorar nuestras propias paredes húmedas con las postales escogidas.

Yanni, dando muestras de una insospechada vena de audacia, eligió una tarjeta abstracta y personalizada diseñada por uno de nuestros amigos londinenses más habilidosos. La tarjeta representaba a un Papá Noel de dos cabezas cuyo ombligo podía abrirse para revelar una botella de ginebra, en la que iba inscrita una invitación para asistir a una orgía en un estudio de Chelsea que hacía ya mucho que había llegado a su revoltoso final. Junto con una réplica a la acuarela de la Australia central y una fotografía reluciente del puente de la bahía de Sídney, se la llevó con gesto triunfal a su casita en las callejuelas de detrás de Agios Christos, y la pegó a la pared azul entre una oleografía suiza y una imagen de vistosos colores de una exposición parisina de la década de 1870. No dudo que permanecerá allí para desconcertar a sus descendientes durante generaciones.

Nuestra propia Navidad en Kálimnos había sido por necesidad una cuestión improvisada…

—¡Pero… mamá!

Martin, vestido solo con unos diminutos pantalones cortos azules muy remendados y llevando una ristra de pececitos ensartados por las agallas, acababa de llegar con Apostoli y Georgouli para preparar más cebos. Los tres están del color del cuero, y el salitre les reboza de blanco

las orejas y las cejas. Ahora que Martin lleva el corte de pelo al estilo kalimniano, solo sus ojos azules y su griego aún titubeante y algo presuntuoso lo distinguen de sus dos mejores amigos.

—¿Qué ocurre, Marty?

—¿Por qué estás escribiendo eso de que fue improvisada?

—Bueno, solo quiero decir que tuvimos que confeccionarlo todo nosotros mismos: las decoraciones y el pesebre y todo eso. No pudimos comprar nada en las tiendas, como hacíamos en Londres.

—Ay, sí, me acuerdo… —dice, permaneciendo de pie junto a la mesa, jugueteando con su ristra de pececillos, y frotándose abstraídamente con un pie descalzo la otra pierna, arriba y abajo.

Su expresión es distraída y melancólica, la bruma de la distancia le empaña los ojos. ¿Qué está viendo?, me pregunto… ¿Luces que motean el aire blanco y frío como estrellas humeantes? ¿Mares de celofán agitados de los que brotan maravillas resplandecientes que luego vuelven a hundirse? ¿Árboles en llamas tan altos como chapiteles? ¿Orbes de rubí, zafiro y esmeralda?

—¿También comprábamos nuestros pesebres en tiendas?

—Nunca tuvimos un pesebre en Londres. Por algún motivo, nunca parecía haber tiempo suficiente para montar uno.

—Bueno, pues el de aquí fue un pesebre estupendo. —La expresión desconcertada y melancólica se ha evaporado. Le da un pequeño tirón confiado a la ristra de pececitos—. Todo el mundo se santiguaba ante él como los verdaderos Jesús y María en la iglesia.

Tengo la sensación de que esto es importante. Crea uno o no que en un establo en Belén nació un niño Jesús, es el establo lo que nos une en Navidad, no el torrente grotesco de juguetes caros, los sándwiches de pavo a la ginebra y los dependientes estresados.

En Kálimnos, una palpa de nuevo la inmediatez y la emoción dramática de la Navidad, pues la Navidad da comienzo la noche del 24 de diciembre. No hay campañas de publicidad, no hay tácticas agresivas de venta, no hay recordatorios histéricos de los días de compra restantes: no hay nada que comprar ni vender. A las tres de la mañana del día de Navidad bajamos trastabillando por las escaleras con faroles encendidos para contestar a los golpes urgentes en la puerta de la calle. Surgido de entre las campanas que repicaban, de la oscuridad con olor a mar y los destellos de incontables velas en las montañas, Manolis había hecho su entrada, dorado a la luz de los faroles, con los brazos extendidos y una extraña sonrisa en la cara descarnada, como un Scrooge[3] irradiante.

—Mis queridos hermano y hermana —dijo—, ¡Cristo ha nacido!

—Bueno, Marty, me alegro de que no te decepcionara nuestra primera Navidad griega.

—¿Qué? ¡Oh, no! ¡Fue genial!

Pero ya se ha desvanecido: el repicar de las campanas y el pesebre pequeño y barato, los cuatro ascendiendo hasta San Nicolás desde el mar oscuro y los barcos silenciosos, con el alba punteada en todas partes por velas en movimiento.

Ahí fuera luce ahora un sol claro y radiante, el sol de julio. En el largo muelle, cincuenta niñitos desnudos y relucientes se tuestan al sol o se zambullen en las aguas verdes y frescas que, dos meses atrás, los *taramades* surcaban formando vistosas hileras.

—¿Sabes qué, mamá? —dice Martin con tono de admiración—. ¡Georgouli tiene veneno para peces!

Nuestras cartas y los periódicos de Londres y las revistas de Nueva York nos producían una sensación creciente de irrealidad. Los acontecimientos que describían parecían tan remotos y fantásticos como las maquinaciones del Mekon de cara verde en la portada de las tiras cómicas para niños que habían llegado con el paquete de periódicos. La política y los escándalos de Fleet Street parecían igual de verosímiles.

Aquí tenemos nuestros propios periódicos. Está Stathis, que cojea despacio a lo largo del paseo marítimo dos o tres veces al día, nudoso y torcido como el bastón de raíz de olivo sobre el que se apoya. Stathis anuncia horarios de barcos e información local con un canto lento y sonoro tan digno e impresionante como un editorial del *Times*. La publicidad la maneja Dionisos, un buzo tullido con un bigote como una gran barra negra bajo la nariz y la gorra de marinero ladeada con desenfado. Dionisos aún bucea en verano, pero en los meses de invierno va cargado con manteles adornados con borlas y ropa de señora colgada con perchas del cuello y las mangas. Pregona su mercancía desde el centro de la calle con todo el fervor de un vendedor. Es la forma definitiva de lo que ha dado en llamarse relaciones públicas.

—¡Acercaos! ¡Acercaos! —les suplica a las gorgonas.

Y las gorgonas se acercan obedientemente y comprueban la calidad de sus jerséis, sus enaguas y bufandas con pulgares e índices callosos.

Siempre pueden obtenerse noticias del extranjero en el café de Pantalés, un pobre metido a filósofo que se parece a uno de los autorretratos más tardíos de Rembrandt y que prepara el café más aromático y delicioso que jamás he probado en una lata con tres brasas de carbón vegetal en su interior. Como todos los buenos editores extranjeros, Pantalés se siente abrumado a veces por la locura del mundo. Cuando eso pasa, entra sus dos mesas destartaladas y las siete sillas de la calle y se encierra con la lata, las tazas de café y las hileras de

botellas vacías y polvorientas que lucen etiquetas raras y famosas, tristes reliquias de la época en que Pantalés regentaba el mejor bar de Kálimnos. Durante una semana, o un mes, se queda sentado dentro de la tienda con las persianas bajadas y bebe taciturno durante todo el día y media noche entre las sombras fantasmales de Courvoisier, Mumm y Haig, las hojas de laurel colgantes, los ejemplares amarillentos de los periódicos atenienses. Y sus clientes ven el grueso candado en la puerta azul y se encogen de hombros, sonríen y se marchan. Pero entre esos homéricos arrebatos, sus comentarios sobre las insensateces de la especie humana son inteligentes y tan vivaces como las grandes cucarachas que corretean bajo sus mesas. Pantalés es el intérprete de todo lo que ocurre en tierras extranjeras, el mitógrafo de su isla natal, el filólogo cuya opinión sobre semántica siempre es definitiva e irrefutable. Con nosotros, al principio, hacía sus comentarios sin palabras, pues nuestro griego era insignificante y nuestra pronunciación no estaba a la altura de su exigente consideración, pero su mímica era maravillosa. Utilizando la superficie de la mesa, ramitas del cedro de sal que pendía encima, cucharillas, tazas de café y charquitos de agua, explicaba la importancia del ascenso de Bulganin y el declive de Malenkov, o el problema chipriota, o el error de Churchill en los Dardanelos en 1915.

Con Stathis, Dionisos y Pantalés, nos enterábamos de cuanto hacía falta saber sobre los sucesos en el mundo exterior. Ni siquiera percatarnos de lo poco que necesitábamos saber nos producía remordimiento alguno por los años malgastados en los que nos habíamos preocupado por los titulares de la mañana o el boletín de la noche en la radio. No teníamos ningunas ganas de volver a eso.

A esas alturas habíamos entregado nuestros pasaportes y un sinfín de pequeñas fotos con caras de pocos amigos a la policía, que a cambio nos dio unas tarjetas de residencia firmadas y selladas que nos autorizaban a permanecer en la isla durante seis meses más.



Charmian Clift y George Johnston en Londres, a inicios de los años cincuenta.

(«¡Alegría! ¡Alegría!», solía mascullar George cuando correteábamos por enésima vez entre la comisaría de policía y la oficina del alcalde para rellenar unos cuantos formularios más y pagar los cincuenta dracmas por las pólizas. Era posible que el cónsul en Londres nunca hubiera oído hablar de Kafka, pero hay que estar atentos a «ellos» cuando te encuentras realmente en Grecia.[4] O quizá es que existe una diferencia sustancial entre un «turista» y un «forastero». Nunca antes había sido una forastera, en ningún lugar del mundo.)

Pero si nuestra vida en Kálimnos no era todo lo idílica que habíamos imaginado en Londres, al menos estábamos aprendiendo a relajarnos un poco, a decir *«den pirasi»* y *«avrio»* casi con tanta naturalidad como Manolis. Y trabajábamos en la novela sin dificultad y a buen ritmo. Si solo hubiéramos tenido que ocuparnos de nosotros dos, creo que podríamos habernos sentido perfectamente satisfechos, incluso desde el principio. Pero estaban los niños.

En Londres había sido bastante fácil especular sobre las ventajas para los niños que suponía vivir en una isla griega. Y nuestras teorías,

en cuanto que teorías, eran bastantes sólidas. Sigo creyendo que la vida de ciudad, y particularmente en un piso, con sus limitaciones psicológicas y la necesidad de estar siempre bajo la supervisión de un adulto, no es buena para los niños. Ni toda la educación progresista del mundo, ni todos los juguetes de parvulario y kits de manualidades astutamente diseñados pueden compensar la pérdida del derecho elemental de un niño de hacer sus propios descubrimientos. Me entristecía que a los siete años Martin pudiera darme una explicación lúcida e interesante del ciclo de la vida de un árbol, pero que no supiera cómo trepar a uno. Trepar a los árboles no está admitido en Kensington Gardens. En Londres había sido sencillo decir que no quería que mis hijos se convirtieran en unos hiperestimulados, hipersofisticados e hipereducados productos del asfalto y las zonas de juego. Mi propia infancia en Australia había sido asilvestrada y libre. Y aunque no recordaba los detalles y los nombres de los juegos de entonces, no había olvidado el saber que venía entretejido en esos juegos: el conocimiento certero por parte de un niño libre de las ilimitadas posibilidades del cuerpo humano, de las ilimitadas aspiraciones del alma.

Pero una cosa es crecer en libertad y otra muy distinta verte arrojado a ella. Al observar a través de la ventana los golpes y chillidos de unos cohibidos Martin y Shane en medio del grupo de niños de Kálimnos, reparé, no sin algo de vergüenza y preocupación, en que no sabían jugar. ¿Cómo iban a saber? Todos sus juegos habían sido de puertas para adentro, con cubos de madera, soldaditos, muñecas, construcciones y trenes eléctricos, y sus recreos en el exterior quedaban limitados por el tráfico de Bayswater Road, por el clima inglés, por los guardias de Kensington Gardens, y por el tiempo que yo pudiera dedicar a vigilarlos. Ahora los estrechos muros del cuarto de juegos se habían ampliado hasta los límites del mar, el cielo y las montañas, y se sentían perdidos e inseguros en la enormidad de todo eso. Eran, por otra parte, bastante incapaces de entender a sus compañeros de juego o comunicarse con ellos y, a diferencia de lo que yo habría esperado, se resistían con tozudez a aprender el nuevo idioma y se refugiaban en la arrogancia o el exhibicionismo. Shane, que normalmente es la más alegre y cariñosa de las niñas, se volvió arisca y desafiante. Martin encogía los hombros y era presa de espasmos de un pánico incontrolable. Sin duda era algo que pasaría con el tiempo, pero al principio necesitaban más cariño, comprensión y paciencia del que habían necesitado nunca en su vida.

También la pobreza de sus compañeros de juego los dejaba perplejos. La pobreza, en el sentido griego más profundo, era algo que no habían experimentado. No había habido nada en sus vidas que los preparase para un mundo donde los niños no tenían ni abrigos, ni

zapatos ni juguetes, y bastante a menudo tampoco gran cosa que comer.

—Bueno, pues no puedo invitar a la «pegona» a nuestra fiesta —había oído que Shane le decía a Martin una mañana, poco antes de Navidad.

—Pero ¿por qué, Shaney? —quiso saber Martin—. Ella no nos pega a nosotros. Solo les pega a los cabeza huevo. Yo que tú la invitaría, porque si no lo haces igual nos pegará a nosotros también.

—No es porque sea una pegona —explicó Shane, y añadió con devastadora simplicidad—: Solo tiene un vestido medio roto, Marty. ¿Cómo puede venir a una fiesta?

Según la más bien amplia experiencia de Shane en fiestas, un vestido de organdí, una corona de capullos de rosa y unas zapatillas de ballet era tan imprescindibles como los helados de fresa y los globos.

Más tarde, ordenando la repisa de la ventana donde se guardaban los juguetes, a falta de otros muebles, vi que los soldaditos que Martin guardaba como un tesoro ya no estaban. Cuando le pregunté, admitió con preocupación que los había regalado, junto con una caja de cien lápices de colores.

—Pero, Martin, pensaba que querías a tus soldados y tus lápices más que a nada en el mundo.

—Y es verdad, mamá —contestó, y empezó a sollozar, arrepentido. Había dividido los soldados y los lápices, según explicó, entre Yo-yo, Apostoli, Miches, Vasilis el de los cigarrillos, Dimitri el niño que vendía cacahuetes y uno de los cabeza huevo—. No tenían ningún juguete, mamá. ¡Ni uno!

Poco a poco, todos los juguetes que habían traído de Londres correrían la misma suerte, algunos como regalos, otros como sobornos. Que después lamentaran su generosidad o cobardía era natural, sobre todo cuando aún les hacía sufrir la idea errónea de que esas cosas podían conseguirse de nuevo tan fácilmente como había pasado siempre.

Pero los periodos de arrepentimiento eran muy breves. No tardaron en descubrir que era más divertido jugar con cinco piedras, saltando a la comba o con cometas hechas a mano, y que tenían el mar para jugar en él, barcas para meterse en ellas, y anzuelos que ensartar en finos hilos de tripa, y barquitos que construir con viejas latas de parafina. Y también podían buscar cangrejos y erizos en las rocas, y recoger pechinas y piedras de colores para guardarlas en cajas y frascos.

Poco a poco la palabra «juguete» desapareció de su vocabulario. Para entonces ya hablaban griego, iban descalzos y llevaban parches en los pantalones. El mundo se había convertido en su cuarto de juegos.

Sin embargo, había otra lección que les llevó más tiempo

aprender. Cuando nos invitaban a todos a comer a una de las casas pobres de Kálimnos, era angustioso ver cómo mareaban en el plato un excelente trozo de calamar, bañado en aceite, con caras que expresaban con demasiada claridad la terrible lucha interna entre las náuseas y la buena educación, o intentaban desesperadamente evitar coger una gruesa rebanada de pan negro untada con la grumosa y maloliente grasa que aquí hace las veces de mantequilla.

—¡Comed, comed! —les insistía desconcertada nuestra anfitriona —. Está buena, ¡es mantequilla!

A sus espaldas, sus propios niños miraban con ojos hambrientos aquellas exquisiteces. Probablemente no habían comido otra cosa que pan duro en todo el día para poder ofrecerles a mis hijos, los extranjeros, su «mantequilla».

Donde mejor queda reflejada la crueldad de la pobreza de esta isla es en la dieta de sus habitantes. Exactamente del mismo modo en que los árboles son el criterio según el cual se mide la belleza natural («Ah, es un sitio precioso: ¡tiene árboles!»), la comida se ha convertido en la medida de toda sociología y economía. Siempre que se habla de América y Australia se hace en términos de comida. Un emigrante escribe desde una comunidad obrera en Nueva Gales del Sur para decir que comen cuatro veces al día, y esa sorprendente información circula por toda la ciudad y se debate durante días. «¡Sin trabajo no hay comida!» es una expresión que se oye con tanta frecuencia como la desesperada e irónica a partes iguales: «¡Ah, el tiempo pasa!» de los apáticos jugadores de los cafés que no tienen trabajo ni escapatoria. Es perfectamente educado saludar a un desconocido y preguntarle de inmediato qué ha comido al mediodía o interrogar a tu vecino sobre lo que va a preparar de cena.

Para la mayoría de los isleños, la dieta base consiste en alubias, macarrones, patatas y pan, con pescado si está barato o simple arroz hervido con aceite. La carne es un plato para las festividades. La frugalidad elemental de los pobres puede expresarse sencillamente en la abstinencia de carne. La carne cuesta veinticinco dracmas el kilo. El salario medio de un trabajador, cuando tiene trabajo, es de veinticinco dracmas al día, y eso con una jornada de doce o catorce horas sin pausas para comer.

Esa frugalidad se ve inevitablemente reflejada en las estanterías de las tiendas. Al principio, tratar de encontrar algo que cocinar nos supuso una pesadilla. Aparte de las innumerables botellas de brandy de cereza de Samos, *strega*, *crème de menthe*, curaçao, licor de plátano y aguardiente de albaricoque, por no mencionar el omnipresente ouzo, que llenaban los estantes de las tiendas de comida (sabe Dios por qué, puesto que esas bebidas no son baratas), había bien poco que comprar a excepción de los artículos básicos de la dieta de Kálimnos: harina,

arroz, aceite, aceitunas, judías de distintas variedades, macarrones de una docena de formas y tamaños y una lata ocasional de algún *delicatessen* como mermelada, mantequilla holandesa, leche condensada o carne en conserva.

El mercado, un edificio pseudoveneciano feo y medio derruido que se había levantado cerca de los muelles de pesca de detrás de la catedral durante la ocupación italiana, no ofrecía gran cosa más, si bien era una delicia verlo, como pasa con todos los mercados casi orientales. Las naranjas y mandarinas brillaban, las paredes estaban engalanadas con ramas de parra secas y nudosas ristras de cabezas de ajo trenzadas con paja, y sobre las bandejas de cebollas plateadas se esparcían relucientes pimientos verdes. Tenía ganas de enterrar la cara en las cestas de fragantes limones o de quedarme mirando fijamente a la vieja vendedora de patatas, con la falda recogida y sujeta sobre unas enaguas a rayas, o al chico de las verduras apoltronado junto a la fuente rota con su cesto de caballas relucientes. Pero una vez que acababas de admirarlo todo, ¿qué quedaba al fin y al cabo que pudieras meter en la cesta con lo que preparar dos comidas nutritivas para cuatro personas?

Éramos víctimas del ritmo natural de las estaciones; nuestra conciencia de que había estaciones había quedado mitigada antaño por los frigoríficos y los congeladores, por las cazuelas para preparar mermelada y los buques de carga con cámaras refrigeradoras, de modo que las limitaciones de los cambios durante el año nos dejaron bastante impresionados. En Kálimnos, las frutas y las hortalizas son de temporada, como sin duda Dios pretendió que fueran. Comíamos ensaladas durante unas semanas y entonces, de repente, ya no había más lechuga y llegaba el momento de los pepinos. Estos últimos desaparecían un par de días antes de la llegada de los primeros tomates. Era imposible tomar una ensalada que contuviera al mismo tiempo pepino, tomate, lechuga y cebolla. Les pregunté a las mujeres de Kálimnos por qué no compraban las frutas y verduras cuando las había en abundancia y eran más baratas (tomates, albaricoques y peras a un penique la libra) y hacían conservas para el invierno. Me miraron fijamente, sin comprender. Les dibujé unos simples tarros de conserva. Todas soltaron exclamaciones de alegría y se llevaron mis bocetos para enseñárselos a sus amigas. No hubo más avances a partir de ese punto.

—Pero en invierno no hay ciruelas —me decían con tono de desconcierto—. Naranjas y mandarinas sí, pero ciruelas no. Si Dios hubiese querido que comiéramos ciruelas en invierno, las habría puesto entonces en los árboles.

Ni siquiera el pescado es tan abundante como cabría esperar en una isla del Egeo con una industria pesquera medianamente grande. Una vez más, el motivo es la pobreza. Aquí, nadie puede permitirse pagar un precio por el pescado que asegure un margen razonable para

el pescador: este lo envuelve en hielo y lo envía al mercado de El Pireo. En cualquier caso, a nuestros hijos, que tenían recuerdos muy vívidos de la raya reblandecida de los almuerzos en el colegio y el hedor y los enjambres de moscas de los puestos al aire libre de Londres, el pescado en todas sus formas aún les producía una repulsión comprensible.

Una vez por semana, a veces dos, aparecían unas reses muertas colgadas de ganchos sobre las tablas de carnicero en un anexo del ágora. Siempre sabíamos cuándo estaría allí la carne porque los animales pasaban justo por debajo de nuestro balcón cuando los conducían cruzando la *platía* hasta el matadero, y no tardamos en aprender a valorar la calidad de los cerdos que chillaban, los cabritos marrones y blancos con sus cuernecitos y sus pequeñas pezuñas tintineantes, las ovejas grises y esmirriadas con sus ojos amarillos y curiosos, los arrogantes carneros con cuernos que se enroscaban hacia atrás como conchas enrevesadas, los flacos y nervudos novillos que a veces requerían que los niñitos que ayudaban con entusiasmo a hacerlos cruzar la *platía* les diesen tirones y les retorcieran la cola durante una hora o más. Al caer la noche, esos mismos animales estarían colgados en ganchos, tras haber vuelto a cruzar la *platía* en carros tirados por mulas que dejaban regueros de color rojo en la calle. Un niño montaba despreocupadamente a horcajadas sobre las reses y la mula iba engalanada con cuentas azules y campanillas. Si querías carne, te apresurabas a seguir los carros. Nunca te dejaban elegir con qué parte del animal quedarte: nada de tonterías sobre solomillos o costillas, sobre chuletas o piernas. Cortaban una pieza con huesos, grasa, tendones y tripas incluidos, y te la daban aún caliente y chorreando sangre. Te la llevabas a casa para realizar en ella los cortes más delicados.

Aunque mi cocina me pareció al principio tan primitiva como la yesca y el pedernal, no tardé en darme cuenta, por la envidia de mis vecinas, de que, en realidad, era el equivalente kalimniano de una eléctrica. ¡Tenía dos hornos de carbón, nada menos! ¡Y un quemador de queroseno! Aquí es muy raro que una casa tenga más de un horno. Puede estar en el interior de la casa o fuera, construido sobre un cubo de ladrillo encalado. A menudo consiste tan solo en una lata a la que se le han hecho agujeros, pero sirve para cocinar para una familia de diez miembros. La gente en circunstancias más acomodadas utiliza un hornillo Primus, pero uno solo y con un único quemador, como el de la casa del *raptis* en Cos. Por lo visto, todavía no se le ha ocurrido a nadie que con dos quemadores una puede cocinar dos cosas a la vez. En Grecia, o por lo menos en Kálimnos, se prepara un plato y después otro mientras el primero se enfría. Al cabo de un tiempo, una se acostumbra a comer el pescado, la carne y las verduras tibios o fríos. Por lo menos es lo que me cuentan algunos; yo no he abandonado todos los

esfuerzos por servir comidas calientes.

Muchas casas tienen hornos de pan exteriores, unas burdas cúpulas de arcilla encalada donde se hornea el pan una vez que se han encendido con fardos de aulaga ardiendo traídos de las montañas. Son exactamente iguales que los hornos primitivos desenterrados en la antigua ciudad de Damos, contemporánea de la Micenas de Agamenón. Las cocinas tal como las conocemos nosotros son desconocidas aquí. Se hace imposible encontrar incluso una de esas toscas cocinas económicas de madera que ya estaban casi obsoletas en las pequeñas poblaciones australianas cuando yo era niña.

Los días festivos o en las raras ocasiones en las que una mujer puede permitirse elaborar un plato más complicado, y por tanto más caro, que los eternos macarrones y judías, prepara la comida en casa y luego la lleva a los hornos de las panaderías, donde puede conseguir que se la asen por dos dracmas. Luego se la lleva a casa, probablemente a un par de kilómetros de distancia, e incluso en lo alto de la montaña, de modo que para cuando la deja sobre la mesa ya está fría o casi.

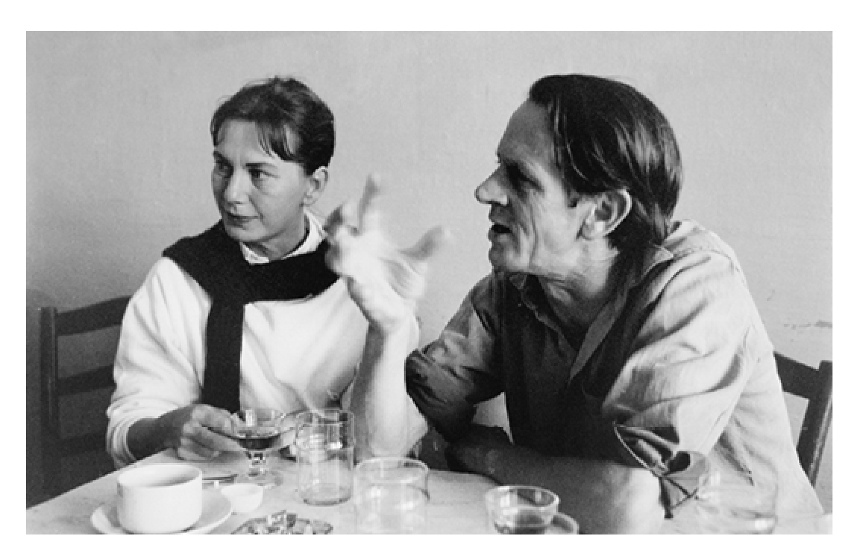
A veces, cuando revolvía algo en la olla en precario equilibrio sobre unas brasas de carbón o encendía con cautela el hornillo de queroseno con su temperamental tendencia a explotarme en la cara (¡me pasé semanas sin cejas ni pestañas!), me acordaba con una profunda sensación de irrealidad del esmalte blanco y negro de mi cocina en Londres, del sonido del horno al encenderse y del suave ronroneo de la gran nevera en el rincón, del olor del jabón que daba vueltas en la lavadora, de los mangos rojos del juego de cucharones y espumaderas y palas, de las sartenes de aluminio de distintos tamaños, de los platos de pyrex y las bandejas de madera que les había endilgado a amigas cuyas cocinas ya estaban llenas de utensilios similares, de las copas de jerez georgianas y los platillos de entrantes de plata, de los platos de vivos colores de Heal, de los restos considerables de la vajilla Wedgwood Moss Rose que le había dado de regalo de despedida a la mujer de la limpieza... ¿Cómo había conseguido darle uso a todo aquello?

En realidad, con los utensilios kalimnianos disponibles y un único hornillo de carbón pueden prepararse cientos de buenos platos. Con suavidad, pero con firmeza, Sevasti me enseñó los secretos de la cocina griega. Empezamos por *fasólia*, un plato de alubias con puré de tomate, apio, cebolla, aceite y ajo, y de ahí pasamos a los *dolmades*, arroz con un poco de carne y envuelto en hojas de parra, y a la *kucha*, judías verdes y gruesas preparadas con hierbas silvestres. Hacíamos espaguetis y salsas. Cuando empecé a aprender el idioma fui capaz de presionar al carnicero para que me diera mejores cortes de carne, de modo que a veces podíamos tomar unas albóndigas diminutas o estofado de cordero o cabrito con hojas de laurel y cebolletas no mayores que

canicas.

Para mi alivio, los niños empezaron a desarrollar un apetito voraz y hasta llegaron a creer que el pescado fresco dorado en aceite de los olivares que se hallaban a un par de kilómetros carretera abajo constituía un desayuno satisfactorio. Y un granjero con sombrero de ala ancha acudía todas las mañanas con el paso ágil de un gato enfundado en sus botas altas de piel de cabra para traernos pequeños cuencos de barro con yogur elaborado con cremosa leche de oveja. Incluso la plebeya calabaza podía transformarse en pastelillos amarillos y dulces que se freían en aceite para la merienda de los niños. Y entonces llegó el día, orgulloso e inevitable, en que Martin se llevó la cena del domingo al horno del panadero, cargando con la gran lata sobre la cabeza como si fuera una corona.

Un extraño arrebato de nostalgia lo llevó a insistirme un día en que preparara pastitas de Cornualles, una petición tan sorprendente que accedí a ella. Gracias a algún singular golpe de suerte, tuvieron un éxito extraordinario y llenaron a Sevasti de asombro y admiración; se fue corriendo a casa y preparó una hornada por sí misma. Y lo mismo hizo Angela, la vecina de dos casas más allá. Cuando llegó la siguiente mañana de sábado, ya había media docena de bandejas de pastitas de Cornualles en el horno del panadero. Si algún día un antropólogo basa un tratado erudito en ese curioso aspecto de la dieta de Kálimnos, mencionando la ruta del ámbar y el comercio fenicio de estaño y la migración griega temprana a las islas hiperbóreas, me sentiré satisfecha. Se trata de mi único triunfo culinario.



Charmian Clift y George Johnston en Grecia, años cincuenta.

También redescubrimos el marisco, por el que habíamos perdido el apetito en Londres, donde las pescaderías son probablemente las menos higiénicas y más repugnantes del mundo civilizado y donde las ostras cuestan una fortuna. Nunca hemos llegado al grado de deleite autóctono que le permite a Yanni comerse cangrejos y erizos vivos, hasta las púas que se retuercen, pero sí ha llegado a gustarnos el pulpo en cualquiera de los trescientos platos que pueden prepararse con él; y el *fouska*, un fruto marino extraño, negro y velludo que sacan los buceadores: su carne es negra y carmesí, y se come con aceite y limón; y las extrañas *pinas*, unos moluscos pálidos y parecidos a mejillones que llegan a medir lo mismo que un brazo y que pueden arrancarle los dedos o la mano a un buzo si no va con cuidado al cogerlos. La carne de las *pinas* se fríe y sabe a hígado levemente salado y tierno. Y luego está el *palamida*, una especie de caballa que abunda ante las costas de Anatolia y que se corta y se hace a la parrilla como un filete, y se sirve caliente con aceite y zumo de limón o frío con una espesa salsa de ajo que estará a la altura de cuanto pueda preparar el Cordon Bleu; y los diminutos y crujientes *marides*, que se comen enteros, con la cabeza, la espina y la cola incluidas.

—¡Ay, Dios, lo que daría por un buen rodaballo! —murmura George con tono satisfecho mientras se seca el aceite de la barbilla—. O

uno de aquellos pasteles de carne y puré. Anda, sé buena chica y pásame los *palamides*, ¡y te escribiré una Ilíada!

3. Personaje protagonista de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens. *(N. de la T.)*

4. La autora hace referencia aquí a la idea kafkiana de los humanos como esclavos del sistema burocrático moderno, una idea que queda reflejada en obras como *El proceso, El castillo o La metamorfosis. (N. de la T.)*

9

A medida que pasaban las semanas y nuestros problemas se resolvían uno a uno —o se volvían tan familiares que podíamos convivir con ellos con cierta indiferencia—, el libro empezó a coger su propio ritmo. La historia que narraba nos rodeaba por todas partes. Vivíamos inmersos en ella. Por las mañanas tomábamos café con nuestros personajes, y por las noches nos sentábamos con ellos en las tabernas a compartir jarras de cobre de *retsina* y platos de *barmpouní* (un tipo mediterráneo de salmonete), el exquisito pez de un rosa dorado que aparecía pintado, como motivo decorativo, en las paredes del palacio de Minos en Cnosos cuatro mil años atrás, que figuraba hermosamente en los tempranos mosaicos griegos de Cos, ahora conservados en el museo de Rodas; que aparecía como una filigrana dorada en las capas de los patriarcas bizantinos y en los primitivos tejidos egeos de la Alta Edad Media, y que ahora eran el tesoro del Museo Benaki en Atenas.

Resulta irreverente hincar el tenedor en esa forma rosada tan delicada y brillante. Este era el alimento que sustentaba a Dédalo cuando soñaba con laberintos y alas y toros de bronce, que alimentaba los encantos de Ariadna y que se servía, flanqueado por dos hachas, en bandejas de oro batido en la mesa de Minos. Pero, en efecto, una le hinca el tenedor con avidez, y al infierno con la reverencia. Su carne blanca es deliciosa, y luego mojamos pan en los charquitos de aceite dorado y nos chupamos los dedos.

Nunca he intentado averiguar cuántas tabernas hay en Kálimnos, pero en esta ciudad, donde la vida nocturna se centra sobre todo en el comercio de «marineros en tierra», tiene que haber muchas. Cuatro de ellas, ya sea por su ambiente o por su aspecto pintoresco, podrían clasificarse como «tabernas de cuatro estrellas». El resto son en su mayoría cuchitriles lúgubres y llenos de humo con hileras de grandes toneles en estantes de madera. Interrumpen la paz de las zigzagueantes callejuelas con la cacofonía de la música metálica de *busuki* que brama de unos discos rayados que suenan en un gramófono una y otra vez.

En las tabernas, en general no se sirve otra cosa que *retsina*, aunque en verano quizá pueden hacer la concesión de tener unas botellas de cerveza griega en un cubo de agua tibia. Puesto que la

exuberante hospitalidad de los lugareños hace del todo imposible no beber, la cuestión pasa a ser si a uno le gusta la *retsina* o no. A la *retsina* se le va tomando el gusto con el tiempo: o bien la aborreces, o te conviertes en una devota apasionada.

La *retsina* es, casi con absoluta certeza, el vino más antiguo de la tierra, y probablemente el más barato. Toma su nombre de la resina de pino que se mezcla con el vino cuando se destina a las barricas, un hecho que provocó el cáustico comentario de un viajero francés medieval de que los griegos, a diferencia del resto del mundo, no extraen su vino de las uvas sino de los pinares. El vino base, antes de tratarse con resina, es casi siempre un blanco no espumoso y no muy distinto de un Mosel o un Chablis claros. Kálimnos produce una pequeña cantidad del vino de *retsina* rosado conocido como *kokkiníla*, ligeramente menos resinado que el blanco, y que sienta de maravilla en verano cuando la *retsina* corriente resulta un poco pesada. Lamentablemente no es fácil de encontrar. La incorporación de la resina le proporciona al vino un sabor que resulta peculiar al principio —a mí me produjo arcadas cuando tomé mi primer vaso; di cautelosos sorbitos borgianos al segundo y me convertí en una adicta con el tercero—, pero quienes lo veneran de forma incondicional aseguran que es la resina lo que transforma el vino prácticamente en elixir. Te hará feliz, te mantendrá joven, te permitirá vivir cien años. Nunca te dará resaca (eso es verdad), y cualquier médico podrá hablarte de sus propiedades beneficiosas: para las piernas, los ojos, las articulaciones, el hígado, los riñones, el corazón, el bazo, los pulmones, los nervios. «¿Cómo estás de salud? —suele preguntar a modo de saludo el viejo Leonidas, vendedor de pastelillos de miel y siropes dulces—. Toma *retsina*. ¡No hay nada como la *retsina* para el organismo!»

La práctica de añadir resina al vino se remonta a mil años atrás. El descubrimiento del vino se atribuye al dios Dioniso, y se suele afirmar que lo hizo en Eleuteria, en la falda del monte Citerón. La historia de las extrañas andanzas del dios y los ritos místicos posteriores del culto dionisíaco supuestamente simbolizaban la expansión de la veneración al vino, en sustitución del culto tracio a la cerveza, por Europa, Asia y el norte de África. En realidad, es más probable que el vino se hiciera por primera vez en Creta —sus viñedos y sus vinos siguen siendo famosos — y se exportara a Grecia en ánforas a inicios del segundo milenio antes de Cristo. Como carecían de conocimientos sobre añejar y preservar el vino en barricas de madera, aquellos primeros fabricantes de vino añadían resina de pino con el fin de conservarlo fresco a bordo de los barcos. Teseo, en su travesía hacia Creta, o Jasón al timón del *Argo*, camino de la Cólquida en busca del Vellocino de Oro, probablemente habrían bebido una *retsina* no muy distinta de la que bebemos hoy en día. Era la bebida de Ulises, de los hombres que

saquearon Troya, de los vencedores en Salamina. Del lecho marino se han recuperado ánforas de vino de dos mil seiscientos años de antigüedad todavía con rastros de la resina con la que se impregnaron.

La práctica de la resinación tiene además otro valor: la peculiar astringencia que confiere al vino contrarresta la aceitosa pesadez de casi toda la comida griega. Es más, beber *retsina* tiene una relevancia particular que no se aplica a ninguna otra bebida. Con cada vaso que se sirve hay que brindar, entrechocando todos los vasos ceremoniosamente. En una fiesta multitudinaria, la cosa puede volverse bastante laboriosa. Una puede evitarlo sin ser descortés limitándose a golpear la mesa con la base del vaso. Con frecuencia, y en Kálimnos casi siempre, se vierte en el suelo un vaso de *retsina* a modo de libación. No tengo ni idea de por qué se hace. Se lo he preguntado a muchos hombres de la isla: sonríen tímidamente, niegan con la cabeza y se encogen de hombros. No saben por qué…, siempre se ha hecho. Es evidente que se trata de algún tipo de apaciguamiento, de un persistente atavismo vinculado a algún ritual ancestral olvidado hace tiempo.

La taberna que más ha llegado a gustarnos es la de Anthony Skeftarios, al fondo de un callejón sin salida que desemboca en una de las calles adoquinadas que se alejan tortuosas de Agios Christos. Consiste en una habitación cuadrada y sin encanto alguno, pintada de un crudo azul con un reborde rojo que te mancha la ropa si te apoyas en la pared. Contiene doce mesas pequeñas y recias con manteles limpios a cuadros blancos y negros. El suelo es de tarima desnuda, bien fregado pero lleno de agujeros en la madera que son un peligro para las patas de las sillas y que, a menudo, atrapan al bebedor desprevenido. No hay otra decoración en las paredes que un boceto a lápiz de Skeftarios, no muy bueno, y un calendario que siempre señala el día correcto. Hay una barra verde con una losa de pizarra incrustada en el sobre donde Skeftarios te escribe la cuenta con tiza. Y encima de la barra hay una bandeja de vasos y una tinaja de treinta kilos recubierta de mimbre que se va rellenando según requiere la necesidad en la mayor y más pretenciosa taberna de Tasos Zordos, a la vuelta de la esquina.

La gran taberna de Zordos me cautivó al principio con su vista de barriles azules apilados hasta el techo —sesenta y cuatro, todos numerados—, el serrín en el suelo, las hojas de parra pintadas en las paredes y las sonoras y vibrantes melodías que reproducía con aspereza un gramófono de gran bocina curva. En aquel entonces pensaba, y aún lo hago, que si Zordos pudiera transportar intacta su taberna a cualquiera de las ciudades donde los ociosos y sofisticados suspiran por una vida sencilla y pagan encantados por la emoción de beber como un campesino o un pescador, amasaría una fortuna. Y lo mismo haría el gordo Mikailis, cuya taberna es pintoresca en otro sentido. Al

igual que la de Skeftarios, se halla en una colorida callejuela cerca del mar. Cuando bajas por ella, te llega el susurrar de las olas a través del enrejado que hay debajo de tus pies. Bajo un techo combado a base de hojas de papel pegadas, la taberna parece una enorme cueva abovedada. Está amueblada con unos antiguos bancos, de respaldo alto y burdamente tallados, y unas largas mesas de refectorio que habían pertenecido a la abuela de la esposa de Mikailis y que llegaron a él como parte de la *prica* del matrimonio. La tercera de las tabernas espectaculares se encuentra bajo una enorme morera que, en verano, debe de procurarle miles de dracmas al dueño, un turco gigantesco y genial llamado Theodoros Saris, que todavía fuma la *ngaliyeh* turca o pipa de agua. Saris es la autoridad en cantos turcos, y, con admirable tolerancia, decora la pared de su taberna con litografías de los héroes griegos de la guerra de liberación contra los turcos.

Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia, en aquellas primeras semanas pasábamos de largo la callejuela por la que se llega al establecimiento de Mikailis y no llegábamos hasta el de Zordos ni a la morera del gigante turco. Lo pintoresco acaba resultando pesado. El gramófono, al fin y al cabo, es un incordio si uno quiere hablar; la caverna de Mikailis es demasiado fría, el aseo junto a la puerta apesta y los pescadores de esponjas, por alguna razón, nunca van allí. La taberna de los buzos es la de Skeftarios, algo casi tan sagrado como que san Esteban sea su santo patrón.

El local de Skeftarios es como el paisaje griego: desnudo, inocente y extrañamente estimulante. Se ve todo a simple vista: las paredes, la barra, el suelo roto, las dos ventanas que dan a la cocina limpia donde el tronco compacto y retorcido de una antiquísima parra emerge a través del suelo, recorre el papel pintado barato de las paredes entre los relucientes cazos y sartenes, atraviesa el techo y cuelga sus gruesos racimos de uvas moradas entre el enrejado exterior. Plantada ante el hornillo Primus en una nube de humo aromático, la mujer de Skeftarios, Anna la Dorada, tan enorme y gris como un hipopótamo, da la vuelta con destreza al *barmpouní*. El brazo rollizo y desnudo de la callada Katerina corta lechuga en juliana sobre una tabla de madera. Y eso es todo. Sin embargo, aquí se come mejor, se bebe mejor, se piensa mejor y se habla mejor que en cualquier sitio que conozco. Te invita a la música, a la poesía, a soñar.

Los gigantes se adueñan invariablemente del rincón superior izquierdo: el capitán Miches, que gobierna tres barcos de pesca de esponjas y tiene un cuerpo como un árbol, una fea cara de gorila y los ojos de un niño; su *colazáris* Mikailis, más grandote incluso que Miches y muy guapo, con la belleza pura y austera de la efigie de una moneda antigua. (Mikailis podría llevar grebas y un casco con un penacho de crin de caballo teñido de rojo y le sentarían tan bien como las botas y el

gorro de marinero, y si su tendencia a empinar el codo y sus tediosas travesuras infantiles no parecen casar bien con la línea pura y adusta de su perfil, hay que recordar que Aquiles siempre andaba enfurruñado, Paris era un presumido, Ajax un estúpido, Ulises un zorro y Néstor poco menos que un pelmazo.) Pavlos Roditis, el enorme primo de la enorme Anna la Dorada, con una panza como un saco de grano y una voz como el bramido de una caracola; Anthony Mavrikaikas, el alcalde, con derecho a un puesto en la mesa ya solo por su envergadura. Los buzos más robustos, duros y menos cohibidos que navegan con el capitán Miches se sientan a esa mesa en el rincón. Es el rincón de las chanzas y los apetitos homéricos, de risotadas estentóreas y dolorosas y de eructos que parecen volcanes en erupción. A través de la ventana de la cocina, Anna la Dorada y Katerina pasan una serie interminable de cuencos gigantescos: langostas, *fouska*, estofado de cordero con patatas, *barmpouní*, tortillas amarillas, montículos verdes de ensalada, *palamides*, queso. Skeftarios, con un cigarrillo sin encender colgándole del labio superior, llena y rellena, impasible, las hileras de vasos de cobre y luego rodea la esquina para ir a Tasos Zordos a reponer el contenido de la vasija de mimbre.

—¡Menudos tipos tan locos! —murmura Georgios, el mercader, que hace su entrada, menudo y debilucho, silbando un Lehár. (Una se sorprende momentáneamente de que sea una figura tan bajita y frágil, y no un Rabelais o un Falstaff que se una a ellos.) Pero flota hasta el rincón de los gigantes cual cardo llevado por el viento y desaparece durante un instante, como Jack en la cocina del gigante. Vuelve a aparecer, meneando la cabeza cana medio oculta bajo una gran gorra de marinero. Y los débiles y melosos compases de Lehár se disuelven en el clamor del coro de *Psarapoula*, la canción de los pescadores de esponjas, que la entonan a voz en cuello con el acompañamiento del entrechocar y chapotear de los vasos. Una tiene la inevitable sensación de que va a bajar el telón, concluido el acto primero.

—¡Menuda música de locos! —protesta alegremente Caralis, y se lanza encantado a corear la segunda estrofa.

Pero en el rincón de los viejos, en el extremo opuesto en diagonal, el otro Georgios, el anciano con la cara de payaso tristón, esboza una mueca y nos apela a nuestra benevolencia en silencio. ¡Bobadas modernas!, dicen sus largas manos. Es un viejo muy alto y de lánguidas extremidades, como una muñeca de trapo que ha perdido la mitad del relleno. Sus ojos azules y tristes se curvan hacia abajo en las comisuras. Sus compañeros son los otros tres ancianos (entre los cuatro reúnen doscientos ochenta y dos años llenos de incidentes) que, gracias a su condición de venerables, se han creado un rincón en el local de Skeftarios tan sacrosanto e inviolable como el de los gigantes.

Y ahí, triste y callado, se sienta el canoso Anthonis Pandalis, el

capitano Anthonis. Tiene setenta y dos años y fue antaño un capitán de pesca de esponjas con barco propio y un jovencito estupendo por hijo que era el mejor buzo de todos. Pero el muchacho murió en la guerra de Corea; el barco tiene ahora otro capitán y el viejo Anthonis vende cigarrillos de una caja de madera con preciosos dibujos de barcos de pesca de esponjas pegados en el interior de la tapa.

La silla junto a la del *capitano* siempre está reservada para Nicko, el cínico, jovial, infame Nicko, orgulloso poseedor de la mayor panza de la isla, que luchó contra los turcos en Tracia y Macedonia y que amó a una muchacha francesa en Nueva Orleans. Siempre lleva bajo la camisa rosas de color rosa y claveles aplastados y ramitas verdes y embriagadoras de *vasilikos*, cuyo regio nombre —como explica Anna la Dorada (pues ella es la verdadera autoridad en la taberna sobre las cuestiones piadosas)— deriva del hecho de haber brotado de la cruz de Cristo en la zanja donde la encontró Elena.

La cuarta silla del rincón la ocupa siempre Emmanuele Manglis, que a sus sesenta y seis años es el más joven del cuarteto, pero parece mayor que cualquiera de los otros. Es consciente de ese hecho y lo acepta con resignación. «La vida del buzo —explica— añade diez o quince años al aspecto de cualquier hombre.» Fue pescador de esponjas durante veinticinco años y quedó brutalmente lisiado; eso no le impidió, sin embargo, ser el capitán de todos los buzos de Kálimnos durante muchos años y la autoridad reconocida en las tradiciones, la historia y las técnicas de tan arriesgado oficio.

Su primo Anthony Manglis representa, en cierto sentido, la otra cara de la moneda kalimniana. Por así decirlo, simboliza el elemento estable. Encarna el aspecto mercantil, próspero, respetable, progresista: los factores fiables. Es un hombre bastante acomodado y posee un gran talento comercial; además de su propia finca, se ocupa de las de Vouvalis, de considerable envergadura, y comercializa esponjas en los mercados del mundo. Es un hombre cordial y simpático, encantador, culto y capaz. Kiriakos, el joven granjero que cuida de su fructífera finca de cítricos en Vathy, jura que no hay mejor patrón en el mundo que él. Y sin embargo una no puede sino darle vueltas a la absoluta disparidad de las vidas de esas dos ramas de la familia. En cierto sentido, es el ejemplo perfecto del gran cisma que divide sin piedad toda la vida en Kálimnos. Me pregunto si Anthony Manglis habrá tomado alguna vez una *retsina* en una mesa del rincón en la taberna de Skeftarios.

Pese a toda su pobreza y su dolor, Emmanuele Manglis tiene todavía lo que se conoce a veces como acervo familiar. Sentado a su mesa en el rincón junto a los otros ancianos, retorciéndose el espléndido bigote blanco y con unos modales tan hermosos y educados como su lenguaje, te explicará la antigua leyenda del abandono de

Ariadna en Naxos con el entusiasmo de un joven poeta y los ojos brillantes. Su cortesía es impecable, su caudal de historias inagotable. Su encanto es capaz de transformar la áspera *retsina* en Château Laffitte y el mantel de algodón a cuadros en damasco.

Sobre la mesa del anciano nunca hay más que una exigua *oka* de *retsina* y un platillo con queso o aceitunas. Todos son lastimosamente pobres. Me fascina ver cómo uno de los semidioses desciende del olímpico rincón para unirse a ellos, trayendo consigo, con cierto aire de disculpa, las selectas exquisiteces de langosta y cazón en salsa de ajo para tentar a sus viejos paladares y una *oka* entera de *retsina* con que rellenar sus vasos. En ese gesto no hay otra cosa que generosidad, respeto y deferencia, y sin embargo el vino parece ser una libación, y la comida propiciatoria. Y cuando el capitán Miches o Mikailis o un buzo sano y robusto ofrece el platillo, su «*parakaló*» pronunciado por lo bajo parece aludir más que a su significado habitual de «por favor» a uno más profundo: «te lo ruego».

A veces, si bien no todas las noches (pues es tan temperamental como una prima donna), al viejo Georgios Makrinakis, el hombre-muñeca de trapo, lo convencen para que cante. Solo sabe una canción y, al igual que él mismo, es muy vieja y triste. Habla de cómo los turcos capturaron a un *kleftis*, un guerrillero de la montaña. Georgios es, de hecho, el último intérprete auténtico de baladas turcas. Entona su canción a la vieja usanza, haciendo vibrar la garganta y dotando a las frases de una curiosa inflexión, un arte perdido hoy en día. Le queda poca voz. La elevada y sostenida vibración del clímax a veces se convierte en un agudo gañido nasal, parecido al sonido que solíamos hacer de niños al taparnos la nariz y cantar mientras nos dábamos golpecitos con el borde de la mano en la garganta.

Pero no es la lástima, ni la generosidad ni la diversión lo que lleva a los buzos a pedirle y suplicarle al viejo que cante, ni tampoco la educación lo que los mantiene en un profundo silencio hasta que él extiende un brazo, en un trágico gesto final de payaso, y se levanta sobre sus temblorosas piernas de anciano para pronunciar con voz trémula la escalofriante frase: «¡Han asesinado al *kleftis*!». El toque de genialidad sigue estando ahí. Ahora no es más que un toque, pero resulta inconfundible entre los sonidos quejumbrosos y las flaquezas de una voz muy vieja y que nunca se educó. Suena distorsionada y farragosa, pero claramente reconocible, como si escucharas la voz joven en una vieja grabación de fonógrafo. Su sentido del tempo es incluso tan impecable como el de Gielgud.

Nadie más intenta entonar la canción del viejo Georgios, aunque un par de jóvenes imitan su forma de cantar. No es lo mismo, si bien Mikailis Melekios, un pastor de las montañas con cara de luna llena que a menudo toca la *tsabuna* (una primitiva forma griega de gaita) en

la taberna de Skeftarios, convierte su canto en un quejido agudo y lastimero no muy distinto al sonido de la propia *tsabuna*. Otro Mikailis, un buzo *ferneze* pulcramente vestido que siempre bebe con Fortes y Costas Manglis, canta también a la vieja usanza, pero lo verdaderamente notable es su forma de bailar. Y cuando Melekios, el pastor, baja de la montaña con su *tsabuna* envuelta en un mantel a rayas, siempre hay baile en el local de Skeftarios, un baile desenfrenado.

El abuelo de Mikailis hizo esa *tsabuna*. La piel de oveja es tan suave y flexible como seda vieja y gastada, y el bordón de raíz de olivo ha sido tallado con águilas estilizadas y el mismo motivo de estrellas y círculos mágicos que las hijas de George Vlamos, el alfarero, pintan con arcilla blanca en las vasijas rojas de agua de Kálimnos.

La *tsabuna* es un objeto macabro cuando se hincha —una tarea, por cierto, para pulmones poderosos: he visto al gigantesco capitán Miches fracasar en el intento—, un tronco blanco distendido con un cuello sin cabeza y dos muñones por brazos que terminan uno en caramillo y otro en trompa. El bigote de Dalí se retorcería de puro placer ante el espectáculo de Melekios acunándola con gesto cariñoso.

Su afinación es sobrenatural de tan aguda, demasiado aguda de hecho para poder usarse con eficacia como acompañante en el canto. Solo Melekios es capaz de cantar al son de su propia música, pero él, al fin y al cabo, con sus ojos penetrantes, su rostro tostado como una nuez y sus dientecitos blancos y afilados, apenas parece de este mundo. Arráncale las botas y te encontrarás con unas pezuñas repiqueteando para seguir el ritmo y, sin duda, tiene protuberancias de cuernos ocultos en su espeso cabello negro, áspero y enmarañado. Tiene una esposa que va descalza y está tostada como una nuez y cinco hijos tostados que pastorean las ovejas y las cabras y bailan en círculo en las montañas al son de la extraña música de su padre. El tercer varón, Pantalés, está un poco «ido»; es un chaval tristón y mudo que aferra puñados de aire y llora no se sabe por qué.

La que llaman «danza de Kálimnos» suele ser cretense, con alguna ocasional intrusión de Leros o Samos y un par de bailes autóctonos de la isla. La interpretan sobre todo los hombres, y los bailarines, entre cinco y diez de ellos, se cogen de las manos formando un semicírculo. El cabecilla queda separado del siguiente por un pañuelo blanco que se sostiene tenso, y eso le permite la libertad de movimiento necesaria para llevar a cabo sus complicadas improvisaciones: pasos intrincados, giros vertiginosos y brincos, y el entrechocar de talones al estilo cosaco que se vuelve más y más audaz a medida que aumenta el tempo. Solo improvisa el cabecilla. El segundo se ocupa de marcar el paso, y mantiene el ritmo furibundo sin alejarse jamás de una serie precisa de pasos formales. El tercero sigue al segundo, pero la energía del juego de

pies disminuye con cada bailarín. El último hombre suele arrastrar los pies con cierta desgana en torno al círculo, intercambiando chanzas con los espectadores. Cuando el cabecilla ha completado media docena de círculos de improvisación, se coloca al final de la línea y el segundo bailarín se convierte en el primero. La danza continúa hasta que todos han tenido ocasión de dar muestras de su destreza en el papel principal.

A medio camino del círculo, Sakialares, un buzo larguirucho de cincuenta años y orejas como sartenes, con los ojos enrojecidos e hinchados tras tres meses empinando el codo, traza un entramado de pasos diminutos e intrincados. Solo la velocidad de su juego de pasitos lo mantiene en pie. Tiene a tres por delante en la fila, pero ha empezado a llevar la voz cantante y está aumentando el ritmo de la danza hasta volverlo frenético. La *tsabuna* chilla, los dedos tostados de Pan vuelan sobre la chirimía de raíz de olivo. Todas las botas patean bajo las mesas contra el suelo de madera siguiendo el compás.

—¡Vamos, George! —brama de repente Sakialares, saliendo del círculo para dejar caer el enorme puño sobre la mesa. Dos vasos y una jarra de *retsina* caen al suelo. A patadas, desplaza los fragmentos de cristal debajo de la mesa, y exclama—: Yo sí que lo hago bien, ¿eh? Y tú también. Estos otros…, ¡bah! —exclama, mirando furibundo en torno a las mesas—. Tú y yo sí que sabemos hacerlo bien. —Y arranca a George de su mesa para que se sume al baile.

Protestar o resistirse no sirve de nada. Sakialares es grande como una casa y tiene unas manos como platos. Durante dos o tres círculos, George trastabilla de buen humor al final de la línea, con las manos de Sakialares sujetándolo como un torno, y entonces empieza a coger lentamente el ritmo. Todos en la taberna lo están ayudando.

—*Ena! Ena, dúo, tría! Ena! Ena, dúo, tría!*

En todas las mesas, los hombres baten palmas.

—¡Lo haces muy bien! —brama Sakialares encantado, y su puño alzado desafía a cualquiera a negarlo.

George, que luce una expresión de alegre concentración, brinca sobre las puntas de los pies y hace entrechocar los talones —*«Ena! Ena, dúo, tría!»*— haciéndolo mejor que nunca, al menos que yo haya visto.

—¡Siéntate ya, Sakialares! —exclama el joven capitán Charlie, algo abochornado—. ¡Estás borracho!

Sakialares es una vergüenza para todos los presentes. Si no fuera tan querido, en ninguna taberna lo dejarían entrar. Su apodo es «Seísmos», terremoto, y su capacidad para la destrucción, la catástrofe y el caos es prácticamente ilimitada.

—¡Bebe! —grita—. Tú… y yo… lo hacemos muy bien, ¿eh, George? Allá vamos, ¡lo hacemos muy bien! —exclama furioso hacia la mesa del rincón—. Ese Charlie no es nada. ¡Ese Charlie es… *mierda*!

El joven capitán Charlie se ruboriza como una muchacha. Esa es la única palabra en inglés que todos conocen. Muchos de ellos tuvieron contacto con soldados británicos, americanos o australianos en la guerra y recordaban vagamente algunas más, sobre todo de pocas letras y todas poco recomendables para una conversación educada. Pero han olvidado su significado y ahora me las sueltan a la cara, muy serios y corteses, casi como niños que recitaran un poema por el que esperan recibir aplausos. Están hablando mi lengua. Es su forma de echarme un piropo, y debo sonreír y asentir con gesto de aprobación.

No hay confusión que valga en lo que respecta a la palabra que ha pronunciado Sakialares. Su uso es tan común que han pasado a integrarla en su propia lengua. A modo de disculpa, el joven capitán Charlie saca del bolsillo de la pechera un frasquito de perfume barato de Alejandría y me vierte un poco en las manos. Charlie, el capitán más tímido, dulce y tranquilo de la flota de esponjas, trae muchas botellitas de esencias de sus viajes de pesca en los lechos marinos egipcios. Con ellas se muestra invariablemente galante, tanto con los hombres como con las mujeres. Siempre lo llaman el «joven» capitán Charlie, aunque tiene cuarenta años. No se ha casado porque aún no le han encontrado marido a su hermana, pese a que su *prica* es envidiable. Y visto que ella, ay, ya ha dejado muy atrás la flor de la juventud, da la impresión de que Charlie está destinado a una soltería permanente. Y es muy posible que ahí resida un elemento de frustración responsable del hecho de que Charlie, pese a toda su timidez y su parsimonia, sea uno de los jugadores más temibles e impávidos, y con nervios de acero e implacable. Lo he visto perder diez mil dracmas en una sola velada en la mesa de póquer sin ni siquiera parpadear.

Los ancianos del rincón también se sienten incómodos con la palabra que ha elegido Sakialares, y el viejo Nicko cruza la habitación y me ofrece tres claveles. Los gigantes asienten para mostrar su aprobación y el capitán Miches me manda un plato de *fouska* a través de Anna la Dorada, que por el camino se lleva a la boca un par de pedazos de la carne negra y carmesí y la mastica con expresión ausente y concentrada. Su marido, que pasa con la mano llena de jarras vacías, suelta un bufido y exclama dirigiéndose a nadie en particular:

—¡Esta Anna come como una lima!

La *tsabuna* emite gemidos más agudos y rápidos. El rostro adusto y tostado de Melekios está reluciente de sudor. Bajo la mesa, sus botas patean y brincan como si los pies tuvieran vida propia. Nadie a excepción de Mikailis el *ferneze* puede seguirle el ritmo. El círculo se desintegra. Queda una única figura dando vueltas en el centro de la habitación.

El compañero de bebida de Sakialares, un tipo menudo y anónimo con gorro de paño y un jersey con el intrigante lema «Fraternidad de

Westminster», está, como de costumbre, profundamente dormido. Sakialares lo agarra y lo sacude un poco, tímidamente, y luego lo deja caer con un resoplido de desagrado y se abre paso hacia el exterior, sin duda para vomitar. Todo el mundo respira un poco más tranquilo. A continuación, todos parecen ansiosos por asegurarme que Sakialares es un *«poli kaló paidí»*, muy buen chico, cuando está sobrio. Es un buen marido, un buen padre, un buen buzo. Rivalizan unos con otros contando historias sobre la generosidad, el encanto y la bondad de Sakialares. Es el *krasí*, el vino, lo que lo vuelve así de loco. Para Sakialares, hay un demonio en el *krasí*.

Hablando de demonios, me pregunta Fortes de repente, ¿acaso sé yo cómo meter un demonio en una botella? En el súbito intercambio de miradas significativas, Sakialares queda olvidado. Parece que haya dado pie a una de esas bromas de colegiales que tanto les gustan a los buzos, sobre todo teniendo en cuenta que Fortes está muy borracho. Todos los rostros se han vuelto hacia mí llenos de interés. Sus miradas son cautas y sobrias. Es evidente que consideran la pregunta una cuestión realmente seria. Les confieso mi ignorancia.

Todas las mujeres de Kálimnos lo saben, dice Costas Manglis con tono sombrío. Se produce un rápido movimiento de manos curtidas por el sol que se santiguan. Anna la Dorada esboza una sonrisa enigmática. Recurro a ella, como mujer razonable que es. Su sonrisa se vuelve más amplia y su mole gris se estremece de risa silenciosa, pero no me contesta. Salvo Mikailis Melekios, todos los hombres parecen incómodos. Melekios acuna la desinflada *tsabuna* y también se ríe, con el cuello palpitándole en silencio y el rostro crispado.

De repente todo es muy extraño y desconcertante, y me siento inclinada a mostrarme enojada y autoritaria, y a exigir explicaciones racionales.

George sonríe de oreja a oreja.

—Venga —me dice—. Estás celosa. No puedes tenerlo todo. Cambiaste los demonios en botellas por los pantalones y la pitillera.

En semejante pulla hay suficientes migajas de verdad como para irritarme. Pero algún viejo recuerdo imposible de erradicar persiste en mi consciencia como un gusano que excava silenciosos túneles secretos en la autenticidad de mi sofisticado desdén y diversión.

Si me quedo el tiempo suficiente en Kálimnos, es probable que esa segunda memoria se reactive. Es una perspectiva fascinante e imponente que debo considerar. George irá a las tabernas. Yo no tendré tiempo. Estaré muy ajetreada en la despensa, arremangada, metiendo demonios en botellas como una loca.

Las mujeres de Kálimnos no van a las tabernas. Que mi presencia no se ponga en tela de juicio se debe, probablemente, al hecho de que soy

extranjera, y por lo tanto estoy a salvo de críticas, o porque, de lo contrario, se trata de una muestra más de la extrema sensibilidad de los griegos en cuestiones de hospitalidad. Tras el primer silencio sepulcral y desconcertante, cuando me senté entre las barricas como Ifigenia entre los tauros, no hubo ni un solo buzo o capitán que no hiciera lo indecible por darme la bienvenida y hacerme sentir como en casa. Me traían conchas raras envueltas en papel de periódico y grandes y sedosas esponjas de Alejandría y Bengasi. Una noche, cuando volvíamos a casa desde la taberna de Skeftarios con cerca de un millar de dracmas en preciosas esponjas en los brazos, George dijo:

—Una cosa, si la novela es un fiasco, siempre podemos meternos en el negocio de las esponjas. O hacer joyas con conchas y vendérselas a los pasajeros que van a Rodas.

Después de un par de semanas, sin embargo, la cautelosa cortesía, formal y algo incómoda, se relajó para convertirse en una verdadera aceptación. Estoy segura de que ya no se le pasa por la cabeza a ninguno, salvo al viejo Georgios Makrinakis, que estoy pisando terreno sacrosanto masculino. Para el intenso placer de George, el anciano rapsoda se ciñe a las convenciones y se niega a considerarme respetable; me guiña un ojo azul y compungido, y me pellizca tristemente el trasero al pasar. Ni los frenéticos susurros del *capitano* Anthonis ni la agraviada indignación de Emmanuele Manglis consiguen producir cambio alguno en su lamentable picardía. La igualdad de género es un concepto demasiado nuevo para que al pobre hombre le quepa en la cabeza.

Es terriblemente injusto que la única mujer, aparte de mí, que se haya atrevido a entrar en el bastión masculino de la taberna haya sido tan duramente criticada por ello. Pero Mina ha nacido en Kálimnos, y aunque sea la esposa de un ciudadano estadounidense y haya vivido muchos años en Atenas —donde las mujeres pueden beber en las tabernas tan libremente como los hombres—, está sujeta a las mismas reglas que sus más oprimidas hermanas. Que sea la abuela de tres robustas jóvenes kalimnianas, a las que adora, solo parece empeorar la oposición hacia ella.

A los cuarenta y cinco, Mina no es solo muy guapa, sino también extraordinariamente chic. Nunca la he visto llevar nada distinto del vestido negro, el delantal a rayas y la cofia blanca que constituyen el atuendo cotidiano de trabajo de las mujeres de la isla, pero ella tiene la cintura de una muchacha pese a haber dado a luz a seis hijos, y luce el tocado como si la famosa sombrerera Lilly Daché lo hubiera hecho para ella en un momento de divina inspiración.

Tampoco goza de aprobación su presencia por el hecho de que sus visitas a la taberna sean incursiones en busca de Tony, su dicharachero marido, para decirle que la cena está a punto, que un hombre desea

hablar con él, que alguien tiene una *oka* de esponjas que vender, que tendrá un dolor de cabeza tremendo por la mañana si sigue tomando *retsina*. Y no acude allí con timidez, que es la actitud correcta en una esposa de Kálimnos, ni de mal genio, que por lo menos es una conducta que los hombres comprenden, y tampoco rezongando como una loca, que sería divertido. Mina acude allí con los ojos chispeantes, como si fuera una gran broma que tenga que ir en busca de Tony otra vez, y siempre se sienta un rato y toma un par de vasos de *retsina* y charla alegremente con todo el mundo, a todas luces como si tuviera perfecto derecho de estar allí.

Su marido Tony, un extrovertido adorable, fue, gracias a su inglés, una de las primeras personas que llegamos a conocer bien en Kálimnos. Es un hombre feliz que nunca ha dejado de dar gracias a Dios por haber abandonado su decentemente lucrativo café en Florida para regresar a la pobreza de su adorada isla. Después de Kálimnos, su mayor pasión es la lengua inglesa (o, para ser más exactos, aquellas palabras de la lengua inglesa que tienen más de tres o cuatro sílabas), la cual, por irónico que parezca, utiliza para expresar lo mucho que detesta a la raza inglesa, un enconamiento que el problema chipriota no hace sino poner en carne viva. Es un buen hombre y uno de los pocos griegos que conservó su alma intacta de regreso del viaje transatlántico.

Tony fue, básicamente, el responsable del episodio que hemos dado en llamar «El pequeño *animus*». Visto que tuvo su importancia a la hora de dar nueva forma a ciertos aspectos de la vida en Kálimnos, diría que vale la pena relatar esta historia.

Fue alrededor de Año Nuevo cuando los niños, en particular Shane, que echa mano de una astucia florentina cuando se trata de su capacidad natural para llevar a sus mayores hasta la exasperación, empezaron a ponerse inaguantables.

—En Londres nos dijisteis... Nos lo prometisteis...

—Si los niños no cumplen una promesa no son justos... sino que son algo horroroso. Pero los adultos no tienen que cumplirlas, ¿verdad, mamá? —La expresión de Shane era más o menos tan poco culpable como la de un Borgia cenando fuera con la casa de los Sforza.

Aquella noche, George, aceptando la derrota, sacó el tema con Tony.

—Escucha, Tony —dijo con cierto nerviosismo—. Tenemos que encontrar alguna clase de mascota para los niños. Cuando estábamos en Londres les prometimos que podríamos tener una. Ya sabes, alguna clase de...

—¡Estos críos! —Tony se puso en pie, se quitó la gorra y nos conminó al silencio con la jarra de cobre—. Señor George y señora

Charmian, cuando me enfrento a ciertos elementos…

Ese es su conocido preámbulo para lo que será inevitablemente una larga, tortuosa y del todo incomprensible arenga que se retorcerá hasta llegar a una apasionada perorata final sobre las iniquidades del dominio británico en Chipre. Para cuando había llegado a ese punto ya le llevábamos una ventaja de dos jarras de *retsina* y nos sentíamos levemente desanimados por todo, Chipre incluido. El resto de la clientela de la gran taberna de Tasos Zordos también parecía estar presa del desánimo, pero lo cierto es que ellos no podían seguir ni las palabras de una sílaba. Tony tomó asiento, arrebolado y levemente henchido de orgullo por su logro.

—Eso está bien, Tony —dijo George con tono cansino—. Y ahora, con respecto a los niños y esa…

—¿Los niños? —Tony lo observó sin comprender—. ¿Qué tienen que ver los niños con…, con…? ¿Cómo era esa maldita palabra? ¡Si acabo de usarla! Con… Los niños no están preocupados con…, ¡con el imperialismo! —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Eso es, imperialismo! Sabes, señor George, cuando me enfrento a ciertos elementos…

—Sí, Tony, está bien. Pero los niños quieren una mascota. Un animal pequeño de algún tipo.

—¡Un pequeño *animus*! —dijo, negando con la cabeza, abatido y con expresión aturdida—. Los niños son naturalezas alocadas —añadió con tono inquisitivo—. ¿Por qué andan por ahí esperando eso? ¿No tienen ya este clima? ¿No tienen un panorama que ni Rockefeller podría comprar?

—Un animal, Tony. Un animal pequeño. Ya sabes cómo son los niños…, un perrito, o un gatito para que puedan cuidar de él…, alguna clase de animal pequeño.

Cuando lo comprendió, su rostro regordete se iluminó con la misteriosa alegría de un niño que escucha el sonido de una caracola.

—¡Ah, un pequeño *animus*! ¡Guau, guau! ¡Miau, miau! —exclamó, dándose una fuerte palmada en el muslo, encantado, y golpeando de nuevo la mesa pidiendo silencio—. Vamos a ver, escuchadme todos, amigos. Petros, Anastasis, Dimitri, Leonidas, Mikailis: escuchadme todos. Los niños necesitan el *animus*, criaturas que sean pequeñas y estén vivas. Id en su busca ahora mismo.

»Y mañana las traéis a la casa de nuestros amigos. ¿Entendéis qué quiero decir? Que sean pequeñas.

—Solo una, Tony —se apresuró a decir George—. Con una nos apañaremos de maravilla.

—Qué mariconada —soltó Tony—. Estos chicos os traerán un montón. No os preocupéis —dijo negando con la cabeza, admirado—. Esos chicos vuestros son naturalezas locas. ¡Pero si esta ciudad está

llena de *animus*!

—Sí —contestó George, apesadumbrado de repente al comprender lo que acababa de hacer—. Ya lo sé.

Empezaron a llegar al alba, cuando las montañas estaban bañadas de rosa y el sendero en zigzag hasta Vathy parecía un motivo decorativo garabateado en ellas. Los cubos de las casas se veían oscuros, con solo un levísimo resplandor nacarado. Desde la ventana vislumbrábamos el *Andros* fondeado más allá de los barcos de pesca de esponjas, iluminados en la oscuridad como los almacenes Selfridge's en Navidad.

Los primeros golpes en la puerta de la calle despertaron a los niños, y antes de que pudiéramos impedirlo ya se habían precipitado escaleras abajo. Para cuando conseguimos salir y tantear a ciegas en busca de velas y cerillas, ya habían descorrido el cerrojo y subían de nuevo entre chillidos, seguidos por un joven pescador de esponjas educado y sonriente que se sacó del bolsillo, con cierta timidez, un gatito negro esmirriado y de ojos saltones. Le colgó de su mano sangrante durante un segundo antes de caer al suelo y escabullirse hacia la cocina con Martin y Shane en extasiada persecución.

—Bueno —dijo George cuando le hubimos dado las gracias al joven y empapando sus heridas en desinfectante—, por lo menos no es un burro, o una cabra.

—Tú espera y verás —contesté.

En el exterior, bajo los umbríos cedros de sal, apenas distinguía la flaca figura de Manolis. Caminaba con mucha cautela y sostenía, bien lejos de su cuerpo, un saco grande y pesado. Tras él, resbalando entre los troncos de los árboles, venía Vasilis, el chico de los cigarrillos, y era evidente que llevaba algo más en la bandeja cigarrera de madera, además de cigarrillos; algo que se meneaba.

—¡Mamá! —chilló Martin desde la cocina—. El gatito ha subido por la chimenea, creo que está todo pringoso.

Se oyeron risitas contenidas procedentes de Shane, que estaba de vuelta en pijama.

—Creo que se ha hecho algo en la lata del aceite.

—No os preocupéis por eso ahora —repuso George secamente—. Bajad lo más rápido que podáis y echad el cerrojo de esa puerta otra vez.

Demasiado tarde. Ya era casi mediodía para cuando conseguimos pasar el cerrojo a la puerta, y ya parecía que la mitad de los lugareños hubieran pasado por allí, si bien algo perplejos, para hacer sus pequeñas presentaciones. Habían llegado de uno en uno o en grupitos de dos o tres, los hombres altos con los feroces bigotes negros y los ojos castaños llenos de timidez. Habían llegado con sacos y bolsillos abultados y cestos cubiertos por trapos a cuadros limpios. George estaba pálido. Incluso el éxtasis frenético de los niños se había

desvanecido. Caminaban de aquí para allá con cautela, boquiabiertos como estúpidos.

Además del gatito de la chimenea, donde se había pasado el día entero hasta que el humo lo había hecho salir, había siete más, que siseaban y escupían en cada rincón oscuro y debajo de las camas. Y no eran gatitos dulces de un cuento radiofónico para niños, sino las crías escuálidas, de orejas rasgadas y colmillos y garras afilados de gatos callejeros, y no tenían muy buenas pulgas que digamos.

En el balcón, un pato feroz y con los ojos rojos caminaba pisando fuerte de aquí para allá, soltando imprecaciones a un público interesado que se había reunido en el paseo marítimo de abajo. Y en la cocina, Sevasti cloqueaba en reprobadora respuesta al cloqueo desesperado de la gallina roja atada que se debatía en el suelo de piedra. Bajo la mesa de George, dos perritos sarnosos temblaban en acobardada compañía, aterrorizados, sin duda, ante los vuelos en picado y los angustiosos golpetazos de los tres gorriones que, presas del pánico, no acertaban a salir volando por la ventana abierta. En el centro de todo aquello, un pequeñísimo conejo blanco de largas orejas se había plantado, imperturbable, en un plato sopero, donde masticaba una hoja de repollo.

Aquel conejito tenía algo terriblemente encantador. Si los otros monstruos plumados y peludos que escupían y arañaban parecían sacados directamente de El Bosco, el conejo era puro Disney.

Incluso en el clímax espantoso de la pesadilla, mientras George estaba sacando gatos y perros de debajo de las camas y los niños chillaban y Sevasti mataba al pato y a la gallina con gesto sombrío en la cocina, el conejo mantuvo su compostura, con ese aire de casa bien y de *savoir faire*. Parecía tener la certeza de que sobreviviría a aquella debacle y de que podía permitirse centrar su atención en la delicada tarea de arrancar las hojas exteriores del repollo para llegar a su suculento corazón.

—¿Toda esa gente te ha traído… solo ese pequeño *animus*? —preguntó Tony esa noche.

Cogió al conejo con gesto decidido por las orejas y lo sacudió un poco. Un largo hilo de lechuga le colgaba de los incisivos, e incluso meciéndose en el aire seguía ascendiendo y desapareciendo al mismo ritmo constante.

—Está bien —decretó Tony—. Quedáoslo un tiempo, alimentadlo bien; llegará a pesar un kilo, quizá. Un poco de mantequilla, unas cuantas cebollas…

No teníamos ninguna intención de comérnoslo, dije en lo que pretendía ser una voz firme pero que fue más bien apagada debido a los sucesos del día. Iba a ser la mascota de los niños.

Y era una mascota encantadora. Hasta entonces no había tenido

una opinión propia sobre los conejos. A los australianos no suelen criarnos con la tradición de los conejitos de trapo de Beatrix Potter. Los conejos eran una plaga; alimañas o presas para los cazadores. Y como cazadores, mi hermano, mi hermana y yo, durante los umbríos atardeceres de los sábados, habíamos vagado por las colinas peladas siguiendo a mi padre y su anticuada escopeta de doble cañón del calibre 12. Más tarde, mi hermano tuvo un arma también, un Winchester de calibre 22 que a veces me permitía usar. Los conejos muertos eran muy suaves y pesados, y solíamos hacerles un tajo en una de las patas traseras, insertar la otra a través del corte y ensartar los conejos muertos en un palo largo para llevarlos a casa. Nuestra familia era pobre, y la carne se agradecía. Casi siempre tomábamos conejo al horno o guisado en la cena del domingo. «Cordero de baja categoría», solía decir mi padre. Mis años posteriores en Inglaterra no hicieron nada por cambiar mi actitud. A la hora de dormir les leía a los niños los libros de Beatrix Potter, pero nunca me preocupó gran cosa la mixomatosis.

Pero el pequeño personaje de ojillos brillantes del plato sopero no parecía tener relación alguna con las matanzas de los sábados de antaño entre la hierba seca y las flores de la irritante lantana, ni con los cadáveres infectados esparcidos por los campos de col rizada de Cornualles. Aquel era bonito y con aspecto de Disney, y parecía poseer, además, un grado de inteligencia bastante sorprendente para tratarse de un conejo. Es decir, venía cuando lo llamabas, sabía sentarse y pedir, y dejaba que los niños lo llevaran a rastras por las calles sin protestar. De un modo u otro le prodigábamos un afecto considerable y en general él respondía todo lo bien que puede hacerlo un conejo. Nunca conseguimos enseñarlo a hacer sus necesidades en un sitio concreto, pero tal vez no fuera tanto perversidad por su parte como sobrevaloración de su inteligencia por la nuestra. Eso y un hábito cansino de morder las patas de las sillas era cuanto Sevasti tenía contra él. Murmuraba un poco por lo bajo mientras barría lluvias repiqueteantes de cagarrutas por las escaleras, pero también le traía manojos de hierbajos verdes y jugosos casi cada día.

—¡Eeeh! ¡Está poniéndose muy carnoso! —nos decía con admiración.

Calíope, de la tienda de la esquina, subía resoplando por las escaleras dos veces por semana con el delantal grasiento repleto de manojos de rábano y hojas de repollo.

—Para que tenga la carne dulce —siseaba con aires de experta.

Mikailis recorría las cumbres rocosas de las colinas sobre San Vasilias para encontrar cardos lechosos y los traía en el pañuelo blanco que usan los jornaleros para acolcharse los hombros bajo las pesadas cuerdas de los carros. El conejo aceptaba todas esas ofrendas por igual,

y en un periodo corto se volvió enorme y letárgico, optando ahora por pasar sus días espachurrado con languidez bajo el escritorio.

—Si no os lo coméis pronto no tendrá muy buen sabor —advirtió Yanni con tono ansioso—. Los conejos viejos adquieren un sabor curioso, como rancio.

Esa era exactamente la clase de conversación que durante semanas había aterrorizado a los niños, hasta el punto de que cuando aparecían Sevasti o Yanni agarraban a *Animus* y se lanzaban a la calle, donde lo escondían en desagües o entre sacos de harina en un carro parado. Hubo incluso una ocasión en que lo encontramos escondido entre cacahuetes en la cesta de Dimitri, el chico de los *fistikia*. El conejo no parecía sufrir ningún daño en esas aventuras, ni siquiera parecía ponerse nervioso, como quizá habría hecho otro conejo.

Le dije a Yanni que no me lo comería, al igual que no consideraría comerme a uno de los niños. La enormidad de semejante comentario hizo que me tratara con cautela durante bastante tiempo. Sospecho que escupía tres veces cada vez que entraba en la casa.

Tras todo el drama latente con la amenaza de los cuchillos, el final de *Animus* fue bastante tonto. Una mañana se coló a través de una grieta en la barandilla del balcón (¡no logro imaginar qué lo hizo llevar a cabo semejante derroche de energía!), cayó a la *platía* y se partió el pescuezo.

La pena de los niños, atormentados por una pasión de amor y pérdida que no eran capaces de comprender, fue insoportable.

—Vamos, vamos —los arrulló Sevasti con tono desdichado, tratando de encontrar una forma de consolarlos—. Yo os prepararé una rica sopa con vuestro conejito. Georgios irá ahora a ordeñar la oveja y Georgia traerá cebollas recién cogidas…

La violencia del terror y la repulsión que causó su ofrecimiento casi asustó a Sevasti. La encontré en la cocina con la cara tan pálida como las de los niños mientras echaba agua fría sobre la desaliñada cabeza de *Animus*.

—¡Virgen santísima, mándanos un milagro! —rogaba apasionadamente.

La noticia se extendió como la pólvora. Pisándole los talones colgantes a *Animus*, por así decirlo, llegaron la gorda Calíope con un manojo de cebolletas, Mikailis, cuyas entregas de cardo lechoso le daban derecho a prodigar consejos culinarios, y Yanni, felicitándonos por aquella fortuita solución a nuestros escrúpulos morales y cargado con una garrafa de *retsina* para acompañar el banquete. El dolor de los niños transformó rápidamente su festivo interés en afligido desconcierto. Los griegos adoran a los niños y no tardan en reconocer la tragedia cuando la ven.

—*Po po po!* —murmuró un incómodo Mikailis—. Nunca he

pretendido que os comierais al conejo, queridos míos. Me lo llevaré yo. No hace falta que sepáis nunca quién va a comérselo.

—Me lo llevo yo, sobrino —musitó Calíope con voz ronca—. A Irini se le da muy bien preparar las judías, pero un conejo… Un conejo necesita una buena cocinera para sacarle el mejor partido. Además, ¿no he alimentado yo a este conejo con lo mejor, con las hojas más tiernas de rábano? —Y añadió, furibunda—: Si esos cardos tuyos no le han amargado la carne, estará…

—¡Insensatos! —exclamó Sevasti, agazapada sobre la bola de pelo empapada, como una tigresa defendiendo a su cría. Le brillaban los ojos—. Nadie va a comerse este animal. Esa no es la costumbre de los ingleses. ¿No veis cuánto sufren los niños? Uno de vosotros debe llevárselo y arrojarlo al mar.

—Se lo comerán los peces —repuso simplemente Mikailis.

Yanni, que había intentado sin éxito establecer contacto con los impresionados y ofendidos niños, dejó entonces la garrafa de *retsina* con cierto aire de resignación.

—Solo puede hacerse una cosa —declaró con solemnidad—. Debemos enterrar a este animal.

Calíope pareció a punto de explotar, pero, por primera vez desde que había empezado la discusión, los niños abrieron los ojos como platos, hinchados y reflexivos, hacia los allí reunidos.

—¿Quieres decir… enterrarlo como es debido? —preguntó Martin con una vocecilla como un graznido. Había llegado a la fase de los hipos.

—¡Oh, sí, como es debido! —prometió un temerario Yanni.

Shane se enjugó la nariz con el dorso de la mano, ahogó un sollozo y dijo:

—¿Con un ataúd y recordatorios y todo eso?

Yanni tragó saliva.

—Con todo —afirmó con su apoyo incondicional—. Es decir, si *theía* Calíope tiene una caja de la medida adecuada.

La *theía* Calíope miró a su sobrino de malos modos, con el cuello moteado de rojo y moviéndose como el de un pavo. Pero se había quedado sin habla.

Sevasti dijo con tono amenazador que estaba bastante segura de que *kiría* Calíope tenía una caja del tamaño adecuado. Irían juntas a buscarla de inmediato. Cuando empezaban a bajar por las escaleras iba susurrando con urgencia en la oreja de Calíope.

—Como esto es Grecia —dijo Martin con aire pedante—, tendrá que ser un funeral ortodoxo, ¿verdad, papá?

Su cara estaba surcada de lágrimas, pero le brillaban los ojos.

—Pues sí —repuso George.

El conejo fue enterrado gloriosamente al anochecer, en una caja de

cartón rellena de junquillos y margaritas, y de las diminutas cruces de hojalata y plástico reunidas por los niños en las innumerables fiestas de bautizos, y de los recordatorios de Shane. Llegados a ese punto, George y yo habíamos empezado a sentirnos un poco estúpidos y muy abochornados, sobre todo porque un intento previo por parte de los niños de enterrar al animal por sí mismos lo había frustrado un grupo de casi cien niños kalimnianos que habían irrumpido en la celebración del entierro a medio camino de la cima de la montaña y lo habían echado por tierra en sus ansias de participar en el funeral. Sin embargo, el féretro y el cuerpo se habían devuelto sanos y salvos a la casa, si bien un poco maltrechos, y para calmar a los niños en ese segundo desastre habíamos accedido con premura a estar presentes en la comitiva nocturna. Esperábamos superar nuestro temor a cometer un sacrilegio y ofender gravemente las sensibilidades religiosas de la gente escondiendo la caja bajo la chaqueta de George y andando por la ladera de la montaña de manera casual, como si estuviéramos de paseo vespertino.

Fue evidente por la numerosa concentración de gente ante nuestra puerta de que semejante subterfugio no iba a ser posible. La noticia de que los australianos estaban celebrando una costumbre nacional curiosa se había extendido. El pueblo se había presentado para honrarnos respetuosamente.

Recorrimos con solemnidad la calleja donde la escalera ancha de hormigón asciende hasta los niveles superiores del pueblo. La procesión nos siguió ceremoniosamente. Los niños, ya fuera sobrecogidos por la solemnidad del acto o quizá pensando que se esperaba eso de ellos, se echaron a llorar de nuevo, arrastrando los pies en la polvareda húmeda, cálida y densa.

Las mujeres se apoyaban en los marcos de puertas y ventanas iluminados por el resplandor amarillento de las lámparas, o se agachaban en las calles adoquinadas junto a sus latas con carbón vegetal, removiendo las ollas para la cena. Toda la calleja olía a alubias estofadas en aceite de oliva.

—¿Qué está pasando? —nos preguntaban al pasar.

Ajustándose apresuradamente pañuelos y delantales, dejaban sus ollas para correr tras nosotros. Cuando llegamos a la parte superior de las escaleras, la procesión ya contaba con cincuenta personas, y por toda la ladera de la montaña revoloteaban figuras oscuras entre las casas dispersas, convergiendo sobre nosotros. Los niños agrupados junto a Martin y Shane, de pronto, empezaron a cantar suavemente. Detrás de nosotros, una mujer retomó el cántico y lo difundió, estridente y de forma inesperada, hacia el resto de la masa de gente que avanzaba.

El ridículo motivo de la procesión había quedado totalmente

olvidado. Estábamos inmersos en algo distinto, en un rito antiguo cuyo significado se había fundido en una época pasada, tiempo atrás, pero cuya forma era parte de esa tenue memoria genética que heredamos al nacer. Aquellos lamentos salvajes no eran por un conejo tieso. Eran por las muertes de Tamuz, o por las flores rojas que brotaron donde se había derramado la sangre de Adonis, o por un rey de los bosques sacrificado en un roble. Esforzándonos y tambaleándonos por los peñascos ascendíamos pesadamente por la montaña con su mortaja de noche. Los cánticos brotaban profundos y tristes de cien gargantas, y un chico con una antorcha (o una lámpara o vela o una rama de ciprés prendida) avanzó hasta el principio de la fila y nos guió. En lo alto, sobre la roca noble que se elevaba por encima de la ciudad, pendía una estrella en la noche inmensa y azul. Pensé que tal vez estábamos escalando para llegar hasta ella.

Enterramos al conejo bajo unas piedras a mitad de camino del sendero de burros que conduce hasta Agios Petros. En aquel momento ya estaba muy oscuro, y habíamos trepado casi hasta la cima de la montaña. Todo el mundo parecía estar bastante aturdido y confuso. El chico de la antorcha iluminó la roca con su llama para nosotros, y hubo un indicio de histeria en su risa aguda y excitada mientras cubríamos a *Animus* apresuradamente. Shane depositó la caja conmemorativa a un lado, y todos empezaron a soltar risitas y a gritar. Luego bajamos en tropel por la ladera con un ánimo de hilaridad extrema. Solo *theía* Calíope se quedó atrás, colocando cuidadosamente un pequeño mojón de piedras.

—Eso es para saber dónde excavar más tarde —comentó George—, para hacer un estofado.

Y eso fue todo. Por la mañana, Yanni trajo otro pequeño conejo blanco y negro y se pasó el día entero haciéndole una madriguera de listones de madera con una puerta de bisagras y un techo impermeable. Y al día siguiente, Calíope vino de nuevo con chicoria, y Sevasti con hierba fresca, y Mikailis con cardo lechoso.

Aunque tuvimos ese conejo una larga temporada, de alguna manera no desarrollamos el mismo afecto por él que habíamos sentido por el primer *kounéli*. Los niños comenzaron a albergar pensamientos más ambiciosos sobre perritos y burros. Yanni, por otro lado, parecía amar a la criatura apasionadamente, incluso cuando creció hasta convertirse en una especie de Gary Cooper enflaquecido y saltarín con orejas que parecían cómicamente largas, incluso para uno de su especie. Sevasti también lo acariciaba durante horas y nunca se quejó de los montones de cagarrutas que tenía que barrer cada día. Durante meses, Calíope y Mikailis continuaron suministrando al animal comida fresca con una preocupación metódica que ni sus propios hijos habían conocido jamás. Nunca se mencionaron cuchillos ni ollas.

Al llegar Semana Santa, se cortaron los pastos primaverales para alimentar a los corderos pascuales que cada familia había comprado para la festividad del Domingo de Pascua. Hacia finales de abril, las colinas estaban marrones y resecas, y encontrar comida para satisfacer el apetito colosal del conejo se había vuelto una tarea diaria. Mikailis informó con preocupación de que no había cardos lechosos en la montaña. Sevasti se levantaba al amanecer para hacer una batida en las colinas, pero unos días no encontraba nada y otros solo unos pocos tallos secos y marrones. La achicoria había desaparecido del mercado, y las lechugas eran caras.

—Tendremos que deshacernos de él —declaró George finalmente y, con algo de alivio, coincidí.

Los niños, completamente indiferentes a su suerte, dijeron que se lo darían a alguien.

Tras vagar por ahí con el enorme animal —sus buenos dos kilos y con una salud excelente— volvieron a la hora de comer con el conejo aún en brazos. Nadie lo quería, dijeron con cierta perplejidad.

—Todas las madres han dicho que no podían permitirse comprar la comida adecuada para él —explicó Martin.

—Bueno, por el amor de Dios, pues podrían comer... —Me detuve en seco, percatándome de lo que había estado a punto de decir.

—Oh, les he dicho que podrían hacer una sopa fantástica con él —repuso Shane sin un ápice de sensibilidad—, y ha sido gracioso, mamá. Todas las mujeres se han santiguado y han escupido tres veces.

Yanni, pálido, pero con determinación, nos criticó abiertamente por primera vez. Debería darnos vergüenza, dijo. El conejo, espetó con tono acusador, no conocía otros padres que nosotros. Era, añadió con dignidad, como Tarzán creciendo con los orangutanes, creyendo que era de su misma especie.

Sevasti volvió la cabeza, realizó sus tareas domésticas con los labios apretados y expresó su desagrado sin dirigirnos la palabra directamente en todo el día. El conejo, sabiendo quizá por instinto dónde yacían las lealtades, brincaba entre sus tobillos, y de vez en cuando ella lo cogía y acariciaba sus grotescas orejas con tristeza.

Finalmente convencimos a Mike el Americano, el más materialista de nuestros amigos, de que se lo llevara. Por aquel entonces yo había llegado a detestar en profundidad al animal. De haber encontrado a alguien que lo matara por mí, lo habría estofado con placer sádico y no habría dejado ni los huesos.

—Bueno —dije alegremente unos días más tarde—, ¿qué tal sabía el conejo?

Mike el Americano empujó la gorra hasta la coronilla de su cabeza y se rascó el pelo pinchudo. Parecía bastante avergonzado.

—Bueno, para serte sincero, señora Charmian, no llegamos a

comérnoslo al final. Fotini se enfadó muchísimo, y mi niña Maria también. ¡Dios Santo, señora Charmian! ¡Mujeres! Dijeron que traería mala suerte y que ya podía ahogarme yo mismo antes que matar a ese conejo y luego marcharme a pescar esponjas en África. Qué gracioso —comentó, pensativo—, nunca había oído algo así. Nunca sobre un maldito conejo. Es algo nuevo que se les ha metido en la cabeza.

—Bueno, ¿y qué ha sido del conejo?

—Oh, aún ronda por la casa —explicó—. Fotini lo va alimentando con hojas de la parra. Supongo que habrá suficientes para que le duren hasta que vuelva a haber hierba o algo así.

10

Bajo el resplandeciente mapa de Grecia azul y amarillo, pegado a la pared con trocitos de esparadrapo, la comida de mediodía está servida en la mesa. Se han apartado libros, folios, papel carbón y carpetas clasificadoras contra la pared para hacer sitio a los platos. El enorme mapa aún está sujeto a la pared, aunque el viento ha girado hacia el norte: el bóreas, el viento seco que siempre acaba arrancando el esparadrapo y haciendo caer el mapa boca abajo sobre los platos.

Sobre la mesa hay tomates rosados y tersos que han llegado en grandes cestas en el caique de Vathy de la mañana, un plato de pepino pálido y brillante, *marides* fríos, tostados y crujientes, una hogaza de pan moreno espolvoreado con semillas de sésamo, un queso de Kálimnos redondo y blanco que todavía huele a las hierbas en las que se envolvió, miel oscura y fina de las colmenas encaladas en Argos y el primer melón de los dulces y pesados que se amontonarán en cada puesto del mercado a lo largo de todo el verano. El melón se ha enfriado durante la noche y la primera mañana, entre las paredes mojadas de arpillera de la fresquera, que en verano dejamos en la corriente de aire entre la ventana que da a las frescas aguas verdes del puerto y otra con vistas a la *platía* plácida y calurosa, prematuramente abandonada a la siesta.

Martin ya está sentado a la mesa. Sus piernas morenas y magulladas están felizmente entrelazadas debajo de la silla. Mantiene la cabeza gacha, de pelo pajizo casi cortado al rape, mientras está abstraído en arrancarse escamas de piel traslúcidas de la nariz y los pómulos. Toda su cara tostada muestra manchas rosadas irregulares.

George está cortando rebanadas gruesas de pan con el cuchillo de Astipalea, un objeto precioso, cuyo mango es un cuerno tachonado con discos de hueso de colores. Fue el regalo de un pescador en Vathy.

Shane, inevitablemente, no está. *«Pou ine Shane?»*, «¿Dónde está Shane?», se ha convertido casi en una consigna familiar.

—Ha vuelto de nadar hace media hora —dice George—. Estaba en la cocina dándoles tomates a Nike y Heleni. Imagino que Sevasti las ha echado de allí.

—Estaban en el caique de Dimitri jugando con cinco piedras, a las

tabas o algo así —interviene Martin sin mucho interés—. Un marinero las ha echado, y cuando se ha ido han vuelto a subirse —dice cogiendo una escama de piel entre los dedos y examinándola con mucha atención.

El caique de Dimitri está amarrado a la vuelta de la esquina, frente al taller de reparaciones. Nike y Heleni, por lo visto cansadas de jugar a las tabas, se turnan para reptar arriba y abajo por el tablón estrecho y astillado que está precariamente colocado contra la elevada y desvencijada popa del barco. Dicha proeza resulta aún más difícil por sujetar cada una en alto una gruesa rebanada de pan untada con aceite de oliva y azúcar, que supongo que es su comida.

—¡Nike! ¡Heleni! —llamo suavemente desde la orilla para no perturbar su equilibrio.

El agua no es demasiado profunda y las dos saben nadar, pero Heleni lleva puesto el vestido de algodón demasiado grande y bastante desteñido que le llegó en el paquete de América, y está muy orgullosa de él. Es una niña nerviosa y menuda, con ojos acuosos y rasgados y dos incisivos enormes para los que, como pasa con el vestido nuevo, aún no ha crecido lo suficiente. Nike no tiene familia en América, así que lleva lo que parece ser una camisa de su padre, con la parte inferior y las mangas cortadas. Su pelo grueso y apagado luce un corte tan descuidado como su camisa. Con solo que alguien la cuidara un poco perdería esa belicosidad agresiva que en los primeros días había hecho que mis niños le pusieran el mote de *«la Pegona»*.

—*Pou ine Shane*?

Nike baja patinando por el tablón tambaleante para decirme que Shane se ha ido a la playa con *theía* la divina Calíope, que llevaba a su oveja al mar para lavarla.

La ardiente media luna de guijarros grises que hay tras el edificio de aduanas, construido por los italianos, está repleta de niños bronceados, mojados y relucientes, esparcidos sobre las piedras calientes como estrellas de mar, ajenos a las punzadas del hambre o a los encantos de la siesta. En el café al aire libre, con sus postes de madera cubiertos con ramas secas de adelfa, unos cuantos hombres jóvenes siguen ahí, inertes en su espléndido aislamiento masculino. A una distancia decente de ellos, sobre las rocas que flanquean el estrecho muelle que lleva hasta el faro, media docena de mujeres se sientan con las faldas recogidas y sus mozas (las palas de lavar la ropa) a un lado, esperando a que las alfombras extendidas de tonos carmín, negro, gris y amarillo se sequen antes de doblarlas para llevárselas a casa calientes y oliendo a mar y sol, y guardarlas durante el verano.

Un grupo de hombres del astillero Lavasi está decapando la pintura del casco de un caique viejo y de gran potencia, varado muy arriba de la playa de guijarros. Lo sacaron del agua ayer, remolcado

trabajosamente desde los bajíos, sobre vigas planas de madera engrasadas con grasa de cerdo, con cuarenta hombres y muchachos avanzando esforzadamente en torno a los dos cabrestantes primitivos. Había llegado a la orilla de manera casi imperceptible, centímetro a centímetro, y ahora estaba en lo alto de la playa, y los hombres habían encendido grandes hogueras de aulaga bajo la sentina. Esperaban, un poco alejados del casco que se iba ennegreciendo, todavía sosteniendo en alto las teas ardientes de llamas anaranjadas. Indiferente al drama de la conflagración, ajena a las implicaciones visibles de ese sistema tres mil años más antiguo que los sopletes, pese a la belleza de los hombres tensos y medio desnudos reluciendo pálidamente contra las llamas danzarinas y la enorme mole curva de color carbón del viejo barco, *theía* Calíope chapoteaba vestida en los bajíos con la oveja de rizos prietos firmemente sujeta contra el regazo.

—*Jérete, kiría Calíope!*

—Ah, *jérete*, *kiría!* —Sonríe y echa agua sobre la cabeza de la oveja—. Ven al agua con nosotras.

—No puedo. Estoy buscando a Shane, su comida está lista. ¿Estaba contigo?

—Pues sí, lo estaba. Ha jugado un buen rato en el agua con la oveja, pero luego se ha ido corriendo. No sé adónde.

—Mike Melekios se llevaba unas cabras al matadero —intervino a gritos uno de los hombres con antorchas—. Para allá se ha ido la niña.

El camino hasta el matadero discurre paralelo al mar. Es un sendero estrecho y pedregoso con muchos escalones y niveles, lleno de baches y sembrado de pedruscos de distintos tamaños que llevan ahí desde que se abandonó el plan de construir una carretera hasta las termas. (Esas termas tienen fama de ser de las mejores fuentes medicinales de Grecia. Los italianos construyeron un pabellón de hormigón sobre las aguas, con baños en su interior, pero como cualquier otro edificio público en Kálimnos está francamente deteriorado. Una tendría que estar muy maltrecha o tener una gran fe en las propiedades curativas de las aguas para afrontar el hedor que desprende el techo caído y brota de la puerta arrancada de sus goznes y de los tanques viscosos casi como un aura invisible.) El matadero es el último edificio antes de que la carretera inacabada rodee el promontorio de un enorme acantilado, y para llegar hasta él es preciso atravesar la zona que más daños sufrió durante el bombardeo británico de la isla. Los cubos de las casas encaramadas con dificultad a la montaña rocosa y escarpada son, en su mayoría, meras cáscaras sin techo. En su interior crecen apestosas malas hierbas entre la basura doméstica acumulada a lo largo una década. Durante el día juegan allí los niños harapientos. Por las noches, cabras y ovejas se acurrucan en las grandes camas volcadas o en los recovecos de las cocinas medio

desmoronadas, y gallinas y pavos se posan en las vigas caídas. Puede que solo una casa de cada cuatro siga siendo habitable; como cabría esperar, quienes viven en ellas son pescadores de esponjas y sus familias.

La combinación de pobreza, desuso, desechos desparramados y devastación la convierte en una zona miserable, pero las casas ocupadas están tan limpias y bien pintadas, las alfombras que penden entre los escombros tienen colores tan vivos, los animales y los niños se ven tan enérgicos y sanos, el aire está tan impregnado del olor a sal y a sol y a hierbas, que las ruinas adoptan la imagen de un escenario, brillantemente iluminado por el magnífico y ardiente sol del mediodía. Contemplando desde el sendero el mar turquesa allá abajo y las rocas moradas que se vislumbran entre los muros desmoronados, los marcos colgantes de las ventanas y los plácidos arcos de color albaricoque de una antigua casa turca, una no puede resistir pensar que la higuera silvestre que crece entre la pared rosada, la baranda grisácea y sin pintar de una cama largo tiempo abandonada, la cabra de ojos amarillos plantada en pose heráldica en un frontón caído, se han dispuesto ahí cuidadosamente para tu propia apreciación estética. Todo queda al descubierto bajo el ardiente mediodía sin sombras. Vislumbras a través de puertas y ventanas un suelo alfombrado de malas hierbas y a cuatro niños con el trasero al aire, agachados tras los peñascos, entre viejas tinajas de agua y cazuelas, y un segundo después, a través de ventanas que parecen idénticas, ves a una mujer y a unos niños agrupados sobre un suelo desnudo de madera en torno a un gran cuenco de barro con tomates y pepinos dispuesto sobre una mesa baja y redonda cubierta por un limpio mantel a cuadros. Cuesta encontrar la frontera que separa lo habitado de lo desolado. La zona entera está «ocupada». El sol lo ilumina todo de manera indiscriminada, y el mismo olor a animales, niños, aceite de oliva, sal marina y defecación impregna cada piedra y cada grieta.

El matadero queda a cierta distancia de la última vivienda habitada y a un nivel inferior. Se capta el olor caliente e intenso de la sangre mucho antes de llegar —el mar se tiñe de oscuro y de espanto en un radio de cincuenta metros— y abajo en las rocas unos niños enjuagan cuidadosamente vejigas e intestinos. En tres carretas tiradas con sendas mulas están cargando reses muertas de las que aún gotean hilillos de color rojo. Ante un bloque de hormigón, el médico municipal examina los corazones, pulmones, hígados y riñones de las bestias sacrificadas. Junto a él, un funcionario con un sello de goma estampa marcas moradas en la piel aún caliente de los animales que han pasado la inspección.

Junto a las mulas está Mikailis Melekios envuelto en las pieles rojas y resbaladizas de seis cabritos. Está tras una mula de color canela,

y tengo la curiosa ilusión de que las patas esmirriadas y los cascos del animal son suyos. Con su cara de dios Pan, sus antebrazos de color carmesí y los pellejos sanguinolentos sobre los hombros, parece un centauro salido de algún arcano rito de sacrificio.

—*Eeeeh, kiría !* —me llama con su voz estridente y aguda de pastor—. Ven a ver qué pieles tan buenas tengo. Ese zurrón de pastor que querías... ¡Ven a verlas!

La sangre en sus brazos, en sus botas, en las pieles que cuelgan desprende un resplandor rubí. El color parece intenso y bruñido. Debe de ser duro y cristalino al tacto, en absoluto húmedo, y sin embargo siguen cayendo gotas lentamente, una por una, en el polvo junto a sus pies con cascos. Me excuso rápida y educadamente: no tengo tiempo. ¿Ha visto a Shane?

—Ah, ¿la pequeña *coritsia*? Ha venido hasta aquí conmigo, contenta como una cría en la montaña. La senté en alto para que no le salpicara la sangre durante la matanza, pero se ha echado a llorar cuando hemos empezado a despellejar a los animales, y Apostoli ha llamado a la *yieneka* de Miches para que se la llevara a alguna parte.

Emprendí el camino de vuelta hacia la casa de Miches, a quien nosotros conocemos como Mike el Americano. Mike está fuera ahora, en uno de los barcos de pesca de esponjas ante las costas de Bengasi, pero mantenemos el contacto a través de las cartas que le manda de vez en cuando a Fotini, su esposa. Fotini, una sencilla mujer campesina de mediana edad, está en el balcón bajo la parra, hilando una larga hebra de lana de mechones de cervatillo cardados en un tridente hecho con un tronco despojado de su corteza. Cuando la lana se haya hilado, retorcido y lavado en el mar, sin duda tejerá con ella unos calcetines, o un chaleco o un jersey para Mike.

—*Kalós !* —me saluda Fotini sonriente, y se inclina para besarme—. ¿Andas buscando a Shane?

Como todos los lugareños, que nunca han oído semejante nombre, lo pronuncia «Say». Siempre dicen «Martis y Say».

Sin aliento y todavía un poco horrorizada, le digo que sí.

—Ah, siéntate un momento y descansa. La pequeña *coritsia* está bien.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo (y para una mujer que todos los años debe esperar siete meses a que su marido vuelva a casa supongo que así es), deja el palo con forma de tridente y el huso y abre sin prisa la tapa del pozo. El cubo hace un ruido metálico y desciende en el extremo de su cuerda con ese sonido hueco seguido de un chapoteo que constituyen la música de un pozo, y ella vuelve a izarlo lleno de agua dulce y fresca, que me ofrece entonces en un vaso limpio y centrado al milímetro en un plato con el borde azul.

—*Gia sas* —dice educadamente. Luego me vuelve a llenar el vaso

vacío y me trae un plato con higos secos, que deja en la *sterna* a mi lado. Y después retoma su hilado.

—¿Estaba muy alterada? —pregunto con cierto nerviosismo.

Pese al agua del pozo y al olor a limpo que rodea la casa de Fotini, aún percibo el olor a sangre en las fosas nasales.

Fotini me mira intrigada bajo los pliegues de su pañuelo de cabeza.

—¿Alterada? Lloraba un poquito, nada más. Todos los niños lloran, eso no es nada. Le he dado pan con aceite y unos higos, y Maria se la ha llevado a ver al bebé recién nacido de Xandipe.

Junto a la fea y grandota iglesia de Agios Nikolas, un tramo de escalones altos y estrechos asciende, a lo largo de unos cien metros, entre las casas apiñadas para acabar bruscamente bajo los niveles más altos, de modo que si quieres ir *epano* tienes que trepar por los peñascos y abrirte zigzagueante paso como puedas entre las viviendas de la gente. Por suerte, la de Xandipe queda a medio camino: una casa más o menos rectangular, encalada de azul, que surge de los peldaños también azules y relucientes, con los postigos color berenjena cerrados para protegerse del sol.

El interior está oscuro y es sofocante. Solo los pocos platos que hay en un estante de madera despiden un resplandor blanco y frío, como de hueso. En la cama elevada y con baranda hay un bulto pálido envuelto en sábanas que supongo que es Xandipe, y no me equivoco: dormita bajo cuatro grabados enmarcados, muy vulgares, de las aventuras de Genoveva e incontables iconos de papel barato. En la esquina de la baranda de la cama, la vieja Anna, la partera, está agachada con los ojos cerrados y la barbilla con pelillos reposando sobre los pliegues sueltos del pañuelo; con una mano sujeta sin fuerza la cuerda de la diminuta hamaca, que se mece de forma imperceptible contra una gran fotografía de una Xandipe casi irreconocible con su boca muy roja y unos ojos azules y brillantes que miran fijamente y con incredulidad desde debajo de un *frou* de redecilla blanca. La pequeña hamaca está cubierta de crucecitas y amuletos, de cuentas y campanillas. Doy por hecho que por fin ha tenido un varón.

Las cuatro hijas de Xandipe están diseminadas por el suelo como muñecas abandonadas. Una de ellas sujeta con el puño apretado un pepino a medio comer, que una gallina negra picotea sin entusiasmo. Tres gatitos recién nacidos que parecen ratoncitos negros se retuercen e imploran sin ruido desde un cesto de patatas, que está volcado. Espanto a la gallina y salgo por la puerta detrás de ella.

En el mundo extraño e inmóvil del caluroso mediodía, ya no me preocupa gran cosa dónde pueda estar mi niña. Todos los seres vivos se están refugiando de puertas para adentro. A lo lejos se ven los carros tirados por mulas que llevan la carne del día siguiente, en el extremo de

la *platía* vacía, casi llegando al mercado, moviéndose lentamente con su tintineo de campanillas. La ardiente playa gris está desierta y el mar en calma. Incluso las llamas que antes acunaban el barco negro se han vuelto blandas cenizas. Debajo de mí, en el patio asfaltado de Agios Nikolas, cuatro jornaleros duermen en una cuña azul de sombra con las túnicas blancas dobladas bajo la cabeza. Reluciente contra los peldaños deslumbrantes, una mujer descalza sube lentamente desde el mar, la cabeza muy erguida bajo un montón de alfombras en negro y carmesí.

Un camino áspero recorre la parte superior del alto muro de contención que convierte los niveles superiores en una fortaleza. Sin levantar la vista puedo mirar directamente la cruz dorada sobre la cúpula verde de Agios Nikolas. Muy arriba, en el adoquinado entramado de calles vacías, sobre el puerto dormido y los barcos, avanzo sola y en silencio en medio de un blanco fulgor de luz. El sonido de los cánticos que asciende por las amplias escaleras parece inevitable, una expresión vocal del culto a la fuente de la pura incandescencia que está vertiéndose sobre el mundo: «¡Quedaos quietos y reconoced que soy vuestro Dios!». Los estandartes orlados con flecos y la cruz larguirucha y ribeteada de negro se han vuelto de oro fundido y, atraídos por la fuente de luz, desafían la gravedad y fluyen hacia lo alto de los agrietados peldaños de cemento.

Dos sacerdotes con capas blancas sobre las sotanas negras ascienden torpemente, entre cánticos, con sus rostros barbudos y empapados en sudor. En torno a ellos, los niños harapientos que llevan la cruz y los estandartes tratan de aminorar el paso, lo que no les cuesta el menor esfuerzo, y de recomponer sus rostros para que expresen gravedad en lugar de mostrarse sonrientes y presumidos.

En lo alto de las escaleras, espero a que pasen. Las barbas de los sacerdotes, empapadas, se les rizan en la barbilla como las de los asirios. Sus bocas, abiertas para cantar, se ven mojadas y rosáceas. De las sotanas harapientas brota un olor caliente y húmedo a paño viejo y sudor. Los moños que les recogen el cabello en la nuca son grisáceos y brillantes como cebollas peladas. El grupo de gente que los sigue —diez o doce mujeres vestidas de negro, cuatro hombres con la cabeza descubierta y encorvados bajo un ataúd abierto de madera sencilla— parece completamente aturdido por el calor.

En el ataúd hay un hombre muy viejo, envuelto por capas y capas de tejido como el bebé recién nacido de Xandipe en su pequeña hamaca. Cuando pasa por delante de mí, bajo la vista hacia su prominente nariz, la barbilla alargada, una barba de tres días, y las manos sujetas firmemente por una tira de encaje para que adopten una postura de piadosa resignación.

—¡No habría aguantado ni un minuto más! —me sisea al pasar una de las mujeres.

El ataúd golpea la piedra de la esquina y el cuerpo parece moverse un poco, como si pretendiera reprender a la mujer. Luego araña la pared y sigue su bamboleante camino. Tras él avanza un hombre fornido cargado con la tapa del ataúd, de madera nueva, que lleva en vertical para exhibir la cruz. Hasta que la tapa no ha pasado por delante de mí no reparo en la pequeña figura, que está muy concentrada en seguirla, la pequeña figura, con el sucio vestidito de flores, de pelo rubio que le cae en lacios y sudorosos mechones sobre los hombros desnudos y rebozados de sal, con lágrimas y mugre y el salitre formando una costra en sus mejillas, los labios apretados en una línea firme y decidida, solo levemente emborronada por granos de azúcar adheridos al aceite que la mancha. Una mano agarra los pliegues de la falda, curiosamente abultada; la otra la sujeta la garra de una Gorgona, muy vieja, pero sumamente dinámica.

La niña aún protesta amargamente y a voz en cuello cuando doblamos la esquina del callejón y entramos en la *platía*.

—Ya he comido. ¡Ya he comido! Una señora me ha dado higos en su casa y otra que tenía un bebé nuevo me ha dado tomates, y he tomado pan con aceite y azúcar con Demolena y Calíope, y dos caramelos que me ha dado el señor que mataba a las cabras.

En lo alto de la angosta ladera de la montaña, el sol arranca llamas de los estandartes de bronce. La pequeña y esforzada procesión ha llegado ante las puertas azules de Agios Vassilias.

—¿Qué llevas en la falda, mi pequeña llorona? —le pregunta George, cogiéndola en brazos y llevándola sin esfuerzo escaleras arriba.

—¡Sí! ¿Qué es, Shaney? ¿Qué?

Martin levanta la vista con interés del suelo, donde está tumbado con Apostoli y Georgouli examinando conchas.

Una sonrisa lenta y radiante ilumina la carita sucia de Shane. Muy despacio, se abre los pliegues de la falda.

—¡Mirad! —exclama.

Sobre una masa informe de tomates e higos secos aplastados, hay un diminuto gatito naranja, con unas patitas como palillos, que surgen en horizontal de un cuerpecito no mayor que el de un gorrión. Tiene los ojos cerrados y la boquita se abre y se cierra sobre unos dientes como alfileres.

—Me lo ha dado la señora del bebé. Acaba de nacer de su mamá, como el niñito de la señora.

—¡Pero… cariño! Tendrás que llevarlo de vuelta con su madre una temporada. Es demasiado pequeño.



Un barco de pescadores de esponjas zarpa desde la costa de Kálimnos.

—¡Pero ella me lo ha dado!

—Pero, cariño, todavía no puede comer. No querrás que el gatito se te muera, ¿no?

Los ojos azules de mis dos hijos cruzan una larga y viva mirada que tiene un brillo nuevo y algo de diabólica.

En lo alto de la ladera, las campanas de Agios Vassilias empiezan a repicar: tres lentos tañidos y una pausa, y luego tres más…

11

«El invierno pasa muy rápido aquí», había dicho Manolis. Las últimas gotas de lluvia cayeron el primer día de abril y no hubo más chubascos, ni siquiera una nube en el cielo, hasta noviembre. Pero el invierno se había acabado mucho antes de que llegara abril. Había durado menos de dos meses. Aunque esos dos meses estuvieron tan llenos de tensiones, terrores, emociones fuertes, sufrimientos, sueños y descubrimientos, que nuestro primer invierno en Kálimnos parece ocupar un compartimento aparte en mi memoria, separado de aquello que ocurrió antes y de lo que vino después. De alguna manera se ha convertido, podría decirse, en un segmento de tiempo entero, un bloque sólido de vívida experiencia que no puede escindirse en semanas y días y horas, que ni siquiera puede relacionarse realmente con la vida que llevamos aquí ahora.

Es una serie de escenas crudas y dramáticas colmadas de rayos y truenos, mares tempestuosos, tormentas que desgarraban los cielos, cantos desenfrenados, fiestas de borrachera. Sé que hubo días de sol, pero mis recuerdos están llenos de torrentes que se llevaban peñascos colina abajo y montañas de las que brotaban nubes sulfúreas. Sé que trabajamos de firme, pero en mis recuerdos comemos y bebemos y cantamos y bailamos con desenfreno, en estancias azules con luz artificial entre una multitud de caras oscuras. Un torrente de fango se desparrama en la *platía*, trayendo consigo la tierra amarillenta y las rocas de los niveles más altos. Los niños se adentran en él con volantes de espuma sucia a la altura de las rodillas.

Una ola de color pizarra rompe contra el monumento a los caídos, y un cerdo muerto, al que el mar se ha tragado, llega flotando a la puerta de la cafetería de George Boulafendi. Hombres con chubasquero arrastran cadenas y anclas por las calles, inclinándose contra el viento. Ante nuestra ventana los mástiles se zarandean como locos. Martin corre en medio de una tormenta de granizo, con la boca abierta, gritándonos, pero solo se oye el repiqueteo de las bolitas de hielo en el suelo. Nos arrastramos por las esquinas de los edificios, agarrándonos a los marcos de las ventanas y las puertas, y, bajo nuestros pies, los adoquines de la calle forman parte del mar enfurecido. En mis

recuerdos todo es elemental, furibundo; todo está más allá del límite de la normalidad y el control. Tengo imágenes de hombres con gorros negros bramando montaña arriba en dirección a unas puertas naranjas que se abren a estancias repletas de gente, adornadas con oleografías suizas de lagos y chalets…, de mujeres sumisas, envueltas en chales, que trazan círculos en habitaciones que dan vueltas…; de Martin y Shane sujetando unas velas largas junto a una gran pila de latón y de un sacerdote viejo y de barba blanca que, arremangado, sostiene en alto a un bebé que da alaridos, chorreante de aceite y vino. Todos los sabores me resultan todavía extraños y maravillosos en la lengua. La comida que comíamos entonces, el vino que bebíamos, las palabras que repetíamos a trompicones, el aire que respirábamos, la tierra por la que caminábamos, estaban compuestos de cosas distintas, en parte del cielo hecho jirones y del mar palpitante, de *retsina* derramándose sobre los bordes de las jarras de cobre y de los naipes que se dejaban de un manotazo sobre la mesa, en el interior de pequeñas y extrañas cavernas llenas de humo.

Y entonces, de repente, se acabó. Nos despertamos en días frescos y azules en los que caminar, respirar y moverse suponía un placer consciente, días en los que una podía intoxicarse de la manera más pura de luz y aire. Los vientos en las ciudades formaban remolinos de polvo, rompían las ramitas de los cedros de sal, golpeaban las persianas que estaban sueltas, levantaban las faldas de las gorgonas, se llevaban volando calle abajo los gorros de los buzos o los arrojaban a las aguas agitadas del puerto. Las jovencitas andaban aguantándose la falda con las manos y los chicos jóvenes holgazaneaban junto al monumento a los caídos para mirarlas. Todo estaba vivo, todo estaba en movimiento: el follaje bailarín de los cedros de sal y los bambúes que se mecían, el puerto animado y alegre y los barcos que brincaban, las banderas que restallaban y tironeaban de sus astas oscilantes, los curas que trotaban hacia las iglesias con la cabeza gacha y los faldones negros ondeando en torno a las piernas.

Todos los niños hacían cometas, cometas de papeles de colores y colas de harapos, y hacían carreras con ellas por la *platía* o subían al monte y las hacían volar sobre el valle en el extremo de doscientos metros de cuerda anudada, esforzándose por alcanzar la bóveda azul brillante del cielo. Arriba, en los riscos montañosos, los niños pastores también tenían cometas, que hacían volar entre las águilas.

Aquella fue una época realmente mágica. Ya no se oían los gritos absurdos de «*Afstralási! Afstralási!*» repitiéndose de casa en casa siempre que aparecíamos, y ya no llevábamos detrás una revoltosa ristra de cien niños en cuanto salíamos por la puerta. Empezaban a aceptarnos, aunque durante toda nuestra estancia en la isla se seguiría oyendo gritar: «¡Martis! ¡Say!» cuando aparecían los niños. En

Emporio, Telendos, Vathy, Brosta y Piso, «Martis» y «Say» se han convertido, creo, en palabras talismán.

Martin y Shane ahora iban a la escuela, un colegio griego que, sin ninguna razón aparente, llevaba el inquietante nombre de «Colegio Negro» y donde nadie hablaba una sola palabra de inglés, ni siquiera la robusta profesora *kiría* I-Heraclia, y donde, a su pesar, Martin se vio obligado a dejar atrás a los queridos y familiares héroes de su imaginación, Ricardo Corazón de León, el Príncipe Negro, Juana de Arco y Robin Hood, para sustituirlos por un nuevo grupo de *pallikarás* de nombres extraños: Kolokotronis, Athanasios Diakos, Miaulis y Bubulina. Su familiaridad con Aquiles, Áyax, Héctor y Agamenón le sirvió de bien poco. En Kálimnos, el tema del heroísmo es directo y la memoria histórica corta. Los guerreros que lucharon contra los turcos en la guerra de liberación son los gigantes legendarios. Troya cayó hace más de tres mil años y aquí hay pocos niños que sean conscientes de que sus ancestros de Kálimnos participaron en el combate ante las murallas de Príamo.

Todas las tardes, Martin y Shane salían trotando alegremente hacia el colegio con sus amigos, cada uno con su cartera, una taza de hojalata, una rebanada gruesa de pan negro y medio *dracma tetrádio* con finas líneas azules. Sus clases parecían ser informales y desenfadadas y consistían en un poco de escritura, un poco de lectura y muchos cantos, juegos y gimnasia. A menudo, si hacía buen día, se abandonaban las clases y el colegio entero recogía sus bártulos y se iba de pícnic a Chorio o Brosta. Los niños volvían cantando a casa al atardecer, con guirnaldas de margaritas blancas y amarillas trenzadas y con anémonas rojo intenso detrás de las orejas y los brazos llenos de ramos de flor de almendro. Eran tremendamente felices.

George y yo también nos sentíamos muy felices. Si parte del dramatismo de nuestros primeros meses se había visto atenuado con la llegada de la primavera y la creciente familiaridad con la isla y sus gentes, ahora teníamos una nueva sensación de arraigo y pertenencia. Habíamos dejado atrás la desesperación febril que habían supuesto tanto el vuelo desde Londres como la llegada a Grecia, y si el fantasma de Fleet Street aún balbucía de vez en cuando, no dejábamos que nos preocupara demasiado. Una factura del gas sin pagar todavía nos perseguía educadamente desde Edgware Road. Como era nuestro último vínculo existente con nuestra vida anterior, nos sentíamos poco dispuestos a pagarla. Desarrollamos hacia ella un apego sentimental que no se dañó nunca, ya que, mes a mes, el tono evolucionaría hacia una especie de frialdad distinguida, un dejo quejumbroso, un toque de aspereza y, por último, la amenaza de acciones legales.

En aquellos días de primavera y principio de verano, era un símbolo demasiado importante como para renunciar a él a la ligera. El

recordatorio mensual de la nube de humo flotando sobre Paddington y las hileras de las sucias casas pareadas de un marrón grisáceo, de los metros llenos a rebosar y de las facturas del gas y los impuestos y los teléfonos y el titilar de las pantallas de los televisores, del color macilento de los rostros ansiosos que llenaban las calles, de la neurosis febril de sobrevivir y arañar aquí y allá una migaja de alegría, de las batidas nocturnas en retirada a los pesares privados…, en los recordatorios educados de todo eso, procedentes de un caballero con el incongruente nombre de Fullalove,[5] encontrábamos un profundo motivo de satisfacción.

La novela parecía ir viento en popa. Eso estaba bien. Trabajábamos con una calma y una facilidad que hacía años que no experimentábamos, solo porque el tiempo había dejado de ser tiránico. No había sensación alguna de ritmo acelerado o de presión, ni teníamos la impresión de estar siempre subidos a una cinta de correr de la que uno dispone en la gran ciudad. No hacía falta tomar anfetaminas para mantenernos despiertos ni somníferos para dormir. Nos sentíamos bien; sí, física y conscientemente bien. Eso nos causó cierta sorpresa. Me había olvidado de lo bien que sentaba respirar profundamente, caminar kilómetros sin cansarte, tener un hambre voraz. Y aunque a veces recordaba, con algo de melancolía, el desahogo y las comodidades de la civilización, sabía por experiencia que los artilugios tecnológicos no eliminan el trabajo, que no puedes entretenerte con solo apretar un botón ni encontrar consuelo en una compra a plazos.

En Kálimnos nos reconciliamos con el tiempo. A pesar de que trabajábamos de firme, quedaba tiempo para ser una familia, para jugar con los niños, para pasear, para hablar durante horas, para estar quietos. Tenía el deseo absurdo de conseguir un mapa de estrellas. Habían pasado quince años desde la última vez que pensé en las estrellas; supongo que mi inconsciente había llegado incluso a pensar que la palabra tenía algo que ver con un desarrollo mamario diseñado por Hollywood. Cuando íbamos al cine Splendide en Kálimnos, lo hacíamos como una debería acudir a una sala de cine, como ibas de niña, cuando el cine era joven: con juvenil entusiasmo y la sensación de que te aguardaban maravillas inminentes. E incluso si resultaba que se trataba tan solo de una antigua comedia muda de Laurel y Hardy con la superficie arañada, o de algún melodrama estúpido que no cubría los gastos de producción, la sensación de experiencia mágica persistía. Y por medio dracma podías comprar cucuruchos de papel de periódico llenos de pipas de girasol y salías parpadeando y encantada a la noche y al olor del mar y las ráfagas de viento.

En la plenitud y la satisfacción de aquella vida dura de trabajo duro no parecía que quedase ya motivo alguno para irse.

Abandonamos nuestro plan inicial de llevar los resultados de nuestra investigación a una isla más cómoda y acabar el manuscrito en un entorno algo más civilizado. Los niños eran felices. Vivíamos bien y por menos dinero, diría, que en cualquier otro punto del planeta. Teníamos muchos amigos que nos despertaban un enorme cariño. Y aparte de todo eso, ambos sentíamos la extraña obligación moral de quedarnos hasta que los barcos de la pesca de esponjas zarparan hacia África. Los buzos nos habían aceptado, y en sus casas, así como en las tabernas, nos habían prodigado una hospitalidad arrolladora. Habíamos bailado en sus bodas, asistido a sus compromisos y sostenido las velas sobre las pilas bautismales de sus hijos. Nadie había sugerido que fuera nuestra obligación hacerlo, pero sabíamos que debíamos quedarnos de pie en el muelle y decir adiós con la mano cuando los barcos se alejaran.

Con la llegada del tiempo más cálido y nuestras condiciones de vida más estables, empezamos a explorar la isla. Trabajábamos seis días a la semana. El domingo era fiesta declarada e inviolable. Solíamos preparar un pícnic e irnos a Brosta o Merthies a pasar el día, viajando por la antigua carretera solitaria de la isla en uno de los coches viejísimos que aquí hacen las veces de autobuses: vehículos *vintage* del tipo que mi abuela paterna de Huntingdon tildaba siempre con desdén de «carretón» cuando yo era pequeña. De dónde venían originalmente todos esos Buick, Ford, Dodge, De Dion-Bouton, Austin, Fiat y Chevrolet dignos del museo de la ciencia, y cómo habían llegado hasta aquí, sigue siendo uno de los misterios de Kálimnos, un misterio solo menos intrigante que el hecho de que sigan funcionando. Las puertas, o no tienen bisagras, o bien el óxido las está convirtiendo en cuerpos mellados. Para cubrir los muelles rotos se usan recortes viejos y completamente desgastados de terciopelo genovés. En los marcos de las ventanillas se pegan fragmentos de celuloide marrón y quebradizo para que no batan. A menudo hay que subirse al coche por una ventana, o sentarse encorvado hacia delante, para aguantar cerrada la puerta con la fuerza del brazo. Siempre viajan entre diez y catorce pasajeros amontonados en un coche que es para seis, además de numerosos pájaros, bestias diversas, bultos de equipaje, cestas y bebés. En cada coche cuelga un derroche de *eikónos*, amuletos y talismanes. Una acaba aceptando e implícitamente confiando en su magia protectora.

Conducir por la isla es una experiencia muy estimulante: pasar zumbando entre paredes blancas, árboles frutales, granjas y aldeas, traqueteando entre iglesias encaladas de azul y olivares plateados con una capota de lona batiendo sobre tu cabeza y un muelle roto clavándosete debajo, con un cerdo o un pavo acomodado en el regazo y abriéndote paso a bocinazos entre burros y cabras, y niños y viejas arpías. Por fin entiendo por qué el Señor Sapo [6] se enamoró del

automovilismo.

En febrero, el valle entero quedaba inundado por los almendros en flor. Las flores brotaban como espuma en torno al viejo castro encaramado a cada colina que habían construido los caballeros de Rodas. Las granjas cuadradas azules y blancas estaban cubiertas por un entramado de sombras ondulantes de las higueras que había alrededor, y las ramas desnudas de color grisáceo comenzaban a verse salpicadas de minúsculas hojitas verdes como pequeños puños cerrados. La gente empezaba a hablar de *kalokaíri*, del pleno verano, cuando toda la fruta colgaría madura de las ramas de los árboles. Habría higos, melones, uvas e higos chumbos… *«Sýki, paionía, stafylía, frankósyko…»* Lo cantaban como una letanía, con los ojos brillantes.

En el pueblo de Chorio, más viejo y menos italianizado que el puerto y acurrucado bajo un peñasco de dramáticos tonos violáceos y ocres tristemente coronado por las murallas y las torres de una ciudad muerta mucho más antigua incluso, las mujeres bajaban corriendo por las escaleras encaladas de azulete y por los callejones para traernos ramos de narcisos y jacintos.

—Imagínate los brotes de azafrán todavía congelados bajo la aguanieve en Kensington Gardens —decía George—. ¡Y todos aquellos narcisos tan deprimentes en los escaparates!

En Chorio, los primeros movimientos de la isla todavía se perciben con claridad. A un kilómetro y medio por la carretera que lleva hacia el norte, en una altiplanicie surgida de los lechos profundos y pedregosos de dos ríos que no han llevado agua en siglos, se encuentra la muy antigua ciudad de Damos, donde los habitantes de Kálimnos tenían su ciudadela y fortaleza en la Edad Heroica. Diseminada por una superficie el doble de grande que la Micenas de Agamenón, se trata de unas ruinas impresionantes, pese a que no queda en pie un solo muro ni puerta ni torre, y si no supieras qué andas buscando podrías caminar por las colinas pisando los pequeños montículos de hierba parda y pinchuda sin reparar en nada, pues las casas de la Edad Heroica, talladas esforzadamente en la roca, han quedado del todo incorporadas a las cabañas y los establos de las pequeñas granjas que hay esparcidas por la altiplanicie. Los pozos de hace más de tres mil años siguen en uso. Bloques de piedra ciclópeos hacen las veces de pilares de entrada o se convierten en parte de un muro, y los grandes muros de contención de la meseta parecen, a primera vista, otro bancal de cultivo para higueras y trigo.

Todavía puede seguirse el camino sagrado original desde Damos por las colinas pedregosas, bordeando las tumbas de los antiguos reyes, donde se han encontrado valiosas piezas de joyería de estilo minoico, y que desciende hasta el recinto en ruinas del templo de Apolo, que se encuentra junto a la carretera principal del valle, un poco más allá de

Chorio. Unos cien metros más cerca del pueblo, un segundo camino, apenas un sendero agreste de cabras, asciende hacia el extremo oeste del valle, donde los colonos dorsos de alrededor del año 1000 a.C. establecieron su capital.

Esas ciudades se emplazaron tierra adentro y en lugares elevados por miedo a los piratas que llegaban por mar. Su situación no las salvó. Los saqueadores sarracenos forzaron a sus habitantes a ascender todavía más, hasta el sombrío y solitario peñasco que pende sobre Chorio.

La ciudad muerta en lo alto del peñasco, abandonada desde hace más de cinco siglos a los murciélagos y los lagartos, es un lugar extraño y melancólico. Al principio pensé que me recordaba un poco a Micenas, pero lo único que ambas tienen en común es la nobleza de la roca y la sobrecogedora grandeza de su panorama. Micenas es un lugar sombrío e inquietante, impregnado de sangre y oscuridad, y en el que perdura un eco de vida pasada. Esta ciudad que queda por encima de Chorio está realmente muerta, como si el gran terremoto de 1491 que acabó de desmoronarla hubiera destruido incluso sus recuerdos. Bajo la claridad de la tarde soleada avanzamos con esfuerzo entre piedras perforadas y desprendidas, resiguiendo huellas de calles y planos de casas. Hay muros que todavía se elevan intactos de entre las malas hierbas, pero cuesta relacionarlos con moradas, con fuegos de cocina, olor a cenas, niños soñolientos y vecinos discutiendo. Las piedras están secas, calientes, descoloridas, sembradas en el caos; las malas hierbas apestan. Encontramos una cisterna subterránea enorme en la que aún había agua dentro. El reflejo de nuestras caras era oscuro y distante, enmarcado en un círculo de cielo que flotaba en la negrura a diez o quince metros de profundidad dentro de la roca. Los guijarros que tiramos parecían caer durante segundos larguísimos antes de que se oyera sonido alguno, y entonces la cavidad entera retumbaba al magnificar y multiplicar los diminutos y funestos impactos hasta convertirlos en quejidos vibrantes y huecos, como si hubiéramos liberado sin querer las penas muertas de siglos atrás. Corrimos hacia el punto más alto y lejano de las murallas de la ciudad (la cima del peñasco es como un plato inclinado) y desde las almenas en ruinas contemplamos a través de un precipicio escarpado un valle tan estéril como la luna.

Yanni y Mikailis, que estaban con nosotros, parecían inquietos y lanzaban piedras hacia el valle. Nunca habían estado en la ciudad y no les gustaba demasiado. Era evidente que se sentían oprimidos por la soledad y la desolación y deseaban encarecidamente llevarnos de vuelta a Chorio. Sin resistirnos demasiado nos dejamos arrastrar, deteniéndonos solo a examinar las doce pequeñas capillas blancas erigidas en la ciudad en ruinas, el único vínculo evidente con los seres

humanos.

Y aun así las capillas confunden. Ya no las visita nadie; las coronas de flores a los pies de los altares abandonados están secas como huesos, los pocos *eikónos* que sobreviven se ven agrietados y pelados, los antiguos frescos bizantinos en las paredes quedan semiocultos por las humedades. De los muros desconchados y desvencijados se asoman unos rostros tenues y misteriosos como pálidos fantasmas, menos reales que el crujir de los saltamontes marrones en la hierba seca del exterior o las raudas carreras de las pequeñas lagartijas de tono desvaído por las piedras calientes.

Mikailis, con aire desafiante, recogió un trozo de carbón que había junto a un viejo incensario oxidado y, despacio y deliberadamente, escribió su nombre en grandes letras negras a lo largo de la pared de la capilla, entre los rostros pintados que nos observaban desde allí. Me pareció deplorable, pero entendí que para él fuese necesario en ese momento dejar clara su identidad. A continuación, cruzamos de nuevo la arcada de entrada y descendimos hacia los cubos desordenados y relucientes de las casas de Chorio, siguiendo el camino que los supervivientes del terremoto habían recorrido quinientos años atrás cuando bajaron al valle y establecieron su propia ciudad.

El diseño de aquella arquitectura temprana, los planos cubistas de las auténticas casas egeas, que enlazan a veces en los callejones con arcos superficiales del terremoto creando túneles de luz y sombra, ha persistido a lo largo de los siglos sin resultar afectada por influencias externas. Chorio, como Pothia, es principalmente azul, con algunas casas pintadas de amarillo ocre, y otras pocas de blanco. Los toques en porticones y puertas de colores rosa, lima, canela y gris son poco menos que milagrosos. Los azules van del más leve tono brillante en el blanco, como una sábana desteñida de azul, a un denso e intenso tono ultramar. Las variaciones de este color parecen ser infinitas, y en combinación con las sutiles diferencias en las distintas texturas de muros, formas y niveles y con el efecto decolorante del sol, el azul produce a veces ilusiones ópticas fantásticas, sobre todo porque las calles, además de las casas, están cubiertas por una gruesa capa de pintura. Las escaleras se funden con paredes, las esquinas se tornan curvas y el pavimento se eleva para formar cúpulas de hornos.

A veces no existe una línea de demarcación entre casa y cielo, y las paredes se elevan para volverse pura atmósfera, o el cielo desciende directamente hasta tus pies, donde se vuelve sólido, con dos ventanas de color rosa y una maceta de claveles rojos pintadas en él. Las mujeres de negro parecen signos de exclamación contra el azul, y cada movimiento suyo resulta enfático, definitivo, intuitivamente correcto, algo completo y bello. Cualquier retazo de color es como un canto: el jersey rojo de un niño, un gato naranja, una bandeja de dulces de

venenosos tonos púrpura, una flor caída en unos escalones torcidos.

—Ojalá supiera pintar —declaro, pues en este momento siento la necesidad de ser Ben Nicholson y Picasso y Ben Shahn, todos en uno.

—Aunque supieras —contesta George—, nadie te creería.

Un domingo fuimos de paseo hasta la encantadora bahía de Piso, siguiendo el sendero de burros que asciende dejando atrás la solitaria iglesia blanca de Agios Petros y atraviesa las tierras altas llenas de líquenes. Piso, como Chorio, es un ejemplo de la nomenclatura simple de la isla. Piso significa «atrás»; Chorio, «pueblo»; Brosta, «frente»; Elies, «olivas»; Merthies, «mirto», y Vathy, «profundo».

En Piso, pescamos en las profundas aguas de ricos colores y preparamos el almuerzo junto a una columna caída entre las higueras en torno a la iglesia de Panagía, que es como una casa de muñecas. El domingo siguiente, satisfechos con nuestra capacidad de trepar por montes pedregosos y sin tener que ocuparnos de los niños por un día (se habían ido a hacer pícnic en Brosta con unos amigos), acometimos finalmente el escarpado e intimidante sendero en zigzag (el camino de Vathy) que, con su ascenso por los riscos casi perpendiculares sobre el puerto, me había atraído desde nuestra llegada a Kálimnos. Nos llevó dos horas de agotador ascenso, y la completa destrucción de nuestros zapatos londinenses especiales para caminatas, llegar a lo alto de las montañas y contemplar, al otro lado, el amplio y verde valle de Vathy; pero valió la pena, no solo por la plácida belleza de los bosques de cítricos de Vathy, tan verdes, frescos y exuberantes tras aquellos montes crueles y pedregosos, sino también por la cautivadora naturaleza de las montañas en sí mismas. Los sitios altos tienen una rigurosa y atroz belleza propia, compuesta de luz, silencio y roca sombría e imperecedera. Estas montañas parecen inmóviles, desnudas y terribles, pero no se trata tanto de que rechacen la vida como de su indiferencia hacia ella. Porque resulta que la vida ha encontrado asidero incluso aquí. Ahí están para demostrarlo las fuertes y enmarañadas trepadoras que se aferran con tenacidad a las piedras desnudas, extraños líquenes casi invisibles con su camuflaje incoloro, las tiesas y cortas briznas de hierba montañosa y las curiosas plantas espinosas —buena parte de la vegetación del paisaje griego consiste en pinchos— de un color amarillo ácido y que rezuman una leche hedionda. Y están el tomillo, la salvia y la *ragini*, el romero y el asfódelo, y los tallos altos y punzantes de *alisfakia*, que las ancianas recogen para preparar un té verde de hierbas. Y hay incluso flores, coloridos brotes diminutos no más grandes que cabezas de alfiler pero con una perfección liliputiense en pistilo, pétalo y estambre: se trata de las *koúkla*, las flores de muñeca. Desparramadas junto a ellas sobre las piedras hay esas otras flores quebradizas y sin jugo que se descomponen cuando las tocas.

En los acantilados y precipicios, ovejas y cabras escuálidas buscan pasto en los pocos macizos de hierba seca. Recortado contra el enrarecido cielo azul, un pastor las llama con un silbido, y el aire se llena de pronto de campanillas, la verdadera música de Grecia. Una anciana se incorpora en el sendero, dramática e inesperada, con el delantal lleno de hierbas. Una muchacha de piernas bronceadas salta sin esfuerzo sobre un saliente rocoso, surgida del cielo con una reluciente lata de leche colocada sobre su cabeza. Dos monjas caminan plácidamente junto a un burro cargado con broza y aulaga. Un cazador está sentado a horcajadas sobre una roca alta, con la escopeta apoyada a su lado. De todo el contorno de su cinturón de cartuchos penden pájaros verdes, amarillos y rojos.

Habría sido agradable emprender alguna de esas excursiones nosotros solos. Empezábamos a sentir la necesidad de un poco de calma, de unas cuantas pausas para charlar o para nuestros propios silencios familiares y cómodos, un poco de relajación ante la tarea de intentar entender un nuevo idioma, tomarnos alguna licencia de ese modo de vida que todavía nos resultaba ajeno.

Los domingos eran los únicos días en los que parecía posible disfrutar de nuestra mutua soledad.

Pero la privacidad es el estado más difícil de conseguir en Grecia, quizá porque los griegos parecen inherentemente incapaces de comprender su necesidad. Aquí, donde las familias de diez o quince miembros viven en una sola habitación y duermen en la misma cama, la gente está acostumbrada, desde que viene al mundo, a la existencia comunitaria. Existe un equilibrio complejo y delicado en las relaciones personales entre familias y vecinos, a quienes su mismísima pobreza obliga a vivir en tanta proximidad que las acciones de cualquiera, y casi todos sus pensamientos, están expuestos a la inspección del resto.

Los hombres llevan esa existencia comunitaria al café y a la taberna —muy rara vez se ve a alguno bebiendo solo— y las mujeres disponen de las tiendas y los talleres de las angostas calles soleadas para cotillear amigablemente. Es allí adonde sacan los hornillos de hojalata, las tinas de lavar, los husos y la lana, y los niños de pecho. Incluso los aparatosos telares de madera, que por fuerza deben permanecer de puertas para adentro, se instalan cerca de las ventanas, y no por la luz que podría facilitar el trabajo, sino para que, mientras la madre de familia teje, pueda seguir participando de la vida de la calle.

Excepto por las noches, cuando puertas y ventanas se cierran contra los malos espíritus y el peligroso humor de la oscuridad, las pequeñas casas de Kálimnos están abiertas de par en par para quien desee verlas o entrar si así lo desea.

Creo que eso debe de haber ocurrido siempre. Los romanos han

dejado atrás villas privadas. Los griegos solo dejan templos y mercados. Únicamente los edificios comunitarios se construyen para aguantar, pues solo en ellos transcurre la verdadera vida de los griegos. Puede ser necesario sacrificar la privacidad para entender mejor el arte de vivir en comunidad, tal como los griegos lo han comprendido mejor, y en muchos sentidos, que cualquier otra civilización sobre la faz de la tierra.

Pero para nosotros, productos de una estructura social que concede un gran valor al derecho individual, a la soledad, se hacía, y se hace, difícil entregarnos a una comunidad. Y en nuestros primeros tiempos allí, con frecuencia se convirtió en un motivo de desesperación.

De hecho, nunca conseguíamos privacidad en nuestras excursiones de los domingos.

Aunque lleváramos el asunto en el más absoluto secreto, saliéramos con mucha cautela y distribuyéramos la comida con afectado descuido en los bolsillos para que no se notara, para fingir que solo íbamos a pasear por la *platía*, nunca éramos capaces de recorrer más de cincuenta metros antes de que Manolis, Mikailis o Yanni (o por lo general los tres) se materializaran desde la mesa de un café o de detrás de un árbol, surgieran caminando tranquilamente de un callejón o bajaran de algún balcón y se nos plantaran delante con sonrisas dulces e inquisitivas.

—¡Eh! ¿Adónde vais?

—Oh, solo a dar un pequeño paseo, por ese camino de ahí.

—*Páme*. ¡Vamos!

—Pero ¿no tenéis nada que hacer?

—¡Nada, nada!

Y al cabo de un rato alguno añade, muy serio:

—A ver, cuando queráis ir a algún sitio, tenéis que decírmelo. No está bien que vayáis solos.

Una vez, por pura desesperación, George dijo, a modo de clara indirecta:

—Escuchad, no me parece bien que dejéis a vuestras esposas y familias todos los domingos.

Claramente conscientes de la censura que entrañaban esas palabras, Mikailis y Yanni se quedaron rezagados, hablando en susurros. Y al cabo de un momento, cuando ya creíamos que nos los habíamos quitado de encima, Mikailis retrocedió a grandes zancadas por la *platía* y Yanni se apresuró a alcanzarnos.

—Ahora nos sentaremos a tomar una taza de café —dijo.

—Acabamos de tomar café —protestó George.

Yanni nos guió con firmeza hacia una mesa de una cafetería. Cuando ya estábamos apurando nuestras tazas, Mikailis reapareció. Se

dirigía hacia nosotros calle abajo, seguido en fila india por su esposa Irini, algo sorprendida, la mujer de Yanni, Polimnea, con cara de pocos amigos, y un surtido de diez de sus hijos.

—*Páme!* —exclamó alegremente Yanni, convencido de que ya no habría objeción posible—. ¡Ahora nos vamos todos juntos!

Después de eso, no volvimos a rebelarnos abiertamente. Lo cierto es que habría sido una locura hacerlo, pues Yanni desarrolló un sistema de espionaje que habría sido la envidia de Himmler. Su desconcertante capacidad de materializarse en cualquier parte en cualquier momento habría acobardado incluso al espíritu más rebelde. Si se me ocurría echar a andar por el acantilado para leer tranquilamente una revista durante media hora, o para resolver algún pasaje del libro que se me resistía, Yanni se plantaba ahí en cuestión de un par de minutos. Si hacíamos una furtiva escapada nocturna para disfrutar de un ratito de soledad bajo la luna al final del rompeolas, su murmullo de «*kalispera*» surgía flotando de la oscuridad antes de que nos diera tiempo a sentarnos siquiera. Muchas veces, dando muestras de una asombrosa intuición, ya se había incorporado a un destino que, como dos tontos, habíamos creído secreto, y su sonrisa de bienvenida tenía entonces un leve regusto a reproche, como si fuéramos niños a quienes un padre tolerante hubiera pescado con las manos en la masa en plena travesura. Acabamos por rendirnos mansamente y dejarnos guiar. En cualquier caso, se hacía imposible ir a cualquier parte sin siete u ocho amigos de Shane o de Martin trotando a nuestras espaldas. Hicieras lo que hicieses, siempre tenías una solitaria figura o un grupo vigilándote atentamente y con muda y paciente concentración. Cuando transcurridos seis meses evaluamos nuestra situación y caímos en la cuenta de que en todo ese tiempo no habíamos pasado ni una noche los dos solos, lo aceptamos con una especie de callada resignación, como si finalmente nuestro sentido de la privacidad hubiera quedado anestesiado.

Angela, la vecina de dos casas más abajo, estaba en aquella época en avanzado estado de gestación y estrictamente confinada en casa. Le daba muchísima rabia no ser capaz de subirse al carro gregario.

—Incluso si es un niño —decía—, desearía no estar a punto de tener este bebé. Me encantaría pasearos por ahí para que no tuvierais que ir a todas partes con ese puñado de desgraciados detrás.

Y también solía decir:

—Nunca te veo sin diez o doce niños pegados a tus faldas. Si tanto te gustan, deberías tener más hijos.

Como es natural, Angela estaba un poco obsesionada con la maternidad en aquel momento.

Angela vivía sobre la barbería, en una esquina de la *platía*, con su marido, Georgios, el tendero, y su hermana pequeña, Maria. Aunque

nacidas en Kálimnos, ambas hermanas se habían criado en High Holborn, la zona londinense en la que parecen congregarse la mayoría de expatriados griegos. Al morir la madre, su padre las llevó de vuelta a Kálimnos, de vacaciones, para que pudieran conocer mejor a los miembros de la extensa e intrincada red de relaciones que todo crío de la isla hereda por nacimiento: tíos, cuñados, primos hermanos, primos segundos y hasta terceros. Georgios, el apuesto tendero, cortejó a Angela y se ganó su corazón, y tras volver a Londres para poner en orden sus asuntos, ella volvió a Kálimnos al año siguiente, trayendo consigo a Maria, su ajuar, y numerosas compras hechas en Selfridge's. Se instalaron junto con su padre en la casita que había construido el abuelo. Maria no tenía la intención de quedarse más de un par de meses, pero el padre enfermó, Angela se quedó embarazada, y ella se fue quedando más tiempo para afrontar cada nueva crisis que llegaba.

En la casa de la esquina andan justos de espacio, pues se trata de una vivienda respetable de clase media, bastante recargada, y, al igual que la nuestra, con una inverosímil forma romboidal. No cuenta con la ventaja de la gran cama elevada que da cabida fácilmente a las familias pobres. Al ser de clase media, Angela y su marido deben dormir en una cama de matrimonio con un cabecero de nogal barnizado, que ocupa todo el espacio de la diminuta segunda habitación de la casa. Maria se ve relegada a dormir en un catre en la salita de estar, mientras que el padre de ambas —mientras vivió— quedó desterrado a un desván pequeño y prácticamente sin ventilación.

Esa pasión por los muebles respetables y «apropiados» trae consigo grandes inconvenientes en los hogares de clase media. En las casas pobres, una familia de diez miembros puede vivir con cierta comodidad en una sola habitación, incluso haciéndose cierta ilusión de amplitud. La casa de Angela tiene dos habitaciones, un rellano y un desván, pero cada palmo de suelo y paredes está tan atiborrado de cortinas, alfombras, muebles y de todo un revoltijo de jarrones, cristalerías, vajillas y cachivaches varios que, una vez que entras, cuesta lo suyo volver a salir.

Hay incontables sillas arrimadas a las paredes de la diminuta salita de estar y un sofá de respaldo rígido y tapicería en tonos burdeos y dorado que combina con la de las sillas del círculo interior, dispuestas con rigor matemático en torno a una mesa enorme que ocupa el centro de la habitación. Las cortinas, muy gruesas y siempre corridas para que no entre ni la luz ni el aire, son también doradas y de un brocado de imitación, y doblemente valiosas por el hecho de que Angela se las trajera de Selfridge's, en Oxford Street. En el enorme y delicado aparador hay enrevesados jarrones de cristal rosa y azul tallados, conchas y esponjas y guijarros, ceniceros de centros turísticos de la costa inglesa y fotografías enmarcadas de las chicas que solían trabajar

con Angela y Maria en la fábrica de ropa en Londres. Sobre el aparador, la reina Isabel de Inglaterra, con tiara de diamantes y la banda azul de la orden de la Jarretera, contempla con distinguida indiferencia frecuentes reuniones de mujeres parientes y suegros de Angela: mujeres ancianas y altivas que se sientan con las manos entrelazadas en el sofá, en las sillas de alto respaldo o, muy tiesas e inmóviles, en el catre de Maria, con rostros tranquilos, morenos e inexpresivos, como un friso oculto, pero con los ojos muy atentos. Están muy pendientes por si sorprenden a Angela contraviniendo alguna norma de la etiqueta kalimniana.

En esas ocasiones, Angela, como corresponde a su posición de joven matrona, ocupa la silla central entre las ventanas. Es Maria, a sus veintidós años y todavía virgen, quien va y viene corriendo desde la cocina con cuencos de conservas y bandejas con café fuerte y dulce. Es Maria quien sale corriendo a comprar un kilo de azúcar. Era Maria quien se escabullía escalerillas arriba para acallar misteriosamente los gritos del irascible anciano. Es Maria quien mete un biberón de manzanilla en la boca berreante del bebé arrebujado en la cunita bajo la mirada viril y confiada de Felipe, duque de Edimburgo.

Es Maria quien coge a la pequeña Thoxouli y le cambia los pañales siempre empapados.

—A veces desearía que nunca hubiéramos venido a pasar aquellas malditas vacaciones aquí —comenta con tono sombrío.

Les tenemos mucho cariño a las dos chicas. Angela —pese a los ejemplares del *Daily Mirror* y el *Woman's Day* que atesora, sus sueños nostálgicos de salchichas de cerdo con beicon, de las casas de comidas Lyons Corner, de anguilas en gelatina, de domingos en Ramsgate y de cines Odeon grandes como palacios— debe cumplir inevitablemente con las normas prescritas para las *gynaíkas* de la isla. Con sus orígenes griegos, su formación religiosa y unas supersticiones muy arraigadas, no dispone de armas con las que luchar. Maria, sin embargo, no tiene ataduras como un marido y una familia, y, por tanto, cabe la posibilidad de que algún día «lo deje todo» y se vuelva a High Holborn. Conserva su humor mordaz del East End y le es más fácil mantener cierta distancia con respecto al modo de vida kalimniano. Ambas hacen gala de la típica curiosidad urbana por las «cosas raras» que pasan aquí y, según la ocasión, muestran asombro o sorpresa, o se ven abrumadas por un sobrecogimiento supersticioso o bien son víctimas de verdaderos ataques de risitas por lo bajo.

Por esta razón, son una fuente maravillosa de información para mí. Si algo les parece raro, saben que me interesará, y en consecuencia tienen la amabilidad de correr a contármelo.

Fue en casa de Angela donde asistí por primera vez a una sesión de *kóliva*, en el segundo aniversario de la muerte de su madre.

—Ven a echar un vistazo —me animó Maria—. Siempre es muy interesante.

La *kóliva*, en su sentido estricto, es el alimento de los muertos. Consiste en una especie de budín de trigo, azúcar, canela, almendras, pasas y especias. Se prepara únicamente en los aniversarios estipulados de la muerte de parientes o en los días reservados cada año para rogar por las almas de los difuntos. Antiguamente los ingredientes incluían semillas de granada. La *kóliva* se prepara tres días después de un fallecimiento, y de nuevo en el noveno día, y en el decimocuarto, y luego al final del tercer mes, del sexto, del noveno y del decimosegundo, y a partir de entonces una vez al año en la fecha de la muerte. En los Días de las Ánimas, todas las familias, con la única excepción de las mujeres que lleven menos de un año casadas, preparan la *kóliva*.

El budín básico lo prepara la madre de familia según un ritual rígidamente establecido. El trigo debe lavarse cuidadosamente tres veces, y las pasas dos. Las almendras han de blanquearse en agua hirviendo en un cazo limpio. En cada operación, la madre de familia debe lavarse constantemente las manos para que ningún rastro de suciedad pueda manchar la nívea blancura del azúcar tamizado. Cuando todo se ha preparado y mezclado en un cuenco grande, se invita a los amigos y los parientes a presenciar cómo decora la *kóliva* una de las ancianas expertas en dicho arte. Hasta hace alrededor de un año, la invitación a asistir a la *kóliva* era formal: se preparaban unos bollos especiales que circulaban en una bandeja por las casas de las personas a quienes se quería invitar. Coger un bollo suponía aceptar la invitación. Ahora basta con una confirmación de palabra.

Como esperaba, la sesión de *kóliva* era solo para *gynaíkas*. Había quizá unas veinte mujeres apiñadas en la pequeña salita de estar de Angela, y en la mesa central una dama anciana, envuelta en chales, estaba sentada encorvada ante el alimento ritual. Había cubierto enteramente la *kóliva* con azúcar blanquilla finamente molida y luego alisada con papel blanco hasta formar un montículo perfectamente simétrico. Entonces, utilizando una nueva hoja de papel con una elaborada cruz dibujada en ella, se valía de una aguja previamente lavada en agua hirviendo para trasladar el dibujo del papel al azúcar. En toda la habitación, las demás mujeres elegían almendras y pasas para que todas tuvieran la misma forma y el mismo tamaño y las iban dejando en platillos que también se habían sumergido en agua hirviendo. La vieja gorgona, una mujer irritable y quisquillosa, usaba las pasas y las almendras para rellenar el trazo de la cruz y para dibujar una cenefa de flores estilizadas bordeando el montículo.

Angela, que estaba enorme, pobrecilla, en su mejor túnica marroquí de color marrón, explicó a modo de disculpa que aquella no

era una *kóliva* muy elaborada porque su madre llevaba muerta dos años, y que, además, teniendo que ocuparse de Thoxouli y con el bebé a punto de llegar y todo eso... Los ricos, nos contó con tono de nostalgia, utilizaban carísimas piececitas de plata de distintas formas en lugar de las plebeyas pasas y almendras, y cubrían literalmente la *kóliva* con esa decoración.

—Y es simplemente precioso, la verdad —añade Angela, que siente mucha añoranza, pero ninguna envidia.

Maria, que va de aquí para allá con bandejas de café y unas galletitas dulces que se ha pasado toda la mañana horneando, esboza una sonrisa sardónica y se aparta con un resoplido un mechón de pelo de los ojos.

—Ah, a los ricos les gusta poner en su sitio a los pobres —comenta —, incluso después de muertos.

Cuando se termina de preparar la *kóliva* —e incluso para una sencilla harán falta horas—, se coloca entre dos velas altas y se deja toda la noche en algún lugar destacado (presumiblemente para que al alma del muerto no le cueste encontrarla) junto con un vaso de agua fría. Por la mañana, en cuanto suenan las primeras campanadas, se lleva a la iglesia y se deja sobre una mesa con velas encendidas hundidas en la suave costra de azúcar. El nombre de la persona fallecida se declara en voz alta y se bendice; el sacerdote coge una cucharada de *kóliva* y se la lleva a la boca. Luego se conduce en solemne procesión desde la iglesia hasta el cementerio. Una vez allí, se espolvorea con otra cucharada la tumba de la persona muerta. Después, una anciana escogida para la tarea llevará el resto por las calles de la ciudad. Debe ir de casa en casa y de tienda en tienda ofreciendo un poquito de *kóliva* con una cucharita de plata a cada persona que vea.

La *kóliva* es un dulce delicioso, y todos hemos llegado a sentir pasión por ella. Siempre que pasa una anciana con un cuenco, los cuatro nos sentamos con la boca abierta.

Los días de misa de la *kóliva*, cada iglesia es un espectáculo maravilloso, pues hay centenares de esos platos bellamente decorados y relucientes de plata y velas. Y después se forman enjambres de niños peleándose y brincando para ver quién es capaz de comer más.

La primera sesión de *kóliva* en casa de Angela vino a aclararme algo que llevaba semanas intrigándome. Shane había cumplido seis años un poco antes, y el viejo Leonidas, el vendedor de pasteles, le había hecho una tarta «inglesa», que nos mandó a casa cuidadosamente envuelta en un paño blanco como si fuera un objeto religioso. En una tarjetita sujeta a la tarta, en laboriosas letras mayúsculas, se leía: «Feliz cumpleaños de parte de Leonidas».

De acuerdo con la petición de Shane, cubrimos la tarta con un

glaseado blanco, y cuando vi en el escaparate de una tienda un frasco con bonitas pastillitas y rombos plateados, compré algunos y realicé con ellos un dibujo de flores y hojas sobre el glaseado.

Las únicas velas que se encuentran en Kálimnos son las de iglesia. Compré seis largos cirios amarillos y los coloqué alrededor de la tarta. Quedó muy bonita.

Tras tomarme tantas molestias, me fastidió y me dolió un poco que ninguno de los pequeños invitados descalzos de Shane la tocara siquiera, ni una migaja. No paraban de santiguarse y de preguntar si era para el conejo, ¡algo que habría humillado sin duda incluso al ama de casa más tolerante! Tardé mucho tiempo en comprender que, como ninguno de ellos había visto antes un pastel de cumpleaños —los niños griegos no los celebran—, ¡habían dado por hecho que se trataba de una *kóliva* por *Animus*, que llevaba cuarenta días en su tumba en la montaña!

5. Fullalove suena parecido a «*full of love*», «lleno de amor», de ahí la incongruencia. *(N. de la T.)*

6. Personaje de la novela infantil *El viento en los sauces* de Kenneth Grahame. *(N. de la T.)*

12

Notas de un diario. De vuelta a casa de la taberna, nos encontramos a Maria a orillas del mar vaciando un cubo. Angela ha dado por fin a luz. ¡Vaya por Dios, otra niña! Maria está muy cansada y tiembla de emoción. Hay un toque de histeria en sus risitas.

—¡Caramba! Deberíais haber visto a la vieja Katerina inclinándose sobre la cama con la lengua fuera y moviendo la cabeza de aquí para allá para ver mejor. Y a todas las demás farfullando, gritando y desgañitándose.

—¿Y Angela?

Maria se ríe por lo bajo.

—Ella soltaba sus propios alaridos. ¿Cómo se llama esa cosa? Ya sabéis, lo que sale después… ¿Placenta? Es eso, ¿no? Sí, supongo que así se llama. Bueno, pues la gente de aquí es muy suspicaz, y se supone que hay que llevársela de inmediato y enterrarla en alguna parte. No puedes arrojarla al mar ni nada parecido. Esta noche he estado ahí arriba en la montaña con esa cosa en una bolsa de papel. He cavado un agujero cerca de Agios Vassilias. ¡Menuda gracia! ¡Me he pateado toda la montaña!

Lava los restos de sangre del cubo y se despereza con gesto de cansancio.

—Será mejor que vuelva y empiece a lavar esas sábanas.

Le sugerimos que todo eso supone una buena práctica y que será una experta para cuando tenga sus propios hijos. Nos dirige una mirada envenenada.

—¡El día en que me pilléis dejándome convencer para eso ya podéis mandarme al loquero!

La bebé es horrible. Enorme. Parece un boxeador. Está cubierta de vello negro y lleva un turbante en la cabeza. La han dejado envuelta como un paquete en la cuna de Thoxouli, en la que han colgado cruces, medallones y amuletos. Angela está tendida en el catre y todavía se ve enorme. Empapada de agotamiento, culpa, alivio y decepción. Isabel de Inglaterra sonríe desde lo alto, magnánima. El marido se ha ido a la tienda, furibundo. Los suegros y demás familia política también están furiosos. La vieja partera es la clásica arpía vestida de negro con una

falda grasienta y un pañuelo en la cabeza. Observo sus uñas y casi me desmayo. Angela me da mucha pena, y me siento un buen rato con ella para que pueda explicarme cada detalle del parto. Me los explica. Tener un público interesado la alegra un poco. Más tarde subo a la montaña en busca de flores para ella. Encuentro un puñado de lirios blancos, los primeros, entre las malas hierbas y las ortigas, cerca de Agios Vassilias. Se los llevo de vuelta y, entonces, llora un poquito.

—Ya sabes cómo es esto —me dice entre sollozos.

Pero no, no lo sé, al menos no de esta manera. Pienso en mis propios y glamurosos partos con flores y visitas, con George adherido a mí más que una garrapata, baño privado, enfermeras entrando y saliendo, todo almidonado y blanco, y todo el mundo tan contento por mí. Sentada con la pobre Angela, que llora ante cinco lirios blancos, también tengo ganas de llorar.

«¡La gente de aquí es muy suspicaz!» Me doy cuenta de que Maria quería decir «supersticiosa». El cordón umbilical del bebé, como la placenta, debe enterrarse también en secreto. ¿Se trata de magia compasiva? Durante nueve días, la madre no debe recibir visitas aparte de la familia más cercana, y esas visitas nunca deben alabar al bebé, por temor al mal de ojo y los espíritus malévolos. (No es nada probable que la familia alabe a esta cosita tan fea: es niña.) A Angela no se le permite salir de la casa en cuarenta días, ni acudir a la iglesia, porque está «sucia». El primer día después de la cuarentena puede plantarse ante la iglesia con el bebé en brazos, pero sin entrar. Concluida la misa, el sacerdote aparece en la puerta, rocía a la madre con agua bendita y se lleva al bebé al interior; ella puede seguirlo entonces. Si el bebé es varón, el cura lo lleva tras el altar. Si es niña, la deja en los peldaños del altar para que la madre la recoja. Una puede documentarse mejor sobre todas estas prácticas en *La rama dorada* que en la sagrada Biblia.

La asistencia prenatal es tan primitiva que resulta aterradora. Por ejemplo, donde en un hospital se utilizaría un sacaleches a modo de demostración, aquí, para ello, echan mano de una arpía vieja y desdentada. En los ojos abiertos como platos de Angela aún puede observarse una mezcla de asco y fascinación.

—Le pones una servilleta limpia al cuello y ella se arrodilla junto a la cama. Por supuesto, primero te aseguras de que se lave la boca. Es una sensación de lo más extraña..., ¡no sabía adónde mirar! —Angela llama a sus pechos «mis ubres».

Intento, con mucha delicadeza, despertar su interés en los sistemas modernos, en horarios regulares para dar de mamar. Pero mientras le hablo sé que estoy perdiendo el tiempo. Aún estaba dándole el pecho a Thoxouli un mes antes de que naciera este bebé. Antes de que llegue el fin de semana, a esta cría le habrán embutido un chupete en la boca y la cogerán para darle de mamar cada vez que llore.

Aquí es normal que a los bebés les den el pecho hasta los dos años, incluso hasta los tres. Circula la historia de que a Anastasis, un jornalero de la ciudad, un tipo alegre y grandote, aún le daban de mamar a los siete años. Regresaba de un partido de fútbol al fructífero seno de su madre en casa. Incluso los lugareños consideran que es llevar la cosa un poco demasiado lejos.

—La vida aquí no es ninguna maravilla si eres mujer —dice la pobre Angela—. Sé que tendré otro el año que viene, y al otro, ¡y cada año hasta que dé a luz a un varón!

Es como si le plantaran un cine Odeon en la puerta. Como si le trajeran brazos de gitano del Lyons envueltos en plástico y gruesas salchichas de cerdo todos los días de su vida. Será como escribirle una carta a Isabel de Inglaterra con su tiara de brillantes y su cinta azul de la orden de la Jarretera.

—Buu, buu —croaban los fantasmas enanos.

—*Pió? Pió?*

A mis pies, uno daba brincos como una rana. Otros dos se mecían en las oscuras ramas del cedro de sal que pendían sobre las mesas de café sumidas en sombras, un cuarto daba vueltas enloquecido entre los cestos de patatas de los escalones azules que llevaban a la tienda de Calíope.

También con el saltarín tirándome de la falda y dando vueltas, yo trataba de adivinar grandes e improbables personajes —fieras, pájaros, figuras graciosas del folclore—, hasta que los dos fantasmas del cedro de sal saltaron de las ramas y rodaron por el suelo en una maraña de piernas bronceadas y sucias y bultos de sábanas amarillentas que se agitaban.

—¿Qué va a decir Sevasti cuando vea esas sábanas?

La cara roja y sudorosa de Martin emergió brevemente para tranquilizarme.

—No son nuestras sábanas.

Los había disfrazado la madre de Georgouli, y según ella no importaba.

—No te preocupes, *kiría*. Son unas sábanas viejas. Y es Carnaval.

La madre de Georgouli servía café en las mesas dispuestas sobre los cuadrados pintados de blanco junto a la franja del pavimento de Manolis Klonaris, sin prestar atención al diminuto espantapájaros que, a sus espaldas, imitaba cada uno de sus gestos. Solo eran reconocibles unos brazos como ramitas en un jersey a rayas que resultaba familiar. El resto era de pesadilla: un camisón de franela de mujer relleno con almohadas y coronado por un cesto boca abajo.

—Un vaso de agua. ¡Rápido, Georgouli!

Ella dio la orden sin volverse, y el camisón andante se alejó dando bandazos con una especie de horrible cojera afectada y la cabeza de cesto balanceándose provocativamente. En las mesas, los buzos se daban palmadas en los muslos y soltaban burlas como niños crueles. La madre de Georgouli también rechiflaba, levantando una mano, como siempre hacía, para ocultar su boca desdentada. Y entonces dio

ella también unos pasos renqueantes, exagerando a propósito los andares de tullida para demostrar la buena imitación que había hecho su hijo.

Otra mujer —quizá la que hacía veinte este día— pasó entre las mesas con *kóliva*. Cogimos cucharadas y bendecimos a los muertos, pues ese sábado en medio del Carnaval estaba reservado a todas las ánimas.

—¿Tenéis un Carnaval como este en Australia? —me preguntaron con tono anhelante, y pensé en las chicas con medias en el baile de artistas y en las multitudes que se arremolinaban en las calles la noche de fin de año.

No, no teníamos un Carnaval así en Australia, ni por lo que sabía en ningún otro sitio del mundo.

A esas alturas, el Carnaval llevaba dos semanas celebrándose, y todavía continuaría una semana más, para culminar en un día de fiesta y baile desenfrenados en la era de trilla de Brosta, antes de los rigurosos cuarenta días de ayuno por Cuaresma. El periodo de Carnaval se llama aquí *Apókries* (abstenerse de comer carne, literalmente), y hay varios días de *aprokriá*, de ayuno, en el calendario ortodoxo. En época de Carnaval, la palabra ha llegado a tener literalmente el significado opuesto, durante las dos primeras semanas por lo menos, pues la norma es la permisividad y no la abstención. O lo es, en todo caso, para aquellos que puedan permitirse comprar carne. Incluso para los pobres, es una de las cuatro ocasiones del año en las que pueden saciarse de carne; las otras son Navidad, Pascua y el día de San Jorge.

En cualquier caso, desde nuestro punto de vista, era evidente que se habían dado festines suficientes. Se habían celebrado muchas bodas. El domingo anterior habíamos tenido que ir a ocho, empalmando una fiesta con otra durante toda la noche, hasta que acabamos con la cabeza como un bombo y a punto de estallar por culpa del vino, el humo y las canciones, y nuestros pies se negaban a arrastrarse en un círculo más del baile nupcial, aunque acababan haciéndolo de todos modos. Porque ¿cómo podíamos ofender a aquellas dos efigies demacradas, blancas como la cera, que nos miraban fijamente bajo las mustias guirnaldas, cuando hacía horas que ya no eran capaces ni de distinguir una ofensa? (Teníamos que bailar y bailar, y ellos tenían que padecerlo hasta no poder más, pues así era el orden establecido de las cosas. Y bailábamos en alabanza de la gran fuerza vital, tan profunda y maldita, que estaba a punto de reventar y engullirlos... ¡Pobres niños exhaustos! Bailábamos para propiciarnos la voluntad de Afrodita, la chipriota, que reía socarrona en el rincón ante las abundantes sobras de cazón, con hilillos de aceite deslizándose entre pelillos de la barbilla hasta los extremos deshilachados de una grasienta mantilla negra, con los ojos viejos y lascivos resplandecientes de malicia.)

También se habían celebrado muchos bautizos durante el Carnaval. Ya ni me acuerdo de a cuántos pequeños y desnudos Constantinos y Marias y Annas y Alejandros y Fotinis habían sumergido berreando esa semana en la gigantesca pila de latón, que debían de haber acarreado kilómetros y kilómetros de casa en casa, montaña arriba y montaña abajo, porque una sola servía para todos, pues los bautizos en Kálimnos difieren muy poco de una casa a otra, y el bautismo del bebé de Katerina pudo haber sido solo uno más entre otros diez o doce.

En la Iglesia ortodoxa griega, el bautismo no es solo uno de los grandes misterios, sino que también tiene un significado místico y secular que un forastero difícilmente puede comprender. Al margen de consideraciones religiosas, para cualquier griego sería impensable no bautizarse, por puras razones materiales. Es la garantía de su legitimidad como ser humano. Si no se bautiza no existe. Para poder votar, se tiene que presentar la partida de bautismo. Sin bautizarse, en la vida adulta, no se puede ostentar un cargo público, ser funcionario, ni tener un empleo corriente. Hasta el momento de la inmersión, ni se tiene nombre siquiera.

La ceremonia misma, según la Divina Liturgia, no ha cambiado en absoluto desde que la puso por escrito san Juan Crisóstomo, hacia finales del siglo IV. Todavía conserva el dramatismo y la emoción de un alma que se ve milagrosamente investida y protegida en la mismísima presencia de unos espíritus terribles que, si pudieran, se apoderarían de ella. Es el verdadero misterio dramático de la Cristiandad en sus albores, como religión aceptada, la Cristiandad que emergía de las catacumbas a la luz del día. La Cruz es un símbolo vivo, como si Constantino estuviera aún transfigurado por su visión de una cruz llameante en el cielo. «¡Con esta señal vencerás!» Y su madre Helena se arrodilla entre las cenizas en las colinas del Gólgota, con el aroma especiado y dulzón de la albahaca en la nariz y las manos blancas sobre la astillada madera gris. ¡La Cruz! ¡La Señal!

Katerina es la sobrina de Sevasti, una chica delgada, con una palidez plateada que le otorga un aspecto enfermizo y una actitud sardónica y ácida que resulta refrescante en un lugar donde las mujeres suelen ser dóciles. Solo tiene diecinueve años. Lleva dos casada con Georgios, un pescador de esponjas que cae bien a todo el mundo, un joven bajo y de complexión fuerte, con una sonrisa dulce y una cabeza elegante y redonda de porte confiado. Su primer vástago es una niña. A ninguno de los dos parece importarle. La fiesta es tan espléndida como si hubiera sido un primogénito varón.

—Quizá la cosa habría sido diferente —comenta Sevasti sin poder resistirse— si fuera la quinta niña en vez de la primera.

Katerina y Georgios viven en un gran cubo azul en la base del

castillo medieval de los Caballeros de Rodas, no muy lejos del de Sevasti, mucho más pequeño. Tres torres redondas de piedra erosionada por el tiempo, que parecen antiguas torres de vigilancia pero que en realidad son molinos de viento abandonados, se alzan detrás de la casa rodeadas por bonitos almendros e higueras en una zona, por lo demás, yerma.

Para cuando llegamos, la tarde está impregnada de los intensos y fuertes aromas de la carne al fuego, el aceite y el ajo, y en la casa y los alrededores hay una gran actividad. Los niños trepan a todos los almendros y se llenan los bolsillos y las manos de los pequeños frutos verdes y velludos. Media docena de mujeres muy ajetreadas entran y salen de la cocina y suben y bajan por la escalera exterior cargadas con sillas, mesas, jarras, bandejas tapadas y grandes fuentes con dulces de apariencia pegajosa. Costas Manglis, algo sofocado por el vino y el esfuerzo, ayuda a Georgios a llevar a pulso la gran pila de latón de San Stefános, escaleras arriba, hasta la azotea. El capitán Miches y el joven capitán Charlie, que serán los padrinos, alinean grandes jarras revestidas de mimbre de *retsina* ante la puerta de la cocina.

En la habitación de arriba —con paredes azules, uno de esos preciosos y antiguos cielos rasos de bambú y la serie entera de litografías de las aventuras de Genoveva— hay ya por lo menos un centenar de personas apiñadas. Los niños y las ancianas están sentados o en cuclillas a lo largo de la cama alta y escudriñan a través de la baranda. Los demás se sientan en círculos concéntricos de sillas prestadas en torno a la pieza central de la gran pila. De las paredes cuelgan faroles de queroseno entre litografías, iconos y fotos amarillentas, y en el centro del techo sisea una gran lámpara de aceite que arroja una deslumbrante luz blanca. En la habitación hace un calor insoportable.

Los sacerdotes y los músicos llegan juntos, todos jadeantes por el ascenso. La principal figura es un anciano sacerdote de San Stefános, con un cigarrillo que aspira con fruición, en el centro de una barba que parece una boa de plumas blancas. Se sujeta las faldas sobre las recias botas de pastor que siempre lleva. Su ayudante es un joven pálido y austero de cabello brillante y ojos húmedos, y con una cuidada barba negra y rizada; él lleva el aceite sagrado, el vino, unas tijeras y velas. (Las tijeras penden de un trozo de cuerda anudada; el aceite y el vino van en los consabidos envases de «Bon Ton de maíz al queso, un tentempié delicioso».)

Precedidos por la gigantesca figura del capitán Miches, que parece torpe y avergonzado entre tanta gente, los miembros del grupo oficial suben desde la cocina: Georgios, con aspecto paliducho y orgulloso; el joven capitán Charlie, tímido y sonrojado; Katerina con el bebé en brazos y rodeada por las hijas de Sevasti como majestuosas figuras de

un antiguo friso. Cerrando la marcha viene una procesión de mujeres con vasijas, tres de ellas llenas de agua caliente y una de agua fría. Bajo la supervisión del sacerdote anciano, que luce una deslucida sobrepelliz encima de la sotana negra (parece más bien un delantal de flores), el agua se vierte en la pila. A intervalos, arremangado y mostrando los brazos flacos, viejos y blancos, el sacerdote constata la temperatura del agua con el codo, tan eficiente como una buena niñera. El joven les tiende cirios encendidos a los niños. El reluciente moño se le ha deshecho y el pelo le cae por la espalda en un largo y brillante tirabuzón. Georgios se lo vuelve a recoger con manos inexpertas, y se sonríen mutuamente.

El capitán Miches extiende sus manazas y Katerina le entrega a la niña. El joven capitán Charlie se coloca a su lado para sujetar la puntilla de la mantilla. Ambos llevan los puntiagudos gorros de buzo echados hacia atrás y tienen la frente perlada de sudor. El sacerdote viejo ha sacado las gafas de algún lugar bajo la sobrepelliz de flores. Con cara de pocos amigos, manda callar a la multitud y abre el pequeño devocionario rojo. Se hace un repentino silencio, y luego las palabras de quince siglos atrás brotan de los labios del anciano sacerdote en un cántico agudo, extraño y electrizante… ¡La cruz! ¡La señal…!

La señal de la cruz protege ahora al bebé de Katerina. El capitán Miches y el joven capitán Charlie se vuelven muy despacio y con gesto solemne hasta darle la espalda a la pila, y escupen tres veces en dirección a la cama alta, donde el demonio y sus malévolos secuaces acechan sin duda entre las ancianas que asienten y los niños de ojos muy abiertos que, sin sospechar nada, se están chamuscando unos a otros el pelo con los cirios encendidos. Los dos capitanes contemplan solemnemente la atestada oscuridad.

El sacerdote anciano traza la señal de la cruz sobre el agua humeante de la pila de latón con un diminuto frasquito de agua bendita, con su propia cabeza, con su mano flaca y temblorosa. A ratos, mientras el grave sonsonete del cántico del cura joven se eleva y desciende, el anciano traza la señal de la cruz con la cabeza cerca de la carita de la niña. Es un gesto muy íntimo y encantador. Y es un juego maravilloso: la bebé gorjea y se ríe cuando las plumas blancas y finas de su barba le rozan la cara.

Todavía parece un juego cuando, de pronto, la arrancan de la mantilla y de los enormes y envolventes brazos del capitán Miches, y la elevan hacia lo alto, más allá de las plumas blancas, hacia el humo y el calor desnudo y el olor a incienso: un pedacito de carne rosácea ahora rígido por un súbito terror. ¿O será que la niña huele la cercanía del demonio? ¡Rápido! ¡Rápido! Se capta un jadeo general de urgencia cuando el viejo sacerdote baja a la niña y la hunde en el agua humeante de la pila, en el agua que se ha ungido varias veces con la señal de la

cruz. Una mano la sostiene debajo del agua; la otra le traza la señal de la cruz una y otra vez sobre las aguas revueltas. Y entonces vuelve a sacar a la niña y a elevarla hacia lo alto, y el alarido brota en ese segundo ascenso repentino: un grito de alarma desgarrador que irrumpe en una habitación que contiene el aliento de puro alivio. La criaturita está ahora morada, quizá de rabia, o porque ha comprendido que eso no es ningún juego, sino un asunto tremendamente serio.

Arriba y abajo, arriba y abajo: retorciéndose y pataleando, la hunden, trazan sobre ella la señal de la cruz, la sacan, la levantan en alto, y vuelta a empezar. El viejo *pápas* está chorreando. Se le han bajado las mangas y las ha metido en la pila. El capitán Miches y el joven capitán Charlie se acercan: en los brazos extendidos con rigidez sostienen el paño limpio y níveo que acogerá a aquella pobre cosita morada y berreante. Se los ve enormes y muy decididos. Una tiene la sensación de que ningún demonio tendría la más mínima oportunidad contra ellos. Las tapas de las latas de Bon Ton de maíz al queso se niegan a abrirse. El sacerdote joven forcejea con ellas, y Georgios se apresura a ayudar mientras se envuelve a la niña con el paño. El moño reluciente vuelve a soltarse y el cabello del joven cura se desenrosca otra vez espalda abajo.

El bebé ya no llora. Jadea un poquito y su pecho diminuto sube y baja espasmódicamente cuando le hacen la señal de la cruz en la piel desnuda: con aceite y vino, en la espalda, en el pecho, en los pies y en las manos. Todo se hace de forma ferviente y concienzuda. El joven sacerdote se adelanta con las tijeras que cuelgan de la cuerda de nudos. De la cabecita de la niña se recortan mechones empapados: de la frente, la nuca, la sien izquierda y la derecha. Katerina hace una inclinación al ofrecer la ropa nueva para que la bendigan. Las manazas torpes de Miches forcejean con el delicado cierre de una fina cadena de oro. La cruz parece una diminuta señal viva de oro grabada en la carne de la niña…

Y entonces empiezan a moverse en torno a la pila, en una procesión circular, medio danzando, medio brincando. Los dos sacerdotes van delante y sus cánticos son agudos, extraños y suntuosamente extravagantes. De repente todos los presentes en la habitación dejan escapar un delirante grito de triunfo. Es como si un clavo afilado te recorriera la columna. Katerina, sollozando, avanza a trompicones para besar las manos del capitán Miches y del joven capitán Charlie. Todo el mundo ríe y grita a la vez, diez o doce mujeres reclaman a voz en cuello el derecho a envolver a la niña (que ahora parece inconsciente, gracias a Dios) y llevarla escaleras abajo hasta la pequeña hamaca sobre la cama elevada de la habitación de la planta inferior. Los dos sacerdotes se lavan las manos en una palangana de esmalte, y me asalta la curiosa imagen de dos cirujanos que hubiesen

llevado a cabo una operación peligrosa y delicada. Capto el intenso olor del jabón verde y de las toallas limpias.

Se llevan a la niña, con una cuenta azul sujeta a la mantita para protegerla del mal de ojo… Anna, hija de Georgios y Katerina, por la gracia de Dios, es ahora cristiana, y está a salvo…

Los dos sacerdotes se despojan con esfuerzo de las sobrepellices; el viejo ya ha encendido un cigarrillo antes siquiera de escurrirse las mangas empapadas. Las hijas de Sevasti acuden con bandejas de vasitos de *strega* y ouzo y trozos de bizcocho de miel sobre servilletas de papel de colores. Katerina, sonriendo a través de las lágrimas y pálida de agotamiento, sujeta diminutas cruces doradas cosidas a lazos rosa en solapas, pecheras y vestidos. Sevasti se abre paso entre la gente y me da un fuerte abrazo porque la embargan la belleza y el misterio de lo que acaba de ocurrir y no es capaz de transmitírmelo de otra manera.

—Los próximos que bautizaremos serán Martin y Shane —me susurra, rebosante de amor—. Los convertiremos en auténticos niños griegos.

La cara horrorizada y rosada de Shane asoma sobre el cirio que ha estado sosteniendo.

—Mami, ¡la bebé no lleva braguitas!

Últimamente, Shane se nos ha vuelto pudorosa.

Mi cruz es el vals.

Empecé mostrando una actitud completamente hostil hacia esa danza, creo que por una historia que mi madre solía contar sobre mi abuela Sara Carson, quien, según la leyenda familiar, era una judía irlandesa trágicamente hermosa con una mano tan pequeña que era capaz de meterla en el tubo de un quinqué para limpiarlo, y que ganaba concursos de vals enfundada en un vestido de tafetán rosa, con un vaso de agua sobre su cabeza y cáscaras de huevo en los talones de sus zapatillas de baile.

En mi condición de muchacha sana en pleno desarrollo, con unas manos que siempre me parecieron grandes como platos y una capacidad para la torpeza que no tenía rival, esa historia era del todo intimidatoria para mí. Era incapaz de cascar un huevo en un cuenco sin que me cayera dentro media cáscara pulverizada, así que no tenía sentido que me la pusiera en los talones y bailara. Sin embargo, solía escudriñar a través de la ventana del salón Oddfellows las noches de los sábados y me parecía muy curioso que unos adultos tan corrientes y aburridos pudieran girar y balancearse con tanta facilidad y confianza contra el telón de fondo de serpentinas de papel y cubos llenos de hortensias. Aunque en el proceso no se veían vasos de agua ni cáscaras de huevo, tampoco es que pareciera muy difícil.

Eso sucedía a mediados de los años treinta y cualquiera sabía que

toda la poesía del movimiento quedaba contenida en aquellos pasos engañosamente simples, que bailar el vals equivalía a flotar en un sueño. Era la época de *Noches de Viena*, de las películas sobre Strauss. Y el Danubio fluía alrededor del mundo.

El atractivo estaba ahí, pero yo siempre me había mostrado reticente ante el vals. Había intentado bailarlo solo en un par de ocasiones, la primera en un baile del instituto con un chico de penúltimo curso con la nariz rota, al que idolatraba con una pasión que, incluso ahora, me hace estremecer. Completamos tres o cuatro círculos tambaleantes, y recuerdo que me contó que, pasados los exámenes, probablemente se uniría a las fuerzas armadas. Y entonces me cedió sin protestar, o sin mirar atrás siquiera, a un chico muy torpe de mi propia clase a quien se le daba muy bien el latín. Volví a intentarlo, años después, con un húngaro con los ojos como Charles Boyer al que le daba por intentar levantarme en volandas cada vez que completábamos un círculo. Es posible que él también se acordara de *Noches de Viena*, o a lo mejor era solo que en Budapest las chicas eran espectros.

Después de eso, procuré esquivar el vals y me dejé llevar agradecida por la forma de arrastrar los pies en las discotecas que tan bien casaba con los vestidos negros ceñidos y la gruesa capa de rímel por los que ahora tenía preferencia.

Con George, el problema del vals nunca se había presentado. Era algo que no le preocupaba ni en un sentido ni en otro, aunque sí sentía un discreto orgullo por la rumba que había aprendido a bailar con una preciosa morena en el Starlight Roof al son de la música de Xavier Cugat.

Incluso de haber sido conscientes los lugareños de mis inhibiciones con respecto al vals, probablemente las habrían ignorado. Pues en cuanto intento abrirme paso para ocupar mi sitio en el círculo, con ganas de entregarme al desenfrenado abandono de las danzas kalimnianas, algún gran buzo con gorro negro y jersey de cuello alto le lanza un billete de diez dracmas al intérprete de *busuki*, acompañado de una orden a gritos. Y me veo agarrada sin escapatoria posible y todos los demás retroceden y despejan el diminuto espacio de baile para observar el vals.

¡Ay, quién tuviera aquí las cáscaras de huevo de la abuela Sara!

La mitad del tiempo mis pies ni siquiera tocan el suelo, y la otra mitad están debajo de unas botas de marinero y sus pisotones. Puesto que la pista nunca tiene más de un par de metros de diámetro, mis piernas voladoras causan estragos en el primer círculo de atónitos espectadores. Paramos un par de segundos para que mi pareja pueda refrescarse con un vaso de *retsina*; a veces incluso pilla al vuelo uno para mí. A lo mejor mi madre estaba equivocada y lo que la bella Sara

llevaba en la cabeza era un licor fuerte para una contingencia como esa. Luego me sacan otra vez para arrojarme al aire, pisotearme, levantarme, lanzarme y hacerme girar hasta que el tipo del *busuki* considera que ya hemos tenido bastante por diez dracmas.

Esta noche bailo con Hércules, pues es el capitán Miches quien me utiliza para hacer una demostración de vals.

—Lo he hecho bien, ¿eh? —comenta con una sonrisa de alegría cuando finalmente me he desplomado en la silla más cercana en medio de gritos de aprobación—. Volveremos a bailar esto más tarde. Creo que lo hacemos bien. Pero ahora vamos a comer.

Comemos en la cocina, junto a una cama elevada llena de ancianas agotadas y niños que ya no aguantan el ritmo. Sobre ella hay colgadas cinco hamacas. En la más pequeña, Anna la bebé, como una rosa, duerme a salvo de todos los demonios.

Katerina y Georgios atienden a los invitados. Solo los hombres pueden sentarse a la gran mesa redonda llena de bandejas de carne y pescado, *dolmades*, pulpo, calamar, patatas, huevos fritos y pan suficiente para un ejército. A Miches y el joven capitán Charlie, los padrinos y por tanto protagonistas de la ocasión, les sirven como a reyes. Sevasti se ha autonombrado ayudante personal de George —sus hijas se ocupan de los dos capitanes—, y George, entre bocado y bocado, intenta aprender la letra de *Psarapoula* bajo la enérgica supervisión de media docena de pescadores de esponjas. No consigo imaginar cómo pueden dormir los niños y roncar las ancianas en medio de todo eso. Sobre nuestras cabezas, el techo de madera tiembla y se estremece con los pisotones de los bailarines y sobre la mesa cae una fina lluvia de polvo. A veces se desprende un trozo grande de yeso. Nadie presta la menor atención. Sevasti, con una expresión muy rara en los ojos, observa dos botellas, una de *retsina* y otra de parafina. Unos minutos más tarde, es evidente que las ha mezclado. A eso tampoco le presta nadie la menor atención. *Psarapoula* continúa a todo volumen… *«Yakara sas pallikári apto ialo…»* Los vasos aporrean la mesa y las botas patean el suelo. Alguien trepa a un árbol y vuelve con un puñado de almendras verdes. George desaparece con todas las hijas de Sevasti y lo encontramos media hora después enseñándoles a bailar la rumba. Katerina, más pálida que nunca, sorprende a todo el mundo al lanzarse a cantar con una voz aguda y potente, marcando el compás con una sartén de cobre.

Los sacerdotes se han marchado. La pila ha desaparecido. Al tipo del *busuki* le llueven dracmas de los buzos. ¡Un rato más, un rato más! Sevasti derrama *retsina* mezclada con parafina con el desenfrenado abandono de una ménade. Mikailis, el *ferneze,* baila solo y de maravilla, y una mujer menuda con unas botas viejas suelta una carcajada y se une a él. Es extraordinaria. Aplaudimos y gritamos, y la habitación da

desenfrenadas vueltas.

Acabamos todos fuera, en el polvoriento camino bañado por la luna, descendiendo la ladera a traspiés entre las rocas amontonadas, dejando atrás los cubos pálidos y chatos de las casas dormidas, siguiendo al *busuki* hacia la nuestra.

Ni siquiera al cabo de dos semanas de Carnaval resultaba fácil ver o decir con exactitud qué estaba ocurriendo. No había habido nada continuo, nada organizado..., solo pequeños brotes aquí y allá de algo, de algo que no era carnaval, porque esa palabra denota alegría, y ni siquiera al disfrazar a los niños se había captado nada parecido a la alegría. Sí había otras cosas: pinceladas grotescas, ciertos toques de humor malicioso y sádico como el de que el pequeño Georgouli se burlara de su madre, momentos de un frenesí estrafalario y a veces aterrador cuando las callejuelas derramaban en la laguna oscura de la *platía* hordas de pequeños monstruos que danzaban, giraban y brincaban. Pero no pasaba todas las noches, y cuando ocurría, nunca era en el día ni en el momento que esperabas. Una noche, un joven cruzó corriendo el paseo marítimo entero ataviado tan solo con una cortina de encaje y un antiguo casco alemán: una figura lunática, extraña e inexplicable. Durante las dos noches siguientes, todos los niños volvieron a jugar a las tabas y a hacer volar sus cometas, pero sumidos en un silencio malicioso y poco natural, como si solo fingieran ser niños normales.

No era tanto que estuviera ocurriendo algo concreto como la sensación de que lo que estuviera a punto de ocurrir era inminente. En toda la ciudad bullía una atmósfera de perturbadora agitación, que estallaba de pronto en estrafalarios arranques de invención e improvisación y luego volvía a apagarse. Había una suerte de ritmo extraño, pero no musical, porque todo rayaba en la barbarie. Lo captabas a veces durante un instante en los dementes brincos y correteos de los niños, y luego volvías a perderlo, como si el tamborilero hubiera olvidado cuál era su cometido y solo tanteara con indolencia a la espera de recordarlo de nuevo.

Durante todo ese periodo, las formas habituales de saludo habían cambiado. En lugar de recibirte con un «buenos días» o «buenas noches» te soltaban: *«Kalés Apókries!»*, «buen Carnaval». Pero era todo muy rígido y formal, y no transmitía la menor alegría. Hasta entonces los disfraces en sí se habían visto restringidos a los niños de las callejas. Pero ni siquiera aquí encaja bien el término, pues no era tanto disfrazarse como transformarse en otros; como si en aquellos extraños paseos luciendo harapos, sábanas, cortinas y cestas, al convertirse en figuras sin forma y sin rostro, pudieran trascender su propia humanidad.

Las dos pequeñas papelerías de la ciudad estaban engalanadas con ristras de sombreros de papel y máscaras de demonio de cartón barato impresas en Atenas, pero no se vendían demasiado. Los niños preferían cubrirse los rostros con sábanas, cortinas o cestas, para así ocultar por completo su identidad. Si querían máscaras se las hacían ellos mismos: caras malévolas y lascivas de corteza o cartón, tiznadas con carbón y pintadas de rojo, propias de mundos selváticos mucho más allá de los límites de la Cristiandad.

Martin y Shane pidieron que les compráramos sombreros y máscaras en las papelerías, y cada noche corrían por los callejones con sus amigos. Pero sus disfraces improvisados siempre acusaban la influencia del recuerdo de las fiestas o los desfiles infantiles de las tardes del invierno londinense; se remontaban al baúl metálico de «cosas para disfrazarse» y a Simon, Miranda, Matthew y Victoria Jane.

En las callejas de Kálimnos, como en las fiestas de Londres, mis hijos se identificaban con los personajes que poblaban su imaginación. Se convertían en algún otro. Sus disfraces nunca eran horriblemente amorfos y grotescos como los que lucían sus amiguitos, que no iban caracterizados de nada que hubiera existido nunca, salvo quizá en el mundo de las pesadillas.

El domingo que señalaba el final de la segunda semana de *Apókries* congregó a toda la isla en el pueblecito interior de Chorio, para el baile en el patio de la iglesia de la Virgen María. Las jovencitas vestían el atuendo tradicional de Kálimnos: una túnica recta y decorosa de seda oscura a rayas, abierta en los costados y las mangas, y con una faja ancha de brocado atada a la espalda como un *obi* japonés y un lado de la falda recogido y sujeto a ella, formando una solapa triangular que dejaba expuestas las capas de enaguas bellamente bordadas a mano, uno de los trajes más impresionantes y adorables que he visto nunca. Las mujeres y muchachas que no disponían de ese vestido tradicional improvisaban atuendos gitanos mediante faldas y pañuelos de flores, delantales de plástico y flores de papel detrás de las orejas. Llevaban los rostros pintados en un burdo y fantasmagórico remedo del maquillaje occidental (la mujer kalimniana no suele usar ni siquiera lápiz de labios) y cubiertos por docenas de motitas de carbón para simular lunares, muy admirados aquí. Hasta la más guapa de ellas parecía desaliñada y enferma.

Lo cierto es que las chicas de Kálimnos, en cualquier caso, no resultan gitanas convincentes. Incluso las jovencitas de doce y trece años son demasiado serias, sus actos demasiado circunspectos. Ya sea porque se lo imaginan o por experiencia, pero conocen de antemano el peso de las responsabilidades que las aguardan.

Algunos hombres jóvenes se habían hecho disfraces de vaquero — el vaquero que aparece en las viejas películas que se proyectan en el

cine Splendide se ha convertido en una especie de figura heroica en Kálimnos—, pero era significativo que ni uno solo de los buzos hubiera sometido su identidad al heroísmo de botas, espuelas, cartucheras y sombrero Stetson del Salvaje Oeste. Los pescadores de esponjas llevaban su propio uniforme a base de pantalones negros ajustados y gorros puntiagudos también negros, con una faja brillante en torno a la cintura y un pañuelo de colores vivos rodeando los hombros de sus limpias camisas blancas. Todos los hombres llevaban flores sujetas a las cintas de los gorros o detrás de las orejas, rojas o blancas según su estado romántico (roja para el deseo apasionado, blanca para el deseo satisfecho), y unos cuantos lucían ramitas de albahaca fresca para lamentar ostentosamente un amor no correspondido.

Corrían ríos de *retsina*, los niños empezaban a ponerse quejosos y las madres a enfadarse. Los padres desaparecían en el interior de las tabernas. De vez en cuando alguien entraba en la iglesia para prenderle una vela a la Virgen. En el patio, la multitud describía círculos cada vez más desenfrenados y se derramaba escaleras abajo por los peldaños azules hasta el interior de las casas y los jardines traseros, donde otros círculos empezaban a girar y girar… en torno a un único violín…, una resonante cítara…, un *busuki* rasgueado a lo loco…, una muchacha que cantaba presa del éxtasis…

Precedida por sacerdotes, que parecían decididos a erradicar la diversión de la ciudad con el poder de sus cánticos y la expresión decidida de sus rostros barbudos, una comitiva nupcial se abría paso a través de las calles tortuosas. La novia era una jovencita regordeta de unos dieciséis años, todavía con la grasa de la infancia rellenándole los mofletes y la papada. El novio no era mucho mayor. Con sus coronas cerúleas unidas por lazadas de cinta blanca, se les veía pálidos, aturdidos y temerosos, como si fueran de camino al sacrificio. La música y el baile desenfrenados que se habían extendido por toda la ciudad le conferían a la jornada cierto aire pagano. Aquellos dos eran, sin duda, las engalanadas ofrendas humanas que se conducían al altar.

Bajo la nueva bóveda azul del cielo de primavera, el Carnaval, por fin, había adquirido forma. El ritmo era ahora claro, definido y alegre. Y de algún modo constituía un anticlímax. Ya fuera porque yo había llegado a esperar algo distinto debido a la figura que corría con la cortina de encaje y el casco alemán, o por mi excesiva sensibilidad ante las torres destruidas y desoladas de la ciudad bizantina abandonada que pendía solitaria e indiferente sobre las bonitas calles, las enaguas bordadas, las rosas de papel, los *busukis* adornados con cintas… Sea como fuere, aquel día de Carnaval formal me pareció menos auténtico que las payasadas de los niños callejeros que habían conducido hasta él. Y resultaría mucho menos auténtico que la actitud de los adultos durante la semana siguiente.

Como si el baile en Chorio hubiera sido una señal, un acicate que estaban esperando, los adultos se adueñaron de la semana de Carnaval que quedaba por delante.

Todas las noches vagaban por la ciudad en pequeños grupos, los hombres acolchados con almohadas y vestidos de mujeres, las mujeres renqueando con botas de marinero y chaquetas de espantapájaros. Recorrían las callejas en silencio, a ratos dando pequeños brincos en las sombras, pero siempre sin emitir sonido alguno, y a veces se abatían sobre un transeúnte fortuito y lo convertían en el centro de una danza estrafalaria y muda. De vez en cuando echaban a correr todos juntos y cruzaban calles, casas y patios, y las tabernas iluminadas, mientras hacían entrechocar trozos de hojalata o hacían sonar las calabazas cuando corrían. Pero solo en raras ocasiones metían tanto ruido, y cuando lo hacían resultaba un poco perturbador.

Con frecuencia, mientras comíamos o cenábamos, subían en fila india y sin hacer ruido por las escaleras y nos rodeaban formando un círculo silencioso. Sus rostros estaban cubiertos por arpilleras o telas con ranuras para los ojos, o por cestas de las que colgaban redes de pesca y borlas. Todos llevaban cinturones de peces muertos y sin cabeza o de espinas de pescado, o con un montón de calabazas secas de formas extrañas, o incluso tapas de sartén. Una figura llevaba al cinto una hilera de pajaritos muertos colgados por el cuello.

Nunca sabíamos si eran hombres o mujeres, si eran vecinos o amigos o gente a la que no conocíamos. Nunca nos saludaban. Brincaban en torno a la mesa casi sin hacer ruido. Luego golpeaban con palos las tapas de sartén y entrechocaban las calabazas en cada rincón de la habitación y, a continuación, se inclinaban ante nosotros y se marchaban tan silenciosamente como habían llegado.

Angela y Maria no supieron arrojar ninguna luz sobre dicha costumbre. Creo que las asustaba un poco y que reaccionaban con cierta irritación cuando les hacían preguntas al respecto.

—¡Ah, aquí están todos como cabras! —exclamó Maria de malos modos—. No tienen ni dos dedos de frente. Entran aquí metiendo ruido y despiertan al bebé. ¡Luego me paso horas sin conseguir que Thoxouli vuelva a dormirse! Estaba dando alaridos, como quien dice. Francamente, cualquiera diría que son un puñado de locos que han dejado sueltos.

—¿Los perseguiste?

—Bueno… —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa algo tímida—. Verás, una no sabe quiénes son, y no quisiera ofender a nadie. Además, se supone que traen la buena fortuna a tu casa. —Y, recuperando su aspereza habitual, añadió—: ¡Y sabe Dios que no nos vendría mal un poco! Ahora tenemos dos bebés berreando en lugar de uno… ¡Y son dos niñas!

Angela y Maria estaban preparando *kóliva* en ese momento. Era el segundo Sábado de las Ánimas; el tercero llegaría en la primera semana de Cuaresma. Una no puede evitar preguntarse si no habrá más conexión entre estos días de los muertos en pleno Carnaval y las estrafalarias payasadas del típico teatro folclórico callejero anglosajón de la que creen sus propios integrantes. ¿Van disfrazados esos visitantes nocturnos para que los espíritus que rondan por ahí no los reconozcan? Y las calabazas y las sartenes que entrechocan ¿para qué sirven si no es para espantar almas desoladas de los hogares de la buena gente?

En las ceremonias griegas, el mundo pagano está siempre presente: acecha en la oscuridad, impenitente, enigmático, paciente.

Más adelante, en la festividad del Primero de Mayo, entendimos mejor todo aquello cuando Sevasti nos despertó a todos antes del amanecer, y nos llevó, dando tumbos y parpadeando de sueño, al pozo en busca de agua. Una vez de vuelta, insistió en que todos trepáramos por la fría ladera de la montaña, todavía medio a oscuras, para ver la salida del sol, enorme y de un naranja chillón, desde un mar tan blanco, denso y quieto como la leche. Ya se habían reunido allí cientos de personas de la ciudad, los observadores del alba, con los brazos llenos de flores pinchudas y los rostros vueltos hacia el sol.

—¿Por qué, Sevasti? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —dijo, mirándome con cara de asombro—. Pues porque esto es lo que hacemos en Kálimnos, lo que hemos hecho siempre.

Lo dejé correr. Reflexionando, adormilados, sobre ritos dionisíacos y ceremonias de la fertilidad de los tiempos en que el mundo era joven, nos llenamos los regazos de flores y, siguiendo las instrucciones de Sevasti, trenzamos con ellas una larga guirnalda erizada de brotes amarillos y pinchos, que nos llevamos luego montaña abajo para colgarla de la puerta. Quizá hubo un tiempo, cuando nuestro grado de comprensión de las cosas era distinto, en el que un misterio tan grande como la salida del sol no podía darse por sentado. El populacho sentía la necesidad de reafirmar su fe en aquel milagro cotidiano una vez al año en una fecha señalada… Era como examinar tu propia cámara acorazada.

La guirnalda permaneció en la puerta, marchitándose, hasta la festividad de San Juan Bautista, siete semanas después, cuando los niños la quitaron y la arrojaron con gesto ceremonioso en la hoguera de Georgouli. Aquella noche hubo fuegos ardiendo en todo el camino de subida a la montaña y en todas las calles y callejas de la ciudad. Y el valle, en lugares tan alejados como Chorio, se veía salpicado de puntitos brillantes separados como brasas rastrilladas. En cada callejuela, los niños correteaban junto a sus propias y enormes sombras

que las llamas arrojaban en las paredes, cargados con viejas cajas, ramas de aulaga, hojas de palmera, ramas rotas de los almendros. Y ante cada conflagración se pavoneaban o danzaban, o saltaban de aquí para allá por encima del fuego canturreando alegremente: «¡Dejo atrás mis pecados y mis piojos!».

Se trataba, por supuesto, del antiguo festival pagano de purificación mediante el fuego del solsticio estival, pero disfrazado de cristiano y con el nombre de un mártir.

A la mañana siguiente, todos bajaban a la orilla del mar, incluso las abuelas muy viejas y las mujeres embarazadas, y se llevaban consigo a sus ovejas, cerdos, cabras y gallinas, y cogían pequeños guijarros, llamados *chalíki*, ennegrecidos y aún calientes de las hogueras donde los habían arrojado la noche anterior. Esos guijarros se lanzaban entonces al mar con gran ceremonial, lo más lejos posible. Y entonces, mujeres, niños, cabras, ovejas y cerdos se metían en el agua y se sumergían poco a poco. Era un espectáculo muy curioso.

En Kálimnos, el mar, por supuesto, es parte integral de cualquier ceremonia. Es el lugar ritual para las sábanas del lecho conyugal, las sábanas de las parturientas, los paños manchados de óleos y vino que envuelven al niño bautizado, las sábanas del lecho de los muertos. Los primeros y los últimos frutos se le ofrecen al mar. En Kálimnos han desaparecido sus templos, pero Poseidón sigue siendo un dios poderoso. Una deja pronto de preguntarse por qué tantas embarcaciones en el puerto llevan su nombre.

En la festividad de la Epifanía, el obispo y todos los sacerdotes de su diócesis rinden homenaje al mar llevando la pequeña cruz plateada de la catedral hasta el final del muelle en una ceremonia hermosa y solemne. Una vez allí, la cruz de Cristo se arroja, a lo lejos, a las frías aguas del puerto, donde cuarenta jóvenes desnudos y temblorosos competirán por el honor de sumergirse en su busca y sacarla a la superficie con gesto triunfal.

«Mar de los marineros, mi mar —arranca la desgarradora y hermosa canción de Kálimnos—. ¡Ay, mi pobre Kálimnos! Has ennegrecido tus montañas…» Y otra dice: «Sueño con tus ojos porque son del color del mar, y el mar está siempre en mis sueños…». Y otra más: «¡Mar! ¡Mar! Sé como el azúcar, sé como la miel, pues mi amor surca tus aguas, mi amada como los ángeles». No conozco ninguna canción de Kálimnos que no haga referencia de algún modo a ese mar que todo lo rodea, que todo lo impregna.

En la última semana de Carnaval, esas eran las canciones que entonábamos: las antiguas canciones, las del mar, las auténticas. Son canciones llenas de tristeza, sobre vientos y oscuridad y meses de espera, sobre noches solitarias y jóvenes vestidas de negro. Rara vez he oído nada más conmovedor que esas canciones, profundas, dulces y

tristes, que entonan diez o doce hombres con jersey que saben qué significan e impregnan de manera inconsciente cada frase con el saber que ellos llevan dentro. Y entonces el mar penetra en esas canciones, las inunda con sus olas de pasión, de poesía, de soledad, de crueldad y ternura, y de la amarga esclavitud de los propios hombres hacia esa amante suya, la más antigua de todas las amantes.

Estuvimos cantando en la última noche de Carnaval, y aún seguíamos haciéndolo al recorrer las embrujadas calles iluminadas por la luna hacia la casa del capitán Miches, al igual que habíamos cantado en la taberna de Skeftarios hasta la hora de cierre. Los espectros disfrazados brincaban al pasar alrededor de nosotros o nos tocaban a modo de saludo silencioso. Las calles parecían tirabuzones de polvo pálido entre los cubos achaparrados de casas pálidas como la luna, casas blanqueadas hasta adquirir el color del sueño, que surgían en hileras etéreas hasta donde las suaves formas de las montañas quedaban emborronadas contra el cielo.

La casa del capitán Miches parecía muy bonita, con los relucientes cuadrados naranja de las ventanas y la puerta recortándose en ella, como si fuera una concha con una luz radiante en su seno. Su interior estaba limpio y lleno de gente, con una acogedora mesa redonda en la habitación principal, un rígido sofá con una funda bordada blanca como la nieve y un aparador lleno de montones de esponjas, conchas y *eikónos*. En el rincón había una gran cama cromada.

Éramos dieciséis en aquella fiesta, y era casi medianoche, pero la regordeta mujer de Miches acudió a la puerta soñolienta y riendo, con el cabello en dos largas trenzas negras sobre un camisón de franela rosa. Aceptó las botellas, los bogavantes y el pescado que los buzos le ponían en los brazos y extendió un mantel limpio sobre la mesa para empezar a servir la comida. Los hombres se movían por la casa con familiaridad, trayendo sillas, lámparas, platos y cubiertos de más, y todos pudimos ver a Miches en la cocina de suelo de piedra cortando la lechuga para la ensalada.

Los únicos que no conocíamos la casa y hacíamos gala de una actitud algo formal en la reluciente habitación naranja éramos George y yo. Me asaltó la repentina certeza de que no teníamos derecho a estar allí. Aquel lugar les pertenecía a los hombres de los gorros negros, al feo y grandote Miches y su regordeta mujer con trenzas, a Fotes y Costas Manglis, al guapo Mikailis, a los *colazáris*. George debía de haber sentido lo mismo, porque pronunció de repente un discursito sorprendente, disculpándose por nuestra intromisión a esas horas de la noche.

—¿Cómo? —dijo la mujer de Miches, deteniéndose con los ojos muy abiertos cuando dejaba una fuente con pinzas de bogavante sobre

el mantel blanco—. ¿Y esto qué es? Miches, ¿has oído qué dicen nuestros invitados?

Miches nos guiñó el ojo y le rodeó la amplia y firme cintura. El camisón, las trenzas, las pinzas de bogavante salieron en volandas y empezaron a dar vueltas a ritmo de vals en torno a la mesa atiborrada.

—¡Todas las noches! —jadeó ella—. ¡Todas las noches lo mismo!

Protestaba mientras giraba, toda sonrosada, y se la veía tan gordita y arrebolada bajo la luz de las lámparas, tan reconfortada todavía por el sueño y la certeza de esos dos enormes brazos que la rodeaban, que supe que nunca le importaría a qué horas llegara Miches a casa ni cuántos invitados trajera consigo. Al cabo de poco tiempo, aquella habitación llena de luz quedaría desierta, y durante siete largos meses ella se incorporaría en vano en aquella cama cromada de aquella habitación tan pulcra, escuchando los pasos sigilosos y el coro de profundos quejidos que ascendía por el callejón.

El guapo Mikailis, el *colazáris* que vivía en la casa contigua, reapareció empujando a dos muchachas de aspecto tímido envueltas en largas batas de algodón estampado de vivos colores. Parecían niñas. Una era la esposa de Mikailis; la otra, la hermana de ella.

—¡Justo lo que hace falta! ¡Justo lo que hace falta! —exclamó Mikailis, usando las únicas palabras que sabía en inglés como un mulero que arriara a las chicas para hacerlas entrar en la habitación.

Las muchachas corrieron hacia la cama, donde se arrebujaron en el rincón con los pies bajo la bata y los ojos obstinadamente entornados. La esposa de Miches las besó a las dos, y luego todos, Mikailis incluido, las ignoraron por completo, aunque de vez en cuando les arrojaba una pinza de bogavante por encima del hombro. Ellas la picoteaban con delicadeza, susurrándose cosas. De vez en cuando yo alzaba la vista y me encontraba con cuatro enormes ojos oscuros clavados en mí sin parpadear, pero cuando les sonreía, los párpados volvían a entornarse como estores con flecos negros, y ambas chicas parecían absortas en seguir el estampado de sus batas.

Habían transcurrido un par de horas, supongo, y los nueve bogavantes formaban una montaña de restos escarlata sobre la mesa, cuando Mikailis se puso en pie.

—¡Upa! —exclamó, y se volvió hacia las muchachas—. Vamos, levantaos y cantad para nosotros —les ordenó.

Por sorprendente que parezca, obedecieron. Sin risitas ni susurros, sin el menor rastro de nerviosismo o timidez, se plantaron en el rincón de la habitación sujetándose las batas. Y abrieron las jóvenes bocas y se lanzaron a cantar. Como era inevitable, cantaron sobre el mar, sobre los hombres que zarpaban en sus barcos y las mujeres que los esperaban, y cantaron con las voces dulces, cristalinas y fluidas de unas niñas.

La esposa de Mikailis, la más alta de las dos, tenía solo dieciséis

años, me contó Miches. Llevaba un año casada con él. Su hermana tenía catorce y se casaría al invierno siguiente, cuando cumpliera los quince. Eran tan lozanas y encantadoras como flores, o como ruiseñores de suaves pechos. Y habían nacido para entonar esas canciones, las canciones desgarradoras de las mujeres de Kálimnos, que ellas cantaban como pájaros, sin preocupación ni temor.

Incluso Fotes guardó silencio cuando hubieron acabado, y la mujer de Miches se quedó sentada muy tiesa en la cama, mirando la pared en sombras con los ojos negros, húmedos de lágrimas.

—Justo lo que hace falta, ¿eh? —dijo Mikailis, pero su tono fue de desconcierto, y el puñetazo juguetón que le propinó a Fotes en la oreja, poco entusiasta.

Fue como si el hechizo se prolongara cuando se abrió la puerta y aparecieron los espectros disfrazados, que entraron en la habitación naranja y llena de humo sin hacer ruido, trayendo consigo el aliento de la noche, de la cálida y tenue noche que apenas tuvo fuerzas para hacer parpadear las llamas de las lámparas.

Sus sombras ascendieron y bajaron en picado en las paredes sobre los rostros cegados y blancos, las máscaras lascivas, las extrañas formas encorvadas que giraban y se retorcían formando un círculo en torno a la mesa. Y, sentados a esa mesa, aquellos hombres fuertes y duros semejaban niños pequeños, confiados, de manos quietas e inquisitivos ojos castaños. Y en el rincón, las tres mujeres permanecían de pie, con sus largas batas y su cabello trenzado, como si en cualquier momento fueran a lanzarse a cantar otra nueva, triunfal, canción.

14

En algún momento del largo vacío de la Cuaresma acabamos la novela. Despojados por fin de la energía y el esfuerzo de los que habíamos hecho acopio y consumido día tras día y semana tras semana durante tantos meses, nos quedamos con esos huecos enormes de falta de propósito que parecen ser los naturales para todas las inquietudes y los miedos que solo pueden contenerse mediante el trabajo.

En nuestra urgencia por avanzar hacia nuestro objetivo apenas habíamos pensado en algo más allá. Terminar el libro, eso era lo primero; y a ratos incluso el objetivo en sí se había perdido de vista tras la nebulosa de los problemas inmediatos, las emociones que nos despertaba la historia y las personas que se habían apoderado de nosotros en mayor medida de lo que creíamos. Si alguna vez nos deteníamos a considerar qué vendría después, era para decirnos apresuradamente que estábamos trabajando de firme y que no podíamos hacer nada más por asegurar el futuro que queríamos.

Ahora que el trabajo estaba hecho y el voluminoso montón de hojas mecanografiadas se había empaquetado y enviado, caímos en la cuenta de que el futuro ya no estaba en nuestras manos desde el momento en que cruzamos los dedos y empujamos el paquete por la ranura abatible del buzón azul. Ahora dependía de algún otro decidir si podíamos continuar viviendo en Grecia.

Lo de poner al mal tiempo buena cara, la actitud que habíamos adoptado ante nuestras incertidumbres anteriores, ya no iba a servirnos. Estábamos aquejados de una profunda melancolía que parecía teñir cuanto nos rodeaba de presagios de despedida y pérdida. De pronto, prestábamos una atención insólita a lo que se decía incluso en las conversaciones más banales, no fuéramos a perdernos algún fragmento que recordar, alguna frase llena de poesía fortuita. Nos deteníamos largo rato ante una mujer que tejía en un portal, junto a un grupo de niños que hacían volar sus cometas, ante una chica que estaba llenando su vasija en el pozo, ante los montones relucientes de berenjenas en el mercado. Por las tardes, nos sentábamos en el balcón para ver pasar a la gente y observar cómo cambiaba la luz en las laderas de la montaña y cómo ascendían los pastores entre las sombras

crecientes por el sendero serpenteante hasta Vathy, y el contorno distante de Cos bajo la estrella vespertina. Era como si ambos fuéramos conscientes de la necesidad desesperada de almacenar y atesorar cada fragmento coloreado de este pequeño mundo tan extraño y querido por si llegaba el día en que dejara de ser nuestro.

En este estado de ánimo nos sorprendimos menos de lo previsto cuando Yanni vino un día para informarnos de que finalmente habían convencido a su tío Manolis de volver a Cos con su familia. Llevábamos dos meses, con pocas esperanzas, trabajando con ese objetivo, pero nunca habíamos creído realmente que el objetivo fuera a cumplirse. De hecho, habíamos llegado a aceptar los pasos subiendo las escaleras por las noches, la figura desaliñada y encorvada en el umbral, el murmullo de disculpa «Buenas noches, mis queridos hermano y hermana» como algo natural e inevitable, como las cucarachas en la cocina o la forma en que el lavabo se atascaba cuando el viento soplaba del sur y traía el mar a la casa, o el estruendo a media noche de la música de *busuki* de la hilera de cafeterías. Era una irritación cuya mismísima familiaridad lo había mitigado todo, excepto una persistente sensación sorda de incomodidad. Si Manolis no había llegado para cuando nos disponíamos a comer, yo le guardaba automáticamente una porción para más tarde. Refunfuñaba al hacerlo, pero siempre lo hacía.

—Perdona que te lo diga, pero no deberías hacer eso —me había dicho Yanni una vez.

—¿Por qué no?

—Porque todas las tardes mi tío come primero en casa de mi hermano Mikailis, y luego viene aquí para comer otra vez.

—¡¿Que hace qué?!

—A veces también come en casa de su hermana Calíope, después con Mikailis, y luego contigo. Tres veces, come. ¿Por qué crees que Mikailis ya no te visita? Porque le avergüenza sentarse y ver a mi tío comerse toda vuestra comida cuando ya tiene la panza llena.

Era cierto que hacía unas semanas que el paso suave de Mikailis no seguía al de Manolis, pero había supuesto un alivio tan relativo en la mera magnitud de la invasión nocturna que apenas habíamos reparado en ello. Yanni, por otra parte, siempre estaba ahí. En ocasiones, con deferencia sarcástica, seguía a su tío escaleras arriba; a veces venía antes para poder acomodarse en la butaca que Manolis había llegado a considerar suya. La indignación de Manolis ante la usurpación de sus privilegios a manos de un simple sobrino le proporcionaba a Yanni una gran satisfacción. («Es un alma libre, ese Yanni —había dicho una vez de él Leonidas, el pastelero—. ¡Y tiene una lengua viperina!»)

Habitualmente, George se quedaba encorvado sobre el manuscrito al final de la mesa larga, fingiendo leer o hacer correcciones, jurando, como juraba cada noche, que no reaccionaría, aunque se quedaran allí

hasta el amanecer. Pero no había manera de aguantar más que ellos. Tenían la paciencia de su raza y estaban tan firmemente instalados como templos antiguos. La furia de George o su mal humor o su frialdad les traían completamente sin cuidado. Eran témpanos imposibles de descongelar; parecían inmunes a la tensión o el ambiente. Simplemente esperaban en un silencio de esfinge hasta que nos rendíamos y los sacábamos a una taberna, con Yanni silbando alegremente para sí, Manolis encorvado en la retaguardia como un niño enfurruñado y George sufriendo los estragos de su dispepsia nerviosa.

Había sido así todas las noches durante cuatro meses.

La historia que nos había contado Manolis era que el sastre de Kálimnos para el que había trabajado le debía seis semanas de salario, y no quería volverse a Cos porque temía que nunca se los pagara. Los pocos dracmas que ganaba cada semana, decía, tenía que enviarlos a Cos para mantener a su mujer e hijos. Sus relatos sobre la pobreza de su familia eran profundamente desgarradores. Su niño pequeño, casi ciego por la desnutrición, se había comido caracoles de la valla del jardín porque no había otra cosa. Su madre había llorado toda esa noche, rezando por un milagro. Y a la mañana siguiente había llegado el billete de cincuenta dracmas que George le había dado (el primero, por cierto, de lo que sería un suministro regular), y la familia entera había ido a la iglesia a encender velas y rezar por que llovieran bendiciones sobre su salvador. De vez en cuando, Manolis cruzaba a Cos para una visita de fin de semana. Llegarían más billetes de cincuenta dracmas de George, que también pagaba el pasaje del barco y cestas con comida enlatada, mantequilla, leche y ropa para los niños y pequeños paquetes sorpresa con juguetes y lápices de colores y chucherías. En ciertos aspectos, Manolis se había vuelto nuestro lujo más costoso.

Indagaciones posteriores, o no tanto indagaciones como chismorreos fortuitos y retazos de información que se filtraban hasta nuestros oídos, revelaron que el viejo canalla nos había estado contando una larga sarta de mentiras desde el principio. No solo el sastre le había pagado regularmente, sino que le pagaba bastante más de lo que ganaba cualquiera de sus sobrinos, y ellos, con nuestra ayuda, ¡lo habían estado manteniendo todos esos meses! Además, mientras él vivía con ciertas comodidades en Kálimnos, a su mujer y su familia en Cos los mantenía su suegro, dueño de una huerta, en circunstancias suficientemente buenas. ¡No era de extrañar que Manolis se aferrara a Kálimnos!

—Tenemos que poner fin a esto —dijo George.

—¿Cómo?

—Tendremos que convencerlo de que vuelva a Cos y de que se

quede allí.

—Sí, pero ¿cómo?

—Haz lo que ha dicho Yanni. ¡Deja de alimentar al viejo cabrón!

Fue duro, pero estábamos desesperados. Cenábamos muy pronto, con los niños, para que cuando Manolis llegara la mesa estuviera vacía, los platos lavados y guardados. Nos encontraba muy enfrascados en nuestros libros y papeles.

Yanni se sentaba en un rincón, sonriendo, silbando y tarareando o haciendo observaciones oportunas sobre la Cuaresma y la necesidad del ayuno. Al final, fue el ayuno lo que nos proporcionó la solución.

En los hogares tanto de Yanni como de su hermano Mikailis se llevaba a cabo un ayuno estricto. Ni una sola gota de aceite o trozo de margarina encontraba su camino hasta la pasta o el arroz hervidos sin más. No había carne, pescado, huevos, queso ni nada de origen animal. Las mujeres de Kálimnos están entre las más piadosas de Grecia, y creo sinceramente que les daba una gran satisfacción notar cómo los huesos empezaban a sobresalir de sus carnes consumidas y cómo se les hundían las mejillas. Lo lamentaba por los niños, que también se veían obligados a acatar el ayuno. Para los hombres, por supuesto, todo funcionaba perfectamente bien. En sus casas seguían el ayuno escrupulosamente, y lo compensaban en cuanto bajaban a la *platía* o a una de las tabernas. Anna la Dorada preparaba más platos a base de carne y huevo en Cuaresma que en cualquier otra época del año.

«Al fin y al cabo —explicaban los hombres—, soy un trabajador. No puedo arrastrar ese carro (o reparar ese balcón o recoger esa red) sin nada en las tripas. No me gusta ser tramposo, pero así están las cosas. El Señor lo entenderá. Pero estoy convencido de que Irini (o Polimnea o Xandipe) no lo hará. Es terrible que un hombre tenga que mentir para llenarse la panza. Pero así están las cosas.»

Resultó que todo eso dejaba a Manolis en una posición bien ingrata. En las casas de sus parientes no podía agenciarse otra cosa que la comida de Cuaresma más frugal, y en los días de ayuno más severo, nada de nada, ni siquiera una corteza de pan seco. Y como gastarse un dracma en comida era más de lo que podía soportar, se apresuraba a acudir a nosotros, sabiendo que nuestra dieta no había cambiado.

Fue una agonía tener que verlo revolviéndose en la silla a medida que avanzaba la noche y yo seguía sin hacer ningún movimiento hacia la cocina. Nunca lo había visto tan delgado, tan andrajoso, tan miserablemente patético. Daba lástima ver sus ojos hundidos, la piel flácida bajo la barba canosa y rala en sus mejillas, el solitario diente amarillo moviéndose entre la nariz ganchuda y manchada y la barbilla que se curvaba hacia arriba.

—Mis queridos hermano y hermana —decía por fin—, ¿no salís esta noche? He oído que Skeftarios ha comprado excelentes *barmpouní*

en el mercado esta mañana. Si aún no habéis comido…

Y George levantaba la vista de sus papeles con ojos implacables y se limitaba a contestar:

—Bueno, ya sabes cómo va, Manolis. No salimos mucho durante la Cuaresma. No quisiéramos ofender a la gente que se toma estas cosas muy en serio.

Poco a poco lo fuimos desgastando, y entonces Yanni nos trajo las noticias de que Manolis había decidido finalmente volver con su familia. Un sastre de Cos tenía trabajo para él durante el resto del invierno, y cuando llegara el verano retomaría su antiguo empleo en el ayuntamiento y fumigaría pozos, manantiales y fuentes para mantener a raya a los mosquitos.

—¡Madre mía! —exclamó George, arrepentido de pronto—. Pobre viejo cabrón. Supongo que somos los responsables de traerlo aquí, para empezar. Tampoco se lo puede culpar por aprovecharlo al máximo. Creo que le daré un par de cientos de dracmas… para que encaje mejor el golpe.

Lo despedimos en el pequeño *Angellico*, el mismo caique que nos había traído aquel tormentoso día de invierno, con Manolis desembarcando con el aire de un rey que regresara del exilio. «¡Mis queridos hermano y hermana, os he traído a Kálimnos…!»

—Bueno, Manolis, lo mejor para ti será volver con tu mujer y tus hijos —dijimos sin mucha convicción, sintiéndonos unos monstruos al ver cómo brotaban las lágrimas de sus ojos arrugados.

Al fin y al cabo, pese a todas sus maldades, el viejo canalla nos quería de verdad. Y eso suponía otro final. Me alegré de ver el sobre rígido y crujiente que sobresalía de su bolsillo de la pechera, y de la cesta de comida, ropa, juguetes y chocolate que subimos a bordo tras él. Y Yanni y Mikailis le habían llevado sus propios regalos de despedida: cigarrillos, huevos y una gallina atada en una bolsa de rejilla. Todos nos quedamos para decir adiós con la mano hasta que el *Angellico* hubo rodeado el rompeolas y desaparecido de la vista.

—¡Eeeh! ¡Vayamos todos esta noche a la taberna de Skeftarios!

Mikailis, a quien apenas habíamos visto en varias semanas, se frotaba las manos alegremente y daba brincos con sus pies pequeños y delicados. Yanni soltaba grititos como un niño recién salido del colegio. Y nosotros sentíamos un alivio tan tremendo que accedimos sin poner objeciones, olvidando que en nuestra primera noche de libertad nos habíamos prometido dar un paseo, los dos solos, hasta Lavasi. Pero la familia es lo que tiene, que te pilla desprevenido; y antes de que te des ni cuenta te has vuelto a comprometer.

Ninguno de nosotros se sintió del todo bien a la mañana siguiente. A mediodía, cuando el *Angellico* regresó de Cos, yo aún andaba de aquí para allá ante la ventana sin hacer nada. Oía a George revolviendo

papeles en la habitación de los niños. Yanni cruzaba en ese momento la *platía*, en dirección a la casa, y de algún modo supuso un alivio comprobar que parecía tan enfermo y compungido como nosotros.

—¿Cómo está Mikailis? ¿También se siente mal?

—Muy bien no está, no. —Yanni soltó un profundo suspiro—. Me lo acabo de encontrar viniendo del muelle. —dijo observándose las yemas de los dedos—. ¿Sabíais que el *Angellico* ha atracado?

—Lo he visto, sí.

—¿Habéis visto quién venía en él?

—No será... —dijo George, titubeante, apoyado contra el marco de la puerta.

—Pues sí —contestó Yanni.

Y entonces oímos los pasos familiares en las escaleras.

—Ah, mis queridos hermano y hermana —dijo Manolis entrando en la habitación.

15

Aquí, a la Pascua la llaman todavía «*Lambrí*», con acento en la última sílaba, por el nombre de un pequeño insecto con manchitas que en esta época del año abunda en las zonas pedregosas. Solo los cultos y pedantes dicen «*Páscha*».

Para todos los griegos, es la festividad más importante del año. En la forma absolutamente pura en que se observa en Kálimnos, una ceremonia con un dramatismo y una conmovedora sinceridad difícilmente comparables.

Al principio, se estipuló que nuestra Pascua coincidiera con la Pascua judía y que cayera en el decimocuarto día tras el equinoccio de primavera. En el Concilio de Nicea, convocado por Constantino el Grande en 325, se determinó que la Pascua debía celebrarse siempre en domingo. Los distinguidos eruditos de Alejandría, por aquel entonces el centro del mundo científico, fijarían la fecha. Según el calendario que se usaba entonces, el equinoccio de primavera tenía lugar el 3 de abril. Con la reforma del calendario del papa Gregorio en 1582, esa fecha se cambió al 21 de marzo. Hoy en día, aunque en Grecia se utiliza el calendario gregoriano, la Iglesia ortodoxa continúa haciendo uso de la antigua fecha juliana como base para sus cálculos. Por tanto, la Pascua griega nunca cae antes del 3 de abril, y a menudo varía hasta cinco semanas con respecto a la observancia que otras Iglesias europeas hacen de la Pascua.

Para los habitantes de Kálimnos, la festividad tiene incluso una importancia ajena a sus profundas implicaciones religiosas. La Pascua señala el final de la larga inactividad del invierno: en cuanto los seis días de festividades llegan a su fin, la flota de pesca de esponjas zarpa hacia África.

En la última semana de la Cuaresma, la mayoría de los barcos de la flota había vuelto ya del astillero de Lavasi, donde se habían pintado y aparejado. Bajo nuestra ventana, bamboleaban ahora en una hilera tras otra de vistosos colores, con el sol arrancándoles destellos y una fronda de pequeños gallardetes ondeando en lo alto a merced del viento fresco y límpido. Los grandes «depósitos» de dos palos, los potentes barcos panzudos que parecían carabelas medievales, estaban amarrados a lo

largo del muelle del rompeolas que acababa en el faro. Seis o siete de ellos aún seguían varados en la playa de guijarros tras el edificio de aduanas, con cuadrillas de hombres alrededor que decapaban, calafateaban y pintaban de sol a sol. Otros estaban encaramados a los gruesos mástiles de pino laboreando los cabos nuevos, tiesos y blancos, a través de motones de alegres colores, tallados para simular peces, aviones y aves marinas, o aplicando brea a la base de los palos.

Durante esa semana habían acudido también los granjeros, tocados con sombreros de ala ancha sujetos bajo la barbilla con tiras de cuero y calzados con suaves botas de piel de cabra hasta la rodilla. Habían bajado de las montañas sobre Vathy, Piso, Chorio y Argos para llevar los corderos pascuales a la ciudad. La *platía* pasaría toda la semana llena de esos corderos, unos animales delicados y arrugados, y aún inestables sobre sus patas delgadas. Sus suaves pelajes se habían teñido de rosa, carmesí, amarillo, azul y verde. Al cuello llevaban guirnaldas de flores o cuerda de lana trenzada de vivos colores de la que colgaban manojos de bolas de lana multicolor, que los niños habían tardado semanas en hacer.

Desde el balcón, parecía que las vívidas olas de barcos hubieran irrumpido en la *platía* por la noche y vuelto a retirarse, dejando en su estela borrones y coágulos de espuma de colores.

El ritmo de la ciudad entera había cambiado. Todos los días de la Semana Santa, las campanas de todos los campanarios tañían para anunciar un oficio religioso tras otro, y no había una sola iglesia en la isla que no estuviera llena a reventar de mujeres descarnadas, fanáticas en aquella última semana de ayuno y casi fuera de sí por la creciente sensación de tensión y emoción. No podías evitar admirar su fervor y su fortaleza, por no hablar de su fuerza de voluntad, pues mientras ellas casi se morían de hambre, en la isla entera podía olerse el intenso aroma de la comida cocinándose.

Todo había dado comienzo el sábado anterior, cuando se horneaba el pan para la festividad de la Resurrección de Lázaro, una celebración, al igual que la de Juan Bautista, de particular relevancia para los ortodoxos griegos. A las pequeñas hogazas del dulce pan de Lázaro se les daba una forma muy bonita, con un cuerpo reglamentario envuelto en una mortaja, las manos cruzadas y unas piernas gruesas y rígidas con los dedos de los pies insinuados de forma rudimentaria. Los mejores panes parecían esculpidos por Jacob Epstein.

La fiesta de Lázaro era un día muy alegre para todos los niños, que iban cantando de puerta en puerta y pidiendo huevos teñidos o dinero. (El día anterior, Shane y Martin se habían aprendido de memoria la canción de Lázaro y salieron muy temprano por la mañana cargados con una cesta metálica. No volvieron hasta que hubo oscurecido. Su recaudación había consistido en diecisiete huevos y once dracmas,

pero por desgracia los huevos acabaron hechos tortilla sobre la acera durante un altercado con un grupo rival.)

Durante la semana que siguió, debieron de haberse teñido cientos de miles de huevos —casi todos rojos, pero a veces los había azules—, y los hornos funcionaron todo el día para la preparación de *kouloúria* (pastelitos dulces que se retorcían para darles forma de flores, cestos o serpientes) o estilizadas cunitas con un huevo rojo como cabeza del niño, y los grandes roscos de pan de Pascua con aroma a sésamo, pintados con huevo batido y decorados con símbolos místicos.

Para las panaderías era complicado llegar a todo. No solo tenían los hornos llenos a rebosar con las interminables bandejas de *kouloúria* y *avgoúlis* y los enormes roscos de pan de Pascua, sino también horneaban día y noche las decenas de miles de galletitas duras —exactamente iguales a la galleta marinera o bizcocho de mar de los tiempos de la navegación a vela— que serían el principal sustento de los buzos durante su largo verano en el mar. Fotes trajo un par a casa para que las probáramos.

—No están mal —comenté una vez que conseguí morder una sin perder ningún diente—. Me gustan.

—Sí, claro —respondió Fotes con aspereza—. Y a los gorgojos también.

Mikailis y los demás jornaleros tenían más trabajo ahora del que habían tenido o tendrían el resto del año. Cargar los barcos con grandes sacos de galleta marinera, harina, pasta y arroz, y barriles de gasolina, aceite y agua suponía un trabajo ímprobo, porque habían llegado muchos barcos fletados de otras islas —de Hidra, Simi, Samos y Rodas, de Leros, Cos y Astipalea, y hasta de El Pireo y Néo Fáliro—, y con la gran flota de Kálimnos ya había reunidos allí unos ciento cincuenta barcos listos para zarpar hacia los bancos de esponjas de África.

El equipo de buceo en sí no lo tocaba nadie que no fueran los propios buzos. Ahora se pasaban el día entero cruzando la *platía* de aquí para allá, abriéndose paso entre granjeros, rebaños de ovejas multicolores, niños que trastabillaban con corderitos en los brazos y mujeres famélicas que corrían desde la panadería con grandes bandejas de bollos y panes en la cabeza.

Los veíamos a todos desde el balcón: Fotes, Saklarades, Costas, Miches, Mikailis, el joven capitán Charlie y todos los demás, cargados con rollos de manguera nueva, cascos de cobre, botas con plomos, los trajes de goma cuidadosamente remendados de los *scáfandros* y los negros y ligeros de los buzos *ferneze*.

Por las noches, todo se volvía incluso más emocionante, pues en cada calleja trasera y solar vacío ardían grandes hogueras de carbón, y las mujeres sostenían faroles para iluminar los enormes calderos de hierro donde se guisaba la ternera curada en salmuera. Las mujeres

solo colaboran con luz y compañía. Son los hombres quienes cocinan. Los vemos agachados en torno a los calderos, revolviendo de vez en cuando con un palo de madera, probando de vez en cuando y olisqueando el aroma con gesto abstraído. ¿Cómo sabrá dentro de cinco o seis meses? Saklarades nos lo explica con una palabra nefasta que hace soltar carcajadas a los buzos hasta que les corren lágrimas por las mejillas y tienen que enjugárselas con el dorso de la mano.

Es Saklarades quien insiste en que cojamos un par de *voúka* para que los niños puedan probar «la auténtica comida de los pescadores de esponjas» a base de ternera guisada en salmuera y galleta marinera. (Martin y Shane, con los ojos muy abiertos y las mandíbulas doloridas y con caras de sufrimiento por la sal, mastican hasta el último trozo y nos informan de que, en efecto, se sienten muy fuertes después de una comida tan buena como esa. Ahora se debaten entre el deseo de merodear en torno a los barcos y los buzos y el de pasarse el día en la montaña con los niños que llevan a pastar sus corderos de colores.)

Sevasti está ahora tan débil y flaca por el ayuno que ya no puede llevar las vasijas de agua, y una de sus hijas viene con ella todas las mañanas para ayudarla con el trabajo más duro. Ambas discuten largamente en la cocina sobre la locura de matarse de hambre. No tiene más éxito que nosotros. Sevasti dice que comerá el domingo por la mañana, cuando Cristo haya resucitado. La mujer del propio Yanni pasa por un suplicio parecido, pero ella, como señala su marido, tiene reservas de grasa mucho mayores. Él trae a menudo a sus hijos a casa mientras su mujer está en la iglesia, y les damos pan con mantequilla y mermelada, huevos y leche. Prometen no decírselo a su madre y los hacemos limpiarse cuidadosamente la boca antes de irse a su casa.

El miércoles es el día que se reserva para la bendición de los barcos, y este año es el obispo en persona quien la imparte a la flota de pescadores de esponjas. Se ha elegido como barco representativo el *Saint George*, uno blanco con ribetes en verde lima, y muy bonito, que forma parte de una unidad de cuatro.

En la toldilla, los buzos han improvisado un pequeño y encantador altar con tela bordada, flores frescas y dos altos cirios que han tomado prestados de la iglesia de San Stefános. En el estay de estribor flamea el estandarte del santo, un maravilloso y antiguo gallardete de seda y satén color crema con bordados en oro y plata. La imagen de san Esteban, flaco y ascético, se mece en una extraña danza estilizada sobre los fervorosos rostros de los hombres. También se ha traído de la iglesia el antiguo y milagroso *eikón*, que se ha apoyado contra el coronamiento de popa. Es un *eikón* magnífico: las manos y el halo son de oro batido y la pintura enmarcada en plata es muy antigua y está revestida de poder y dignidad. De la parte inferior del marco cuelgan montones de amuletos de los buzos: pequeñas imágenes recortadas de barcos o

cascos y figuras de buzos, un trocito de esponja sujeto con un cordel, un diminuto barco en una diminuta botella, e incluso un diente de tiburón, y la punta seca de un tentáculo de pulpo.

El obispo hace su llegada con un séquito de ocho sacerdotes, todos con sus vestiduras más brillantes, precedidos sorprendentemente por Dimitri, el niño de la bandeja cigarrera, y dos de sus pilluelos amigos, casi irreconocibles de satén blanco y azul y con las caras increíblemente limpias. Uno tras otro, los sacerdotes suben a bordo, sujetándose los largos faldones mientras ascienden con cautela por la pasarela estrecha e inestable. Una vez más se me antoja, asombrosa e incongruente, la visión de los pantalones bien planchados y los zapatos puntiagudos y bien lustrados bajo unas vestiduras tan suntuosamente bizantinas y de magníficos colores. De repente me parecen todos disfrazados, y me fijo en que uno tiene un agujero en el calcetín.

Aun así, el oficio religioso resulta muy conmovedor, con esos cánticos tan sentidos y potentes, el opulento susurrar de la seda moviéndose ante el altar improvisado y los aparejos, ahora blancos, balanceándose contra el límpido cielo de primavera. Los hombres de a bordo, con las cabezas descubiertas, parecen más menudos y pálidos de lo habitual con sus caras afeitadas, el pelo peinado hacia atrás y los cuellos limpios y blancos abotonados bajo unas chaquetas que se han cepillado y planchado.

Un pescador de esponjas sostiene la jofaina esmaltada de agua bendita mientras el obispo se dedica a bendecir todas las partes del barco. Es muy concienzudo: con la facilidad que confiere la práctica, pasa sobre los pertrechos con la túnica morada sujeta a la altura de la cadera para no pisar los montones de provisiones y los rollos de cabo. Va hundiendo en el agua de la jofaina el ramito de hierbas de la montaña que lleva para rociar todo lo que ve. Bendice a los hombres, y al mar que los rodea, y el timón, la escalerilla, las cornamusas, los barriles de comida, el motor, la caña, los cabos, los obenques, los trajes de buceo, las anclas, el primitivo hornillo donde se cocinará, los montantes y los imbornales; lo bendice todo.

Y cuando ha concluido, coge la jofaina de manos del pescador de esponjas y vierte el agua bendita que queda en un casco de buceo invertido. Es un gesto cálido y espontáneo, y los buzos se echan a reír de pronto y se adelantan a toda prisa para besarle la mano.

(Tras una bendición tan vistosa y perfecta, pareció una injusticia que el *Saint George* se estrellara contra el acantilado y se hundiera la semana siguiente durante una corta travesía de prueba hasta el lado norte de la isla. El capitán Miches culpó de ello a Stefános, el propietario del barco, por haber permitido que el obispo lo bendijera. Según explicó Miches, era el mejor de los hombres, y merecidamente popular, pero los barcos no se le daban bien. Con mujeres y niños era

maravilloso y les traía toda la suerte del mundo, pero cuando se trataba de barcos… Negó con la cabeza con gesto solemne y añadió: «No se le dan bien». Su dictamen final sobre el asunto fue que Stefános debería haber sido más sensato.)

La noche del Jueves Santo, un verdadero éxtasis religioso empieza a apoderarse de la ciudad. Todas las iglesias están llenas a rebosar y los niños llenan las calles y callejas en torno a ellas. Nosotros escogemos la grande y feúcha de San Nicolás porque formamos un grupo numeroso. Angela, repuesta y purificada, ya puede acudir, y con ella lo hacen Maria y la pequeña Thoxouli, así como todos los hombres, mujeres y niños de media docena de familias vecinas.

La iglesia es tan fea por dentro como por fuera, pero esta noche los cantos son magníficos. El oficio ortodoxo griego se compone básicamente de cantos. Es casi una forma primitiva de oratorio que utiliza cuatro grupos separados de cantantes: los sacerdotes, dos coros distintos situados frente a frente, a ambos lados de la iglesia con respecto al púlpito, y la congregación en sí. Con semejante marco musical, junto con la representación muy formal y extremadamente dramática de la historia que se narra, el oficio religioso, a medida que avanza, adquiere una sombría magnificencia más propia de los iconos bizantinos, que penden en la penumbra del retablo del altar, que del mármol barato y las chabacanas pinturas religiosas victorianas que desfiguran la nave de la iglesia.

Si debiera buscarse un equivalente aproximado de esa ceremonia en Inglaterra —y desde luego tendría que ser muy aproximado—, quizá podría vislumbrarse en los dramas religiosos medievales que se representan en la catedral de York. Jamás lo encontrarían en ninguna ceremonia occidental establecida.

Los cantos en sí continúan siendo puramente bizantinos, basados en la forma monódica tradicional; es decir, con las voces cantando al unísono pero no en armonía. (Está prohibida la música instrumental de cualquier tipo. Solo la voz humana se considera digna de alabar al Señor.) No hay un ritmo fijo ni división regular alguna en los compases: el énfasis procede por entero del tono que se imprima a las palabras. Una complicación más para el oído que está acostumbrado a la música occidental reside en el hecho de que la escala bizantina, en lugar de tener dos modos, mayor y menor, tiene ocho. Por supuesto, a lo largo de los siglos, las modificaciones han resultado inevitables (la última oficial se hizo alrededor de tres siglos atrás, pero incluso en la actualidad existen diez o doce escuelas de pensamiento en Atenas sobre el modo en que la música bizantina debería interpretarse) y las influencias turca y árabe se captan claramente en la música.

Los oficios religiosos son siempre muy largos: suelen durar de tres a seis horas, y en ocasiones especiales pueden alargarse incluso toda la

noche.

Esta noche los sacerdotes y los coros van a entonar doce relatos bíblicos, porciones del Evangelio. Tras haber cantado el quinto, el Cristo se baja de la Cruz y se pasea por la iglesia en una triste y solemne procesión a la luz de las velas. La figura es de cartón y se ha pintado de forma más bien burda, con un paño de seda envolviéndole las caderas y una corona de espino en la cabeza.

Cuando esa efigie maltrecha y de aspecto barato se planta en el centro de la nave, el efecto es electrizante. Las mujeres, llorando sin contención, se arrojan al suelo retorciéndose las manos y tironeándose del cabello. Los niños sollozan y los hombres se cubren los ojos. Todo es absolutamente sincero y profundamente conmovedor. Para esta gente, la Crucifixión no es algo que lees en un libro o que te explica un cura ante un plato de sándwiches de pepino. No, es ahora mismo cuando Jesús está muriendo en la cruz, como lo hará esta noche y para siempre. Por eso casi todas las mujeres pasarán toda la noche en la iglesia, temblando en el suelo de mármol, para lamentarse junto a la cruz.

Por el rostro cadavérico y demacrado de Sevasti en la mañana del Viernes Santo, sé que ha pasado la noche entera postrada ante la cruz en la iglesia de Agios Mummas, donde suele rendir culto. Tiene los ojos inyectados en sangre y le tiemblan las manos.

El Viernes Santo, el ayuno es absoluto. Este día, ni siquiera los hombres comen más que un puñado de olivas. Por la tarde, todos los habitantes de la isla van de iglesia en iglesia para inspeccionar los distintos *epitáfios* que han preparado las mujeres para simbolizar el hecho de que hayan bajado a Cristo de la cruz para llevarlo a su sepulcro.

Esa especie de féretros móviles son increíblemente bonitos, con pequeñas cúpulas esmaltadas en plata o en azul y colgaduras de gasa plateada y satén blanco, y con coronas de flores y lazos de espumillón. Uno está cubierto por completo por flores de organdí blanco hechas a mano, miles de ellas. Otro lleva unas cortinas hechas por entero con cuentas de plata. Algunos lucen cirios en las esquinas. Y los más ambiciosos exhiben ingeniosos sistemas de iluminación. Ante cada féretro hay una alfombra, flanqueada por tinas con menta y flores, y la cruz desnuda está llena también de coronas de flores. Pequeñas figuras de cartón de las dos Marías lloran una a cada lado del féretro.

Las mujeres han tomado el control absoluto de las iglesias —una se siente de vuelta a los orígenes— y por todas partes hay figuras oscuras e inmóviles apiñadas en torno a las cruces. Son las mujeres quienes lloran, quienes se lamentan, quienes cosen la mortaja.

Aun así, siguen siendo mujeres, y esperan por lo tanto que dejes su trabajo de artesanía por las nubes y que menosprecies un poco los *epitáfios* de otras iglesias.

A medida que el día avanza, el asunto se transforma en una ocasión social bastante alegre. Nos reunimos con todos los amigos, con los que hoy formamos una especie de familia, todos vestidos con las mejores galas. Tomamos incontables tazas de café y vasitos diminutos de *mastika* y *strega*. Debemos de haber recorrido diez kilómetros de iglesia en iglesia para cuando nos encontramos de vuelta en la *platía* comprándoles preciosos farolillos de papel a los niños para que los lleven en la procesión de la noche. Están demasiado excitados para cenar, así que los metemos en la cama vestidos con la promesa de que los despertaremos en cuanto dé comienzo la procesión.

A las nueve en punto oímos los cantos. Afuera, en la *platía* a oscuras, vemos los cientos de puntos de luz de las velas y el resplandor naranja y bamboleante de los farolillos. Menos de cinco minutos después, las procesiones de todas las otras iglesias se han vertido por las calles y las laderas como ríos de llamas, y en nuestra calle miles de velas arrancan destellos al oro y la plata de las cruces y los estandartes que llevan los monaguillos. Mujeres y niñas que cantan y sostienen altos cirios se apiñan en torno a los féretros que llevan a hombros grupos de hombres que se van relevando.

Desde nuestro balcón, la escena resulta misteriosa y magnífica: los féretros blancos y relucientes dan bandazos sobre los puntitos vacilantes de las llamas como sillas con dosel portadas por elefantes invisibles. La *platía* entera rebosa de cantos solemnes, con las voces graves de los hombres, los lamentos tensos de las mujeres, las vocecillas agudas y aflautadas de los niños. En torno al *epitáfio* de Agios Christos se congregan el lento retumbar de los tambores y los vistosos tonos morados, rojos y amarillos de las vestimentas ceremoniales de los sacerdotes barbudos. El obispo luce una corona de alambre dorado tachonada con cristal de colores y un manto de satén morado con la forma de muchos abanicos que se solapan.

Su figura resulta impresionante, como siempre, pero a mí lo que más me emociona son los oscuros grupos de mujeres que cantan con la luz de las velas parpadeando en sus rostros tensos, pálidos y exhaustos, y los súbitos destellos dorados en la oscuridad, más allá de los bamboleantes féretros, donde los farolillos se mecen en lo alto de los estandartes adornados con borlas y de las cruces. Ahí están los farolillos chinos de los niños, pequeños manchones de luz naranja que cabecean y brincan casi a nivel del suelo. Unos rostros surgen de la multitud, iluminados de pronto…, tienen los ojos cerrados, los cuellos tensos, las bocas muy abiertas de éxtasis. Y muy en lo alto de la forma oscura de la montaña que se recorta contra las estrellas, se ve una cresta de luces de llamas danzarinas. Las monjas de Agios Pandas han sacado sus velas a la enorme roca que pende sobre la ciudad.

El sábado por la mañana, la ciudad entera sigue presa de la

emoción. En cada calle y cada umbral, los corderitos de colores que los niños tanto han querido y cuidado durante toda la semana son sacrificados según el ritual. Con la sangre de sus gargantas se trazan cruces sobre todos los umbrales. Es demasiado para mí. No tengo valor para salir de la casa en toda la mañana; no puedo hacerlo hasta que la carnicería llegue a su fin y las calles vuelvan a estar limpias.

A mediodía, los corderos van a parar a los hornos, acurrucados en las tradicionales cazuelas de barro rojo con sus curiosos símbolos en blanco. (Esos símbolos parecen más paganos que cristianos, pero por lo visto nadie sabe qué significan.) Los corderos se rellenan de arroz, hígado y canela, y el aire se torna denso por el olor a sangre y a especias y a carne asada.

Cuando se pone el sol, las tabernas, que han pasado el día cerradas, pueden abrir, y los hombres entran en ellas en tropel.

—¿A qué hora resucita Jesucristo?

La gente hace esa pregunta con el mismo tono despreocupado que emplearía para averiguar a qué hora abren las tiendas o zarpa un barco.

A las diez en punto, empiezan a repicar las campanas: primero las de Christos, y luego vienen las de Nicolás, el clamor urgente de las de Ipapandi y el estruendo ronco de las de San Stefános en la colina y de Mummas en la cañada. Y todas las iglesias recogen entonces el testigo en el oscuro valle, hasta que la noche se vuelve un frenesí de campanadas.

Esta noche seguimos a la multitud más numerosa hasta la catedral. Los niños llevan altos cirios blancos decorados con flores. En los bolsillos se han embutido huevos rojos y *kouloúria* y petardos caseros de aspecto bastante mortífero.

En el patio, ante la iglesia, se ha instalado una plataforma de madera decorada con hojas de palma. Dentro no queda sitio ni para estar de pie. El ambiente es ahora alegre y expectante. Todos cantan y ya nadie llora, aunque las mujeres mayores en la galería superior parecen estar a punto de quedarse sin resuello. Justo antes de medianoche se apagan todas las arañas de luces, y luego todos los cirios. La única y débil iluminación procede entonces de la lamparita de aceite que está perpetuamente encendida ante el icono de Cristo en el altar mayor.

De no ser por ese diminuto resplandor, nos habríamos sumido en la oscuridad del sepulcro, que es precisamente lo que se trata de simular.

De repente, en un oportuno alarde de dramatismo que sería la envidia de cualquier actor, el obispo aparece ante el altar sosteniendo en alto un largo cirio y exclama:

—¡Venid y dejad que la luz eterna os ilumine!

Una oleada enorme surge de la oscuridad y avanza hacia delante,

un tumulto de cuerpos jadeantes y arracimados que portan velas en las manos alzadas. Una por una, las mechas se prenden con la del obispo, y luego entre sí, y las llamitas vacilantes se extienden en la penumbra hasta que la iglesia entera queda bañada en el trémulo resplandor. Y en esa marea oscilante y salpicada de llamas, nos vemos conducidos casi en volandas, nos guste o no, en la procesión que sigue al obispo cuando sale de la iglesia.

En la plataforma rodeada de palmas bajo el cielo estrellado, la multitud entona cantos, ahora sobre María y la Magdalena, ante el sepulcro y sobre la piedra que se mueve para permitir la entrada. Y exactamente a media noche, el ángel exclama: «¡No está aquí! ¡Ha resucitado!». Procedentes de las iglesias de Nicolás y Stefános, grandes explosiones como salvas de cañón quiebran la quietud de la noche, y cuantos nos encontramos ante la catedral nos vemos atrapados en un frenético bombardeo de huevos rojos y esos terribles petardos caseros.

Los niños, completamente fuera de control en medio de ese dramatismo contenido y la subsiguiente histeria desatada, se arrojan huevos unos a otros, se embuten *kouloúria* en la boca y tiran petardos como diablillos salidos del infierno. Nos abrimos paso hasta casa como a través de un campo de batalla bajo fuego cruzado.

—¡Jesucristo ha resucitado!

—¡Sí, ha resucitado!

—¡Jesucristo ha resucitado!

Una procesión salida de San Nicolás asciende zigzagueante por la ladera de la montaña con farolillos que se bambolean. ¿Adónde va?

Las fiestas durarán toda la noche, porque el tiempo del ayuno ha concluido y hay huevos rojos, pan de Pascua, *kouloúria* y vino tinto y dulce y un guiso especial hecho con las vísceras de los corderos sacrificados.

Por todas partes nos tienden manos con invitaciones —«¡Venid a comer! ¡Cristo ha resucitado! ¡Comed con nosotros!»—, pero todo ha sido excesivo, y declinamos educadamente esos ofrecimientos y nos vamos a casa y nos metemos en la cama. El jolgorio continúa durante toda la noche.

El domingo, sin embargo, ya no podemos evitar su hospitalidad ni eludirla. Veinte familias nos mandan a casa bocados exquisitos del maravilloso cordero de Pascua con arroz. Tenemos suficientes *kouloúria* y hogazas de pan y huevos rojos para resistir un mes de asedio. Comemos hasta acabar con los vientres tensos como tambores.

A través del sopor atiborrado de ese día, recuerdo a las hijas de Sevasti, que vienen a informarme de que ella está enferma. ¡No es de extrañar, con toda esa comida después de cuarenta días casi matándose de hambre!

El domingo, y la Pascua griega con él, llega a su fin al son de una

horrible sinfonía de ronquidos y arcadas. Solo los muy piadosos son capaces de dirigirse tambaleantes hasta la iglesia. No nos contamos entre ellos.

—¡Jesucristo ha resucitado! —gritan unos buzos ebrios que dan tumbos bajo nuestras ventanas.

Hacen hincapié en tan irrefutable verdad bombardeando nuestra puerta con petardos que suenan como granadas.

—¡Sí, ha resucitado! —contestamos educadamente, y cerramos los postigos.

16

—Bueno..., bueno, adiós —dijo Fotes.

Estrechó la mano con cierta timidez por encima de la cabeza gacha y sollozante de su mujer. El rostro cansado y desdentado de ella se veía un poco magullado e hinchado, pero no era cosa nuestra determinar si era a causa del llanto o de la paliza que, según los rumores, Fotes le había dado como broche final de su semana de borrachera. Tampoco le correspondía a una forastera determinar si las lágrimas indicaban pena verdadera por el hecho de que Fotes se marchara o un mero alivio cansino ante la perspectiva de contar con el dinero de sus tareas domésticas ingresado regularmente en un banco durante los próximos siete meses, y con paz en su casa. Para las mujeres de tantos buzos, ese periodo de recuperación tras los jolgorios del invierno debe de tener una importancia inmensa.

Por encima del hombro de la mujer, la mueca temblorosa y medio avergonzada en los labios pálidos de Fotes decía: «¡Mujeres!». Parecía terriblemente enfermo.

A lo largo del muelle de piedra, entre las mantas enrolladas, los fardos de tela de algodón a cuadros, las cestas cubiertas con paños blancos y limpios cosidos con pulcras y prietas puntadas, las mujeres que lloraban, los niños excitados, las jarras de *retsina* y las botellas de ouzo, todos los pescadores de esponjas que se marchaban ese día parecían inquietos e incómodos rodeados de sus familias: unos rodeaban con un brazo reconfortante a sus mujeres, otros atendían a los más chiquitines o inoportunos de sus muchos críos chillones; otros más, aún borrachos, se sostenían en pie gracias a hermanos o primos o los más sobrios entre sus amigos, o mantenían una posición más o menos erguida solo por la presión de las mujeres que se aferraban a ellos.

El día anterior, cuando el barco de Saklarades tenía previsto zarpar, un grupo de búsqueda había pasado dos horas recorriendo todas las tabernas del puerto, desde Chorio hasta Brosta, antes de que consiguiera localizar a todos los buzos, Saklarades entre ellos, bramando como un toro y blandiendo alegremente su gran puño.

Dimitri, el chico de los cigarrillos reconvertido en barquero esa

tarde con el bote de su tío, cantaba mientras maniobraba hacia los peldaños del muelle para recoger el siguiente cargamento.

Entre el muelle y los peñascos altos y rocosos, donde las casas se aferraban alrededor de la cúpula negra de San Stefános como fragmentos de cielo pegados con cola, diez barcos de pesca de esponjas —cinco blancos y cinco carmesíes— formaban un tapiz fruncido de retazos intrincados sobre la lisa explanada de seda del puerto al atardecer. Las dos grandes naves nodrizas que acompañaban a la pequeña flota estaban fondeadas más allá del faro. Reposaban pesadamente sobre el mar, tironeando lenta y perezosamente de las cadenas del ancla mientras los barcos de buceo se deslizaban con ligereza a su alrededor en un baile tan radiante e infatigable como los éxtasis veraniegos de un enjambre de libélulas.

Adiós…, adiós… Fotes y Costas Manglis, sentados en la popa del bote con los brazos entrelazados, alzaron las voces de repente para unirse a la canción de Dimitri, como si, al fin y al cabo, ese momento que habían temido todo el invierno les produjera alguna clase de placer secreto que solo ahora recordaban… Adiós…, y a nuestro lado el anciano Emmanuele Manglis volvió a ponerse el gorro negro, hinchó los carrillos tras los bigotes y se sonó ruidosamente con un pañuelo rojo…, y en el bote, el muchacho delgado llamado Petros, que había fanfarroneado y presumido durante las semanas previas a la Pascua, se levantó de repente tras la esforzada figura de Dimitri para agitar un pañuelo desesperado…

—¡Mamá! ¡Adiós, mamá!…

Y el *Sevasti* se acercó y pasó de largo con espuma blanca en la proa carmesí, y con el tullido Dionisos, colgado del aparejo, soltando a voz en cuello una parodia lasciva de los pregones de venta que había proclamado durante todo el largo invierno… Adiós…, *kaló taxidi*…, buen viaje… Día tras día durante los diez inmediatamente posteriores a la Pascua, los barcos de pesca de esponjas zarparon surcando las aguas doradas del atardecer en grupos de cinco, diez, doce, quince, hacia los bancos africanos, con los botes remando de ida y de vuelta desde el largo muelle donde las mujeres lloraban y las banderas flameaban bajo el viento y las campanas de la iglesia repicaban… *Kaló taxidi*…

Saklarades, el capitán Miches, Fotes, Costas Manglis, Dionisos, Mike el Americano, Mikailis el *colazáris* y Mikailis el *ferneze*, el viejo Dimitri y el joven Petros…, los insensatos, los locos, los *palikaria*…

La verdad y el significado de la pequeña isla residían ahí, en esos hombres. Año tras año se repetía esa escena, señalando el principio de otra aventura humana única e increíble. Y año tras año pasaba inadvertida. Al fin y al cabo, hay muchas hazañas de celuloide que absorben el mundo, y tiras cómicas de astronautas, y cada año los aviones vuelan más rápido y el estallido de las bombas es más

ensordecedor y los jugadores de fútbol alcanzan un precio más alto. Y cada año zarpan los barcos desde Kálimnos…

Cada tarde después de que los botes se hubieran llevado a los últimos rezagados salíamos a la parte trasera de la casa y, desde el balcón, veíamos cómo los barcos navegaban hacia el abismo del ocaso. El puerto entero quedaba a nuestros pies, y el mar abierto llegaba hasta punta Cali. Creo que nuestras siluetas debían de quedar nítidamente definidas en aquel balcón ligero contra la pálida pared verde lima, porque a menudo lo último que oíamos, acercándose con vuelo tenue y triste sobre las aguas, eran los nombres de Martin y Shane.

—¡Martis! ¡Say! —gritaban desde las jarcias.

Nos llegaban muy tenues y tristes, aquellas palabras como talismanes. Los niños dorados del nuevo mundo.

A veces nos traíamos con nosotros a los que todas las tardes se dejaban ver asiduamente en el muelle: Georgios, el mercader de esponjas al que le remordía la conciencia; el viejo Leonidas, el pastelero; el *capitano* Anthonis, Emmanuele Manglis, unos cuantos más que conocían el profundo significado de que los barcos zarparan. Y Yanni, por supuesto, un poco molesto y humillado, y celoso de nuestra evidente emoción.

—Ya —soltaba con amargura—, y cuando yo me marché a la guerra, Charmian, ¡no hubo nadie para decirme adiós! —O, con una leve burla experimental, comentaba—: No me extraña que las mujeres lloren, ¡si la mitad de ellas se morirán de hambre durante el verano para pagar el juego y la bebida del invierno!

Y finalmente, en un último intento patético de reconquistarnos, se inventaba alguna historia en la que solo las amenazas de suicidio de Polimnea le habían impedido volverse pescador de esponjas.

Pero por una vez sus súplicas de compasión y admiración no hacían mella en nosotros. Nos colocábamos formando una hilera a lo largo del balcón, los hombres viejos, y George y yo, y nos sonábamos con fuerza y nos restregábamos los ojos con los nudillos para quitarnos motas de polvo, mientras a lo lejos, junto al faro, las goletas levaban anclas y lenta, pesada y ceremoniosamente trazaban los tres círculos amplios y formales en el puerto. El aparejo se veía negro y parecía retorcerse con los buceadores que se aferraban a él, y los barcos de esponjas delgados y brillantes se lanzaban tras las goletas como cachorros, trazando una docena de círculos extravagantes por cada uno de las naves nodrizas.

Desde las dos iglesias específicamente dedicadas a los intereses de los marineros, San Stefános y San Nicolás, las campanas tañían y repicaban en una suerte de estentórea declaración de buena fe: los buzos habían sido muy devotos aquellos últimos días, y en el último momento, o casi, había habido muchas plegarias y promesas y

propiciaciones, muchas velas y arrepentimientos que los dos santos debían atender. Y al repiqueteo de las campanas en el atardecer venían a sumarse, en cada ventana de cada colina, los aleteos de pañuelos y velos y manteles que se agitaban. Las campanas tañían enloquecidas y las ventanas y los balcones hacían flamear y restallar sus colores hasta que los barcos solo eran puntitos opacos contra los acantilados de tono ocre de Pserimos. Y cuando parpadeabas, desaparecían.

Luego contábamos los barcos que aún quedaban en el puerto: cuarenta barcos..., treinta..., quince..., diez..., y después de cada recuento veía cómo los ancianos echaban rápidos vistazos hacia la cafetería de Klonaris, donde a través del ventanuco cuadrado se alcanzaba a ver un gorro negro y unos hombros caídos y el cuello estrecho de una botella de ouzo. Aparte de él, la cafetería siempre estaba vacía a esa hora, y siempre se sentaba dando la espalda a la ventana.

—¿Café, Manolaichi? —solía preguntar el viejo Anthonis, empleando el diminutivo cariñoso que hacía que su interlocutor pareciera un niño tratando de ganarse su favor.

—¡Brrr! —gruñía Emmanuele Manglis dándose airados tirones del bigote—. Café, sí, pero ahí no.

—Piensa en cómo se siente ahora. Sería un acto de bondad...

—¡Y solo te ganarías sus insultos!

—Cuando hace eso, solo es su dolor el que habla. Yo lo entiendo.

—No es un buen hombre, Anthonis. No me cae bien.

Y Anthonis esbozaba su sonrisa dulce y triste.

—Si es bueno o malo, solo Dios lo sabe, Manolis.

Y se guardaba bajo el brazo la pesada caja de cigarrillos con los barquitos pintados en la tapa, y nos daba las buenas noches y bajaba por las escaleras. Cruzando la *platía* se veía menudo y muy mayor, y aquella caja era un peso cruel que le inclinaba el cuerpo hacia un lado.

—¡Brrr! —gruñía de nuevo Manglis, con mayor vehemencia—. Más vale que vaya yo también, supongo. Se me da mejor aguantar insultos que a él. Su problema es que es cristiano. Si no pusiera por delante la caridad y el amor vería que no hay bondad alguna en que dos carcamales como nosotros vayamos ahí y nos sentemos con él. Ahora no —decía, observando la figura menuda y encorvada del abrigo raído, que arrastraba los pies, y añadía con tono sombrío—: Al fin y al cabo, Anthonis también fue un capitán hace tiempo.

Nunca llegamos a conocer todos los detalles de la historia del hombre que se sentaba todas las tardes en la cafetería de Klonaris. Supongo que podríamos haberlo hecho fácilmente, pero suponía invadir en exceso la privacidad de alguien. Era un capitán de la flota de esponjas, un hombre de mediana edad con un barco bueno y rápido que ahora estaba fondeado ante el rompeolas con los otros que no

habían zarpado todavía hacia África. Pero mientras que los demás barcos lucían magníficos recién pintados y con los aparejos perfectamente blancos y las banderas griegas nuevas que las mujeres e hijas habían cosido, el suyo estaba gris, manchado y desconchado por la travesía invernal, y sus lonas veteadas de óxido colgaban hechas trizas de cabos sucios. La escalera de buceo estaba burdamente reparada, los protectores metálicos de la hélice se habían abandonado en la cubierta sin limpiar, donde se llenaban de óxido, y en la cubierta no había ni rastro de los rollos impolutos de cabos y amarras, los barriles de petróleo bien ordenados, los trajes de buzo doblados, los cascos y escafandras de cobre apilados que les proporcionaban a los otros barcos el aspecto de tener un propósito y un significado.

Habíamos visto llegar aquel barco meses antes de su travesía de invierno. Mike el Americano había navegado en él como ingeniero, pero siempre se mostraba taciturno con respecto a aquel viaje. No había resultado especialmente exitoso, y el joven buzo Panorimides había quedado tullido en su primera travesía. Solíamos ver a su capitán rondando por los cafés, pero nunca habíamos entablado amistad con él. Parecía un hombre hosco y prácticamente todos los días se enzarzaba en peleas con sus buzos y su tripulación por el dinero que les debía. En un par de ocasiones, la pelea acabó en una batalla campal. Mike el Americano, como decía, no se mostraba muy comunicativo, algo ya de por sí sorprendente en un hombre tan simpático y locuaz, pero era evidente que aquel viaje no había sido especialmente feliz. En cualquier caso, Mike firmó con otro capitán para la travesía de verano, y lo mismo hizo la mayoría de los pescadores de esponjas.

Ya fuera porque el muchacho había quedado tullido, o por la pobre cosecha de esponjas, o por una insatisfacción general entre los hombres que habían navegado con él, o por las peleas por el dinero, o por la propia naturaleza hosca y amarga de aquel tipo, o ya fuera por la mera acumulación de muchas pequeñas situaciones desagradables que de algún modo le habían conferido cierto halo malévolo, lo cierto es que nadie sabía decir si todas esas cosas respondían a la verdad. Pero en cuestión de un par de meses la gente empezó a evitarlo, y cuando solicitó un adelanto al banco para acondicionar su barco para la temporada de verano, este se negó a dárselo. (Según Mike el Americano, había pedido demasiado dinero y no quiso aceptar la suma más rebajada que le ofrecía el banco; la cosa podría haber sido así de simple.)

Al principio no pareció comprender que la negativa del banco sería definitiva, o quizá se negó obstinadamente a creerlo, porque siguió con sus bravuconadas y sus acosos, igual que siempre, y consiguió contratar a unos cuantos buzos —ninguno de los buenos— y alardeaba sobre que ese verano iba a forrarse en los bancos de esponjas

ante Bengasi. Ni siquiera cuando todos los demás barcos rodearon el cabo hasta Lavasi para someterse allí a las reparaciones pareció preocuparse gran cosa. Cuando no estaba sentado bajo el cedro de sal tomando café, presumiendo o peleándose, se hallaba a bordo de su propio barco ocupado en una cosa u otra.

Fue solo cuando empezaron los bancos a hacer efectivos sus adelantos y los demás capitanes andaban manejando fajos de dinero cuando comenzó a inquietarse.

Era una época muy activa en la ciudad y con muchos intercambios comerciales, y los capitanes no paraban de entrar y salir de las tiendas, donde pedían sal, harina y macarrones, y cabos nuevos, luces de posición, vigotas y pastecas, y las panaderías elaboraban la galleta marinera. Todos los días, los capitanes iban y venían entre Lavasi y la oficina del capitán del puerto con pasaportes y nuevas listas de cosas, o se sentaban en grupos en los cafés a revisar nombres y papeles.

Fue alrededor de esa época cuando los buzos que habían firmado con él empezaron a dar muestras de inquietud. ¿Cuándo iban a pagarles sus adelantos? Y ya puestos, ¿cuándo zarparía el barco si ni siquiera había empezado todavía a repararse? Durante una semana más o menos, los retuvo a base de promesas, pero sus ojos lucían ahora una expresión desesperada cuando todas las mañanas recorría la distancia entre el cedro de sal y el banco. Al cabo de diez minutos volvía a salir con la cabeza bien alta y la gorra ladeada con desenfado, pero su rostro traslucía ira y desconcierto, y su cháchara confiada en que le dieran el adelanto al día siguiente no habría engañado a nadie.

En menos de una semana, los buzos se habían inscrito en otros barcos. Después de eso, ya no fue más al banco. No tenía sentido pedir un adelanto si no conseguía que los pescadores de esponjas navegaran con él.

Ahora se pasaba el día entero sentado bajo el cedro de sal, tomando café u ouzo, sin hablar con nadie, y ni se acercaba a su propio barco, excepto por las noches, a veces, cuando la *platía* estaba desierta. Desde nuestro balcón veíamos la brasa de su cigarrillo fluctuando y lo oíamos murmurar y maldecir en la oscuridad.

Cuando los barcos empezaron a zarpar, se trasladó al interior de la cafetería de Klonaris. Siempre se sentaba de espaldas a la ventana y tomaba ouzo.

El viejo Anthonis era el único que parecía sentir verdadera lástima por él. A menudo me preguntaba si ahí habría algo más que la dulzura natural del vendedor de cigarrillos y su caridad cristiana. ¿Era eso lo que le había ocurrido a él también? ¿Era ese el punto donde un hombre iniciaba ese largo descenso que acababa en la venta de cigarrillos o la bolsa de *ballaixi*? Como había señalado Emmanuele Manglis, Anthonis también había sido un capitán.

En todo caso, era el viejo Anthonis quien todas las tardes se sentaba con un acompañante tan taciturno y desagradecido y tomaba un vaso de lo que fuera por tener compañía y hablar un poco, básicamente consigo mismo. Y el viejo Emmanuele negaba con la cabeza y lo seguía, dando dolorosos tumbos apoyado sobre su bastón al cruzar la *platía*, arrastrando la pierna mala y con la cadera sobresaliendo en un ángulo grotesco. La rigidez de sus hombros parecía expresar que desaprobaba por completo todo aquel asunto.

En general, creo que hacía bien en pensar así y que la presencia de los dos ancianos en la mesa de aquel paria era una equivocación, por caritativa que fuera su intención. De no haber estado ellos allí, quizá el paria podría haberse dicho que, en realidad, no pasaba nada. ¿Qué suponía una simple temporada? A la siguiente no le costaría conseguir el adelanto, y así podría compensar fácilmente sus pérdidas. ¿No había dicho siempre que le gustaría tomarse unos meses, descansar de todo aquello por un tiempo? Todo el mundo tenía mala suerte en un momento u otro, y él era un buen marino, todos en el puerto sabían eso.



Charmian Clift en Atenas, en 1957

Una noche bajé a la cafetería cerca de veinte minutos después de que Anthonis hubiera salido de nuestra casa; se me había olvidado comprar tabaco. Las campanas aún tañían para despedir a los barcos, y los encontré sentados a la mesa del rincón, en el local por lo demás vacío. Los dos ancianos tristes y amables y el capitán huraño y medio borracho. Me impresionó mucho ver cuánto había cambiado su rostro; aquel rostro tan presto antaño a mostrar orgullo, ira y violencia, y que ahora solo parecía un espejo que reflejaba los otros dos frente a él en la mesa. O quizá el espejo eran ellos dos, y el capitán acababa de reconocer que se estaba contemplando a sí mismo. En cualquier caso, él también parecía viejo.

17

Reinaba un silencio desacostumbrado en el sombrío y desnudo local de Skeftarios, y una nueva clase de gente se sentaba en torno a los manteles a cuadros: los empleados de los bancos, los funcionarios de aduanas y correos y grupos de silenciosos pescadores llegados de El Pireo y Néo Fáliro para tender las redes en el estrecho desde los *gri-gri*, con sus lámparas de carburo montadas en la proa. Amarraban sus pequeños barcos de pesca en el extremo del puerto junto al mercado. La parte central del puerto estaba desierta, abandonada al cabeceo de flotadores y boyas que la flota de pesca de esponjas había dejado atrás en sus amarres.

Detestábamos todo aquello: la sensación de vacío, el silencio, los enormes huecos dejados en la vida de la ciudad por aquellos mil quinientos hombres cálidos y bulliciosos. Y entonces llegó una carta de nuestro editor en Nueva York en la que nos decía que habían aceptado nuestra novela. Se publicaría en otoño.

—¡Todo va bien! —nos repetíamos mutuamente, una y otra vez, casi mareados de puro alivio—. La cosa ha funcionado al fin al cabo. ¡Todo va bien!

¿Qué haríamos ahora? Habíamos sumado el anticipo del editor al dinero que todavía nos quedaba y nos sentamos una vez más ante páginas llenas de cifras garabateadas. Un segundo año dorado e intacto se extendía más allá del primero.

—Te diré qué haremos: ¡tomar una copa! —exclamó George, cuyos impulsos expansivos suelen ser alcohólicos—. De hecho, tomaremos varias. Haremos una fiesta.

Por supuesto que celebraríamos una fiesta. Pero ¿y después? Habíamos hecho lo que vinimos a hacer a Kálimnos: nos habíamos ganado un pellizco de tiempo. Ahora podíamos trasladarnos a una de las islas con las que solíamos soñar: Mikonos quizá, o Santorini, o Hidra, o Spetses. Podíamos mandar a buscar nuestros libros y establecer una buena base de trabajo.

—Sí, sí —repuso George con cierta vacilación—. Supongo que tendremos que darle vueltas, ¿no?

Martin, que entraba en ese momento con dos cangrejos en un

sombrero, preguntó:

—¿A qué tendremos que darle vueltas?

—Al lugar al que iremos cuando dejemos Kálimnos.

—Pero... ¡Mamá! ¡Papá! —exclamó con el rostro desencajado—. ¡No podemos irnos aún de Kálimnos! ¡No podemos! Justo ahora la madre de Georgouli ha montado una cafetería en las termas y él va a llevarme allí todos los días en un bote de remos, y Apostoli va a hacerme una máscara para nadar debajo del agua y Angela dice que podemos ir a su casa de verano cuando queramos y quedarnos a dormir. Y mamá..., ¡es verano! Hay *sýki* y *paionía* y...

—Y *stafylía* y *frankósyko*... —canturreó George, acabando por él la letanía de frutos de verano—. Bueno, no te preocupes ahora por eso, Marty. Solo es algo en lo que tenemos que pensar. No vamos a hacer nada inmediatamente.

—Y luego está mi colegio —añadió Martin con obstinación.

—No te preocupes, Marty. Ni se nos pasaría por la cabeza hacer nada antes de que acabe el curso escolar.

Cuando Martin hubo salido, algo inquieto todavía, para ir en busca de Apostoli, comenté:

—Sería una tontería llevárnoslos antes de que acabe el curso, ¿no? Y la verdad es que la playa de aquí es una maravilla para ellos. Es muy segura —dije, sintiendo un alivio inexplicable.

—Y no estaría mal tomarnos las cosas con un poco más de calma durante unos meses —añadió él con tono pomposo—. Nadar un poco, y pescar, y ponernos al día con la lectura. —Y en un gesto de audacia, añadió—: Mira, a lo mejor hasta aprendo griego.

—Sí, y cuando nos vayamos, habrá que hacer un montón de maletas otra vez.

—Y tendrás que buscarte otra Sevasti...

¡Otra Sevasti! ¿Qué íbamos a hacer sin Sevasti? ¿Y qué haría Sevasti sin ese puñado de dracmas de más cada mes? Y aún no habíamos acabado con los papeles para la emigración de Yanni. Teníamos que esperar a solucionarlo y que Yanni lo tuviera todo en orden para marcharse a Australia.

—Y de todas formas —añadió George— me gustaría estar aquí cuando vuelvan los barcos. Esos cabrones chiflados me caen bien.

Y a mí. Fotes y Saklarades con sus manos como jamones, el joven capitán Charlie, Mikailis el *colazáris* y Mikailis el *ferneze*, Mike el Americano... Tenían que volver sanos y salvos, todos ellos. Y sería agradable estar ahí en el muelle para decirles: «¡Bienvenidos a casa!».

—Muy bien, pues nos quedaremos hasta que vuelvan los barcos. —Y añadí con optimismo—: Todo el mundo dice que esto es un verdadero paraíso en verano.

George sonrió de oreja a oreja.

—Nos reservaremos el loto para el año que viene. Este año, comamos higo chumbo como todos nuestros amigos.

—Se llama *frankósyko*.

—*Sýki, paionía, stafylía, frankósyko…*

Fue Shane quien tuvo la última palabra.

—Cuando os vayáis de Kálimnos, mami, ¿me dejarás un par de tus vestidos? —Pronuncia «vestidos» con marcado acento griego.

—¿Por qué, cariño?

—Bueno, ahora mientras soy pequeña estoy bien, pero la mamá de Heleni es muy pobre y no creo que pueda comprarme vestidos cuando me haga mayor. Un par de los tuyos me servirán para cuando crezca.

—¿No vendrás con nosotros, entonces?

—¡Oh, no! —exclamó Shane, abriendo los ojos como platos—. Se lo he pedido a la madre de Heleni. Dice que le parece bien, que puedo mudarme a su casa cuando quiera.

18

Es el último día del curso escolar —el día en que los niños tienen que recitar en público los poemas que llevan tres semanas ensayando con gran seriedad—, y nosotros, junto con los demás padres, abuelos, tíos, hermanos y primos de los doscientos alumnos del Colegio Negro, nos hemos presentado, tal como nos dijeron, a las ocho en punto de esta mañana de verano ya brumosa por el calor.

Parece una hora poco razonable para empezar con los actos de esta jornada de discursos, incluso aquí, donde el tiempo es por lo visto mucho más maleable que en los países occidentales. El director parece ser consciente de ello y ha insistido en que, como cada uno de los doscientos niños debe recitar su poema, aparte de las canciones y bailes en los que todos participan, es muy necesario empezar pronto.

Kiría I-Heraclia, que ha impartido a Martin y Shane sus primeras clases de griego, nos conduce a unos asientos en una especie de banco de madera detrás de una gran mesa cubierta por un hule. Pronuncia un breve y circunspecto discurso para justificar la pobreza de la escuela. A sus cuarenta y pocos años, es una mujer seria que, para este día, ha abandonado su acostumbrada vestimenta de falda fruncida negra, corpiño abotonado hasta arriba y severa toca negra, y está casi irreconocible con un ajustado vestido de satén brocado que deja traslucir las rígidas ballenas y las puntillas de su corsé. Nunca la había visto con la cabeza al descubierto. Me sorprende distinguir bonitas vetas de un rojo desvaído entre las ondas canosas.

Su discurso es recibido con vítores y aplausos por parte de los niños, para quienes la pobreza solo tiene un significado teatral, y con suspiros y gestos contritos de negación con la cabeza por parte de los padres y familiares, que ahora se apretujan en el umbral de la escuela, se apiñan sobre los desconchados pupitres arrinconados contra la pared o se han encaramado a las repisas de las ventanas.

Nos desplazamos en nuestro banco para hacerles sitio a algunos de ellos, pero niegan tímidamente con la cabeza. Es evidente que somos los invitados de honor y debemos sentarnos a solas, y regios.

Cuando miro alrededor, a las mujeres con sus vestidos estampados, y a los hombres, tímidos e incómodos con sus camisas

abotonadas hasta el cuello y unas chaquetas brillantes donde se perciben las huellas de las planchas de carbón, me fijo, una vez más, en lo apuesta que es esta gente. No se trata tan solo de sus facciones, pese a que suelen ser marcadas y bien cinceladas y casi siempre tienen la piel clara, los ojos bonitos y una buena mata de cabello, sino que quizá impresionan tanto porque su expresión habitual —y me percato de ello al desplazar la vista por la concurrida aula— es de serena dignidad. Y también me doy cuenta de que, si bien he visto a esos rostros expresar dolor, rabia, asombro, risa, orgullo, pasión y a veces resignación, lo que confiere a sus caras una nobleza poco común en nuestra época es la falta absoluta de resentimiento e irritación, o de esas huellas que revelan la frustración de pequeños egos. Al pensar en las caras pálidas y los ojos apáticos de quienes descienden a estas mismas horas de la mañana a las estreñidas entrañas de las estaciones de metro de Londres, me pregunto si la frustración no será uno de los inevitables subproductos de la sofisticación. Las ciudades, creo yo, producen un sentimiento de insignificancia e impotencia de la misma manera que producen una sensación de seguridad por el hecho de que circulen los trenes, pase el cartero y se recojan las basuras. Pero la ciudad en sí es la suma de todas esas seguridades, que forman la sustancia de su marea en movimiento. Y es únicamente la marea la que conserva el propósito y el sentido; sus componentes no son más que células que se separan y se dividen: las diferencias entre ellas no tienen relevancia alguna, su dignidad como almas libres no es perceptible, ni siquiera para sí mismas. Solo la marea que las mueve y en la que se mueven conserva su sentido.

Estas caras serias que se apretujan en la pobre y pequeña aula de un colegio solo pueden surgir de una vida donde los valores vitales son más sencillos y están más claramente definidos: el nacimiento, la cópula y la muerte, misterios que siguen siendo serios y terribles, que suponen el simple reconocimiento del momento inmediato, nunca de cosas en retrospectiva, sino de instantes que deben aferrarse y dejarse ir de nuevo, devueltos en cantos y bailes y en la compartida comunión del vino. El vino es todavía un rito místico, portador de la fuerza y el espíritu de dioses antiguos y poderosos. Aquí, el pan sigue siendo la base de la vida, un pozo de agua dulce vale más que las joyas, un árbol supone sombra, un pedazo de terreno fértil es una tierra de la que brotará alimento, y las manos son todavía instrumentos maravillosamente creativos capaces de coger elementos en bruto como piedras, tierra y agua y transformarlos en calor y refugio, y también en belleza. Quizá aquí no es el momento ni el lugar para las triviales emociones que van desfigurando el rostro de la ciudad; eso no pasa aquí, en unas vidas donde la alegría y la pena se equiparan con las montañas, el viento y el batir eterno del mar.

(Dos días atrás, volvíamos andando del mercado, por las aceras y a la sombra de los cedros de sal, pues incluso a las nueve de la mañana cae un sol de justicia. Había grupos distintos de hombres en las mesas de los cafés: hombres sin trabajo, hombres viejos a los que ya todo les daba igual, hombres jóvenes que mataban el tiempo a la espera de los papeles que les permitirían marcharse a Australia, hombres con familia que todavía tenían esperanzas. Y a través de un sol deslumbrante y veteado de sombras, las borlas de seda de los *combolois* volaban raudas como colibrís y las cuentas castañeteaban con su ritmo ocioso y repetitivo.

Una mujer con un cesto de fruta del mercado caminaba sin prisa cerca de la baranda junto al mar. Mucho más atrás, el chico de la oficina de correos recorrió unos pasos dando pequeños brincos, vaciló unos instantes y echó a correr otra vez. Llevaba un papel amarillo doblado en la mano rígidamente extendida, como si fuera algo de lo que quisiera desprenderse, pero no pudiera sacudírselo de encima.

Luego daría la sensación de que todos los hombres de las mesas de los cafés hubieran echado a correr incluso antes de que el chico hubiese alcanzado a la mujer, pues no recuerdo haber visto cómo le daba él la papeleta amarilla. Y cuando ella gritó, el sonido brotó de en medio de un grupo de gente, y había mujeres que acudían corriendo de las calles y callejas laterales. Algunas patatas y cebollas rodaron por los suelos entre el ajetreo de pies, y una rosca de pan salió rodando *platía* abajo como el aro de un niño, trazando un círculo a lo loco para luego acabar cayendo plana.

Los hombres volvieron despacio a las mesas del café, con los gorros en la mano y santiguándose. La mujer se alejó guiada por las demás mujeres. Aferraba la papeleta amarilla contra el pecho. El pañuelo de cabeza blanco se le había caído y se le había soltado el pelo. Lo tenía largo y oscuro, y no paraba de sacudir la cabeza, de modo que el cabello le azotaba repetidamente un lado y el otro de la cara. Cuando llegaron a la zona pavimentada empezó a gritar de nuevo, pero las otras mujeres se apiñaron a su alrededor y solo se vieron los jirones de pelo negro que azotaban y azotaban, como si el cabello mismo estuviera gritando.

No hacía falta preguntar qué había pasado. Ya habíamos visto aquello antes, de hecho, tres veces desde que habían partido los barcos, y lo volveríamos a ver. Otro pescador de esponjas había muerto ante las costas de África.

El amplio paseo quedó de nuevo en silencio y desierto bajo el resplandor, y las borlas de colores volvieron a agitarse sin descanso en la sombra bajo los cedros de sal. Transcurrió al menos una hora antes de que las campanas empezaran a tocar a muerto.)

En el aula, resulta evidente que los niños visten sus mejores galas. La mayoría de los varones llevan la cabeza recién afeitada. «Los cabeza huevo», solía llamarlos Martin. Ahora él es tan cabeza huevo como ellos, solo que su cráneo redondo y abultado —que se ve sorprendentemente grande y frágil sobre la carita menuda, pelada y con manchas— luce una sombra rubia en lugar del tono negro azulado de los demás niños. Viste la misma ropa que ellos: pantalones cortos, lavados y planchados tantas veces que han quedado suaves y descoloridos; una camisa blanca impecable y unas zapatillas de lona azules y blancas. Hoy casi todos los niños se han calzado; algunos incluso llevan calcetines.

Las niñitas lucen rizos y tirabuzones como muñecas y llevan lazos enormes y tiesos en el pelo que parecen vulgares mariposas. No cuesta mucho saber cuáles tienen parientes en América, porque los vestidos de algodón de segunda mano, de los paquetes de ropa enviados por sus primas más afortunadas, y a los que se han añadido ahora lazos, broches, collares, medallones y cruces de plástico, son de un tejido de mayor calidad y están mejor cortados. A Shane, las monjas de Argos le han tejido un vestido de grueso algodón blanco con listas bordadas en azul. Ella preferiría satén rojo o tafetán morado con un broche de esmeraldas de cristal, pero en general se siente bastante satisfecha con su aspecto. Es el primer vestido nuevo que tiene desde que salimos de Londres. Cada pocos minutos, Sevasti se abre paso entre la multitud hasta donde se agrupan los niños en el otro extremo de la sala para cepillarle el pelo a Shane o ajustarle la faja. Me da la impresión de que le habría gustado que yo hubiese lucido un poco más a mi única hija.

El aula es grande —nada de grupos reducidos y fácilmente manejables aquí— y con la pintura desconchada; la impresión general es que se economiza cuanto se puede para que sea menos manifiesta la pobreza del lugar. Cuenta con pocos elementos decorativos: los habituales y coloridos retratos del rey Pablo y la reina Federica, una litografía del imperioso perfil de la heroína griega Bubulina, con un recuadro más pequeño en el que aparece en acción dirigiendo una carga de artillería contra los turcos, una colorida tabla de multiplicar hecha a mano a base de relucientes puñados de cerezas para ilustrar las cifras, y un diagrama grande y complicado que representa las estaciones y la cosecha del año. Este último resulta interesante no solo por el encanto natural y algo primitivo del dibujo (según me han contado, lo hizo uno de los maestros en su tiempo libre), sino también por el hecho de que no aparece ni una sola pieza de maquinaria. No hay nada como los componentes tradicionales de la agricultura de Grecia: el hombre, la mula, la hoz, la era de trilla circular. Unas mujeres con cofia aventan el grano con unas bandejas planas y el viento se les lleva la paja.

El otro extremo de la sala da a una pequeña capilla, de carácter muy bizantino aunque no lo sea en realidad, y especialmente bonita por los niños, con muchos encajes, dorados y flores. No me sorprende enterarme de que se ha levantado sobre los cimientos de un antiguo templo de Artemisa. Artemisa la forastera.

A las nueve, la multitud, por fin, ha acabado de instalarse y dan comienzo los poemas entre peticiones de silencio, risitas, bebés que berrean y conversaciones que brotan y se acallan bruscamente.

Los niños van subiendo por turnos a un estrado improvisado que ha empezado como espacio inviolable pero que se ha convertido ahora en asiento para padres y otros parientes y en zona de gateo para hermanitos pequeños. Las niñas hacen reverencias, los niños se inclinan o hacen el saludo militar, y uno tras otro desgranan sus *poíimes*, que recitan deprisa y en voz bien alta y acompañándolos con curiosos gestos, rígidos y algo artificiales. Los poemas de las niñas hablan de la Virgen, de los santos más bondadosos, de flores, burros y mariposas, de la modestia, la alegría, la obediencia, el trabajo duro. Los de los niños están llenos de hazañas, de sangre, de héroes de batallas y de la masacre de los turcos.

Martin y Shane aparecen pronto en el programa. Martin lleva un gorro rojo de *evzone*, blande una espada de madera y declama en un griego perfecto sobre las alegrías de ser un guerrillero en las montañas. Shane, en voz alta pero inexpresiva, declara su ambición de llegar a ser una gran ayuda para mí en la cocina. Hace todo el rato un gesto amplio y rígido con el brazo que doy por hecho que denota empeño. Ambos reciben aplausos enérgicos y cariñosos, y todos se vuelven para sonreír a los orgullosos padres. Desde luego estamos orgullosos, y estoy segura de que nosotros también sonreímos de oreja a oreja.

Ya es casi mediodía para cuando se acaba con todos los poemas, y mientras las niñas más pequeñas interpretan bailes en círculo y se cogen de las manos al son de una canción sobre la estación, todos los padres nos vemos conducidos al despacho del director, donde nos entregarán los boletines de notas.

En Inglaterra siempre nos llegaban por correo con el severo requerimiento fotocopiado de que bajo ningún concepto se los enseñáramos a los niños o los debatiéramos con ellos. Aquí te tienden con mucha ceremonia un documento grande y muy recargado que a George le produce un asombro momentáneo porque tiene exactamente el mismo aspecto que la orden del conde mariscal de Inglaterra de que asistas a la coronación de la reina Isabel II. Supongo que la intención es que uno los enmarque, y lo cierto es que quedarían bien bonitos, puesto que están cubiertos de sellos griegos en preciosos tonos pastel que representan el Coloso de Rodas, el Auriga de Delfos y las cabezas tanto de Pericles como de Medusa.

Nuestros dos certificados llevan la nota máxima: un diez. Sospecho que no se trata tanto de una evaluación de la capacidad académica de nuestros hijos como de un cumplido que nos hacen como extranjeros y un indicio del descarado favoritismo de *kiría* I-Heraclia. Pero ¡menudo documento tan espléndido, extravagante, emocionante y digno de orgullo! No es tanto un boletín como un diploma…, y si alguien pone en duda que dos críos extranjeros no solo sean capaces de dominar un idioma totalmente nuevo y extraño para ellos en el espacio de unos pocos meses, sino, además, volverse perfectamente competentes a la hora de leerlo y escribirlo, al menos no puede cuestionar esos diplomas.

Da la sensación de que se hayan ganado alguna clase de reconocimiento especial por toda la mala comida que han consumido, por los incómodos viajes en caiques apestosos, por las veces en que han pasado frío y se han sentido solos, inadaptados y añorados, por aquellos primeros temores cuando la vida misma debía de haberles parecido que se desintegraba y se convertía en miedo y desolación; en definitiva, por todo el tremendo esfuerzo que los ha conducido a ese orgulloso momento en el despacho del director. Yo también les daría un diploma. Y quizá, al fin y al cabo, es lo que significan en realidad esas notas tan absurdamente altas.

A continuación tiene lugar un montón de apretones de manos, de mutuos deseos de felicidad y prosperidad. George pronuncia un discurso vacilante y plagado de faltas gramaticales en el que les da las gracias a todos los maestros por su interés en los niños y su ayuda a la hora de instruirlos en la lengua griega. El director responde con un discurso fluido y de bellísima gramática en el que nos da las gracias por honrar a la escuela, nos garantiza la excelencia de los conocimientos de nuestros hijos y nos asegura que sin duda prometen convertirse en adultos tan respetables, nobles y listos como sus padres. Shane, terriblemente avergonzada por el lamentable griego de su padre, intenta poner punto final al asunto haciéndole una rápida reverencia a cada profesor y besándole la mano —capta muy deprisa todas las extravagancias de las costumbres extranjeras—, pero tan afectada interpretación se transforma de pronto en abrazos de verdadero afecto. Martin, sonrojado de puro orgullo, le estrecha la mano a todo el mundo mientras aferra el preciado boletín contra la pechera.

Volvemos andando por las sinuosas callejuelas hasta el amplio paseo marítimo y el agitado mar azul, intercambiando saludos con otros padres y sus hijos. Toda la ciudad es presa de una fiebre de emoción, satisfacción y sensación de logro. ¡Qué importante es que los pequeñines hayan sobrevivido a un año más de escolaridad! ¡Qué listos van a ser todos! Esta mañana todo el futuro se despliega en amaneceres rojos como manzanas, un futuro en el que cada niño se ve

transformado por la misteriosa alquimia de la educación en uno de los temidos y respetados *ploúsios*, los ricos. Y disponen de zapatos y abrigos, y de camas con colchones y de dotes de millones de dracmas para las talentosas y educadas hermanas, y de rincones calentitos e inviolables para los ancianos, y de comidas que llegan tres veces al día con solo dar una palmada, junto con un elegante vasito de *strega* para acompañar las confituras.

Y es con el corazón henchido de alegría como nos dirigimos unos a otros el saludo más precioso de los griegos: «¡Por un año más!».

Y así, de un modo u otro, tardamos un montón de tiempo en recorrer el paseo marítimo hasta la larguirucha casa amarilla que hemos llegado a considerar nuestro hogar.

¡Vacaciones de verano! Los boletines de notas, ya hojeados por todos los vecinos, se han guardado cuidadosamente. La gran fuente de barro cocido sobre la mesa está llena de melones, uvas, higos y peras, y también tomates, porque los colores quedan bonitos. Le hemos dado cinco dracmas a cada uno de los niños como premio de fin de curso. Con cinco dracmas pueden comprar veinticinco de los pequeños cucuruchos de veinte *leptá*, y ya cruzan a todo correr por la *platía* detrás del carrito de los helados con una docena de sus amigos. Los helados son horrendos, más bien consisten en una crema grumosa y congelada en la que la harina de maíz no se ha cocido lo suficiente, y los hacen chicos adolescentes sentados junto a las bocas de las alcantarillas dando vueltas continuamente a los largos botes cilíndricos en cubos de hielo. Pero los helados merecen la pena por el espectáculo que supone ver los preciosos carritos de madera que los llevan, pintados de azul, amarillo, escarlata y blanco, con franjas de florecillas en los paneles laterales, y cada radio de las gruesas ruedas pintado de un color diferente. Martin y Shane claramente disfrutan más comprando uno de esos pequeños cucuruchos, no mayores que el dedo de un niño, de lo que nunca lo hicieron con las barras de helado de tres gustos y con jarabe de chocolate de Londres. O a lo mejor es que ya no se acuerdan…

Londres, y las vacaciones de verano de entonces, parecen estar mucho más lejos que a tres o cuatro mil kilómetros de distancia. Era una época en la que habría dejado al margen todos mis planes y mi trabajo para concentrarme en las medidas menos desesperadas con el fin de mantener a los niños entretenidos y sanos durante los tres meses de las vacaciones de verano; una época de pesadilla, de tensión y control férreo.

Sentada ahora en el balcón sobre el puerto recordaba de pronto cosas ridículas y aterradoras: las bolas de masa de harina que les daba para jugar en la cocina mientras hacía a toda prisa las tareas domésticas para rascar un par de horas y así poder llevarlos andando al parque antes de hacer la compra y prepararles la comida; las áreas de juego asfaltadas donde el viento arrastraba las tristes hojas cubiertas de hollín, los parterres de cemento con sucia arena gris…, las fastidiosas

horas abriéndote paso entre el denso tráfico para llegar a las controladas zonas verdes de Richmond Park, donde durante cerca de una hora pudieran chapotear, correr y trepar a los árboles, e incluso dar de comer a los ciervos si los guardias no miraban. Y durante todo ese tiempo sería miserablemente consciente de que las camas estaban sin hacer, de que no había ido a la compra y de que las cacerolas probablemente estarían todas quemadas. Y luego estaban las dos semanas de vacaciones en la costa, junto a aquel mar opaco, gris y frío que susurraba sobre los guijarros negros y empapados, las dos semanas que siempre se alargaban a cuatro, o seis, u ocho, mientras la montaña de facturas crecía y crecía; y de alguna manera George se las arreglaba solo en Londres porque no iba a permitir que los niños estuvieran encerrados todo el verano en un piso en Bayswater Road. Es curioso y en cierto modo un triunfo que hayamos vivido todo este año en Grecia, los cuatro, con lo mismo que gastamos solo en las vacaciones del año pasado.

Con todo, me cuesta un poco entender que ahora no se espere nada de mí: ni planes especiales, ni esfuerzos extraordinarios, ni promesas de mantener el control y sonreír durante los próximos tres meses. Para los niños esto se ha convertido en una especie de vacaciones sin fin junto al mar, y no necesito preocuparme de mucho más que de ir en su busca a las horas de comer y de acostarse. George, cuando da por terminado su trabajo de la mañana, puede sentarse y tomarse un vino al sol con sus largas piernas extendidas sobre la segunda silla, precisamente siempre allí para ese propósito.

Ahora mismo puedo verlo ahí abajo, dibujando mapas y diagramas. En las ramas del árbol junto a la mesa se está secando un pulpo, plano y gris, y otro cuelga del árbol de atrás, y otro en el siguiente. Eso es muy típico de Kálimnos. A lo largo de toda la calle, los pulpos penden como una orla gris y plana, con borlas y tentáculos, que delimita el filo dorado de la mañana.

—¿Vas a bañarte? —pregunto.

Todavía me parece un poco inmoral ser tan despreocupada con el azul y divino Egeo, y debo recordarme que los dos hemos acabado el trabajo de la mañana y que no hay razón en esta tierra por la que no podamos ir a bañarnos.

Cuesta lo suyo desprenderse de las viejas costumbres: aún no puedo decir «*Den pirasi*» o «*avrio*» con naturalidad. Aún siento cierta inquietud cuando veo a George descansando tranquilamente. Aún noto de vez en cuando un hormigueo inconsciente en los pies al recordar la antigua rutina.

George levanta el vaso de *retsina* hacia la ventana en un brindis ceremonioso, me guiña un ojo cómplice y echa a andar paseo abajo en busca de los niños.

Tenemos a punto un pan moreno recién hecho, una gruesa rebanada de *graviera*, el queso de Creta, y una sandía de buen tamaño para comer en las rocas, y las cosas de nadar en un cesto grande.

—Hoy es el día —anuncia Martin dándose importancia— en que Apostoli y Georgouli van a enseñarme a bucear con piedras. Seguramente sacaremos algunas esponjas para vosotros, espero.

—Y como es un día de mucho calor y no hay viento —dice Sevasti, dejando a un lado sus escobas y cepillos con aire decidido—, no hay razón para que no vaya yo también.

—¿Y qué pasa con la gripe? —pregunta George alarmado.

—¡Bah! —resopla Sevasti.

Para cuando hemos rodeado la bahía y tomado la primera cuesta del camino del acantilado que va hacia las termas, ya somos un nutrido grupo de tres adultos y diez o doce niños.

Justo pasada la iglesia de San Nicolás, Yanni está colocando a golpes de martillo los soportes para un balcón. Su trabajo es tosco y vigoroso y sus herramientas están desparramadas por todo el camino. Tiene el torso desnudo y brillante de sudor.

—¿Adónde vais? Creía que estabais trabajando.

—Hace un día tan magnífico que hemos decidido ir a bañarnos.

—Venga.

—Pero ¡y tu trabajo, Yanni!

—¿Esto? ¡Bah! En cinco minutos puedo acabarlo, con una sola mano y de rodillas.

Encaramadas a lo largo del desmoronado parapeto que discurre junto a la casa, unas ancianas cortan telas viejas en largas tiras con las que luego tejerán alfombras. Son figuras en blanco y negro entre las coloridas cintas de trapos que ribetean el parapeto, encapuchadas y prisioneras como pájaros, y como pájaros tienen unos ojos brillantes, observadores y sabios.

—Ah, así que Yanni tiene hoy el día libre —cacarea una.

—No, no —contesta otra—. Es un hombre rico, este Yanni. Da igual si trabaja o no. ¿No has visto los vestidos nuevos que su mujer y sus hijas llevan últimamente?

El comentario está lleno de sarcasmo y mala fe, y aparte de musitar «¡Gorgonas!», Yanni ni se digna —ni se atreve— a contestar. Ha olvidado sin embargo que Sevasti forma parte del grupo, y ella coge encantada el testigo de manos de las mujeres del parapeto. Incluso cuando ya hemos dejado atrás el matadero y ascendemos por un sendero lleno de surcos y flanqueado por rocas agostadas entre el cielo y el mar, los dos siguen chinchándose. La guerra de los sexos es interminable.

El sendero desciende ahora hacia una estrecha ensenada azul, sembrada de islitas rocosas y bordeada de guijarros. Todas las islitas

cobran vida y se convierten en unos cincuenta jóvenes, que se zambullen en el agua para ocultar su desnudez. Por lo visto debemos ir un poco más allá, de modo que bordeamos la ensenada, Sevasti y yo entornando los ojos con modestia, pues, tras la primera muestra de reticencia (quizá han creído que éramos policías), la conducta de los chicos ha cambiado: ahora se encaraman a las rocas o posan con juvenil desafío, arrogantes en su desnudez. Así que cruzamos el puente italiano, cuyos parapetos se han desmoronado casi por completo, y seguimos el sendero, que vuelve a ascender hacia la cascada de rocas y escombros en cuyo seno se refugian las termas.

Las fuentes termales —las mejores aguas medicinales de Grecia según algunos— burbujean bajo acantilados de color ocre en una zona alfombrada por los cascotes de alguna esporádica explosión, provocada de tanto en tanto por el capricho de algún alcalde que ha decidido convertir el lugar en atracción turística. Esos intentos de progreso cívico se acaban abandonando por falta de financiación o de interés, o a causa del fin de una legislatura o de la necesidad de recaudar votos, o quizá por la envergadura de las obras que deberían acometerse antes de que pueda convencerse a algún turista en su sano juicio de llegar tan lejos. Cualquiera lo bastante enfermo para necesitar las fuentes termales se sentiría sin duda intimidado por el largo y escabroso camino que hay que recorrer desde la ciudad. El sendero no es apto para vehículos y no hay otra forma de llegar, excepto por mar.

Junto a la orilla hay un dique de contención y un pequeño muelle, pero hubo algún trapicheo extraño, según nos han contado, en la contrata para construirlos, y ni el dique ni el muelle consiguieron ofrecer mucha resistencia al embate de las olas en el primer temporal, y se encuentran ahora en un estado tan lamentable y ruinoso como lo demás. Últimamente se habla de reconstruirlo todo, y de hecho se han puesto en marcha las obras para una nueva carretera, pero en la quietud de la muerte cuesta lo suyo creer en la resurrección.

Entretanto, los enfermos de la isla hacen uso de las fuentes en verano. La madre de Georgouli se ha dado cuenta de que puede sacar de ahí unos cuantos dracmas de más, y a fuerza de un trabajo verdaderamente hercúleo ha levantado un pequeño refugio veraniego a base de ramas y postes encalados. Allí sirve café y bebidas a los achacosos después de sus baños. Ha limpiado el pabellón, además, y las pilas de hormigón por donde circula el agua caliente desde las entrañas de la tierra; una tarea monumental, tanto como la limpieza de los establos de Augías, pues durante todo este invierno y muchos inviernos anteriores, la construcción se ha utilizado como letrina pública. (He ahí uno de los misterios más desconcertantes de Grecia: que cualquier edificación con cuatro paredes y una puerta se utilice inevitablemente de excusado público, aunque se alce solitaria sobre una montaña

rocosa a kilómetros de cualquier parte.)

A nuestro paso, señoras con enaguas de colores se escabullen como extraños y relucientes cangrejos hacia el interior del pabellón, y la madre de Georgouli nos da la orden a gritos de parar a tomar un café en el camino de vuelta. Georgouli se queda rezagado para pedirle pan con aceite para todos los niños. Sevasti toma la decisión, una vez más, de someterse al tratamiento de baños termales para su reumatismo. Yanni habla de curas más maravillosas.

Continuamos el trabajoso ascenso por el sendero del acantilado y bajamos por el otro lado. Vemos una media luna de guijarros gris ceniza, una cueva, una higuera que proporciona sombra y una piedra ancha y plana de color bermellón para tomar el sol. Los niños, desnudos excepto por la ropa interior de algodón, se tiran al agua antes de que hayamos llegado. Martin y Shane se tapan la nariz y se limitan a saltar, pero el agua tiene aquí diez o quince metros de profundidad junto a las rocas, y al cabo de poco siguen a los niños mayores hacia donde las aguas azules se vuelven violetas, Shane chapoteando con furia como un perrito y Martin sacando por fin los brazos en una extraña modalidad torpe de crol. Ambos se han internado ya cincuenta metros en el mar para cuando llegamos a la orilla. Es maravilloso pensar que puedes volverte de espaldas y saber que están a salvo.

Yanni desaparece tras las rocas a nuestra izquierda. Sevasti se escabulle discretamente detrás de la higuera a nuestra derecha. Nadaremos en esa formación: nosotros, el grupo familiar, estaremos en el centro; Yanni nadará a cincuenta metros a la izquierda, y Sevasti a cincuenta metros a la derecha. Así se mantendrán las distinciones de género, se preservará la modestia y se respetarán las tradiciones de Kálimnos.

Sevasti emerge con sigilo de detrás del árbol, con el viejo vestido rojo recogido como un quitón clásico y la cabeza todavía envuelta con descuido en muselina blanca. Yanni, con solo unos calzoncillos blancos, asciende un poco por el acantilado a nuestra izquierda y, tras mantenerse un instante inmóvil contra el cielo, se zambulle cual flecha marrón. Sevasti se desliza en el agua con una brazada. El mar, en el que no ha levantado ni una burbuja, se cierra en torno a ella. Se aleja nadando reposadamente. Ninguno de los dos ha mirado al otro, ni a nosotros. Yanni ha vuelto a la roca y se zambulle de nuevo como un Ícaro cayendo del cielo. Sevasti se aleja, detrás de los niños, nadando braza, suavemente, en dirección a Cos, y perturba tan poco el agua que el reflejo de su pañuelo blanco es casi perfecto. Es una imagen de dos cabezas impresa en el profundo azul del mar.

Tras habernos subido el último tirante y ajustado la última hebilla, George me sigue en una larga, verde y jadeante zambullida de regreso al más mágico de todos los elementos.

Y entonces experimentamos una transformación. Nuestros cuerpos, liberados de su peso, flotan y fluyen en el oro verdoso, en el verde dorado, en las vetas de sol y las sombras cavernosas. Nuestro cabello ondea en la pátina de luz marina, nuestros cuerpos, uno en pos del otro, son garabatos pardos y mojados que se mecen sobre las algas y la arena. Nos vemos obligados a emerger a la superficie de destellos danzarines solo por la necesidad de aire de nuestros cuerpos sin agallas, y permanecemos allí flotando casi sin aliento. Pero también eso es maravilloso, bañarse en dos elementos a la vez: en un aire caliente y en un mar fresco en el que pequeñas corrientes cálidas y vertiginosas se acercan a lamernos las piernas antes de seguir su fluido camino. Hay un leve oleaje que viene del sur, y nos mecemos una y otra vez bajo el inmenso cuenco invertido de azul. ¿Se inclinará un poquito acaso para dejarnos atisbar qué hay al otro lado, en el nítido confín de las cosas, donde la ostra entre cielo y mar se abre cada amanecer? Los altos peñascos de las antiguas y ardientes montañas se elevan y descienden suavemente durante kilómetros y kilómetros de luz sesgada hasta abandonar el mundo de la perspectiva y las reglas. Cos palpita pesadamente en un rincón de mi campo visual. Hay un albatros en el cielo y mis oídos captan el bronco y exultante murmullo del movimiento de los inmensos engranajes del mar.

Un bote azul con una vela parda se acerca bamboleante a los escollos rocosos de la orilla. Veo a Sevasti inclinándose entre los arrecifes del fondo de la cala, recogiendo moluscos en la empapada falda roja. George está encaramándose a la roca cubierta de algas para unirse a Yanni, que observa en cuclillas un purpúreo y reluciente montón de erizos de mar.

El bote de la vela parda ha llegado muy cerca. Han arrojado unas amarras y los niños lo están arrastrando hasta la orilla. Se ven muy pequeños, relucientes y lejanos, como diminutos retazos cantarines de carne y color en medio de las sonoras cadencias de la luz del sol.

—¡Ven! ¡Ven! —Sus gritos flotan sobre el agua—. ¡Martin! ¡Martin! ¡Ven a navegar en el bote! ¡Ven!

Martin está de pie sobre los guijarros ante la cueva, solo. Su mano aún sujeta una larga y reluciente ristra de algas. Aún tiene un pie dentro del agua. Levanta la cabeza y su rostro parece aturdido, curiosamente deslumbrado.

—¡Martin! —lo llaman de nuevo, y él vuelve despacio la cabeza hacia el bote y los otros niños.

Va hacia ellos muy lentamente, casi a regañadientes, arrastrando las algas en la mano, olvidadas, y mira por encima del hombro al alejarse, como si observara o escuchara algo…

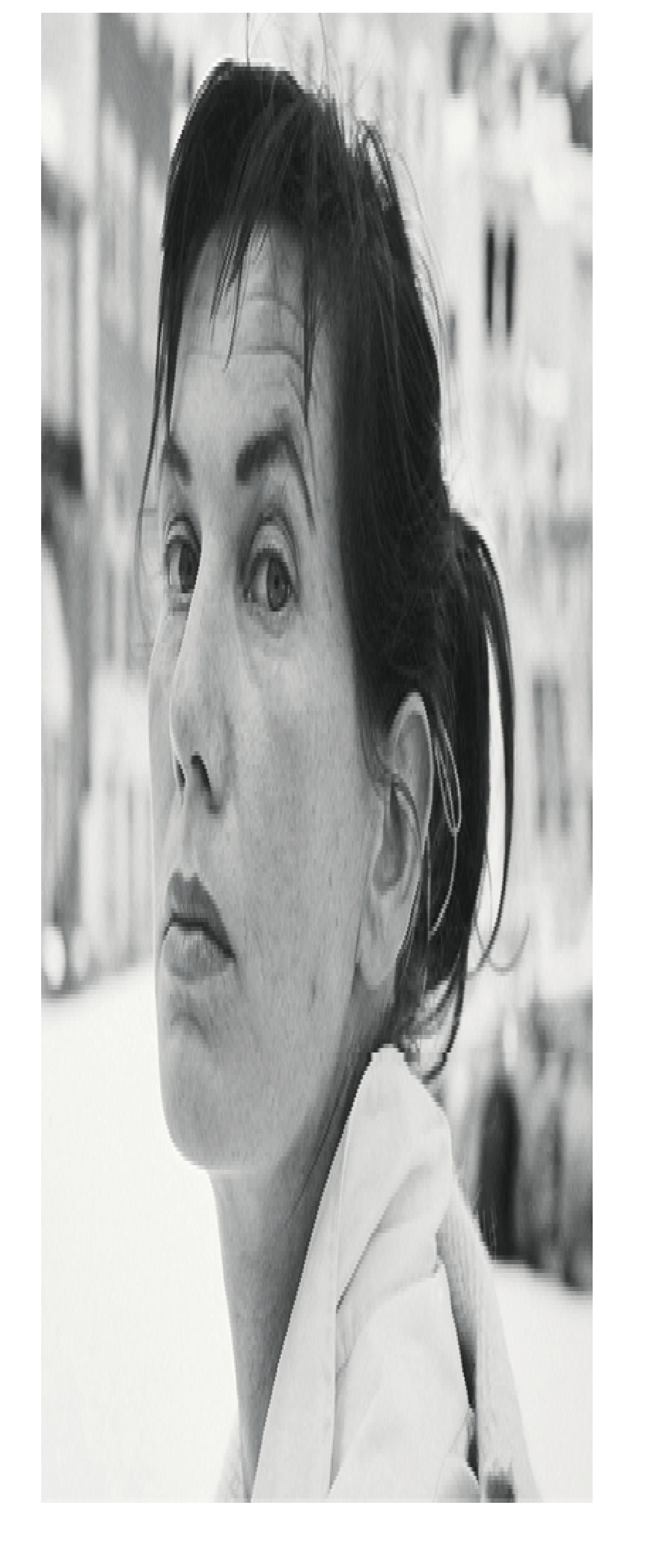
Y ahora me llaman a mí.

—¡Ven! ¡Ven! —me gritan a través del agua—. ¡Ven a navegar!

George sujeta el bote. Todos están encaramándose a la borda, bajo el lento y cálido flamear de la vela parda.

—¡Ven!

Todavía no…, dentro de un instante. Si me quedo aquí un instante, solo uno más, quizá oiré también eso que se oye tan rara vez: un canto de sirena.



Charmian Clift

(1923-1969) fue una periodista y escritora australiana. Durante la Segunda Guerra Mundial se alistó en el 15 regimiento del Australian Women's Army Service y sirvió en la batería antiaérea de Sídney, alcanzando el rango de teniente. Después de la guerra empezó a trabajar para el periódico *Melbourne Argus*. En 1947 contrajo matrimonio con el novelista y curtido reportero George Johnston, con quien se mudaría a las islas griegas en 1954. Allí, Clift escribió dos libros autobiográficos, *Cantos de sirena* (1956) y *Peel Me a Lotus* (1959), y dos novelas, *Honour's Mimic* (1964) y *Walk to the Paradise Gardens* (1960). Tras su regreso a Australia, donde pasó sus últimos años antes de suicidarse, Clift se convirtió en una escritora muy leída y apreciada gracias a sus columnas semanales en *The Sydney Morning Herald* y el *Herald* de Melbourne.

Para Charmian Clift, Grecia era la Tierra Prometida. En 1954, ella y su marido, el famoso reportero George Johnston, abandonaron el gris Londres de posguerra y partieron hacia el mar Egeo con dos máquinas de escribir y dos hijos pequeños. Planeaban pasar allí un año, pero acabarían quedándose una década. *Cantos de sirena* es la crónica de su accidentada aclimatación a Kálimnos, una pequeña isla poblada por taciturnos pescadores de esponjas y mujeres fuertes y supersticiosas. En sus páginas, llenas de personajes inolvidables —con su fiel escudero local, Manolis, y su inflexible asistenta doméstica, Sevasti, a la cabeza— y paisajes de una belleza casi milagrosa, la perplejidad ante una sociedad primitiva y patriarcal convive con el descubrimiento de un modo de vida puro, sencillo y libre, previo a la invasión del turismo de masas.

Estas memorias, escritas desde el punto de vista de una mujer de treinta y un años que registra con inteligencia, humor y calidez los detalles íntimos de su vida cotidiana y las costumbres de un mundo en vías de extinción, apenas recibieron atención al publicarse en 1956. Con el paso del tiempo, *Cantos de sirena* se ha convertido en un clásico de la literatura de viajes y del género autobiográfico, y nos permite descubrir a una de las escritoras más talentosas y vitalistas del siglo pasado.

«La literatura de Clift refleja con honestidad el ideal al que aspiramos todos: hacer realidad nuestros sueños.»

Le Figaro Littéraire

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgård

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche